



Evolución del Alma

GABRIEL DELANNE

Gabriel Delanne.

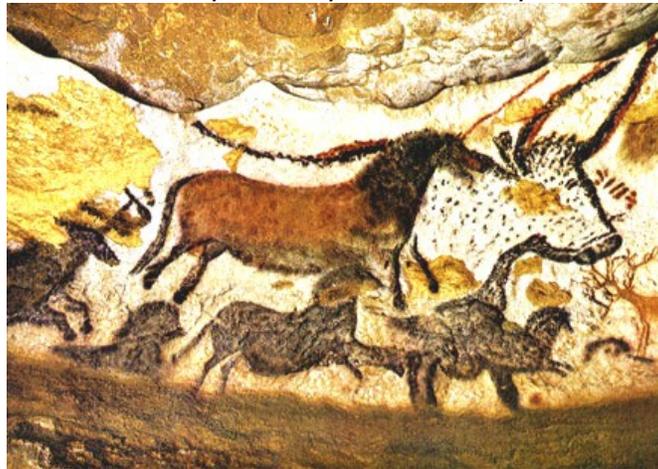
La evolución del alma.

Traducido del francés.

Gabriel Delanne - La evolución anímica.

Ensayos de psicología fisiológica siguientes al espiritualismo.

2ª edición, París, Chamuel, 1897.



Cueva de Altamira en España

Contenido resumido.-

Según las propias palabras del Delanne en la Introducción a esta obra, su objetivo es estudiar la evolución física y psíquica del Espíritu encarnado, teniendo en cuenta las enseñanzas muy lógicas del Espiritismo y los últimos descubrimientos de la ciencia.

El autor pretende demostrar que es a través de una evolución ininterrumpida, desde las formas más rudimentarias, hasta la condición humana, que el principio pensante conquista lentamente su individualidad, elevándose, a través de una serie de reencarnaciones, a destinos superiores.

Los estudiosos de la Doctrina Espírita encontrarán aquí un rico material sobre el importantísimo elemento de conexión entre el cuerpo y el Espíritu: el periespíritu, cuya realidad Delanne intenta probar.

Debemos recordar al lector que esta obra fue publicada originalmente en francés en 1895. Gran parte del conocimiento científico aquí presentado ha sufrido una transformación y un progreso naturales a lo largo de los años, lo que, sin embargo, no ha invalidado el vigor y la firmeza de los conceptos espiritualistas expresados por el autor, sino que los ha afirmado cada vez más.

Resumen.-

Introducción 4

Capítulo I – La vida.-

Estudio de la vida. – Destrucción orgánica. – Creación orgánica. – Propiedades generales de los seres vivos. – Condiciones generales para el mantenimiento de la vida. – Humedad. – Aire. – Calor. – Condiciones químicas del entorno. – La fuerza vital. – Por qué morimos. – La utilidad fisiológica del periespíritu. – La idea rectora. – El funcionamiento del organismo. – El papel psicológico del periespíritu. – Identidad. – El sistema nervioso y la fuerza nerviosa o psíquica. – Resumen. 15

Capítulo II – El alma animal.-

Salvajes. – Identidad corporal. – Estudio de las facultades intelectuales y morales de los animales. – Curiosidad. – Amor propio. – Imitación inteligente. – Abstracción. – Lenguaje. – Idiotez. – Amor conyugal. – Amor maternal. – Amor al prójimo. – El sentimiento estético. – La gradación de los seres. – La lucha por la vida. – Resumen. 49

Capítulo III – Cómo el periespíritu puede adquirir propiedades funcionales.-

La evolución del alma. – Teoría celular. – En los organismos, incluso en los rudimentarios, es necesaria la presencia del elemento periespiritual. – Diferenciación de células que originalmente eran idénticas desde su formación. – Movimientos que se fijan en la envoltura. – Nacimiento y desarrollo de los instintos. – Acción refleja, su función, inconsciente y consciente. – Progresión paralela del sistema nervioso y la inteligencia. – Resumen. 75

Capítulo IV – Memoria y personalidades múltiples.-

La psicología antigua y la nueva. – Sensación y percepción. – El inconsciente psíquico. – Condiciones de la percepción. – Estudio de la memoria. – Memoria orgánica o inconsciente fisiológico. – Memoria psíquica. – La memoria misma. – Los múltiples aspectos de la personalidad. – Personalidad. – Alteraciones de la memoria por enfermedad. – Doble personalidad. – La historia de Félica. – La historia de la señorita R.L. – Sonambulismo inducido. – Los diferentes grados de sonambulismo. – Olvido de existencias pasadas. – Resumen. 113

Capítulo V – El papel del alma desde el punto de vista de la encarnación, la herencia y la locura.-

La fuerza vital. – Nacimiento. – Herencia. – Pangénesis. – Herencia fisiológica. – Herencia psicológica. – Obsesión y locura. – Resumen. ... 175

Capítulo VI – El Universo.-

Materia y espíritu. – Evolución cósmica. – Evolución terrestre. 218

Conclusión 235.

Introducción.-

El Espiritismo se compone de un conjunto de doctrinas filosóficas reveladas por los Espíritus, es decir, por inteligencias que habitaron la Tierra. Su estudio puede dividirse en dos partes distintas:

1º) Análisis de los hechos relativos al establecimiento de comunicaciones entre los vivos y los indebidamente llamados muertos.

2º) Examen de las teorías elaboradas por estos supuestos muertos.

La característica de nuestro fin de siglo es, sin duda alguna, una evolución radical de las ideas.

Partiendo del materialismo, hombres de gran talla científica han logrado convencerse de que el nihilismo intelectual es la más vacía de las utopías. Una hipótesis contradictoria, dado el amplio conocimiento adquirido sobre el alma, que, de hecho, no explica nada sobre la naturaleza y solo produce un profundo desaliento y la adulteración de las inteligencias ante la nada. Las antiguas creencias inmortalistas, sustentadas por la enseñanza religiosa, parecen casi haber desaparecido; de ahí la evidencia de las lamentables consecuencias que presenciamos, como resultado de la falta de un ideal colectivo.

Ha llegado el momento de reaccionar con firmeza contra las sofisterías de los pseudosabios que con orgullo han declarado que la muerte es incognoscible. Es necesario romper toda resistencia arbitraria impuesta a la búsqueda del más allá, tan seguro como que hoy podemos afirmar que la supervivencia y la inmortalidad del ser pensante son verdades demostradas con evidencia inequívoca.

El espiritismo llegó en el momento justo. Ante las negaciones de un escepticismo flagrante, el alma afirmó su existencia después de la muerte, gracias a manifestaciones tangibles que a nadie se le había permitido rebatir, so pena de ser tachado, de hecho con razón, de ignorante o prejuicioso.

En vano, al principio intentaron combatir la nueva doctrina con sarcasmo. Toda burla fue ineficaz, pues la verdad lleva consigo el sello de la certeza, que es difícil de reconocer. Luego, los negacionistas cambiaron de táctica y pretendieron triunfar sobre la nueva ciencia organizando una conspiración de silencio en torno a ella.

A pesar de las numerosas investigaciones realizadas por físicos y químicos eméritos, la ciencia oficial se obstinó en cerrar los ojos ante los hechos, que refutaron brillantemente sus afirmaciones y declararon la muerte del Espiritismo. Sin embargo, esta es una ilusión que debe disiparse, ya que el Espiritismo, actualmente, está más floreciente que nunca. Empezando por las mesas giratorias, el fenómeno ha alcanzado proporciones verdaderamente extraordinarias, respondiendo a todas las críticas con hechos contundentes que demuestran la falsedad de todas las hipótesis que se concibieron para

explicarlo.

A la teoría de los movimientos espontáneos e inconscientes, defendida por autoridades como Babinet y Chevreul Faraday, los Espíritus oponían el movimiento de objetos inanimados que se desplazan sin contacto visible para los observadores, como lo atestigua el informe de la Sociedad Dialéctica de Londres.

A la negación de una fuerza que emana del médium, William Crookes responde con la construcción de un dispositivo diseñado para medir matemáticamente la acción de la fuerza psíquica a distancia. 1

Para destruir el argumento favorito de los incrédulos – la alucinación – las entidades espaciales aceptaron fotografiarse, demostrando así, de manera indiscutible, su objetividad.

También fue posible obtener moldes de los miembros de un cuerpo fluídico que se formó temporalmente y luego desapareció; y estas impresiones materiales sobreviven como documentación auténtica de la realidad de las apariciones.

Mientras tanto, los Espíritus dieron muestras de su poder sobre la materia, produciendo escritura a pesar de todos los medios conocidos y transportando objetos materiales a través de paredes y en entornos cerrados sin dificultad. En resumen, dieron prueba de su inteligencia y personalidad, tendiendo a demostrar que tenían una existencia real en la Tierra.

De hecho, mucho se ha dicho y escrito contra el Espiritismo; pero todos aquellos que han tratado de destruirlo sólo han logrado revitalizarlo y realzarlo mediante el bautismo de la crítica.

Todos los anatemas, todas las negaciones sesgadas tuvieron que retractarse y desaparecer, ante la avalancha de documentos acumulados por la tenacidad de los investigadores. El hecho espírita ganó adeptos en todas las clases sociales.

Legisladores, magistrados, profesores, médicos, ingenieros no tuvieron miedo de proclamar la nueva fe, fruto de un cuidadoso examen y de una larga experimentación.

Estas manifestaciones solo carecían de la aprobación de la ciencia, y la obtuvieron gracias a la voz de sus más renombrados exponentes. En Francia, Alemania, Inglaterra, Rusia, Italia y Norteamérica, ilustres eruditos otorgaron a estas investigaciones un carácter tan rigurosamente positivo que hoy ya no se puede negar la autoridad de sus afirmaciones, repetidas mil veces. La lucha fue larga y tenaz, pues los espiritistas tuvieron que combatir a los materialistas, cuyas teorías quedan aniquiladas ante tales experiencias, y, como contrapeso, a las religiones, cuyos dogmas seculares flaquean ante el irresistible choque de lo incorpóreo.

En un trabajo anterior, expusimos metódicamente el magnífico auge que ha alcanzado la experimentación. Discutimos punto por punto todas las objeciones de los incrédulos, establecimos la inutilidad de las teorías

imaginadas para explicar los fenómenos, ya sea mediante las leyes físicas conocidas, la sugestión o la alucinación, y nuestro análisis imparcial resultó en la certeza inquebrantable de que estos fenómenos provienen de los seres humanos que vivieron aquí.

En la actualidad, ninguna escuela filosófica puede ofrecer una explicación adecuada de los hechos, fuera del Espiritismo.

Teósofos, ocultistas, magos y otros evocadores de la antigüedad han intentado en vano explicar los fenómenos, atribuyéndolos a entidades imaginarias, llamadas elementales, capas astrales o el inconsciente inferior: hipótesis todas ellas irresistibles a un examen serio, ya que no abarcan todas las experiencias y solo complican la cuestión innecesariamente. Por esta razón, ninguno de estos sistemas logró difundirse, y todos desaparecieron tan pronto como surgieron.

La supervivencia del ser pensante ha prevalecido, libre de toda escoria, magnífico en su esplendor; el gran problema del destino humano ha sido resuelto; el velo de la muerte se ha rasgado y, a través de la ojiva abierta al infinito, vemos a nuestros seres queridos irradiar hacia la inmortalidad, todos los afectos que creíamos extintos para siempre.

Por lo tanto, no volveremos a examinar aquí todas las pruebas que tenemos de supervivencia, asumiendo que se ha hecho su demostración.

Nuestro objetivo, en esta obra, es estudiar el Espíritu encarnado, teniendo en cuenta las enseñanzas muy lógicas del Espiritismo y los últimos descubrimientos de la ciencia.

Los nuevos conocimientos, gracias a inteligencias extraterrestres, nos ayudan a comprender toda una categoría de fenómenos fisiológicos y psíquicos que, de otro modo, resultarían inexplicables.

Los materialistas, al negar la existencia del alma, se privan voluntariamente de nociones indispensables para comprender los fenómenos vitales del ser animado; y los filósofos espiritualistas, a su vez, utilizando el sentido íntimo como único instrumento de investigación, no han conocido la verdadera naturaleza del alma; de modo que, hasta ahora, no han podido conciliar, en una explicación común, los fenómenos físicos y mentales.

El Espiritismo, al proporcionar el conocimiento de la composición del Espíritu, haciendo tangible, por así decirlo, la parte fluídica de nosotros mismos, ha arrojado luz sobre estos meandros aparentemente inaccesibles, ya que nos permite abarcar en una vasta síntesis todos los hechos de la vida corporal e intelectual, y nos muestra las relaciones entre unos y otros, hasta ahora desconocidas.

Para hacer más comprensible nuestro pensamiento, conviene recordar, en pocas palabras, las nuevas nociones que hemos adquirido del alma, y que servirán para poner de relieve la originalidad y la grandeza de la nueva doctrina.

La enseñanza de los Espíritus fue, como sabemos, coordinada con

notable superioridad de puntos de vista y lógica irrefutable por Allan Kardec.³ Filósofo profundo, expuso metódicamente una serie de problemas relacionados con la existencia de Dios, el alma y la constitución del Universo. Ofreció soluciones claras y racionales a la mayoría de estas difíciles cuestiones, cuidándose de usar razonamientos metafísicos. Por ello, lo hemos tomado como guía en este breve resumen.

El alma, o Espíritu, es el principio inteligente del Universo. Indestructible, como la fuerza y la materia, desconocemos su esencia interna, pero estamos obligados a reconocer su existencia distintiva, pues sus facultades la diferencian de todo lo demás. El principio inteligente, del que emanan todas las almas, es inseparable del fluido universal, o, dicho de otro modo, de la materia en su forma original y primordial, es decir, en su estado más esencial.

Todos los Espíritus, independientemente de su grado de progreso, están, por lo tanto, cubiertos por una envoltura invisible, intangible e imponderable. El periespíritu es el nombre que se da a este cuerpo fluídico.

Con esto, el Espiritismo aporta nuevas perspectivas y nuevas enseñanzas. Contrariamente a la opinión común, demuestra que el alma no es una esencia pura, una abstracción ideológica, una entidad vaga, como creen los espiritistas; sino, por el contrario, un ser concreto, dueño de un organismo físico perfectamente definido.

Si bien en el estado normal el alma es invisible, puede sin embargo aparecer en determinadas condiciones y con una especificidad capaz de impresionar nuestros sentidos.

Los médiums lo ven en el espacio, en la forma que se conservó en la Tierra. A veces se materializa de tal manera que deja un recuerdo imborrable de su intervención; y en este caso, podemos decir, en resumen, que, aunque elude nuestros sentidos, no deja de ser tan real y operativo como el hombre terrestre.

En el curso de este estudio veremos que, a pesar de su materialidad, el periespíritu es tan etéreo que el alma no podría actuar sobre la materia sin la asistencia de una fuerza, que ha pasado a llamarse fluido vital.

El objetivo del alma es desarrollar todas sus facultades inherentes. Para lograrlo, se ve obligada a encarnar en la Tierra numerosas veces para despertar sus facultades morales e intelectuales, aprendiendo a dominar y gobernar la materia. Es a través de una evolución ininterrumpida, desde las formas de vida más rudimentarias hasta la condición humana, que el principio pensante conquista lentamente su individualidad. Alcanzada esta etapa, debe desarrollar su espiritualidad, dominando los instintos que le quedan de su paso por las formas inferiores, para ascender, en la serie de transformaciones, a destinos cada vez más elevados.

Las reencarnaciones son, por lo tanto, una necesidad ineludible para el progreso espiritual. Cada existencia corpórea implica solo una parte de esfuerzos decididos, tras los cuales el alma se encuentra agotada. La muerte,

entonces, representa un descanso, una etapa en el largo camino hacia la eternidad. Luego viene la reencarnación, que sirve de rejuvenecimiento para el Espíritu en movimiento. Con cada renacimiento, las aguas del Leteo otorgan al alma una nueva virginidad: los errores, prejuicios y supersticiones del pasado se desvanecen.

Las viejas pasiones, ignominias y remordimientos desaparecen; el olvido crea un nuevo ser, que se entrega con ardor y entusiasmo al nuevo camino. Cada esfuerzo resulta en progreso, y cada progreso en un poder cada vez mayor. Estas adquisiciones sucesivas elevan el alma a innumerables grados de perfección.

Las revelaciones nos permiten vislumbrar las perspectivas del infinito. Nos muestran la eternidad de la existencia que se despliega en los esplendores del cosmos; nos permiten comprender mejor la justicia y la bondad del Autor inmortal de todos los seres y de todas las cosas.

Creados iguales, todos tenemos las mismas dificultades que superar, las mismas luchas que sostener, el mismo ideal que alcanzar: la felicidad perfecta. Ningún poder arbitrario predestina a unos a la beatitud, a otros a tormentos eternos. Nos une solo nuestra propia conciencia, pues es esta conciencia la que, al regresar al espacio, nos señala las faltas que hemos cometido y los medios para repararlas.

Somos, pues, árbitro soberano de nuestros destinos; cada encarnación condiciona la que le sigue y, a pesar de la lentitud de la marcha ascendente, aquí estamos, gravitando incesantemente hacia alturas radiantes –donde sentimos latir corazones fraternos– y entrando en comunión cada vez más íntima con la gran alma universal –el Poder Supremo–.

Para otorgar a estas enseñanzas toda la autoridad que merecen, es necesario demostrar que los Espíritus que nos las transmitieron no se equivocaron. Es necesario verificar sus afirmaciones, ponerlas a prueba mediante la razón y, siempre que sea posible, comprobar si concuerdan con los datos científicos modernos.

Para someternos a este programa y proceder metódicamente, comenzaremos estudiando el papel del alma durante la encarnación.

Mostraremos la importancia funcional del nuevo órgano llamado periespíritu, y nos alegrará ver que la fisiología y la psicología se benefician de nuevos conocimientos cuando, en el mecanismo de su fenomenalidad, intercalamos al Espíritu revestido de su envoltura.

Preliminarmente, intentaremos determinar la naturaleza y las funciones del periespíritu. Dado que ambas son bien conocidas, estudiaremos posteriormente algunos problemas aún no resueltos.

Cuando se pregunta sobre la evolución vital de los seres vivos, la ciencia solo puede darnos respuestas vagas, en el mejor de los casos. ¿Por qué mueren las personas? ¿Por qué las mismas fuerzas que llevan a un organismo a su desarrollo completo se vuelven incapaces de mantenerlo en ese estado?

Por otra parte, ¿de dónde proviene la fijeza individual y típica de los seres vivos, a pesar del flujo permanente de materia que renueva el organismo a cada instante?

Éstas son las primeras preguntas que nos proponemos resolver, interfiriendo con el periespíritu en nuestra investigación.

A continuación intentaremos demostrar que los fenómenos de la vida vegetativa y orgánica requieren, a su vez, la presencia de una fuerza activa e incesante, para coordinar las acciones reflejas del sistema nervioso, al que son debidos.

Destacaremos, con toda la claridad posible, la característica psíquica de estos actos, demostrando que todos ellos tienen una finalidad inteligente, en el sentido de la competencia por la preservación del individuo.

De ahí pasaremos al estudio de las facultades propiamente dichas.

Nadie ignora las inextricables dificultades con las que lidian los filósofos al intentar explicar la acción de lo físico sobre lo moral, o del alma sobre el cuerpo. Pues el conocimiento del periespíritu elimina radicalmente el problema. Y lo hace porque arroja una profunda claridad sobre los procesos de la vida mental, permitiéndonos comprender con claridad la formación y preservación del inconsciente, ya sea fisiológico o psíquico.

Al mostrar los matices progresivos que reconectan y retrazan el instinto y la inteligencia, expone el mecanismo de las acciones cerebrales y las conexiones recíprocas existentes; explica por qué el alma mantiene la unidad y la identidad a través de encarnaciones sucesivas, y da las indicaciones más precisas sobre las condiciones en que estos renacimientos ocurren y se completan.

Finalmente, el periespíritu se revela como el instrumento indispensable para comprender la acción de los desencarnados en las manifestaciones espirituales.

De esto podemos ver que nuestro trabajo tiene un doble objetivo.

En primer lugar, se pretende demostrar que la doctrina está de acuerdo con las teorías científicas modernas; en segundo lugar, se pretende dar a conocer el papel físico de un órgano esencial para la vida del cuerpo y del alma, cuya existencia el público difícilmente podía sospechar, pues hasta ahora se ha ignorado; y, por último, se pretende destacar la considerable importancia de este descubrimiento.

La propia naturaleza de nuestra investigación nos obliga a extraer abundantes conclusiones de los trabajos más recientes de científicos contemporáneos, y al hacerlo, nos complace reconocer que los esfuerzos de estos experimentadores, con su rigurosa metodología, han impulsado considerablemente nuestro conocimiento. La determinación cada vez más precisa del funcionamiento vital de los seres vivos proporciona información valiosa para nuestro estudio, y aunque, en efecto, descartamos las conclusiones materialistas de estos mismos académicos, es porque también

contamos con hechos irrefutables que demuestran, con certeza, el error de sus deducciones.

El espiritismo nos permite conocer el alma; la ciencia nos revela las leyes de la materia viva. Se trata, pues, de combinar ambas enseñanzas, demostrando que se ayudan y complementan mutuamente, y que incluso se vuelven inseparables e indispensables para la comprensión de los fenómenos de la vida física e intelectual, pues esta concordancia resulta en la más espléndida de todas las certezas que los seres humanos pueden adquirir en la Tierra.

No podemos dejar de reconocer nuestra propia incapacidad ante tal envergadura, pero, por imperfecto que sea el esbozo presentado, esperamos que un verdadero científico lo retome y le dé, en sí mismo, todo el valor que conlleva.

Lo esencial que hay que establecer es que no hay incompatibilidad alguna entre los nuevos descubrimientos y la realidad de los Espíritus, o, en otros términos, que no hay nada sobrenatural; que la existencia de criaturas revestidas de una envoltura material puede concebirse naturalmente, y que la influencia de estas criaturas sobre el organismo es una consecuencia lógica de su constitución misma.

Somos conscientes de que las teorías aquí defendidas deben respaldarse con demostraciones experimentales para ser absolutamente irrefutables. Sin embargo, estamos seguros de que estas experiencias llegarán a su debido tiempo. Por ahora, basta con presentar hipótesis lógicas que no contradigan las enseñanzas científicas, explicando todos los fenómenos y demostrando la grandeza de la síntesis factible, siempre que el conocimiento humano se combine con las revelaciones espirituales. Esto no significa que el mero uso de la física, la química, la mecánica y la biología baste para explicar los hechos espíritas, ya que estas manifestaciones, aparentemente tan simples, requieren el uso de todo el conocimiento humano para su comprensión. Así, al estudiar el funcionamiento cerebral del médium en comunicación con los desencarnados, el Espiritismo aborda los problemas más complejos de la fisiología y la psicología.

La naturaleza particular de las fuerzas que actúan en las materializaciones se convierte en objeto de profundas reflexiones para el sabio, ya que el proceso de acción de lo invisible sobre la materia difiere radicalmente de todo lo que hemos conocido hasta ahora.

El día en que la Ciencia se convenza de la verdad de nuestra doctrina, se producirá una auténtica revolución en los métodos empleados hasta ahora. La investigación que solo se centra en la materia alcanzará el alma. Y el mundo verá el amanecer de una Nueva Era; la Humanidad, regenerada por una fe racional, avanzará en la conquista de todo el progreso que hasta ahora apenas ha podido vislumbrar.

Sin duda, pasará mucho tiempo antes de que estas esperanzas se hagan

realidad. ¿Qué importa? Nuestro deber es allanar el camino para la posteridad. Por lo tanto, aprovechemos los descubrimientos modernos, adaptándolos a la Doctrina. Penetremos en las profundidades del ser humano, en conexión con la fisiología e iluminados por el Espiritismo. Hagamos, por así decirlo, palpable la influencia del alma, a veces consciente, a veces inconsciente, en todos los fenómenos vitales.

Examinemos en detalle las delicadas e importantes relaciones entre lo físico y lo moral. Intentemos determinar las conexiones entre la vida psíquica y los fenómenos orgánicos. Busquemos en el hombre el elemento que subsiste e identifica al ser, así como la sede de las facultades del alma.

Finalmente, resumiendo todas las observaciones, tratemos de conciliar, en una visión de conjunto, todo lo que afecta al cuerpo y al alma con las conclusiones a las que hemos llegado.

Estas son las condiciones que nos guiaron en la redacción de este libro. No pretendemos haber aclarado completamente todas las cuestiones, pero creemos haber contribuido al debate con nuevos documentos y presentado, desde una perspectiva más comprensible, hechos que hasta ahora eran oscuros e inexplicables. Sobre todo, esperamos que nuestro trabajo surja de la convicción de que el Espiritismo es, sin duda, una verdad, ya que nos proporciona la clave de lo que la ciencia humana es incapaz de descubrir.

Gray, 10 de agosto de 1895.

Gabriel Delanne.

Capítulo I.-

Vida.-

Estudio de la vida. – Destrucción orgánica. – Creación orgánica. – Propiedades generales de los seres vivos. – Condiciones generales para el mantenimiento de la vida. – Humedad. – Aire. – Calor. – Condiciones químicas del entorno. – Fuerza vital. – Por qué morimos. – La utilidad fisiológica del periespíritu. – La idea rectora. – El funcionamiento del organismo. – La función psicológica del periespíritu. – Identidad. – El sistema nervioso y la fuerza nerviosa o psíquica. – Resumen.

Al comenzar este estudio, es importante comprender el significado de la palabra vida, que a menudo se utiliza en diferentes sentidos. A veces, se le da un significado genérico y abstracto para designar el conjunto de cosas existentes, cuando hablamos de la vida universal; otras veces, y con mayor frecuencia, la usamos para caracterizar a los seres animados.

En fisiología, por ejemplo, la palabra vida corresponde a algo objetivo, como, para un ser animado, la facultad de responder, mediante movimientos, a una excitación externa. Sin embargo, los filósofos que estudian la vida del

alma le dan a la palabra un significado completamente diferente, pretendiendo con ella definir la espontaneidad de la misma vida, en contradicción con la definición anterior.

Para evitar confusiones, establezcamos una distinción esencial entre las manifestaciones del alma en el estado de encarnación y las que prodiga y revela en su existencia incorpórea. Digamos desde el principio que las facultades del Espíritu son siempre las mismas; pero en la Tierra, su ejercicio está subordinado a las condiciones orgánicas, que a su vez están vinculadas y dependen del entorno externo, como demostraremos en breve, mientras que en el plano etéreo ningún obstáculo restringe el ejercicio de sus facultades psíquicas.

La vida será, por lo tanto, para nosotros la característica de los seres organizados que nacen, viven y mueren. La atribuimos a una modificación especial de la energía: la fuerza vital, cuya naturaleza nos ocuparemos de definir con precisión y cuya presencia reconoceremos con los fisiólogos, siempre que verifiquemos en un ser el movimiento reactivo de la excitación externa, es decir, el hecho de que este ser es irritable.

Según nuestro modo de ver, la vida sólo existe en función de la materia organizada, y sería imposible descubrirla en otra parte, y podría decirse, sin paradoja, que el alma no está viva porque sea más y mejor: tiene "existencia integral", ya que, al no estar organizada, no está sujeta a la muerte.

La vida, en sus múltiples aspectos, nunca ha dejado de ser un problema fascinante para todos los pensadores.

Las diversas escuelas filosóficas que han recorrido el mundo han intentado, una tras otra, abordar esta cuestión y, según las ideas vigentes en cada momento, han propuesto soluciones muy dispares. Pero fue, de hecho, en el siglo pasado cuando el progreso en todas las áreas del conocimiento humano permitió abordar el problema con seriedad y determinar sus límites. Un rápido repaso de las condiciones necesarias para el mantenimiento y desarrollo de la vida nos resulta esencial para saber si se debe a un principio especial o si es simplemente el resultado de fuerzas naturales que actúan permanentemente en el mundo.

Estudio de la vida.-

Resumamos los trabajos más recientes sobre el tema. 5 Para todos los seres, la vida resulta de las relaciones entre su constitución física y el mundo exterior. El organismo está preestablecido, ya que proviene de ancestros, por filiación.

La acción de las leyes físico-químicas, por el contrario, varía según las circunstancias. Claude Bernard denomina a esta oposición de fuerzas un conflicto vital.

«No es —dice— mediante una lucha contra las condiciones cósmicas que

el organismo se mantiene y se desarrolla, sino, por el contrario, mediante una «adaptación», un acuerdo. El ser vivo no es una excepción a la gran armonía natural que hace que las cosas se adapten entre sí. Él, el ser vivo, no rompe ningún acuerdo, no está en contradicción ni en lucha con las fuerzas cósmicas. Al contrario, forma parte del concierto universal, y la vida del animal, por ejemplo, no es más que un fragmento de la vida total del Universo».

Este conflicto vital da lugar a dos tipos de fenómenos:

1º) Fenómenos de destrucción orgánica, es decir, desorganización o desasimilación.

2º) Fenómenos de creación orgánica, indistintamente llamados organización, síntesis orgánica o asimilación.

Destrucción orgánica.-

Los hechos de destrucción son curiosos, pues son los más evidentes, a los que generalmente se vincula la idea de vida. La destrucción orgánica está, de hecho, determinada por la función del ser vivo. Cuando se produce un movimiento en el hombre o en un animal, parte de la sustancia activa del músculo se destruye o se quema; cuando se manifiestan la sensibilidad y la voluntad, se produce un desgaste de los nervios; cuando se utiliza el pensamiento, una parte del cerebro se consume. Por lo tanto, puede decirse que la misma materia nunca sirve dos veces a la vida. Una vez realizado un acto, la materia que lo produjo deja de existir. Cuando el fenómeno reaparece, nueva materia contribuye a él.

El desgaste molecular siempre es proporcional a la intensidad de las manifestaciones vitales. El cambio material será tanto más profundo o considerable cuanto más activa sea la vida.

La desasimilación expulsa de las profundidades del organismo sustancias que se oxidan tanto más por la combustión vital cuanto más enérgico es el funcionamiento de los órganos. Estas oxidaciones, o combustiones, generan calor animal y producen ácido carbónico que es exhalado por los pulmones, además de otros productos eliminados por diferentes glándulas del organismo. El cuerpo se desgasta y sufre agotamiento y pérdida de peso, lo que refleja y mide la intensidad de las funciones. En todas partes, por así decirlo, la destrucción físico-química está ligada a la actividad funcional, y podemos considerar la siguiente proposición como un axioma fisiológico: toda manifestación de un fenómeno vital está necesariamente ligada a la destrucción orgánica. 7

Esta destrucción se debe siempre a la combustión o fermentación.

Creación orgánica.-

Los fenómenos de la creación orgánica son actos plásticos que se

completan en los órganos en reposo y los regeneran. La síntesis asimilativa reúne los materiales y las reservas que el funcionamiento debe gastar. Es un trabajo íntimo, silencioso y oculto, sin nada que pueda delatarlo externamente.

La viveza con que se nos presentan externamente los efectos de la destrucción orgánica nos engaña hasta el punto de llamarlos fenómenos vitales, cuando en realidad son letales, porque se generan al destruir tejidos.

Los fenómenos de la vida no nos impresionan. La reparación de órganos y tejidos ocurre de forma íntima, silenciosa, oculta. Solo el embriólogo, al seguir el desarrollo del ser vivo, capta los intercambios y las fases reveladoras de este trabajo silencioso. Aquí es un depósito de materia; allá la formación de una envoltura o núcleo; allá una división, una multiplicación, una renovación.

Al contrario, los fenómenos de destrucción, o muerte vital, nos resultan obvios y, de hecho, es por ellos que solemos caracterizar la vida. Sin embargo, cuando se produce un movimiento y un músculo se contrae; cuando se manifiestan la voluntad y la sensibilidad; cuando se ejercita el pensamiento; cuando la glándula secreta, lo que ocurre es el consumo de sustancia muscular, nerviosa y cerebral: por lo tanto, fenómenos de destrucción y muerte.

A lo largo de la existencia, estas destrucciones y creaciones son simultáneas, conectadas e inseparables. Escuchemos siempre al eminente fisiólogo:

Los dos tipos de fenómenos de destrucción y creación solo son concebibles espiritualmente como separables y divisibles. Por naturaleza, están estrechamente vinculados y cooperan en cada ser vivo en una interconexión inquebrantable. Ambas operaciones están absolutamente conectadas e inseparables, en el sentido de que la destrucción es una condición indispensable para la renovación. Los actos destructivos son los precursores e instigadores de aquellos mediante los cuales las partes se restauran y renacen, es decir, de los de la renovación orgánica. De los dos tipos de fenómenos, el que podría considerarse el más vital, el fenómeno de la creación orgánica, está, por lo tanto, de alguna manera subordinado al fenómeno físico-químico de la destrucción.

Propiedades generales de los seres vivos.-

Las propiedades generales de los seres vivos, las que los distinguen de la materia prima de los cuerpos inorgánicos, son cuatro: organización, generación, nutrición y evolución.

De estas cuatro propiedades fundamentales, la Ciencia no explica con claridad más de una, la nutrición, aunque, incluso aquí, el fenómeno por el cual las células seleccionan, en la sangre, los materiales que les son útiles, no

ha sido bien estudiado.

Pronto veremos que la organización y la evolución no pueden entenderse únicamente a través de la interacción de las leyes físico-químicas.

Y, en cuanto a la reproducción, aunque conocemos el mecanismo, la causa sigue siendo un misterio.

Condiciones generales para el mantenimiento de la vida.-

Todos los seres vivos necesitan las mismas condiciones externas para manifestar su existencia, y no hay nada que demuestre mejor la unidad vital, la identidad de la vida en los seres organizados, sean vegetales o animales, que la falta de las cuatro condiciones siguientes: 1º- humedad, 2º- aire, 3º- calor, 4º- una determinada composición química del ambiente.

La humedad.-

El agua es indispensable para la constitución del entorno en el que evolucionan los seres vivos. Como principio constituyente, forma parte de la composición de los tejidos y, además, sirve para disolver una gran cantidad de sustancias, sin las cuales no podrían tener lugar las incesantes reacciones químicas de las que el cuerpo es un laboratorio. La utilidad funcional del agua queda suficientemente demostrada por los famosos ayunadores Merlatti, Succi y el Dr. Tanner, quienes lograron sobrevivir largos periodos de 30 a 40 días sin comer, bebiendo agua destilada. Experimentos realizados con perros demostraron que podían resistir la privación de alimento durante 30 días, siempre que se les proporcionara agua. La privación de este elemento provoca, en ciertos rotíferos, curiosos fenómenos de vida latente: estos animales, convenientemente privados de agua, pierden todas sus propiedades vitales, al menos en apariencia, y pueden permanecer así durante años. Sin embargo, en cuanto se les restituye el agua, vuelven a vivir como antes, siempre que la privación no haya excedido ciertos límites. En el hombre, el coeficiente de agua contenido en el cuerpo es del 90%, lo que de por sí representa su alto valor sustancial en la economía orgánica.

El aire.-

El aire, o mejor dicho, el oxígeno que compone su parte respirable, es necesario para la mayoría de los seres vivos, incluso los inferiores, como las levaduras o los micodermos. Pasteur demostró que los microorganismos provocan la fermentación al apropiarse del oxígeno. Experimentos realizados con conejos demostraron que el animal fallece cuando la proporción de oxígeno, que es de $21/10^{-1}$, disminuye de 3 a $5/10^{-1}$.

El calor.-

Es el tercero de los elementos que sustentan los cuerpos vivos. Sabemos que la vida de las plantas está estrechamente relacionada con la temperatura ambiente. El frío intenso congela los fluidos corporales y degrada los tejidos. De hecho, existe una temperatura promedio para cada animal, que corresponde a su máxima esperanza de vida. Los elementos del cuerpo, en los animales superiores, son bastante delicados, y los límites extremos entre los cuales puede mantenerse la vida están, a su vez, muy próximos. La temperatura interna del organismo no puede bajar de los 20 grados ni subir de los 45 grados en los humanos ni de los 50 grados en las aves. Por lo tanto, en los animales superiores existe una temperatura promedio que se mantiene constante gracias a un conjunto de mecanismos gobernados por el sistema nervioso. Sin esta estabilidad, la función vital jamás podría llevarse a cabo.

Condiciones químicas del medio ambiente.-

Para comprender plenamente el alcance de esta condición, no debemos olvidar que llamamos organismo vivo tanto a la célula que compone los tejidos vegetales y animales, como a estos mismos animales y plantas. De hecho, la célula es un ser vivo: se organiza, se reproduce, se alimenta y evoluciona, al igual que el animal superior.

Después de los trabajos de Schleiden en 1838, de Schwann en 1839, de Prévost y de Dumas en 1842, de Kolliker en 1844 y, más tarde, de Max Schultze, se sabe que, desde la célula libre y única, llamada "plástido" por Haeckel, hasta el hombre, todos los cuerpos vivos no son más que asociaciones de células, idénticas en naturaleza y composición, pero que gozan de propiedades diferentes, según el lugar que ocupan en el organismo.

Así, los tejidos más variados del cuerpo – huesos, nervios, músculos, piel, uñas, cabello, córnea del ojo, etc. – se forman a partir de agregados celulares.

A continuación, veremos que la naturaleza ofrece diversos grados de complejidad en la obtención de estos elementos orgánicos primarios, propios de todos los seres vivos. Dicho esto, volvamos a la cuarta condición. Además del calor, el aire y el agua, es esencial que el medio líquido que baña las células contenga ciertas sustancias indispensables para su nutrición. Durante mucho tiempo se creyó que este medio variaba según la naturaleza del ser. Sin embargo, las investigaciones contemporáneas han permitido verificar que el medio es uniforme para todos los organismos vivos y debe contener:

1º) Sustancias nitrogenadas, entre las que se encuentran el nitrógeno, el carbono, el oxígeno y el hidrógeno.

2º) Sustancias ternarias, es decir, compuestas por los tres elementos: carbono, oxígeno e hidrógeno.

3º) Sustancias minerales, como fosfatos, cal, sal, etc.

Una circunstancia que debe observarse cuidadosamente es que estos tres tipos de sustancias, cualesquiera que sean sus formas, son indispensables para el desarrollo de la vida. Con estas materias primas, los organismos fabrican todo lo útil para la vida del cuerpo. Estas condiciones estudiadas aquí deben realizarse en la esfera de contacto e influencia inmediata sobre la partícula viva, entrando en conflicto con ella.

Nos vemos entonces obligados a distinguir dos medios, a saber:

1º) El ambiente cósmico, o exterior, con el que todos los seres elementales están en relación.

2º) El medio interior, que sirve de intermediario entre el mundo exterior y la sustancia viva.

Si consideramos las partes verdaderamente vivas de los tejidos, es decir, las células, observaremos que están protegidas de las influencias ambientales; que están bañadas por un líquido interno que las aísla, las protege y sirve de intermediario entre ellas y el entorno cósmico. Este medio interno es la sangre. No, cabe decir, la sangre en su totalidad, sino el plasma sanguíneo, es decir, esa parte fluida que incluye todos los líquidos intersticiales, origen y confluencia de todos los intercambios endosmóticos.

No sería absurdo, entonces, decir que el pájaro no vive en el aire atmosférico, ni el pez en el agua, ni la lombriz en la tierra.

El aire, el agua y la tierra son, por así decirlo, una segunda envoltura del cuerpo, siendo la sangre la primera, ya que es ésta la que envuelve inmediatamente los auténticos elementos vitales: las células.

No es, pues, de modo directo como el exterior influye en estos seres completos, que son los animales superiores, como ocurre con los cuerpos brutos o con los seres vivos más simples.

Hay un intermediario forzado que se interpone entre el agente físico y el elemento anatómico.⁹

Lo que acabamos de ver basta para demostrar que la vida física depende del entorno externo y que el viejo adagio «mens sana in corpore sano» es absolutamente cierto. Para que el alma pueda manifestar sus facultades sin restricciones, necesita la integridad de la sustancia corporal.

Similitud del funcionamiento vital en todos los seres vivos.-

Como veremos que el principio inteligente probablemente ha permeado todos los organismos hasta llegar al humano, es urgente demostrar inmediatamente la gran ley de unidad de las manifestaciones vitales en toda la Naturaleza.

No podemos estudiar aquí los fenómenos de destrucción y reconstitución de tejidos orgánicos, pero debemos señalar que las acciones físicas o químicas en juego son las mismas que las que operan en la naturaleza

inorgánica. Durante mucho tiempo se creyó que los cuerpos vivos gozaban de un privilegio especial a este respecto. Hoy, sin embargo, sabemos que este no es el caso y que, ya sean físicos o químicos, los fenómenos son idénticos, ya se trate de materia prima o de cuerpos orgánicos. Lo que varía son los procesos puestos en acción. Sin embargo, los resultados son los mismos. También puede decirse que en todos los niveles de la escala de los seres vivos las operaciones de digestión y respiración son las mismas y que lo que difiere son los aparatos llamados a producir tales resultados. El modo de reproducción de todos los seres vivos también es idéntico, y esta notable similitud en el funcionamiento orgánico se debe a la circunstancia de que deben todas sus propiedades a un elemento común: el protoplasma.

Este es el nombre que se da al contenido vivo de la célula, que constituye su parte esencial, que verdaderamente reside en ella. Por lo tanto, solo en el protoplasma podemos buscar la razón de las propiedades de todos los tejidos. En él residen todas las modalidades posibles, preservadas en estado latente, al aislarse en la forma primitiva de las móneras. Es al diferenciar, al separar sus propiedades, que las encontraremos aisladas en los seres superiores.

El protoplasma es el agente de todas las reconstituciones orgánicas, es decir, de todos los fenómenos íntimos de la nutrición. Además, el protoplasma se contrae bajo la acción de los excitantes y, por lo tanto, preside los fenómenos de la vida de relación.

El sueño también puede considerarse una necesidad impuesta a todos los seres vivos. Las plantas duermen, al igual que los animales, y así como las funciones respiratorias, circulatorias y asimilativas de los animales se completan mientras duermen, lo mismo ocurre con las plantas cuando dormitan.

El sexo y el matrimonio son las condiciones que rigen la reproducción en el mundo vegetal. Son los estambres, el órgano masculino, el pistilo, el femenino; y el ovario, el órgano donde se forman las semillas.

Finalmente, los anestésicos, que actúan tan poderosamente en los animales, producen los mismos efectos en las plantas, como para demostrar la existencia de un principio rudimentario de sensibilidad en las plantas.

Todos estos hechos demuestran claramente el gran plan unitario de la naturaleza. Su lema es: unidad en la diversidad, de modo que el uso de los mismos procesos fundamentales resulta en una variación infinita, lo que establece la fecundidad inagotable de sus concepciones, junto con la unidad de la vida.

La fuerza vital.-

Hasta ahora solo hemos estudiado el funcionamiento de la vida, la forma en que el organismo vivo entra en conflicto con su entorno, pero aún

desconocemos su naturaleza misma. Si comprendemos, por ejemplo, cómo se ejercen las funciones digestivas, es necesario observar que operan en un aparato vivo, es decir, en un organismo que ha producido, mediante procesos peculiares, los materiales necesarios para esta combinación química; y si bien las leyes de afinidad son las mismas en el laboratorio vivo que en el mundo exterior, la vida opera, sin embargo, mediante procesos particulares, completamente diferentes de los que actúan sobre la materia prima.

He aquí, por cierto, lo que dice Claude Bernard, juez competente en la materia:

Aunque los fenómenos orgánicos manifestados por los elementos de los tejidos están todos sujetos a las leyes generales de la fisicoquímica, se complementan con la contribución de procesos vitales propios de la materia organizada y, en este sentido, difieren constantemente de los procesos minerales que producen los mismos fenómenos en los cuerpos en bruto. Considero esta última proposición fisiológica fundamental. El error de los fisicoquímicos reside en no haber hecho esta distinción y en creer necesario reconectar los fenómenos presentados por los seres vivos no solo con las mismas leyes, sino también con los mismos procesos y formas propios de los cuerpos en bruto.

La vida, entonces, tiene una forma especial y viva de proceder para mantener su funcionamiento; hay algo en el ser organizado que no existe en los cuerpos inorgánicos, algo que opera mediante métodos particulares y sui géneris, y que no solo fabrica, sino también repara los órganos. A esto lo llamamos fuerza vital.

Esta observación ha sido realizada por numerosos naturalistas. Stahl imaginó, para explicar la vida, una fuerza vital extrínseca a la materia viva, una especie de sustancia inmaterial —el alma¹¹—, causa fundamental de la vida y de los movimientos que le son inherentes. Partiendo de la falsa idea de que las fuerzas naturales se oponen al cuerpo vivo, creía que la capacidad de resistencia a las influencias destructivas residía en esta fuerza psíquica. Aunque Descartes y Van Helmont habían sostenido doctrinas similares, Stahl desarrolló y llevó su teoría tan lejos que debe ser considerado el fundador del animismo en fisiología.

Stahl había establecido una diferencia radical entre los fenómenos de la naturaleza bruta y los de la naturaleza viva. Mantuvieron este interesante hecho, pero abandonaron la teoría del alma. No había forma de evitar recurrir a otra fuerza fundamental, de la que dependen todas las manifestaciones de la vida, tanto en plantas como en animales, llamada fuerza o principio vital.

Esta fuerza, que gobierna todos los fenómenos vitales, da irritabilidad a las partes contráctiles de los animales y de las plantas, es decir, como hemos visto, la propiedad de ser afectadas por los irritantes externos.

Admitían que los animales poseían el alma de Stahl, que, combinada con el principio vital, presidía los fenómenos intelectuales. Esta teoría tuvo como

principales defensores, en Francia, a Barthez; y, en Alemania, a Hufeland y Blumenbach.

La fuerza vital de la que hablamos está vinculada a esta última perspectiva, pues creemos que existe una fuerza de naturaleza especial que proporciona a la materia organizada algo inexistente en la materia prima: la irritabilidad. Sin embargo, difiere de esto, pues no vemos en esta fuerza más que una modificación de la energía, aún desconocida, una modalidad de fuerza universal, como el calor, la electricidad o la luz. No consideramos esta fuerza una entidad inmaterial, surgida por casualidad, sin antecedentes, ni, más bien, una creación sobrenatural.

También nos diferenciamos de los vitalistas en que no vemos entre los animales y el hombre más que una diferencia de grado, no de naturaleza. Todo lo que existe en la Tierra proviene de innumerables modificaciones de fuerza y materia. La fuerza vital debe encajar en el marco de leyes generales, y nos corresponde demostrar su presencia en los seres vivos.

Flourens parece compartir esta opinión cuando escribe:

Por encima de todas las propiedades particulares y determinadas, existe una fuerza, un principio general y común, que todas las propiedades particulares implican y del cual se presuponen, y que, sucesivamente, puede aislarse, separarse de cada una, sin dejar de existir. ¿Qué principio es este? Sea lo que sea, es esencialmente uno. Existe una fuerza general y una, de la cual todas las fuerzas particulares no son más que expresiones o modalidades.

¿Por qué muere la gente?

Con Claude Bernard, hemos observado la originalidad de los procesos de la materia organizada para la producción de sustancias necesarias para el funcionamiento vital, atribuyendo estas propiedades a órganos dotados de una virtud especial, inexistente en los cuerpos en bruto. Sin embargo, la existencia de una fuerza animadora del organismo se hace aún más evidente al examinar la evolución de todos los seres vivos.

Todo lo que tiene vida nace, crece y muere. Es un hecho general que casi no hay excepciones. 13 Pero ¿por qué morir? Salvo en casos de accidentes o enfermedades que destruyen irremediablemente los tejidos, ¿cómo es posible que, manteniendo constantes las mismas condiciones generales indispensables para el sustento de la vida, es decir, agua, aire, calor y alimento, el ser perezca hasta el punto de la disociación total?

Decir que los órganos se desgastan es solo indicar una fase de la evolución, es demostrar un hecho. En este caso, uno se pregunta: ¿por qué se desgastan los órganos y por qué se mantienen perfectos en la edad adulta, a la vez que aumentan su energía en la juventud?

Estas son preguntas ante las cuales la ciencia materialista guarda

silencio. Sin embargo, se ofrece una explicación, y la presentaremos.

Tan pronto como admitimos una cierta cantidad de fuerza vital en la célula fecundada, todo se vuelve comprensible.

La vida total de un individuo es el resultado de un trabajo a realizar, trabajo que puede medirse por la incesante reconstitución de la materia desgastada por la función vital, y la fuerza necesaria para ello puede considerarse como una función continua, que aumenta, llega a un máximo y cae a cero.

Si lanzamos una piedra al aire, le comunicamos la fuerza de nuestros músculos. La piedra se eleva rápidamente, a pesar de la atracción centrípeta, hasta que las dos fuerzas opuestas se equilibran. Entonces predomina la atracción, la piedra cae y, al llegar a su punto de partida, toda la energía que se le había comunicado ha desaparecido.

Es concebible que algo similar ocurra con los seres vivos. La reserva de energía potencial, proveniente de los progenitores y presente en la célula original, se transforma en energía natural al organizar la materia. Al principio, la acción es bastante enérgica; la asimilación, la agrupación de moléculas, supera a la desasimilación, y el individuo crece; luego viene el equilibrio de pérdidas y ganancias: esto es la madurez, la estabilidad del cuerpo, hasta que, al llegar la vejez, la fuerza vital se agota, los tejidos ya no reciben suficiente nutrición, sobreviene la muerte, el organismo se desintegra y la materia regresa al mundo inorgánico.

Así pues, creemos que existe una cierta cantidad de fuerza vital distribuida en cada criatura que aparece sobre la Tierra; y, como la generación espontánea no existe en nuestro tiempo,¹⁴ es a través de la filiación que se transmite esta fuerza, que, de hecho, sólo se manifiesta en los seres animados.

Pero las propiedades de la vida orgánica no residen únicamente en la materia y su condicionamiento. También debe asumirse que posee una fuerza vital que renueva, es decir, que es eficaz en la destrucción de partes. De ahí el error absoluto de los sabios que creen haber descubierto el secreto de la vida promoviendo la síntesis de materia orgánica. Supongamos que, mediante manipulaciones químicas tan ingeniosas y complejas como podamos imaginar, y manipulando todos los agentes físicos —calor, electricidad, presión, etc.—, pudiéramos fabricar protoplasma artificial...

Pero... ¿la vida? ¿Tendría un producto así? No, desde luego que no, porque lo que caracteriza a la vida es la nutrición restauradora del gasto.

Esta masa protoplásmica debe ser inerte, insensible a los estímulos externos, lo cual no ocurre con la masa viva. Pero, incluso suponiendo que no fuera así, solo podríamos justificarla a expensas de la estructura interna, destruyéndose a sí misma. Esta masa artificial podría subsistir de forma precaria, pero, una vez agotada, no tendría forma de reproducirse; dejaría de vivir.

Hablamos de protoplasma porque representa la materia simple por excelencia; pero si tomáramos una célula, la complicación aumentaría, ya que la célula tiene una forma determinada y la Ciencia es absolutamente incapaz de explicar esta forma, como veremos en breve.

Aquí es importante definir con precisión lo que pensamos, para que nuestra concepción sea muy clara.

El cuerpo humano es una máquina delicada y compleja; los tejidos que lo conforman se originan a partir de combinaciones químicas altamente inestables, debido a sus componentes; y sabemos que las mismas leyes que rigen el mundo inorgánico rigen a los seres organizados. Así, sabemos que, en un organismo vivo, el trabajo mecánico de un músculo puede traducirse en el equivalente de calor; que la fuerza ejercida no es creada por el ser, sino que proviene de una fuente externa que le proporciona alimento, incluido el oxígeno; y que la función del cuerpo físico consiste en transformar la energía recibida, almacenándola en combinaciones inestables que la liberarán a la más mínima excitación apropiada, es decir, por acción voluntaria, por la acción de irritantes especiales de los tejidos o por actos reflejos.

Hasta ahora nada más explicable mediante leyes físico-químicas.

Pero cuando ocurre una de estas acciones, cuando se destruye la sustancia del músculo activo, es entonces cuando la fuerza vital interviene para reconstituir el tejido, reconstruyendo las células que sirven a la manifestación vital. Esto es precisamente lo que diferencia al ser animado de la materia prima.

En la planta más pequeña hay algo más que en el mineral, y este algo no siempre repara el cuerpo en las mismas condiciones. Esta reparación varía con la edad: completa en la juventud, incompleta en la vejez. Es una fuerza que tiende a disminuir hasta extinguirse.

Existe, por lo tanto, una fuerza vital completamente distinta a las que conocemos, pero una fuerza que también es una modificación de la energía universal, así como la electricidad se distingue del calor o el magnetismo, ya que ambas son meras modalidades de la misma energía. Por sí sola, esta fuerza vital no generaría nada si no fuera por la inteligencia asociada a ella, desde las manifestaciones más rudimentarias hasta culminar en el complejo superior: el hombre. Todo ser vivo posee una porción de inteligencia muy rudimentaria, hasta donde podemos imaginar en formas vitales primitivas, pero esta inteligencia aumenta y se vuelve más específica a medida que asciende en la cadena de seres, hasta florecer en la humanidad.

Tendremos ocasión de volver sobre este tema tan relevante tan pronto como hayamos establecido el papel del periespíritu en los seres animados.

La fuerza vital por sí sola no bastaría para explicar la forma característica de todos los individuos, ni justificaría la jerarquía sistematizada de todos los órganos, ni su sinergia basada en un esfuerzo común, ya que son a la vez autónomos y solidarios. Aquí es donde entra en juego la intervención

ascendente del periespíritu, es decir, de un órgano que posee las leyes organogénicas, que mantienen la fijeza del organismo mediante constantes mutaciones moleculares.

La utilidad fisiológica del periespíritu.-

Hemos establecido en principio, a través de experimentos espirituales, que los Espíritus mantienen su forma humana, y esto no sólo porque típicamente se presentan de esa manera, sino también porque el periespíritu contiene todo un organismo modelo fluídico, a través del cual debe organizarse la materia, en el condicionamiento del cuerpo físico.

Consolidemos esta gran verdad estudiando el desarrollo uniforme de cada ser, según su tipo particular, y mostrando luego la necesidad del doble fluídico para jerarquizar la materia y diferenciar sus propiedades, según las necesidades de los diferentes órganos.

Primero, veamos la fuerza que da forma a la materia.

Idea rectora.-

En cada ser, desde su origen, se puede comprobar la existencia de una fuerza que actúa en una dirección fija e invariable, según la cual se construirá el plan escultórico del recién llegado, a la vez que su tipo funcional.

En la formación del ser vivo, la vida proporciona como contingente únicamente la materia irritable del protoplasma, materia amorfa, en la que es imposible distinguir el más mínimo rudimento de organización, el más insignificante indicio de lo que pueda ser el individuo. La célula primitiva es absolutamente idéntica en todos los vertebrados. No se encuentra en ella nada que indique el nacimiento de un ser distinto de otro, ya que la composición es siempre única para todos.

Es necesario pues admitir la intervención de un nuevo factor que determina las condiciones constructivas del edificio vital.

Necesitamos recurrir al periespíritu, pues es él quien contiene el diseño preliminar, la ley omnipotente que servirá de regla inflexible para el nuevo organismo y que le asignará su lugar en la escala morfológica, según su grado de evolución. Es en el embrión donde se lleva a cabo esta acción directiva. He aquí, en efecto, el curso del fenómeno, según Claude Bernard:

Cuando consideramos la evolución completa de un ser, vemos claramente que su existencia es el resultado de una ley orgánica que preexiste en una idea preconcebida y se transmite por tradición orgánica de un ser a otro. En el estudio experimental de los fenómenos de histogénesis y organización, se podrían justificar las palabras de Goethe al comparar la naturaleza con un gran artista. De hecho, la naturaleza y el artista proceden de la misma manera en la manifestación de la idea creativa. En el desarrollo del embrión vemos, ante todo, un simple boceto, que precede a toda

organización. Los contornos del cuerpo y los órganos son, más bien, meros esbozos, comenzando con las preparaciones orgánicas provisionales que servirán como aparatos temporales para el feto. Ningún tejido es aún distinguible. Toda la masa consiste únicamente en plasma y células embrionarias. Sin embargo, en este boceto se traza el diseño ideal de un organismo aún invisible, que ha asignado a cada partícula y elemento su lugar, su estructura y sus funciones. Donde debe haber vasos sanguíneos, nervios, músculos, huesos, etc., las células embrionarias se transforman. "en glóbulos sanguíneos, tejidos arteriales, venosos, musculares, nerviosos y óseos".

Así pues, el ilustre fisiólogo define lo que piensa así:

Lo que se relaciona esencialmente con el ámbito de la vida y no pertenece a la química, la física ni a ninguna otra cosa que podamos imaginar, es la idea rectora de esta acción vital. En cada germen vivo hay una idea rectora que se manifiesta y se desarrolla en su organización. Luego, a lo largo de toda su vida, el ser permanece bajo la influencia de esta fuerza creativa, hasta que muere, cuando ya no puede ser eficaz. Es siempre el mismo principio de conservación del ser el que reconstituye sus partes vivas, desorganizadas por el ejercicio, los accidentes o las enfermedades. 15

Tomemos, por ejemplo, varias semillas de diferentes especies. Al analizarlas químicamente, no encontraremos la más mínima diferencia en su composición: son absolutamente iguales.

Plantémoslas entonces en la misma tierra y veremos que cada una está sujeta a una idea rectora especial, diferente a la de su vecina. Durante la vida de la planta, esta idea rectora preservará su forma característica y renovará sus tejidos según el plan preconcebido y de acuerdo con el tipo que se le asignó originalmente.

Dado que la materia prima es idéntica en todas las plantas, así como la fuerza vital es idéntica en todos los individuos, es importante que exista otra fuerza que origine y mantenga la forma. Atribuimos esta función al periespíritu, tanto en el reino vegetal como en el animal.

Encontramos esta idea rectora tangiblemente realizada en la envoltura fluídica del alma. Es el alma la que encarna la materia, vela por la reparación de las partes dañadas, preside las funciones generales y mantiene el orden y la armonía en el torbellino de intercambios que se renuevan incesantemente.

El funcionamiento orgánico.-

Llamamos especialmente la atención del lector sobre este punto, quizá un tanto abstracto, pero de capital importancia para nuestra teoría.

Si antes de la vida fetal comprobamos la necesidad del periespíritu para modelar la materia, comprendemos aún mejor su importancia cuando examinamos el conjunto de funciones del organismo animal, su autonomía y

la solidaridad que las reúne a todas en sinergia de esfuerzos encaminados a la conservación del ser.

La irritabilidad, sello distintivo de la vida, pertenece al protoplasma celular. En la serie de seres que han evolucionado desde las móneras hasta el hombre, la célula primitiva se ha diversificado y vuelto más específica, de modo que cada tejido ha exhibido una de las propiedades de este protoplasma. Sin embargo, los actos y funciones vitales pertenecen únicamente a órganos y aparatos, es decir, a conjuntos de partes anatómicas. La función es una serie de actos o fenómenos agrupados, armonizados, que buscan un resultado.

La digestión, por ejemplo, requiere la intervención de una serie de órganos, como la boca, el esófago, el estómago, el intestino, etc., puestos en acción sucesivamente para transformar los alimentos.

Vemos, pues, que para realizar la función intervienen innumerables actividades de elementos anatómicos; pero, la función no es la suma bruta de las actividades elementales de células yuxtapuestas, porque ellas están compuestas y perpetúan unas por otras, armonizadas e interconectadas de tal manera que contribuyen a un resultado común.

El resultado previsto por el Espíritu constituye el vínculo y la unidad. Es él quien promueve la función.

Esto, la función, es, por tanto, algo abstracto e intelectual, de ningún modo representado materialmente por ninguna de las propiedades elementales.

Existe una función respiratoria y circulatoria, pero no existe ninguna propiedad respiratoria ni circulatoria en los múltiples elementos que compiten en ellas. La laringe tiene una función vocal, pero los músculos carecen de propiedades vocales, y así sucesivamente.

El cuerpo de un animal superior es un organismo complejo, formado por un conjunto de células ensambladas de forma diversa, en el que se respetan las condiciones vitales de cada elemento, pero cuyo funcionamiento está subordinado al conjunto. Es como si dijéramos: independencia individual, pero obediencia a la vida total.

Cada órgano tiene vida propia, autonomía, y puede desarrollarse y reproducirse independientemente de otros tejidos. Autónomo en el sentido de que no se apropia de las condiciones esenciales de su vida ni de los tejidos vecinos ni del conjunto, pues las posee en sí mismo, por su naturaleza protoplásmica. Por otra parte, está vinculado al conjunto por su función, o por el producto de esta función.

Una simple comparación nos ayudará a comprender mejor este carácter dual de los órganos.

Imaginemos al ser complejo, animal o vegetal, como una ciudad con una fisonomía propia que la distingue de todas las demás. Los habitantes de esta ciudad representan los elementos anatómico-orgánicos: todos viven, respiran

y se alimentan de la misma manera y poseen las mismas facultades generales que el hombre (autonomía de los órganos, en lo que respecta a las condiciones esenciales para la vida).

Sin embargo, cada persona tiene su propio oficio, industria, habilidades o talentos, a través de los cuales participa de la vida social y depende de ella (subordinación de cada cuerpo al todo, a través de su funcionamiento).

El albañil, el panadero, el carnicero, el industrial, el artesano, proporcionan productos tanto más variados y abundantes cuanto mayor es el nivel de progreso de la sociedad en cuestión.

Esto es lo que sucede con el animal complejo.

El organismo, al igual que la sociedad, está construido de tal manera que se respetan las condiciones de vida elemental o individual. Estas condiciones son las mismas para todos, pero, sin embargo, cada miembro depende, en cierta medida, por su función, del lugar que ocupa en el organismo, en el grupo social. Por lo tanto, la vida es común a todos y solo las funciones son distintas.

Estas variadas funciones, que armonizan para contribuir a la vida total, están necesariamente dirigidas por una fuerza consciente del fin que se persigue. No es casualidad lo que preside esta sabia multiplicidad, esta coordinación, pues los mismos órganos, por ejemplo las glándulas, aunque constitutivamente similares entre sí, producen secreciones variadas, según el lugar que ocupan en el organismo.

Existe, por tanto, una jerarquía en estos dispositivos, un orden preestablecido que se mantiene rigurosamente a lo largo de la vida.

Ahora bien, este estado vital no está impreso en la materia mutable, intercambiable, incesantemente renovada, sino que reside en esta estructura fija, invariable, que llamamos doble fluídico.

Este periespíritu, cuya experiencia de la realidad ha demostrado, es indispensable para la estabilidad del ser vivo, en medio de toda esta complejidad de acciones vitales, de esta efervescencia perpetua resultante de la cadena de descomposiciones y recomposiciones químicas ininterrumpidas, en la red, en fin, de nervios, músculos, glándulas que se entrecruzan, circulan, se interpenetran con líquidos y gases, en aparente desorden, pero de la que, sin embargo, surgirá la más estupenda regularidad.

Las grandes funciones de la digestión, la respiración y las secreciones; las muy variadas acciones de los sistemas nervioso-motor, sensitivo y ganglionar, no se verán perturbadas. Cooperando sin descanso para alimentar el entorno orgánico, le proporcionan los materiales para la síntesis asimilativa, y todas estas acciones, tan multiplicadas, tan diversas y, sin embargo, tan constantes, se complementan entre sí, a pesar de la renovación ininterrumpida de todas las moléculas que forman estos variados órganos.

La nueva materia transportada por los alimentos parece dar testimonio de una inteligencia perfecta en cuanto a los fines buscados; pero cuando

consideramos que todas estas moléculas son pasivas, desprovistas de toda espontaneidad, nos vemos necesariamente obligados a preguntarnos por la fuerza que dirige estos innumerables productos químicos, utilizando sus propiedades peculiares en la grandiosa fabricación de la armonía vital.

Volviendo al ejemplo anterior, es como si cada individuo –albañil, panadero, etc.– sucumbiera después de haber cumplido su tarea una sola vez, y fuera inmediatamente sustituido por cualquier hombre.

Sería necesario que alguien le indicara al sustituto qué debía hacer, el tipo de trabajo que le correspondía. Lo que, a nivel social, solo se podía lograr mediante educación previa, la naturaleza lo hace improvisadamente.

Todas las moléculas orgánicas, similares entre sí, realizarán diferentes tareas, dependiendo de su ubicación en el organismo.

La función pertenece a un conjunto y no a las unidades que lo componen. Este conjunto resulta de una ley vinculada a su propia estructura, sustentada por la idea rectora que moldeó al individuo, externa e internamente, a través del periespíritu.

Una circunstancia capital, que nunca debemos olvidar, es que, real y positivamente, todas las partes del cuerpo están en constante cambio. No existe la más mínima partícula de tejido en el ser humano que no esté sujeta a renovación y renacimiento perpetuo.

Ya hemos dicho que la misma materia nunca aprovecha dos veces la manifestación vital y que, tras unos años, toda la materia se ha renovado por completo. No queda ni una sola molécula antigua; todos los miembros de esta república han dado paso a sus sucesores y, sin embargo, las funciones nunca se han interrumpido; la vida ha seguido engendrando, en el mismo orden imperturbable, los fenómenos de su evolución, pues su ley orgánica reside en el cuerpo incorruptible e imponderable: el periespíritu.

Es realmente sorprendente lo empobrecidas que son las conclusiones a las que llegan las mentes robustas cuando se enfrentan a estos fenómenos, cuya explicación les resulta imposible, y se quedan confinadas en ideas preconcebidas. Aquí tenemos a uno, y no el menos importante, Maudsley, cuando se enfrenta a la identidad personal, perseverante en el torbellino de la vida. Veamos cómo sale airoso de la dificultad:

Si me aseguraran que no queda ni una sola partícula de mi cuerpo de hace treinta años; que su masa ha cambiado radicalmente y que es absurdo, en este caso, hablar de identidad, lo que hace imprescindible presumir que el cuerpo está habitado por una entidad inmaterial, que mantiene su identidad personal a través de cambios perpetuos y accidentes estructurales, respondería que quienes me han conocido, desde mi juventud hasta hoy, no están más seguros de mi identidad que yo, y, sin embargo, están convencidos de ella, como yo mismo, aunque me consideraran el mayor mentiroso del mundo y no creyeran ni una sola palabra de mi testimonio subjetivo. Diría además que estas personas están igualmente convencidas de la identidad

personal de sus perros o caballos, cuyo testimonio subjetivo es nulo en la especie, y, finalmente, que, al atribuirme una sustancia inmaterial, es necesario admitir que ha sufrido tantos cambios que me deja inseguro de que quede algo de lo que era hace treinta años, por lo que, con la mejor intención, no veo la necesidad, o "el beneficio que se obtiene de la supuesta identidad, que en mi opinión es superflua".

¿El beneficio? – Pero es precisamente explicar aquello sin lo cual se vuelve incomprendible.

Esta objeción es común: si se destruye radicalmente todo el organismo para dar paso a otro, este será similar, pero no idéntico al primero. Y en este caso, la persistencia mnemónica, por ejemplo, es inexplicable. Nuestro filósofo responde que, dado que otros la reconocen, significa que no ha cambiado. Esta es la famosa historia del cuchillo de Janot, del cual se le quitaron sucesivamente la hoja y el mango, y que permaneció igual para todos los que lo miraron, aunque radicalmente cambiado.

Maudsley lo dice, simplemente, en el sentido: "todo el mundo reconoce el cuchillo de Janot, así que basta con que sea el mismo".

Admitamos que, para un filósofo, este razonamiento no es tan bueno y que podría haber encontrado algo mejor. Luego, esa premisa de que, una vez que el alma existió, ya no podía ser la misma... Pero, en resumen, ¿por qué no? No lo dice, ni nos da ninguna explicación al respecto. Son simples afirmaciones que no afectan en absoluto al problema y, por el contrario, demuestran la impotencia en la que se encuentran los materialistas al abordar cuestiones inherentes al alma y su función en el cuerpo humano.

En efecto, ¿cómo no comprender la necesidad de un organismo fluido, no sujeto a mutaciones materiales, para conservar y aplicar las leyes orgánicas, cuya necesaria continuidad se opone a la movilidad e inestabilidad características de las acciones vitales?

¿Mediante qué prodigio se mantendría el tipo individual? ¿En qué parte del cuerpo se preservarían las tradiciones raciales y hereditarias? ¿En qué misterioso rincón del edificio móvil se refugiarían los caracteres, tan constantes e inalterables, que diferencian a los seres entre sí, tanto desde un punto de vista individual como zoológico?

El periespíritu no es un concepto filosófico inventado para explicar hechos; es un órgano indispensable para la vida física, reconocible mediante la experimentación. Fue en el estudio de la materialización de los espíritus donde se reveló su papel, destacando sus propiedades funcionales. Este descubrimiento explica fenómenos que la ciencia solo ha registrado, sin poder justificarlos.

Este esquema del ser, que preexiste a toda organización, esta reparación perpetua de los tejidos mediante reglas fijas, este orden que no cambia a pesar de la sucesiva afluencia de nuevos elementos, esta evolución cuya ley domina, a lo largo de la vida, el conjunto de intercambios materiales,

modificándolos profundamente según la edad; todo esto se hace comprensible con la teoría espiritista. Sin ella, por el contrario, una oscuridad indescifrable se extiende sobre todos los fenómenos que nos afectan tan de cerca. Admitamos la existencia del periespíritu y todo se vuelve claro y comprensible; la lógica de los hechos se hace evidente; es una explicación racional en lugar del misterio, un descubrimiento que nos lleva a dar un paso más en el tan difícil conocimiento de nosotros mismos.

Hasta este punto, solo hemos considerado el aspecto material de la cuestión, pero desde el punto de vista psíquico, la necesidad del papel del periespíritu es tan imperiosa que no hay forma de negarla. Es una convicción fácilmente refutable si estudiamos la vida intelectual del hombre.

El papel psicológico del periespíritu. – Identidad.-

La vida psíquica de cada ser pensante presenta una continuidad que asegura su identidad. Porque no percibimos ninguna brecha en nuestra vida mental, tenemos la certeza de que la individualidad que reside en nosotros es siempre la misma. La memoria reconecta ininterrumpidamente todos los estados de conciencia, desde la infancia hasta la vejez. En forma de recuerdos, podemos evocar sucesos del pasado, darles vida ficticia, juzgar sus fases, darnos cuenta de que, a pesar de todas las vicisitudes, luchas, choques morales, debilidades o triunfos de la voluntad, siempre es el mismo yo que odió o amó, disfrutó o sufrió. En una palabra: que somos idénticos.

¿En qué parte del ser reside esta identidad?

Evidentemente, en el espíritu, pues es el espíritu el que siente y desea. En la Tierra, las facultades intelectuales están vinculadas, en sus manifestaciones, a un determinado estado del cuerpo, y el cerebro es el órgano a través del cual se transmite el pensamiento al exterior. El cerebro, sin embargo, está en constante cambio; las células de sus tejidos se agitan, modifican y destruyen constantemente por sensaciones internas y externas. Más que las demás, estas células sufren una rápida desintegración y, en muy poco tiempo, son completamente reemplazadas.

¿Cómo podemos entonces concebir la conservación de la memoria y, con ella, la identidad?

Por nuestra parte, no dudamos en creer que el periespíritu, incluso en este caso, desempeña un papel fundamental, lo que evidencia su necesidad, dado que los argumentos que hemos validado a favor del mecanismo fisiológico se aplican aún mejor al funcionamiento intelectual, que es mucho más intenso y variado que las acciones de la vida vegetal o animal. De estos dos órdenes de hechos bien comprobados, se desprende: la renovación incesante de las moléculas y la preservación de la memoria, que las sensaciones y los pensamientos registrados no solo se graban en el cuerpo

físico, sino también en lo inmutable: la envoltura fluídica del alma. Así es como se puede representar el fenómeno.

Todos sabemos que para que se produzca una sensación es necesario que uno de los órganos sensoriales sea excitado por un movimiento vibratorio, capaz de irritar el nervio correspondiente.

La descarga recibida se propaga al cerebro, donde el alma toma consciencia de ella mediante un fenómeno llamado percepción. Sin embargo, sabemos que entre el cerebro y el alma existe el periespíritu, que la descarga debe atravesar, dejando una huella.

En efecto, al mismo tiempo que se percibe la sensación –lo que ocurre en el momento en que la célula cerebral empieza a vibrar–, el periespíritu, que transmite el movimiento al espíritu, lo registra.

La célula puede entonces desaparecer, tras haber cumplido su función. La célula que la sucederá será formada por el periespíritu, que le impartirá los mismos movimientos vibratorios que había recibido. De esta manera, la sensación se conservará y podrá reaparecer cuando el espíritu así lo desee.

Es fundamental que esto sea así, ya que la certeza del trabajo molecular del cerebro es absoluta. La intensidad de la actividad intelectual puede incluso medirse por el aumento de temperatura de las capas corticales y las consiguientes pérdidas excretoras.

El sustrato material se destruye y reconstituye incesantemente.

Si el periespíritu no fuera una especie de fonógrafo natural, que registra las sensaciones para reproducirlas después, sería imposible adquirir conocimiento, ya que el nuevo ser, el que sustituye incesantemente al antiguo, nada sabe del pasado.

Es pues lógico admitir que el periespíritu tiene gran importancia desde el punto de vista psíquico, y no hay en ello nada que deba sorprendernos, porque, en definitiva, es parte del alma y le sirve de agente en relación con la materia.

El sistema nervioso y la fuerza nerviosa o psíquica.-

Hemos constatado la existencia, en el hombre, de una enorme cantidad de acciones vitales, que se complementan simultáneamente y cada órgano trabaja con su propia autonomía, pero fieles a la comunidad y en solidaridad con el todo del que forman parte.

Esta coordinación de elementos tan diversos se consigue a través de diferentes sistemas nerviosos, cuya red abarca todo el cuerpo.

Es inútil recordar extensamente que todos los órganos de la vida vegetativa – corazón, vasos, pulmones, canal intestinal, hígado, riñones, etc. –, por muy extraños que sean entre sí y por muy absortos que parezcan en sus propias necesidades peculiares, están sin embargo unidos por la estrecha

solidaridad debida a los sistemas gransimpático y ganglionar, cuya acción regular escapa a la voluntad.

Para que las funciones se cumplan sin tregua es necesaria una estabilidad que apenas encaja con la movilidad propia de los actos voluntarios.

Sin embargo, este sistema no permanece aislado en el ser; se revela al espíritu a través de sensaciones de bienestar o malestar, como el hambre y la sed, y, a veces, a través de impresiones más claras, cuando la enfermedad afecta a algún órgano.

Los fenómenos generales de la vida orgánica están regulados por el sistema nervioso cerebroespinal, es decir, los nervios sensoriales, los nervios motores, la médula espinal y el cerebro.

La fisiología ha estudiado y demostrado las funciones respectivas de estos órganos. Se han aislado mediante diferentes procesos, reconociendo que la vida psíquica tiene un territorio bien definido. ¿Dónde debería ubicarse la sede de la actividad psíquica?

La experiencia nos proporciona, a este respecto, indicaciones precisas.

Tomemos cualquier vertebrado inferior, como una rana. La vemos saltar, croar, intentar escapar; su actividad cerebral, por restringida que supongamos, se manifiesta mediante movimientos de lucha y defensa, en una agitación incesante.

Pues bien: podemos, de repente, suprimir todas estas manifestaciones, simplemente destruyendo, con un cuchillo, el sistema nervioso central.¹⁶

La escena cambia de inmediato. El animal que gritaba, saltaba, forcejeaba y se defendía se ha convertido en una masa inerte, que ninguna excitación puede revelar. Ya no hay movimientos, ni espontáneos ni reflejos.

Mientras tanto, el corazón sigue latiendo y los nervios y los músculos motores son excitables por la electricidad: todo el aparato, todos los tejidos están vivos, excepto el aparato central destruido.

El aparato apto para las manifestaciones intelectuales ha sido eliminado, el principio inteligente ya no puede utilizarlo, los fenómenos psíquicos han desaparecido.

El nervio motor que conecta el cerebro y los músculos debe conducir algo desde la célula central hasta el músculo, que se contrae bajo su influencia. De igual manera, la sensación transportada por la fibra nerviosa sensitiva debe ser transmitida por algo que modifique el estado de la célula central.

¿Podemos determinar la naturaleza de este algo y decir qué es? Esta pregunta se ha planteado tantas veces que aún no se ha resuelto. Para evitar situaciones embarazosas, se suele apelar a la acción del nervio. Pero hablar de acción nerviosa no aclara mucho sobre su naturaleza.

Los físicos, sin embargo, quisieron reducir esta influencia a otro agente físico, y fue entonces la electricidad la que apareció de forma natural, ya que, cuando un músculo se sustrae a la influencia de la voluntad transmitida por el

nervio motor, esta acción puede perfectamente ser sustituida por la electricidad.

Sin embargo, esta teoría no es demostrable en el estado actual de la ciencia.¹⁷ Una vez que el filamento nervioso se interrumpe mediante seccionamiento, la corriente eléctrica aún continuará a través de las partes conductoras vecinas, mientras que la más mínima lesión, fisiológica o anatómica, impide que la influencia nerviosa se transmita al músculo.

La influencia nerviosa es, por lo tanto, una acción especial, un agente fisiológico distinto de cualquier otro. Se diferencia de la fuerza vital, como vimos en la experiencia de la rana, cuya vida vegetativa y movimientos automáticos persisten a pesar de la supresión de la influencia neuropsíquica, al igual que ocurre con las extremidades paralizadas que siguen vivas a pesar de estar exentas de la influencia de la voluntad.

Los trabajos recientes de Crookes y De Rochas han demostrado experimentalmente la existencia de esta fuerza nerviosa.

El famoso físico inglés publicó las investigaciones realizadas con Home.¹⁸

Utilizando instrumentos de medición, precisos y delicados, midió esta fuerza que actuaba sobre objetos inanimados sin contacto visible.

Con Albert de Rochas vimos cómo esta fuerza puede externalizarse, confirmando así los experimentos de Crookes.

Hay, pues, una notable progresión entre la evolución del principio inteligente y las fuerzas que le sirven para manifestarse en el organismo vivo.

En los seres inferiores, en los que no hay funciones diferenciadas, sólo se revela la fuerza vital; pero, con el desarrollo del organismo y la especificación de las propiedades protoplásmicas, aparece el regulador, el coordinador de las acciones vitales: el sistema neuroganglionar, siempre activado por la fuerza vital.

Finalmente, a medida que continúa la evolución, los fenómenos de la vida psíquica adquieren cada vez mayor importancia, se organiza el sistema cerebrospinal y surge una diferenciación especial de energía: la fuerza nerviosa, que afectará especialmente a la vida intelectual.

Más adelante veremos el papel que juega en la vida psíquica y cómo sus modificaciones determinan estados sonámbulos y otros cambios en la personalidad.

Resumen.-

De los estudios realizados parcialmente en este capítulo, se desprende que, según la enérgica frase de los teólogos, es el alma la que condiciona el cuerpo, es decir, la que lo modela según un plan preconcebido, tanto como lo dirige a través del periespíritu.

La forma humana, salvo los cambios propios de la edad, conserva su tipo

a pesar del incesante flujo de materia que atraviesa el cuerpo. De esta manera, se asemeja a una red, entre cuyas mallas se insinúan las moléculas. Este retículo fluídico también contiene las leyes del mecanismo vital y se mantiene estable a través del torbellino de acciones físico-químicas que incesantemente destruyen y reconstruyen el edificio orgánico.

El ser humano está compuesto pues de tres elementos distintos: el alma con su periespíritu, la fuerza vital y la materia.

La fuerza vital desempeña aquí un doble papel: confiere al protoplasma sus propiedades generales y al periespíritu el grado de materialidad necesario para que manifieste las leyes que oculta, haciéndolas pasar finalmente de la virtualidad al acto.

La gran autoridad de Claude Bernard, a quien hemos consultado en numerosas ocasiones, confirma nuestra opinión sobre este punto. Así se expresa en su libro Investigaciones sobre los problemas de la fisiología:

“Hay –dice– una especie de diseño vital, que traza el plan de cada ser y de cada órgano; de modo que, considerado aisladamente, cada fenómeno orgánico es tributario de las fuerzas generales de la naturaleza, revelando una especie de vínculo especial, pareciendo estar dirigido por alguna condición invisible en la ruta que siguen, en el orden que los une entre sí.

“Así, las acciones químico-sintéticas de organización y nutrición se manifiestan como si estuvieran animadas por una fuerza impulsiva que gobierna la materia, haciendo la química apropiada a un fin y poniendo en juego los reactivos ciegos de los laboratorios, a la manera de los propios químicos.

“Es este poder de evolución, inherente al óvulo —que nos hemos limitado a enunciar aquí—, el que constituiría, en sí mismo, el quid proprium de la vida; pues es claro que esta propiedad del óvulo, producir un mamífero, un ave o un pez, no es ni física ni química.”

La vida resulta pues claramente de la unión de la fuerza vital con el periespíritu, dando la primera la vida propiamente dicha y el segundo las leyes orgánicas, compitiendo el alma con la vida psíquica.

De estos tres factores, solo uno es siempre idéntico: la vida. El Espíritu, al transitar por la materia viva, desde los tiempos primitivos del mundo, ha alcanzado gradualmente una transformación progresiva y perfeccionada. Creemos que es el agente de la evolución de las formas orgánicas y, por ende, la razón del periespíritu, que preserva sus leyes. Fue solo muy lenta y progresivamente que estas leyes se incrustaron en su textura.

Veremos cómo un movimiento, inicialmente voluntario, puede volverse habitual, mecánico y, finalmente, automático e inconsciente... Este es el aspecto fisiológico. Lo mismo ocurre con las manifestaciones intelectuales, dado el paralelismo de ambas evoluciones. Es difícil, en primer lugar, representar una materia fluídica, invisible e imponderable que actúa sobre la materia para ordenarla mediante leyes; sin embargo, podemos encontrar

analogías que nos permiten formarnos una idea bastante aproximada de este tipo de acción.

En física, conocemos un instrumento llamado electroimán, que servirá de comparación. Consiste principalmente en un cilindro de hierro templado doblado en forma de herradura, alrededor del cual se enrolla un largo alambre de cobre aislado, a la derecha y a la izquierda de las respectivas ramas. Los extremos de hierro se denominan polos del electroimán.

Al pasar una corriente eléctrica a través del alambre de cobre, el hierro se magnetiza y conserva esta propiedad mientras dura la acción eléctrica. Si giramos el aparato de forma que los polos queden en el aire y colocamos encima una tarjeta delgada rociada con limaduras de hierro, observaremos que las limaduras se disponen espontáneamente en líneas regulares, formando patrones variables que corresponden a la forma de los polos. Estas figuras recibieron el nombre de espectros o fantasmas magnéticos, y las aglomeraciones de limaduras se denominaron líneas de fuerza, porque reflejan objetivamente la acción de las fuerzas magnéticas.

Tenemos así un ejemplo material de lo que le sucede a todo ser animado.

Una fuerza invisible e imponderable —el magnetismo— actúa sin contacto sobre la materia: las limaduras. En nuestro ejemplo, la electricidad representa el papel de la fuerza vital, el electroimán el del periespíritu, y las limaduras representan las moléculas que componen los tejidos orgánicos.

En el imán pueden formarse polos secundarios, llamados puntos consecuentes, de modo que también producen espectros secundarios, que, mezclándose con los primeros, dan lugar a las figuras más complicadas.

El magnetismo es una fuerza imponderable, ya que un imán capaz de levantar veintitrés veces su propio peso no pesa más que antes de ser magnetizado. Comparando la acción del periespíritu sobre la materia con la de un electroimán sobre las limaduras, podemos hacernos una idea de su modo de funcionamiento. Es concebible que sea capaz de moldear la sustancia del ser embrionario, dándole una forma externa, destinada a un tipo específico, al mismo tiempo que faceta los órganos internos —pulmones, corazón, hígado, cerebro, etc.—, que contribuyen a las funciones vitales.

El espectro magnético no forma más que un dibujo en la carta, un dibujo que representa un agregado formado en la esfera de influencia magnética; sin embargo, si dispusiéramos una serie de cartas en abanico alrededor de los polos, veríamos el espectro magnético extenderse y formar un campo magnético en todas direcciones. Esto es lo que ocurre con el periespíritu, con la única diferencia de que sus líneas de fuerza son internas o, dicho con mayor precisión: el cuerpo físico es el espectro magnético del periespíritu.

Los patrones formados por los polos del electroimán son simples porque el movimiento molecular del hierro es simple. En la envoltura fluida, este movimiento es muy complejo y, por lo tanto, existe una gran diversidad en

los seres vivos. De la misma manera que la acción magnética se mantiene mientras la corriente eléctrica circula por el cable de cobre, el cuerpo permanece vivo mientras la fuerza vital anima el periespíritu.

Podemos llevar la analogía aún más lejos. Las propiedades magnéticas del hierro dulce permanecen latentes hasta que la electricidad las despierta, orientando las moléculas metálicas.

Así, las propiedades organogénicas del periespíritu también latentes, por así decirlo, mientras el alma vaga por el espacio, y solo se activan bajo la influencia de la fuerza vital. Esto se debe a que los Espíritus, en sus manifestaciones, pueden reconstituir un cuerpo temporal activando el mecanismo periespiritual, siempre que un médium les proporcione la fuerza vital y la materia indispensables para esta operación.

En resumen, una fuerza imponderable —la electricidad— determina, por inducción, el nacimiento de otra fuerza imponderable —el magnetismo—, que ejerce una acción directriz sobre la materia prima. En el ser vivo, la fuerza vital actúa sobre el periespíritu, y este puede entonces desarrollar sus propiedades, que son, como hemos visto, la formación y reparación del cuerpo físico.

Dado que el periespíritu es materia, tiene una forma bien definida y es indestructible, podemos concebir modificaciones sucesivas de su movimiento atómico, correspondientes a modificaciones y complicaciones cada vez mayores en su *modus operandi*. En otras palabras, cabe decir que, comenzando por organizar formas muy rudimentarias, fue capaz, tras una larga evolución de millones de años e incontables reencarnaciones, de dirigir organismos cada vez más delicados y perfeccionados, hasta llegar al ser humano. Alma y periespíritu forman un todo indivisible, constituyendo, juntos, la parte activa y la pasiva, las dos caras del principio pensante. La envoltura es la parte material, cuya función es retener todos los estados de conciencia, sensibilidad o voluntad; es el depósito de todo conocimiento y, dado que nada se pierde en la naturaleza, al ser la envoltura indestructible, el alma posee plena memoria cuando está en el espacio.

El periespíritu es la idea rectora, el plano imponderable de la estructura orgánica. Es el periespíritu que almacena, registra y preserva todas las percepciones, voliciones e ideas del alma. Y no solo inscribe en la sustancia todos los estados mentales determinados por el mundo externo, sino que también constituye el testigo inmutable, el portador indefectible de los pensamientos más fugaces, de los sueños apenas vislumbrados y formulados.

Es, en resumen, el fiel guardián, la colección imperecedera de nuestro pasado. En su sustancia incorruptible se fijaron las leyes de nuestro desarrollo, convirtiéndola, por excelencia, en la preservadora de nuestra personalidad, razón por la cual la memoria reside en ella.

El alma no abandona nunca su envoltura, su túnica de Neso, pero también su bálsamo consolador.

Desde que el alma comenzó sus peregrinaciones terrenales en las formas más insignificantes de la creación, hasta ascender gradualmente a la más perfecta, el periespíritu nunca ha dejado de asimilar, de manera indeleble, las leyes que rigen la materia, pues a medida que progresa, las múltiples creaciones del pensamiento forman un bagaje cada vez mayor, como un tesoro que se repone constantemente. Nada se destruye, todo se acumula en este periespíritu, que es tan imperecedero e incorruptible como la fuerza o la materia de la que emergió. Los maravillosos espectáculos que nuestra alma contempla, las sublimes armonías que se expanden en espacios infinitos, los esplendores del arte, todo se ha fijado en nosotros, y poseemos para siempre lo que hemos podido adquirir. El más mínimo esfuerzo se traslada mecánicamente a nuestra actividad, nada se pierde, y así es como, lenta pero seguramente, ascendemos en la escalera del progreso.

Con la muerte del hombre, cuando sus restos mortales se descomponen; cuando los elementos que lo formaron entran en el laboratorio universal, el alma subsiste íntegra, completa, conservando lo que constituyó su personalidad, es decir, su memoria, y, lo que es más: no sólo la de su última encarnación, sino la de todas las que ha experimentado.

Ante sus ojos se abre un panorama imponente y severo, en el que puede leer las enseñanzas del pasado y discernir los deberes del futuro.

Ahora queremos establecer cómo el periespíritu fue capaz de adquirir sus propiedades funcionales, pasando y repasando en sucesivas reencarnaciones a través del proceso de animalidad.

Es necesario, pues, demostrar la unidad del principio pensante en el hombre y en el animal, y establecer que no hay transiciones bruscas entre uno y otro; que la ley de continuidad no se interrumpe, que el hombre no constituye un reino separado dentro de la naturaleza y que sólo mediante la evolución continua, mediante esfuerzos consecutivos, llega al punto culminante de la creación.

Capítulo II.-

El alma animal.-

Salvajes. – Identidad corporal. – Estudio de las facultades intelectuales y morales de los animales. – Curiosidad. – Amor propio. – Imitación inteligente. – Abstracción. – Lenguaje. – Idiotez. – Amor conyugal. – Amor maternal. – Amor al prójimo. – El sentimiento estético. – La gradación de los seres. – La lucha por la vida. – Resumen.

El problema del origen del hombre es uno de los más difíciles de abordar aquí en la Tierra. Situados como estamos en una etapa avanzada de civilización, tenemos la impresión de que un abismo nos separa de los demás

seres. El hombre, de hecho, ha conquistado el cetro del mundo: ha sometido toda la naturaleza a su voluntad, horadando montañas, uniendo mares, secando pantanos, desviando ríos, orientando la vegetación hacia una dirección más útil o conveniente para él, domesticando animales útiles; él, el hombre, ha sabido utilizar todas las fuerzas vivas capaces de aumentar su bienestar.

Los ferrocarriles lo transportan a lo largo y ancho sin fatiga; la electricidad lleva su pensamiento a los confines del globo y se adapta a todos los usos domésticos; los globos le permiten explorar las altas capas atmosféricas, al mismo tiempo que se adentra, mediante la minería, en las profundidades de la tierra.

Frente a tales resultados, alcanzados por su genio, el hombre tiende a creerse formado de una esencia diferente y superior a la de los animales, considerándose incapaz de todo progreso.

Las religiones, que en el fondo no son más que quimeras antropomórficas, han alentado ingenuamente estas tendencias, haciendo del hombre la imagen material de la divinidad y del alma un principio, una causa especial, completamente distinta de todo lo demás en el mundo.

Sin embargo, al examinarla más de cerca, se ve que esta magnífica inteligencia dista mucho de ser perfecta, y se necesita cierta dosis de parcialidad y orgullo para imaginar que criaturas que se matan ferozmente en sangrientos combates, sin otro ideal que sembrar desolación y muerte entre sus vecinos, representan la Inteligencia infinita que gobierna el cosmos.

El esplendor de nuestro progreso material no debería eclipsar nuestros modestos orígenes. Las enseñanzas de la historia demuestran que el desarrollo intelectual fue, sobre todo, obra de siglos.

La cálida noche de la Edad Media hace ya tiempo que cesó, para que no olvidemos el pasado y, además, si bien es cierto que una fracción de la humanidad ha avanzado, no es menos cierto que muchos de nuestros semejantes yacen todavía embotados en la ignorancia, víctimas de pasiones bestiales, como para indicarnos el camino de la evolución humana.

Los salvajes.-

Junto a la civilización, vegetan seres degradados, a quienes difícilmente podemos llamar hombres. Entre estas tribus, caracterizadas por una inferioridad inaudita, se suele dar preeminencia a los Diggers (Pau-Entaw), repulsivos indígenas de extremo salvajismo, que habitan cuevas en la Sierra Nevada y son considerados por los naturalistas más fiables como inferiores, en cierto grado, al orangután. El misionero A.-L. Krapf, quien vio de cerca a los dokos del sur de Kafa y Qurage, en Abisinia, afirma que estos salvajes poseen todos los rasgos físicos de una gran inferioridad.

No saben hacer fuego ni cultivar la tierra. Las semillas y raíces,

arrancadas con las uñas, constituyen su alimento habitual, y se consideran afortunados cuando pueden cazar un ratón, un lagarto o una serpiente. Así, vagan por los bosques, incapaces de construir una choza, pero refugiándose bajo los árboles. Ignoran en mayor o menor medida la modestia y solo toleran vínculos familiares fugaces, tan cierto como que las madres abandonan a sus hijos al final de la lactancia.

Los tarungars (papúes de la costa este) visitados por el Dr. Meyer son increíblemente salvajes. Completamente desnudos y carentes de todo sentimiento moral, caníbales empedernidos, a veces llegan al extremo de exhumar cadáveres para devorarlos.

¿Qué diríamos si los monos hicieran esto?

Los Weddas de Ceilán son de baja estatura, de aspecto abyecto, con una fisonomía repulsiva y bestial. Su estructura craneal presenta rasgos similares a los de los monos: nariz chata, prognatismo agudo, similar al hocico, y dientes prominentes. Viven como animales y apenas se refugian en cuevas cuando hace mal tiempo. Al igual que los Boschimans, también construyen una especie de nido. El misionero Moffat informa que estos nidos se asemejan a los de los antropoides. De hecho, sabemos que el orangután de Sumatra y Borneo se calienta en las noches frías construyendo un nido de hojas.

El sabio y concienzudo naturalista Burmeister opina que muchos salvajes en Brasil se comportan como animales, privados de cualquier inteligencia superior.

El Dr. Avé-Lallement, quien tuvo la oportunidad de observar varias tribus amerindias durante su viaje al norte de Brasil en 1859, comparó a estos salvajes con monos domésticos. «Me convencí», dijo, «de que también había monos de dos manos».

Esta comparación, quizás algo exagerada, destaca sin embargo en casi todos los relatos de viajeros. El famoso explorador W. Baker dice de los kytches y los latoukas (africanos) que apenas se diferencian de los animales salvajes. «Verdaderos monos», añade. La Gironnière, viajando por las montañas de Luçon (una de las Filipinas), quedó impresionado por el carácter simiesco de los aetas, cuya voz y gestos parecían los de monos perfectos. Darwin, en el viaje del Beagle, se asombró al ver a los fueguinos.

“Al contemplar a tales seres”, escribe, “es difícil creer que sean nuestros semejantes y compatriotas... Por la noche, cinco o seis criaturas de esta especie, desnudas y mal protegidas de las inclemencias del tiempo, yacen en el suelo húmedo, apiñadas y confundidas como auténticas bestias”.

Aquí vemos cuán insignificante es la diferencia entre el hombre y el mono. ¿Se distingue nuestra rama por algo realmente especial? La historia natural y la filosofía demuestran que, ni desde el punto de vista físico ni intelectual, existe diferencia esencial alguna. Que existen diferencias entre el animal más inteligente —el mono— y el hombre más brutal, nadie lo negaría, o el mono sería un hombre.

Sin embargo, tales diferencias no son más que gradaciones ascendentes del mismo principio, que progresa a medida que anima organismos más desarrollados.

Establezcamos claramente y con ejemplos esta gran verdad.

Similitud de los organismos humanos y animales.-

Ya sabemos que los elementos constitutivos de los tejidos de todos los seres vivos son sustancialmente idénticos en composición, y por lo tanto, la carne de cualquier animal, sea cual sea, es indistinguible de la nuestra. El esqueleto de los vertebrados no varía apreciablemente. La noción de un tipo uniforme se ha vuelto común hoy en día. Todos sabemos que siempre hay vértebras que coronan un cráneo más o menos voluminoso, dos extremidades articuladas al tórax y otras dos a la pelvis; esto es así tanto en el hombre como en los monos, en las águilas y en las ranas.

Desde este punto de vista, la similitud es tal que, por extraño que parezca, se podría concebir a un hombre viviendo con el corazón de un caballo o de un perro. La circulación sanguínea sería la misma en uno que en el otro. Podríamos atribuir al hombre los pulmones de un ternero, respirando con la misma facilidad peculiar de sus pulmones. La sangre, que nos parece el elemento esencial de la vida, presenta la misma identidad en bueyes, ovejas y el hombre, y los médicos forenses aún no han encontrado un método seguro que les permita determinar con certeza si la mancha de sangre en un paño es de origen humano o animal.

Corazón, pulmones, hígado, estómago, sangre, ojos, nervios, músculos, huesos, son todos análogos tanto en el hombre como en los vertebrados. Hay menos diferencia entre un hombre y un perro que entre un cocodrilo y una mariposa.

Cada día, los descubrimientos de los naturalistas consolidan, sobre bases más sólidas, esta profunda verdad que Aristóteles, gran maestro de la naturaleza, expresó magistralmente: la naturaleza no da saltos. Las transiciones perpetuas ocurren entre los seres vivos.

Del hombre al mono, de este último al perro; del ave al reptil, y del primero al pez; del pez al molusco, al gusano, hasta el más pequeño de los seres situados en las fronteras extremas del mundo orgánico con el mundo inanimado, ninguna transición es abrupta. Lo que ocurre es siempre una degradación insensible. Todos los seres se tocan, formando una cadena de vida, que solo nos parece interrumpida por la falta de conocimiento de formas extintas o desaparecidas. En esta jerarquía de seres, el hombre reclama el primer lugar, al que tiene un derecho cierto e incontestable; pero esto no lo sitúa fuera de la serie y simplemente significa que es el más perfeccionado de los animales.

No sólo es imposible hacer del hombre un ser separado del reino animal, sino que además debemos conceptualizarlo como vinculado a los seres inferiores, ya que, entre animales y plantas, no hay ninguna delimitación concebible.

Por supuesto, el sentido común, como dice Charles Bonnet, siempre distinguirá a un gato de un rosal; pero si queremos avanzar en el estudio de los procesos vitales que diferencian a los animales de las plantas, debemos ver que no hay características propias de los animales que no tengan las plantas. Pues, por un lado, hay plantas que, como las algas, se reproducen mediante corpúsculos extremadamente ágiles, y, por otro, animales que, a lo largo de una larga existencia, permanecen inmóviles, aparentemente insensibles, sin siquiera tener, como los animales sensibles, la capacidad de escapar de las hostilidades externas. Es imposible que el hombre viva de forma diferente a los demás animales.

La sangre circula de la misma manera, el aire se respira en las mismas proporciones, gracias al mismo mecanismo. El alimento es de la misma naturaleza, se transforma en las mismas vísceras, mediante las mismas operaciones químicas, porque, como hemos visto, las condiciones indispensables para el mantenimiento de la vida son idénticas para todos los seres.

El nacimiento no es un fenómeno particular. En las primeras etapas de la vida fetal, es imposible distinguir un embrión humano de uno canino o de cualquier otro vertebrado.

La mónera que producirá al "rey de la creación" está, originalmente, compuesta de un protoplasma simple, como el de cualquier planta.

La muerte también es la misma para toda la serie orgánica. Idéntica en sus causas y en sus resultados, es decir, la desorganización de la materia viva, que regresa al gran laboratorio de la naturaleza.

En resumen, reconocemos, con los sabios, que, por sus características físicas, el hombre no se distingue en nada de los animales, y que el intento de establecer una línea divisoria que le permitiera tener un lugar privilegiado en la creación ha sido en vano. Nos queda examinar si las facultades intelectuales y morales son de una naturaleza particular y si son suficientes para crear una brecha insalvable entre la animalidad y la humanidad.

Estudio de las facultades morales e intelectuales de los animales.-

Podemos establecer, como principio, la imposibilidad de conocer los fenómenos psíquicos que ocurren en el individuo de otra manera que no sea observando las manifestaciones externas de su actividad. Si realiza actos inteligentes, concluiremos que posee inteligencia; si dichos actos son de la misma naturaleza que los que observamos en los hombres, deduciremos que

esta inteligencia es similar a la del alma humana, ya que, en la creación, solo el alma está dotada de inteligencia.

Ahora bien, como los animales poseen no sólo inteligencia, sino también instinto y sensibilidad; y considerando el axioma que dice que todo efecto inteligente tiene una causa inteligente, así como la grandeza del efecto es directamente proporcional a la potencia de la causa, tenemos derecho a concluir que el alma animal es de la misma naturaleza que la humana, sólo diferenciada en el desarrollo gradual.

Cuando hablamos de inteligencia animal, a menudo corremos el riesgo de no ser comprendidos. Hay quienes creen que, para demostrar la existencia de facultades intelectuales o morales en la especie animal, es importante establecer que los animales poseen, sensiblemente, memoria, discernimiento, etc., en el mismo grado que nosotros, lo cual, por cierto, es imposible, tan cierto como que su organismo es inferior al nuestro.

Otros imaginan que admitir tal principio equivale a degradar la dignidad humana.

Nosotros, sin embargo, no vemos nada que perder con este paralelo, que sólo nos resulta favorable, ya que es indiscutible que un animal dado no podría, y nunca podrá, encontrar la ley de proporciones definidas o escribir El sueño de una noche de verano.

Se trata simplemente de establecer que, si el hombre está más desarrollado que los animales, no deja de ser cierto que su naturaleza pensante es del mismo orden, no difiere en esencia, sino sólo en grado de manifestación.

A continuación se presentan algunas narraciones diseñadas para resaltar algunas de las facultades de los animales, como: la atención, el juicio, el razonamiento, la asociación de ideas, la memoria, la imaginación.

Inteligencia y reflexión.-

Un día, a través de su ventana, un zorro vio un ganso capturado a primera hora de la mañana. Al llegar al muro, de 1,20 m de altura, intentó escalarlo de un salto, sin soltar a su presa. Sin embargo, fracasó y cayó al suelo, intentándolo tres veces más en vano. Entonces, allí estaba, sentado, mirando el muro, como midiéndolo. Decidió entonces sujetar al ganso por la cabeza y, elevándose contra el muro con sus patas delanteras, lo más alto posible, metió el pico en una grieta. Luego, saltando a lo alto del muro, se inclinó hábilmente hasta atrapar a su presa y lanzarla al otro lado, y entonces no tuvo más remedio que saltar a su vez y continuar su camino.

Que los animales reflexionan antes de tomar una decisión es lo que acabamos de ver con este zorro. Podríamos mencionar otros casos similares. Pero en ellos, la acción dura mucho más que en nosotros. Veamos: Un oso del zoológico de Viena, al querer coger un trozo de pan que flotaba fuera de la

jaula, tuvo la ingeniosa idea de remover el agua con la pata y crear una corriente artificial.

Flourens cuenta que, como había tantos osos en el Jardín de Plantas, se decidió eliminar dos de ellos.

Con esto en mente, les lanzaron pasteles envenenados con ácido prúsico, pero en cuanto olieron la comida letal, huyeron. Nadie habría pensado que podrían regresar, y sin embargo, atraídos por la golosina, comenzaron a empujar los pasteles con las patas hacia la fosa, donde los revolviaron. Luego, los olfatearon atentamente y, al evaporarse el veneno, se apresuraron a comerlos. Esta sagacidad les salvó la vida; fueron perdonados.

Un elefante intentaba en vano coger una moneda cerca de la pared, cuando de repente empezó a soplar y, con ello, se movió y rodó la moneda hasta el lugar donde estaba, consiguiéndolo admirablemente.²⁷

Erasmus Darwin da fe de estos dos hechos:

Una avispa estaba a punto de llevarse el cadáver de una mosca cuando notó que las alas aún adheridas al cadáver le dificultaban el vuelo. ¿Qué hizo entonces? Aterrizó, le cortó las alas a la mosca y se liberó con mayor facilidad con los restos.

Un canguro, perseguido por su perro, se lanzó rápidamente al mar y, aún cerca, avanzó hasta que solo emergió la cabeza. Tras esto, esperó a su enemigo que nadaba hacia él, lo agarró, lo sumergió y lo habría ahogado sin remedio si su dueño no hubiera acudido en su ayuda.

También mencionaremos un rasgo curioso de la inteligencia del mono.

–Estaba sentada con la familia junto a la chimenea –cuenta Torrebianca–, mientras los sirvientes asaban las castañas en las cenizas.

Un mono, muy estimado por sus travesuras, estaba allí, codiciéndolas, impaciente, y no viendo cómo cogerlas sin quemarse, se abalanzó sobre un gato dormido, lo apretó con fuerza contra su pecho y, agarrando una de sus patas, la utilizó como palo para sacar las castañas de las brasas ardientes.

Ante los maullidos desesperados del gato, todos corren, mientras el verdugo y la víctima huyen, uno con lo robado, el otro con una pata quemada.

Lo curioso –añade Gratiolet– es que, a la luz de esto, Torrebianca concluyó que los animales no razonan.

“Confieso”, dice el espiritualista y religioso Agassiz, “que no sabría diferenciar las facultades mentales de un niño de las de un chimpancé”.

.

La curiosidad.-

Esta facultad está muy desarrollada, incluso en las especies menos inteligentes, como peces, lagartos y alondras. Se desarrolla hasta cierto punto en patos salvajes, cabras montesas y vacas.

Es sobreabundante e irresistible en los monos, lo que indica una

característica de la curiosidad humana: el deseo de comprender, de penetrar el significado de las cosas. Los monos poseen la facultad de la observación minuciosa.

El mono, como bien advertía MH Fol, sabe, de hecho, «absorberse por completo en el examen de un objeto, pasar horas intentando comprender un mecanismo y olvidándose incluso de la comida y de todo lo que lo rodea».

Ahora bien, observa Romanes, cuando un mono actúa de esta manera, no sorprende que el hombre sea un animal científico. Esta facultad de examen atento evidentemente tiene como base principal la curiosidad, pero ya la supera con creces: es una de las expresiones más elevadas de la inteligencia, la que aspira a la autosuperación.

Amor propio.-

Los perros no roban la comida de su amo (Agassiz) y muestran satisfacción cuando se les aplaude. Sanson 30 afirma que está demostrado con numerosos hechos que el caballo de carreras es susceptible a la emulación y experimenta el orgullo de la victoria. Tal es el caso de Forster, quien, tras un largo y siempre invicto entrenamiento, al verse a punto de ser derrotado por Elèphant, ya cerca de la meta, se lanzó en un salto desesperado y agarró a su rival con los dientes, con la intención de provocar una derrota nunca antes conocida. Y no fue sin mucho esfuerzo que lograron secuestrar a su presa. Otro caballo, en condiciones similares, también agarró a su rival por los corvejones.

El elefante, el perro, el caballo, son muy sensibles a los elogios; y, como el antropoide, también temen el ridículo y se enfadan cuando se burlan de ellos.

El señor Romanes relata, a este respecto, una curiosa observación. Su perro se divertía cazando las moscas que se posaban en el cristal de la ventana y, como muchas se escapaban, él, Romanes, se reía de ellas, sonriendo irónicamente ante cada fracaso.

Esto bastó para avergonzar al perro, quien de repente fingió haber atrapado una mosca y la aplastó contra el suelo. El dueño, sin embargo, no se dejó engañar y, reprendiéndolo por su impostura, lo vio esconderse debajo de los muebles, doblemente avergonzado.

La imitación inteligente.-

No faltan ejemplos de imitación inteligente, y son aún más notables cuando dan testimonio de una cierta noción de relaciones de causa y efecto, de una conciencia de la causalidad.

El orangután y el chimpancé, por ejemplo, descubrieron rápidamente cómo abrir cerraduras. El mono de Buffon había aprendido a usar una llave por sí solo. El mono Mafuca, del zoológico de Dresde, quería tener la libertad

de salir de su jaula a voluntad y decidió robar y esconder cuidadosamente la llave. Perros, cabras y gatos han aprendido por sí solos, sin entrenamiento previo, a tocar una campana o abrir una puerta. Se sabe que vacas, mulas y burros usan cerrojos para abrir portones.

El profesor Hermann Fol nos cuenta que, en la lechería modelo de Lancy (cerca de Ginebra), poco después de instalar un abrevadero en el corral, el grifo tuvo que ser reemplazado por uno que solo se accionaba con llave, pero el pastor debía llevarla consigo en todo momento, ya que el ganado había aprendido rápidamente a usarla. Lo mismo ocurrió en Turín, en la lechería que instaló Henri Bourrit.

En los monos, la imitación inteligente suele desarrollarse al máximo. Se ha observado que varios han tenido la idea espontánea de montar perros. Boitard menciona a un mono Roloway al que le gustaba montar un perro callejero, y Le Vaillant relata un caso similar de un mono aullador.

La abstracción.-

La facultad de abstracción, es decir, de percibir los objetos y determinar sus cualidades sensibles, como: amarillo, verde, blando, duro, áspero, liso, etc.; piedra, animal, árbol, etc.; la especie animal —perro, gato, hombre—; tal o cual especie de hombre, bien o mal vestido, etc.; los animales poseen todas estas ideas abstractas, pues, como señala M. Vulpian, es evidente que sobre estas ideas se ejercitan su memoria, reflexión y razonamiento. Incluso pueden llegar a comprender ciertas realidades metafísicas, como el tiempo, el espacio, etc.

«Los animales tienen cierta sensación de extensión», dice Gratiolet, «ya que caminan y saltan con precisión. Tienen una sensación del tiempo transcurrido, porque lo sienten; del presente, porque lo disfrutan; e incluso del futuro, porque hay casos de predicciones, miedos, esperanzas. Pero todo esto no son más que ideas concretas, que nunca alcanzan el nivel de la verdadera abstracción».

El naturalista Fisher confirmó, mediante ingeniosos experimentos (*Revue Scientifique*, 1884), que los monos más inteligentes tienen noción del número y son muy buenos calculando el peso.

No es de extrañar que la urraca pueda contar hasta cinco, ya que cuando los cazadores son menos numerosos, no vuela hasta que se alejan. Por lo tanto, podemos ver que, en este caso particular, la urraca es superior a muchos animales salvajes.

El idioma.-

El lenguaje articulado es prerrogativa del hombre. Gracias a este poderoso instrumento de progreso, pudo desarrollarse, mientras que otros seres permanecieron prácticamente inmóviles. Cabe mencionar, sin embargo,

que los animales de la misma especie pueden comunicarse entre sí. El perro doméstico tiene un lenguaje diferente al de sus ancestros salvajes. Darwin señala que «en los perros domésticos encontramos un ladrido de impaciencia, como en la caza; el de ira, un rugido; el gruñido o aullido desesperado del prisionero; el de alegría, al salir a pasear; y, finalmente, el de súplica, para que alguien le abra la puerta».

El lenguaje expresado a través de signos o gestos está muy desarrollado en los animales que viven en grupos, como los perros salvajes, los caballos en libertad, los elefantes, las hormigas, los castores, las abejas, etc.

Es innegable que estos animales se entienden. A veces vemos golondrinas deliberando antes de tomar una ruta. Sin embargo, dado que sus ideas son simples y primitivas, y no pueden ser amplificadas por un lenguaje articulado ni coordinadas para aprovecharlas al máximo, es evidente que solo mejoran con una lentitud inaudita y, por lo tanto, nos parecen inmutables. Sin embargo, una observación cuidadosa nos muestra que los instintos varían según las nuevas condiciones creadas para los animales.

Las facultades intelectuales también aumentan con el ejercicio repetido, especialmente en las especies en contacto con los humanos.

La idiotez.-

Si comparamos la suspensión del desarrollo de la inteligencia humana con lo que ocurre en los animales, veremos fácilmente que la diferencia no es sustancial. Cuando la función del espíritu se ve obstaculizada por la conformación defectuosa del organismo, el alma solo puede manifestarse externamente a través de formas rudimentarias de inteligencia. El idiotismo es una prueba flagrante de ello.³² Como sabemos, los idiotas se dividen en tres clases: completos, secundarios e imbéciles.

1) Los idiotas absolutos se reducen al automatismo: criaturas inertes, carentes de sensibilidad, carentes incluso de instinto animal. Parecen inmóviles, sin expresión, carecen de gusto y olfato, y no saben comer por sí mismos; es necesario introducirles comida en la boca y la garganta para inducir la deglución. Hay quienes comen con mayor facilidad, pero tragan, sin distinguir, todo lo que cogen: tierra, piedras, tela, heces, etc. Por lo tanto, los idiotas de esta categoría están por debajo de los perros, los elefantes o los monos. Y, sin embargo, son hombres. El alma, así prisionera en un caparazón inerte, debe soportar una larga y cruel tortura, debido a la imposibilidad de mover sus órganos rebeldes.

2) Los idiotas de segundo grado tienen instintos, pero la capacidad de comparar, juzgar y razonar es prácticamente inexistente. Son más cercanos a los animales, pero aún no están a su nivel.

3) Finalmente, tenemos a los imbéciles: son aquellos que poseen instintos y decisiones razonadas. Capaces de abstracciones físicas muy

simples, no pueden, sin embargo, elevarse a ninguna noción de orden general o superior, permaneciendo más o menos al mismo nivel que los animales. Lo mismo ocurre con los cretinos.

Estos precarios estados de inteligencia pueden compararse con los de nuestra infancia, ya que, hasta el tercer año de vida, los niños son inferiores a los grandes simios. Cabe destacar que, desde un punto de vista intelectual, la infancia, la idiotez y el cretinismo nos brindan un ejemplo tangible y flagrante de la evolución humana.

La evolución.-

Si tenemos presente los hechos antes mencionados respecto a los salvajes, comprenderemos aún mejor la marcha ascendente del principio pensante, desde las formas más rudimentarias de la animalidad, hasta alcanzar el máximo de su desarrollo en el hombre.

Los pueblos primitivos existen como vestigios que demuestran las fases del proceso de transformación. No olvidemos que estos seres, que nos parecen tan degradados, siguen siendo superiores a nuestros antepasados del Cuaternario, y entonces podremos comprender que no existe una diferencia esencial entre el alma animal y la nuestra. Los diferentes grados observados en las manifestaciones inteligentes, al remontarnos a la serie de seres animados, son correlativos al desarrollo orgánico de las formas. Cuanto más flexible y manejable se vuelve el cuerpo, más se diferencian sus partes y más fácil es para la inteligencia ejercitarse, de modo que, de esta manera, asciende de monera a hombre, sin lagunas ni interrupciones perceptibles.

Tras centrarnos en el desarrollo del intelecto animal, veremos ahora que, respecto a los sentimientos, nos ofrecen una analogía sorprendente.

Amor conyugal – Amor maternal.-

Buffon nos advierte que las aves representan todo lo que ocurre en un hogar honesto. Observan la castidad conyugal y cuidan de sus hijos; el macho es el esposo, el padre de familia, y la pareja, por débil que sea, demuestra valentía hasta el punto de sacrificarse hasta la muerte para defender a sus hijos.

Nadie puede ignorar el celo de una gallina al defender a sus polluelos. Los animales salvajes —tigres, lobos, gatos monteses— sienten un cariño inmenso por sus crías.³³ Darwin, Brahm y Leuret citan ejemplos curiosos de este sentimiento tan vivo. He aquí dos ejemplos que pueden disipar cualquier duda al respecto:

Leuret habla de un mono cuya hembra había muerto, quien cuidaba con esmero a su pobre, demacrada y enferma cría. Por la noche, la llevaba a dormir y, durante el día, nunca la perdía de vista. Además, entre los monos, los huérfanos siempre son acogidos y adoptados con cariño, tanto por machos

como por hembras.

Un mono (cinocéfalo), conocido por su amabilidad, coleccionaba monos de otras especies e incluso robaba perros y gatos pequeños para hacerle compañía. Una vez, un gatito adoptado la arañó y ella, asombrada, demostró su inteligencia examinando sus patas y luego, con los dientes, le cortó las garras.

Amor al prójimo.-

El señor Ball informó en la Revue Scientifique del siguiente hecho, del que fue testigo:

El perro salchicha fila se aventuraba en el lago helado cuando, de repente, el hielo se rompió y se resbaló, intentando en vano liberarse. Una rama flotaba cerca y el perro se agarró a ella con la esperanza de levantarse. Un terranova que había presenciado el accidente desde lejos decidió rápidamente ayudar. Pisó el hielo con mucha cautela y no se acercó a la grieta más que para agarrar el extremo de la rama con los dientes y jalar a su compañero hacia sí, salvándole así la vida.

«La previsión, la prudencia y el cálculo son evidentes», dice el Sr. Ball, «en este acto, tanto más notable por su absoluta espontaneidad. Los animales suelen ser susceptibles a la educación y su inteligencia se desarrolla en compañía del hombre. Sin embargo, es más interesante seguirlos en su evolución personal y ver que son capaces, por así decirlo, de evolucionar por sí mismos. En este sentido, nuestro Terranova se elevó, por un instante, al nivel de la inteligencia humana y, en cuanto a observación y razonamiento, no fue en absoluto inferior a lo que haría un hombre en tales circunstancias».

Darwin relata que el capitán Strasbury encontró un viejo pelícano en un lago salado de Utah, completamente ciego y muy gordo, que debía su prolongado bienestar al cuidado y asistencia de sus compañeros.

El señor Blyth me informa que ha visto cuervos nativos alimentando a dos o tres compañeros ciegos y que yo mismo conozco un caso similar con un gato doméstico.

El señor Burton menciona el curioso caso de un loro que se había hecho cargo de un pájaro raquíptico y lisiado de otra especie.

Así le limpiaba el plumaje y trataba de defenderlo de otros loros sueltos por el jardín.

Pero el hecho más ilustrativo es el siguiente, relatado por Gratiolet: «El Sr. de la Boussanelle, capitán de caballería del antiguo regimiento de Beauvilliers, relata lo siguiente: En 1757, un caballo de mi escuadrón, ya fuera de servicio por su edad, tenía los dientes tan desgastados que ya no podía masticar heno ni avena. Se descubrió entonces que otros dos animales, a su izquierda y a su derecha, comenzaron a cuidarlo, sacando el heno del pesebre y colocándolo delante, después de masticarlo. Hicieron lo mismo con

la avena, después de molerla bien. Esta curiosa tarea duró dos meses, y sin duda habría durado más si el viejo compañero se hubiera quedado allí. Ahí tienen —añade el narrador— el testimonio de toda una compañía: oficiales y soldados».

El sentimiento estético.-

Se ha asumido ampliamente que el sentido de la belleza es una prerrogativa de la especie humana. Sin embargo, sabemos que las hembras se sienten tan atraídas por la belleza del plumaje de los machos como por su melodioso canto. Tampoco podemos dudar de que existan sonidos musicales que muchos animales comprendan. Romanes vio a un galgo acompañar cierta canción con suaves ladridos. El perro del profesor J. Delboeuf acompañaba regularmente con su voz a una contralto en el aria de La Favorita.

La limpieza es una forma de estética y podemos verla en los pájaros que limpian sus nidos, en los gatos que hacen sus necesidades meticulosamente y, principalmente, en los monos.

Un espectáculo curioso —dice Cuvier— es el de los monos llevando a sus crías al baño, lavándolas a pesar de sus gritos, secándolas y dedicándoles un tiempo y un cuidado en su limpieza que, en muchos casos, nuestros hijos podrían envidiar.

Pero donde la sensación de belleza y comodidad alcanza su nivel más alto es sin duda en las aves de jardín de Nueva Guinea.³⁵ Estas aves, de la familia paradisíaca, no se conforman con un simple nido, pues construyen, fuera de la vivienda ordinaria, verdaderas casas de placer, que son prueba de buen gusto. Tales construcciones, reservadas para los adultos, que van allí a entregarse a juegos y deleites amorosos, presentan una gran variedad ornamental y los paradisíacos disfrutan verdaderamente del lujo del que se rodean. Hay chozas que alcanzan dimensiones considerables. Tienen forma de quioscos con pasillos cubiertos. Hay una especie que construye casitas coloridas con frutas y conchas. Los más refinados se refinan en dar a estas mansiones de placer un lujo aún mayor, seleccionando las conchas, prefiriendo piedras rutiladas, plumas de loro, retazos de tela, en resumen, cualquier cosa que sea más llamativa. El suelo está hecho de ramitas entrelazadas. Sin embargo, no hay duda en dar la supremacía al *Amblyornis inornata*, cuyas construcciones son verdaderamente maravillosas, rodeadas de un pequeño jardín artificial, hecho de musgo dispuesto en bandejas, y decorado, con gran arte, con flores constantemente renovadas, así como frutos de fuertes tonalidades, guijarros y conchas brillantes, etc.

La gradación de los seres.-

También podríamos demostrar aquí que los sentimientos morales, como el remordimiento, el sentido moral, la idea de lo justo y lo injusto, están

presentes en embrión en todos los animales y pueden manifestarse en momentos oportunos. Para que el lector pueda establecer mejor su convicción, lo remitimos a las obras mencionadas, convencidos de que un estudio cuidadoso le demostrará que, entre el alma del hombre y la del animal, solo existe una diferencia de grados, tanto desde el punto de vista moral como intelectual.

El agente inmortal que anima a todos los seres es siempre uno y único. Al principio, se manifiesta en las formas más rudimentarias, y en las últimas etapas de la vida se perfecciona gradualmente, a la vez que asciende en la escala de seres. En esta larga evolución, desarrolla facultades latentes y las manifiesta de una manera más o menos idéntica a la nuestra, a medida que se acerca a la humanidad.

Veamos cómo el gran naturalista Agassiz, a pesar de sus ideas religiosas, proclama la identidad del principio pensante en el hombre y en los animales:

“Cuando luchan, o cuando se asocian con un fin común; cuando se advierten mutuamente de un peligro o ayudan a otro, tanto en la tristeza como en la alegría, manifiestan impulsos y actitudes de la misma naturaleza que los considerados atributos morales de la especie humana.

“La gradación de las facultades morales, en los tipos superiores y en el hombre, es tan imperceptible que, para negar a los animales cierta dosis de responsabilidad y conciencia, es necesario exagerar demasiado la diferencia entre una y otra.”

De hecho, no podemos concebir por qué Dios habría creado seres capaces de sufrir sin concederles al mismo tiempo la facultad de beneficiarse de sus esfuerzos por mejorar. Si el principio inteligente que los anima estuviera condenado a permanecer eternamente en esta condición inferior, Dios no sería justo al favorecer al hombre en detrimento de las demás criaturas. La razón nos dice que esto no podría suceder, y la observación demuestra la identidad sustancial entre las almas de los animales y las nuestras. Además, todo está estrechamente conectado y entrelazado en el Universo, desde el insignificante átomo hasta el gigantesco sol suspendido en el espacio; desde la simple mónera hasta el Espíritu superior, que flota serenamente en las regiones de la eternidad.

La evolución del alma.-

Suponiendo que el alma se ha individualizado lentamente a través de un proceso de elaboración de las formas inferiores de la naturaleza, para llegar gradualmente a la humanidad, ¿quién no se sentiría asombrado ante tan grandiosa ascensión?

A través de mil modelos inferiores, en los laberintos de una subida ininterrumpida; a través de las formas más bizarras; bajo la presión de los instintos y el abuso de fuerzas improbables, la psique ciega tiende hacia la

luz, hacia la conciencia iluminada, hacia la libertad.

Estos innumerables avatares, en miles de organismos diferentes, deben dotar al alma de todas las fuerzas que le servirán posteriormente. Su propósito es desarrollar la envoltura fluídica, dotarla de la plasticidad necesaria y fijar en ella las leyes cada vez más complejas que rigen las formas vivas, creando así un tesoro mediante el cual algún día podrán manipular la materia inconscientemente, para que el Espíritu pueda operar sin el impedimento de las ataduras terrenales.

¿Quién se negaría a ver en los millones de existencias que palpitan en el planeta la sublime elaboración de la inteligencia, continuando incesantemente en la extensión infinita del tiempo y del espacio?

Son las leyes eternas de la evolución las que arrastran al principio inteligente hacia destinos cada vez más elevados, hacia un futuro cada vez mejor, desplegándose en un panorama de perspectivas renovadas, desde la edad primaria hasta nuestros días.

Para cualquiera dispuesto a cuestionar la naturaleza, a admirar la obra de la vida en sus cambiantes aspectos, la imagen resulta grandiosa debido a la multiplicidad de sus manifestaciones. Es un mágico desfile de medios imprevistos, de múltiples metamorfosis, de una maravillosa originalidad, capaz de desconcertar a la imaginación más rica.

La naturaleza tiene recursos tan inagotables que el hombre nunca podría enumerarlos.

A pesar de las investigaciones activas de los sabios, a pesar de la legión de observadores empeñados en el misterio de la creación, este se les escapa debido a la infinitud de la producción o al esplendor de la fertilidad. Sin embargo, los tesoros prodigados indican y demuestran una tendencia hacia la belleza, hacia lo mejor, hacia el progreso, en resumen. Es la marcha hacia adelante a través de la materia caliginosa, la matriz rígida que debe ser suavizada, suavizada, dominada. Es el impulso hacia la omnipotencia radiante, hacia la luz, hacia la conciencia universal.

¿Quién podría pintar los innumerables meandros de este lienzo eterno, los múltiples y tortuosos caminos de estas existencias que se despliegan en las profundidades de la tierra y los mares, así como en las capas atmosféricas? Sin embargo, en este caleidoscopio centelleante, y a pesar de la infinita diversidad de formas, se puede percibir una idea general, una voluntad definida, un plan establecido.

No fue casualidad lo que generó estas especies animales y vegetales. En su procesión, la consecuente siempre posee algo más que la precedente, y cuando la Ciencia nos revela las imágenes sucesivas de estas transmutaciones, vemos la inestimable riqueza que contienen, en constante expansión. ¡Cuán majestuosas son estas fases de transición! ¡Cuán grandiosa es esta marcha lenta pero constante hacia el hombre, el florecimiento de la fuerza creativa, una joya magnífica que resume y sintetiza todo el progreso,

un receptáculo de todas las formas, una colonia viva y jerárquica de todas las formas de vida, ya que todos los reinos compiten y se prestan ayuda mutua en ella! La estructura ósea es el mundo mineral, ipero cuán mejorada y vitalizada! Las sales, inertes por naturaleza, están allí vivas, mutables e intercambiables, pero conservando, en su tránsito, su carácter esencial: ila solidez!

Luego viene el mundo vegetal, en sus células, que presenta una variedad y opulencia insuperables. A continuación, el reino animal, que proporciona sucesivamente los mejores órganos, en los que encontramos el esquema de la mejora, de especie en especie, hasta llegar al tipo definitivo de humanidad. El sistema nervioso es el que ha tomado el control del todo orgánico, disciplinado elementos dispares, jerarquizándolos según su utilidad, estimulando o deteniendo su acción. Siempre variable en su actividad, vigila cada detalle y mantiene el orden y la armonía en el complejo concierto de todas las fuerzas vitales.

Finalmente, la inteligencia que tanto luchó por liberarse de sus formas inferiores irradia en la cima. Aún insensible tras su paso por las formas subordinadas, conserva en su interior las impresiones del instinto que, durante tanto tiempo, fue su única manifestación externa. Los tesoros del intelecto florecen más lentamente, a través de la corteza de los apetitos. El egoísmo, el pensamiento del ego engendrado por la ley de conservación, cuya soberanía había prevalecido hasta entonces, disminuirá poco a poco, porque en el reino animal la maternidad ya ha implantado el sentimiento de amor en el alma, aunque en las formas más insignificantes y rudimentarias. Sin embargo, estos tenues destellos, que apenas rozan el sueño animal, aumentarán en intensidad e irradiarán más, hasta convertirse en las almas evolucionadas en la luz brillante, el faro tutelar que nos guía en medio de la oscuridad de la ignorancia.

¿Cómo se completó esta génesis del alma? ¿Qué metamorfosis experimentó el principio inteligente antes de llegar a la humanidad? Esto es lo que el transformismo nos enseña con evidencias luminosas. Gracias al genio de Lamarck, Darwin, Wallace, Haeckel y a todo un ejército de sabios naturalistas, nuestro pasado ha sido exhumado de las profundidades de la tierra. Los archivos de la Tierra han preservado los esqueletos de razas extintas, y la ciencia ha reconstruido nuestra línea ascendente, desde el presente, en sentido regresivo, hasta los períodos multimilenarios que presenciaron el surgimiento de la vida en el planeta.

Una vez liberado de las ataduras de una religión basada en la ignorancia, el espíritu humano tomó posesión de su tesoro. Liberado de los temores que habían obstaculizado la investigación de sus antepasados, el hombre se atrevió a abordar el problema de su propio origen y halló una solución. Este es un hecho capital, con incalculables consecuencias morales y filosóficas. La Tierra dejó de ser ese mundo misterioso que una vez hizo explotar la varita

de un mago, llena de animales y plantas, lista para recibir a su soberano: el hombre.

Hoy, la razón ilustrada nos hace comprender cuánto demuestran estas fábulas la ignorancia y el orgullo. El hombre no es un ángel caído que lamenta la pérdida de un paraíso imaginario; no debería someterse al yugo de los representantes de un Dios parcial, caprichoso y vengativo, ni carga con ningún pecado original que lo estigmatice desde su nacimiento. Su destino tampoco depende de nadie más.

Ha llegado el día de la liberación intelectual; ha sonado la hora de la renovación para todos los que aún se inclinan ante el terror dogmático. El espiritismo ha clarificado nuestro futuro mientras se despliega en los cielos infinitos. Gracias a él, sentimos el latido de las almas de nuestros hermanos y hermanas, y vislumbramos otras humanidades celestiales.

Regresamos a la espesa oscuridad del pasado para estudiar nuestra juventud espiritual y no encontramos, en ninguna parte, a ese fantástico tirano que tan terriblemente describe la Biblia.

En toda la creación no hay nada ilógico o arbitrario que pueda destruir la gran armonía de las leyes eternas.

No es necesario recurrir a milagros para explicar la creación: basta con observar las fuerzas universales en constante actividad. Las formas, tan diversas, de los seres vivos, animales o plantas, se deben a dos causas permanentes que nunca han cesado de actuar y siguen manifestando su poder: la influencia del entorno y la ley de la selección, es decir, la lucha por la vida.

La lucha por la vida.-

El suelo, la atmósfera y el agua están llenos de seres vivos en cantidades infinitas. Las profundidades oceánicas albergan miríadas de organismos vegetales y animales. El aire, que nos parece tan limpio, contiene multitud de corpúsculos, gérmenes microscópicos, que servirán para engendrar incontables generaciones. La gota de agua nos muestra un mundo que se mueve y subsiste en este diminuto universo.

El suelo rebosa de colonias vivas, e incluso en las regiones desérticas, en los gélidos desiertos polares, en las arenas abrasadas, así como en los picos rocosos más altos, la vida está por doquier; en resumen, rebosa de vida. En todas partes, los seres nacen, crecen y mueren.

Si algo nos asombra, es el equilibrio perfecto que prevalece en esta multitud de seres, diversamente dotados por la Naturaleza. Por doquier, los seres vivos se tocan, se aprietan, se abrazan, se alimentan, y nos parece que no hay un solo lugar de nuestro planeta que no hayan invadido. Nos parece que la vida ha alcanzado la cima de su expresión, y sin embargo, todo nos lleva a concluir que así ha sido durante miles de siglos. La lucha de los seres

vivos por el suelo, el agua y el aire de nuestro mundo se puede contar en milenios.

Cuando consideramos la prodigiosa fecundidad de algunas especies animales o vegetales, nos aterroriza la perspectiva de una invasión que resultaría del pleno desarrollo de sus huevos.

El bacalao, por ejemplo, que es muy prolífico, puede producir hasta 4.872.000 huevos. Una trucha pequeña, de una libra alemana, pone aproximadamente 6.000 huevos. El Sr. G. de Sedlitz utiliza estos datos para realizar un curioso cálculo.

Suponiendo que una trucha produce 3.000 crías hembras (una estimación bastante baja) y que esta reproducción continúa sin obstáculos durante cinco generaciones, después de 25 o 30 años habría suficientes truchas para cubrir la superficie terrestre a un ritmo de 10 truchas por pie cuadrado. En la octava generación, tendríamos un volumen igual a la masa del planeta. Si hacemos el mismo cálculo con el salmón (80.000 huevos), la caballa (500.000) y el esturión común (1 a 2.000.000), comprenderemos la necesidad de medidas destructivas muy enérgicas para evitar la invasión de mares y ríos.

Pero es especialmente en el mundo de los infusorios donde esta multiplicación resultaría asombrosa si nada frenara su brote. Así, existen vórtices cisíparos que se multiplican cada hora a una velocidad vertiginosa. ¡Un solo de estos diminutos seres daría, en trece días, un número equivalente a 91 cifras!

Ehremberg calculó que un galional microscópico (galional ferruginea) engendra, por fisión, ¡8 millones de individuos en 48 horas y 140 mil millones en 4 días!

Las bacterias que causan lepra, tifus, neumonía, etc., proliferan a una velocidad aterradora. En una hora, estos bacilos producen dos nuevas crías, y así sucesivamente, en progresión geométrica, de modo que, al cabo de tres días, ¡habrá nada menos que 47 billones de monerianos! Según Davaine, una simple inoculación de una sola bacteria puede, en 72 horas, determinar el nacimiento de 71 millones de individuos.

Finalmente, Cohn estimó que para el quinto día, el océano estaría lleno de la descendencia de una sola bacteria, si las condiciones mesológicas fueran las adecuadas. Afortunadamente para nosotros, rara vez se encuentran en el cuerpo humano.

Las plantas nos ofrecen los mismos ejemplos de proliferación progresivamente formidable. Un campo que produce trigo en abundancia, con las espigas apiñadas, no podría alimentar un mayor número; por lo tanto, y dado que cada espiga contiene varias semillas, gran parte de las nuevas deben perecer. Esta es la ley ineludible. En nuestro planeta, la evolución se produce mediante luchas que renacen. Ya sea silenciosa y casi imperceptible, como en el reino vegetal, o flagrante y terrible, como entre los grandes

carnívoros, nunca cesa de operar, incesantemente, a todos los niveles de la escala.

Una necesidad ineludible combate la fertilidad mediante la destrucción, y todas estas acciones simultáneas dan como resultado la supervivencia de los más aptos para soportar la lucha por la vida.

Los mejor equipados no siempre son los que resisten. Los cambios térmicos, como inviernos rigurosos y veranos tórridos, solo permiten la supervivencia de aquellos capaces de soportar estos cambios extremos. El hambre y las enfermedades son factores que se combinan para crear una rigurosa selección entre las especies vivas, y solo las más robustas logran sobrevivir y transmitir a sus descendientes las cualidades que aseguran su posteridad.

Desde la aparición del protoplasma en las profundidades de los mares primitivos, desde que las primeras mónadas manifestaron fenómenos vitales, esta lucha nunca ha tenido un descanso, y siempre y en todas partes continúa, imperturbable, en la faceta de los organismos, con perseverancia implacable. Es de esta feroz competencia que ha resultado la victoria de los mejores, los más aptos, los más robustos.

Y fueron estos esfuerzos perpetuos del ser, reaccionando a las influencias destructivas en el deseo de adaptarse al medio para luchar contra sus enemigos, los que engendraron el progreso evolutivo de las formas y las inteligencias.

La selección natural actúa exclusivamente conservando y acentuando las variaciones accidentales que son ventajosas para el individuo en las condiciones del medio en que está llamado a vivir.

De la selección se desprende, por lo tanto, que toda forma de vida debe mejorarse constantemente, al menos en relación con su modo de existencia. Ahora bien, esta mejora continua de los seres organizados debe conducir inevitablemente al progreso general del organismo en todos los seres dispersos sobre la superficie terrestre.

Podemos entonces concluir con Darwin, diciendo:

Así es como la guerra natural, el hambre y la muerte dan lugar directamente al efecto más admirable que podamos concebir: la lenta formación de seres superiores. Hay grandeza en imaginar así la vida y sus diversos poderes, que originalmente animaron a muchas o a una sola forma, bajo la influencia del Creador. Y mientras el planeta continuaba completando ciclos perpetuos, sujeto a las leyes fijas de la gravitación, estas formas se desarrollaron, innumerables y cada vez más hermosas, más maravillosas, y continuarán desarrollándose en una evolución sin fin.

Si la doctrina de la evolución ha encontrado tantos adversarios, es porque el prejuicio religioso ha dejado una profunda huella en los espíritus, que son naturalmente rebeldes a todo lo nuevo. Es porque nos hemos acostumbrado a ver la mano de Dios en todas partes, a interesarnos por

nuestros pequeños asuntos, a hacer de la voluntad divina un suave cojín para nuestra ignorancia. En lugar de buscar la causa de sus transformaciones en la propia naturaleza, siempre fue más conveniente atribuir las a una intervención sobrenatural, lo que evitaría largos y tediosos estudios.

Algunos naturalistas, observando seres próximos a la serie animal, incapaces de fecundación por cruzamiento, concluyeron que las especies son inmutables.

La teoría transformista, sin embargo, nos lleva a entender que los animales contemporáneos no son más que los últimos productos de una elaboración de formas transitorias, desaparecidas en el vórtice del tiempo, quedando sólo las actuales.

Cada día, las investigaciones paleontológicas descubren los huesos de animales prehistóricos, que forman los eslabones de esta cadena infinita cuyo origen se entrelaza con el de la vida misma. Y como si demostrar esta filiación mediante fósiles no fuera suficiente, la naturaleza se ha encargado de proporcionar un ejemplo en cada nacimiento. Todo animal que nace reproduce, al inicio de su vida fetal, todos los tipos previos por los que pasó la raza.

Es como una historia breve y resumida de la evolución de sus antepasados, y establece, irrevocablemente, el parentesco animal del hombre, a pesar de todas las protestas más o menos interesadas.

Resumen.-

Debemos admitir que es inútil y poco científico imaginar teorías más o menos fantásticas para explicar los fenómenos naturales, cuando podemos recurrir a la Ciencia para comprenderlos.

La ascendencia animal del hombre se impone con evidencia luminosa a todo pensador imparcial. Somos, evidentemente, la última rama que emerge del gran árbol de la vida, y resumimos, acumulándolas, todas las características físicas, intelectuales y morales, marcadas por separado en cada uno de los individuos que conforman la serie de seres.

Ya sea que consideremos que los animales han existido invariablemente desde el principio de los tiempos, o que creamos que derivan unos de otros, no es menos cierto que los ejemplares de nuestro tiempo están tan estrechamente vinculados entre sí que podemos pasar del hombre a la célula más simple sin encontrar ninguna ruptura en la continuidad.

Desde un punto de vista animista, las manifestaciones del espíritu en todos los seres están graduadas de tal manera que se identifica una progresión ascendente, que se hace más acentuada a medida que nos acercamos a la humanidad.

Así pues, aunque existen grandes diferencias intelectuales entre antropoides y salvajes, éstas varían solo en el grado de manifestación, y no

son suficientes para hacer creíble en los animales un principio distinto del conocido en el hombre. Estudiar este principio, determinar con la mayor exactitud posible cómo puede desarrollarse y luego mostrar las modificaciones que lo hacen más apto, en cada paso terrestre, para dirigir organismos cada vez más perfeccionados, será el objetivo del siguiente capítulo.

Capítulo III.-

Cómo el periespíritu pudo adquirir propiedades funcionales.

La evolución del alma. – Teoría celular. – En los organismos, incluso en los rudimentarios, es necesaria la presencia del elemento periespiritual. – Diferenciación de células que originalmente eran idénticas desde su formación. – Movimientos que se fijan en la envoltura. – Nacimiento y desarrollo de los instintos. – Acción refleja, su función, inconsciente y consciente. – Progresión paralela del sistema nervioso y la inteligencia. – Resumen.

La naturaleza es la gran maestra. Solo ella contiene la verdad, y quien sepa verla con ojo filosófico revelará los tesoros secretos que se ocultan a los ignorantes. Las leyes que rigen la evolución proteica de la materia física o viva atestiguan que nada aparece de repente y con un final perfecto.

El sistema solar, nuestro planeta, las plantas, los animales, el lenguaje, las artes, las ciencias, lejos de ser crecimientos espontáneos, son más bien el resultado de una larga y gradual ascensión, desde las formas más rudimentarias hasta las modalidades hoy conocidas.

Una ley general y absoluta, el alma humana no podía desviarse de ella ni constituir una excepción. Esta alma, como vemos, pasa por las más diversas etapas en la Tierra, desde las humildes e incipientes concepciones del habitante del bosque hasta el espléndido florecimiento del genio en las naciones civilizadas.

¿Debería detenerse ahí nuestro análisis retrospectivo? ¿Debemos creer que esta alma, que controla un organismo tan complejo en el hombre primitivo, pudo haber adquirido repentinamente propiedades tan variadas y tan bien adaptadas a las necesidades del individuo?

¿Debería nuestra inducción limitarse a seres que tienen exactamente las mismas características anatómicas que nosotros?

Esto es lo que no creemos, porque las transiciones insensibles que nos llevan físicamente del hombre a la materia las encontramos en el ámbito intelectual, con las mismas degradaciones sucesivas, como ya hemos demostrado. Es, por lo tanto, en los albores de la vida inteligente donde

debemos fijarnos para encontrar, si no el origen del alma, al menos el punto de partida aparente de su evolución a través de la materia.

Decimos intencionadamente "el punto de partida aparente", ya que no podemos concluir legítimamente que la inteligencia existe a menos que se manifieste con certeza.

Ahora bien, siendo el sistema nervioso el órgano indispensable para esta manifestación, íntimamente ligado como está a la vida del alma, se deduce que estudiamos los organismos a partir de los primeros vestigios de una organización nerviosa.

La circunstancia de que el alma indivisible se nos aparezca también en el hombre nos determina a proceder de este modo, y no hay razón para suponer que no ocurra lo mismo en la serie animal: los primeros destellos del instinto se convierten en los signos reveladores de su acción, aunque quizá sea posible remontarse más atrás para ver, en la irritabilidad y la motilidad, expresiones inferiores del alma.

Pero, aunque la hipótesis fuese rechazada, bastaría, en esta materia, partir de animales relativamente simples como los zoófitos, para comprender cómo el periespíritu podría adquirir sucesivamente, a través de incesantes transformaciones, sus propiedades funcionales.

A pesar de las copiosas evidencias acumuladas en el capítulo anterior, para demostrar la identidad del principio que dirige al animal y al hombre, consideramos útil establecer experimentalmente la existencia del periespíritu animal.

Son hechos extraídos de la obra del señor Dassier,³⁹ autor del que nadie diría que es sospechoso de simpatizar con el Espiritismo.

Precisamente por eso tu testimonio es aún más valioso.

"A finales de 1869, mientras estaba en Burdeos", dice, "me encontré por la noche con un amigo que iba a una sesión de magnetismo y que me invitó a acompañarlo.

Acepté, deseoso de ver de cerca el magnetismo, que hasta entonces solo conocía por su nombre. La sesión no tuvo nada de especial: fue una repetición de lo que suele ocurrir en reuniones de este tipo. Una joven, que parecía muy lúcida, ofició de sonámbula y respondió a las preguntas que le formularon. Sin embargo, un hecho inesperado me sorprendió. Estaba a mitad de la sesión cuando un asistente, al ver una araña en el suelo, la aplastó con el pie. "¡Alto ahí!", gritó de inmediato la sonámbula. "¡Veo al Espíritu de la araña volar!". Sabemos que, en el lenguaje de los médiums, la palabra Espíritu corresponde a lo que yo llamaría un fantasma póstumo.

– ¿Cuál es la forma de este Espíritu? – preguntó el magnetizador.

"Lo mismo que la araña", respondió el sonámbulo.

El señor Dassier no supo, al principio, cómo interpretar la respuesta.

No admitía ningún tipo de alma en el hombre, y mucho menos en un animal. Sin embargo, no tardó en cambiar de opinión, por lo que menciona

innumerables manifestaciones póstumas de animales, siempre en las mismas formas que tenían en la Tierra.

Y cree que incluso es posible que ciertos animales se desarrollen durante su vida terrestre.

Sin embargo, sea cual sea el modo de verlo, lo que hoy es indiscutible es que la llamada luz ódica de Reichenbach,⁴⁰ el doble fluídico del vidente de Prévorst,⁴¹ el fantasma póstumo del señor Dassier, no es otra cosa que el periespíritu, es decir, la envoltura del alma; y que, en los animales como en el hombre, el principio pensante está siempre individualizado en el fluido universal.

Aunque esta cuestión ha sido poco estudiada hasta ahora, se ha podido comprobar, con médiums clarividentes, que el alma animal no se destruye con la muerte.

La Revue Spirite de 1894 relata el caso de un perro fielmente descrito por un vidente, cuando su dueño, el conde de Luvoff, recordó la devoción del animal. Ante estas demostraciones de añoranza, el hermoso animal retozaba de alegría, feliz de verse objeto de los recuerdos de su antiguo dueño.

Todavía en esta Revista (1865), se nos presenta el relato de esta manifestación póstuma:

Últimamente, alrededor de la medianoche, cuando estaba acostado pero despierto, oí, como si viniera del pie de la cama, el característico gruñido de la perrita, cuando sentía deseos de algo. La impresión fue tan clara que incluso estiré el brazo fuera de la cama, como si quisiera atraerla y creyera en la realidad de sus caricias.

Al levantarme por la mañana, le conté a mi esposa lo sucedido, y ella me dijo: «Escuché lo mismo, no una, sino dos veces. El gruñido parecía provenir de la puerta del dormitorio. Lo primero que pensé fue que nuestro pobre animal no estaba muerto y que, tras escaparse de la veterinaria, buscaba nuestro techo».

“Nuestra hija, que entonces estaba enferma y ocupaba el dormitorio de su madre, también afirma haber oído el mismo gruñido”.

En este caso, la hipótesis alucinatoria no se aplica, ya que el fenómeno es percibido de forma idéntica por tres personas distintas.

Si el principio inteligente del animal sobrevive, si el animal tiene, de hecho, una individualidad, se hace posible aplicarle las mismas reglas que gobiernan el alma humana.

A través del Espiritismo, hemos verificado experimentalmente la necesidad de la reencarnación para el alma humana, y la ley de continuidad, observada en todos los seres vivos, nos lleva a creer que los animales no están exentos del imperativo de la misma necesidad. Así, el principio inteligente utilizaría sucesivamente organismos cada vez más perfeccionados, a medida que se volvía más capaz de dirigirlos. Podemos ofrecer dos pruebas de nuestra perspectiva, ya que confirman la teoría de la encarnación animal.

Los monistas, que niegan la existencia del alma, al menos como una realidad distinta del organismo, recurrieron —nótese— a hipótesis, a afirmaciones puramente conjeturales, al enfrentarse a una serie de fenómenos que las propiedades de la materia por sí solas no podían explicar. Así, dotan a la materia, no solo al sistema nervioso, sino a toda ella, de memoria, que es una facultad esencialmente consciente. Quienes reprochan con tanta amargura a los espiritualistas el abuso de la metafísica, imaginan una metafísica menos comprensible que la de Platón, Bossuet o Descartes! Pero dejemos que los hechos hablen por sí solos.

Así se expresa Viana de Lima:

La repugnancia invencible, el horror instintivo e inconsciente que aún nos inspiran algunos animales inofensivos, y cuya apariencia debería causarnos más bien indiferencia; este miedo innato, esta repulsión, solo puede explicarse, en ciertos casos, por la herencia de la memoria orgánica, proveniente de antepasados que sufrieron con frecuencia daños a causa de estos animales. Nos sería fácil transcribir aquí innumerables hechos que respaldan esta afirmación, pero nos contentaremos con un ejemplo de la misma naturaleza, bastante instructivo y menos conocido, y que, además, ha sido verificado por varios observadores.

Si llevamos a un establo un manojo de paja usado en jaulas de leones o tigres y hacemos las camas de los caballos con él, los veremos, en cuanto huelan la paja, entrar en pánico e intentar escapar. Laycock, quien reportó el hecho por primera vez, afirma que incontables generaciones de caballos domésticos debieron suceder a su ancestro salvaje, expuestos a los ataques de estos representantes de la raza felina. Sin embargo, estos caballos domésticos nuestros, nacidos en nuestros establos y de los cuales podemos asegurar que nunca han tenido ninguna prueba experimental de peligro (ni siquiera han visto ninguna fiera), aún reconocen el olor a almizcle de los terribles enemigos de sus ancestros.

Ciertamente no es la materia viva de estos caballos la que experimenta la aterradora impresión, ya que, desde los tiempos más remotos del caballo salvaje hasta la actualidad, la materia del cuerpo físico se ha renovado por completo, sin que quede un solo átomo, y esto un millón de veces. Las moléculas extraídas de los alimentos, el heno, los cereales, etc., moléculas que conforman la forma del caballo contemporáneo, desconocen al león o al tigre, porque carecen de consciencia. ¿Cómo, entonces, podemos explicar el terror de estos animales? Si admitimos la existencia de un principio inteligente en el animal, y que este principio se reviste de un periespíritu en el que se almacenan los instintos y las sensaciones, y que la memoria proviene de la revitalización de estos instintos y sensaciones, todo se vuelve comprensible.

Las mismas causas producen los mismos efectos. Los animales domésticos no se diferencian de los animales salvajes de antaño, en cuyo

periespíritu el almizcle de los animales salvajes despierta recuerdos de sufrimiento, quizás incluso de muerte. De ahí su terror. En el hombre, el sentimiento instintivo de repugnancia hacia ciertos animales, como los reptiles, proviene de las capas más profundas del yo; son las sensaciones que experimenta el ser humano en su paso por la serie animal. También se manifiestan de forma instintiva, y pronto veremos cómo todos los actos que surgen del instinto tienen el mismo origen.

Este importantísimo tema del mecanismo orgánico del hombre no ha sido esclarecido. Dado que su estudio se limita a las ciencias naturales, las teorías monistas, materialistas, etc., nunca han rastreado la causa de los fenómenos y, por lo tanto, solo pueden escapar del impasse atribuyendo a la materia propiedades que nunca se han manifestado.

El espiritismo, por el contrario, no inventa nada. Al demostrar la existencia del periespíritu, que reproduce fluidamente la forma corporal de los animales y que es estable a pesar del flujo perpetuo de moléculas vivas, concluye que es en él donde se incorporan los instintos y las modificaciones de la herencia.

Inmutable en sí mismo, a pesar de los incesantes cambios que experimenta el hombre, el periespíritu es, por así decirlo, el estatuto de las leyes que rigen la evolución del ser. No se disuelve con la muerte y, al constituir la individualidad del principio inteligente, registra el más insignificante de los numerosos cambios que las existencias sucesivas le imponen, de modo que, tras toda una serie, se vuelve capaz de guiar y dirigir, incluso sin el conocimiento del Espíritu, organismos muy complejos.

Hay algo en este automatismo análogo a lo que se observa en un excelente pianista cuando interpreta por primera vez una nueva partitura: una vez que el mecanismo cerebral, así como los mecanismos físicos y digitales, se han flexibilizado mediante un largo entrenamiento y obedecen a su voluntad, ya no tiene que preocuparse por los obstáculos materiales que frenan a los principiantes inexpertos. Basta con leer la partitura, porque sus órganos obedecen automáticamente a su mente. ¡Pero cuántos tropiezos y esfuerzos tiene que afrontar antes de lograr este resultado!

Esta manera de considerar la utilidad indispensable del periespíritu se hará aún más clara a medida que comprendamos mejor la naturaleza de las acciones complejas que dan lugar a la vida física e intelectual de los animales y del hombre.

El atavismo, es decir, el fenómeno por el cual un ejemplar aparece repentinamente en una raza animal con características que habían desaparecido hace mucho tiempo y que eran específicas de sus ancestros, es una segunda confirmación de nuestra perspectiva. Este es un fenómeno muy común entre los animales, y los naturalistas lo atribuyen a la herencia, pero sin explicar en absoluto el papel de esta fuerza. Más adelante veremos cómo y por qué puede ocurrir este fenómeno.

Por ahora sólo lo señalaré de pasada.

La teoría celular.-

Es difícil comprender con claridad el papel del sistema nervioso en el organismo y, por tanto, el del periespíritu, si no tenemos ideas muy precisas del modo en que están constituidos los seres vivos.

Es pues esencial presentar aquí los resultados a los que ha llegado la ciencia moderna respecto a la naturaleza íntima de las plantas y los animales.

Los médicos, naturalistas, filósofos, hablan constantemente de sustancias vivas, moléculas orgánicas, materia organizada, tejidos de órganos, etc., pero pocos proporcionan una definición precisa de estos términos.

En los animales superiores podemos observar carne, huesos, tendones, nervios, vasos, membranas, etc. ¿De qué están compuestas estas diversas partes? ¿Podemos encontrar en cada una elementos constituyentes idénticos, cuya variación podría dar lugar a productos tan diversos?

He aquí el problema ahora resuelto por la ciencia.

El famoso Bichat ya había contribuido un poco a la coordinación de las ideas, al dividir todas las sustancias que forman el tejido del cuerpo, presentando en todas partes, y siempre, las mismas propiedades, independientemente de los seres vivos en que las estudiáramos.

Luego surgió la idea, propuesta por Oken, de que los tejidos están formados por elementos simples, cada uno constitutivamente similar. Johannes Müller desarrolló esta teoría, compartida por Schleiden; y finalmente, Théodore Schwann demostró que todos los tejidos están formados por células que difieren de las vegetales únicamente en la variedad de formas que presentan las células animales y en su membrana envolvente, que generalmente es más delgada.

De estos, y del trabajo posterior, se desprende claramente que el organismo de cualquier planta o animal proviene del ensamblaje y la asociación de un número considerable de células. Las partes del cuerpo animal o vegetal provienen de las modificaciones que experimentan las células. En química, los productos más complejos siempre pueden rastrearse hasta los elementos primarios, hasta los cuerpos simples que los constituyen, mediante una serie de descomposiciones sucesivas.

Así, en la Historia Natural, la célula aparece como el último residuo del estudio cada vez más profundo de los tejidos más diversos. Es el elemento anatómico por excelencia, la molécula orgánica con la que se estructuran todos los seres vivos.

Pero ¿cómo se forma esta célula? Aunque varía extraordinariamente en forma, siempre se compone de tres partes: un núcleo interno sólido; un líquido que baña este núcleo; y una membrana que envuelve el conjunto. La

parte esencial, verdaderamente viva, es el líquido, al que llamaron protoplasma. Por lo tanto, este líquido gelatinoso constituye realmente la base de la vida orgánica. Mientras permanezca vivo en los millones de células que componen un cuerpo, ese cuerpo vivirá. Si perece en cualquier grupo de células que componen una extremidad, esta morirá. Finalmente, si el protoplasma se destruye en todas las células, todo el cuerpo morirá. Si la teoría de la evolución es correcta, la vida en la Tierra debería haber comenzado con la formación del protoplasma. Este es un hecho que se ha verificado hoy. La exploración de las grandes profundidades submarinas⁴³ ha revelado la existencia de una sustancia gelatinosa que parece corresponder a la primera manifestación de la vida.

Las hermosas obras de Haeckel sobre estos seres rudimentarios confirman plenamente las deducciones de Darwin y dan al transformismo una base seria.

«Las moneras», dice Haeckel en un artículo de *Kosmos*, «son los seres más simples imaginables. No son más que diminutas masas de protoplasma, carentes de estructura, y cuyos apéndices, similares a proteínas, cumplen, a su vez, todas las funciones vitales y animales: movimiento de sensibilidad, asimilación y eliminación, nutrición y crecimiento, reproducción. Desde un punto de vista morfológico, su cuerpo es tan simple como el de cualquier cristal».

Sin embargo, no todas las moneras presentan el mismo grado de simplicidad, y hay algunas que tienen, en el centro de la masa, un núcleo bien definido. Estas son células desnudas, llamadas amebas. Se encuentran en el agua común y en la sangre de los animales. Cuando, finalmente, la ameba se rodea de una envoltura, constituye la célula misma. La reproducción celular ocurre de manera muy simple. Al alcanzar cierto volumen, se producen una o más divisiones en su masa, que así se bipartita o multipartita. Cada parte se vuelve autónoma, se nutre, crece y, a su vez, genera otras células. A veces ocurre que las células nacidas de la primera no se separan y luego forman una serie de células asociadas, dando lugar a otras que también son inseparables, y así sucesivamente, según el grado de vitalidad con el que estén dotadas.

Esto es lo que ocurre con todas las plantas, animales y humanos. Todos los organismos de nuestra época comienzan siendo nada más que una sola célula: el óvulo vegetal o animal, y, dependiendo de la mayor o menor complejidad del ser nonato, las células se diversifican en mayor o menor medida, mientras que cada una mantiene su propia autonomía.

Incluso en las asociaciones más complejas, las células constituyentes de un ser vivo no pierden por completo su independencia. Cada una vive de forma independiente, y las diversas funciones fisiológicas del animal no son más que el resultado de las acciones realizadas por un grupo determinado de células.

El propósito de todo organismo es vivir: cada parte contribuye, en su ámbito de acción, al objetivo común. Un cuerpo vivo puede compararse con una fábrica: cada órgano representa un grupo de trabajadores y cada trabajador corresponde a una célula. Cada trabajador tiene su propia tarea específica y, una vez que las partes se ensamblan y fabrican por separado, se obtiene el producto manufacturado. En la escala de los seres, las asociaciones celulares se encuentran en todas las etapas del desarrollo.

A este respecto, he aquí lo que dice Isidore Geoffroy-Saint-Hilaire:

Al igual que el individuo, la comunidad posee su unidad abstracta y su existencia colectiva. Es una reunión de individuos, a menudo muy numerosos, y sin embargo, puede considerarse en sí misma como un solo individuo, como un ser único y, sin embargo, compuesto. Y así es, no por una abstracción más o menos racional, sino en realidad, material para nuestros sentidos y para nuestra mente, constituida en un ser organizado de partes continuas y mutuamente dependientes, fragmentadas del mismo todo, ya que cada una constituye un todo más o menos circunscrito, miembros del mismo cuerpo, aunque cada una posea un cuerpo organizado, un pequeño todo.

Al igual que la familia, la sociedad y un simple grupo, la comunidad puede constituirse de muchas maneras diferentes. La fusión anatómica y, en consecuencia, la solidaridad fisiológica de los seres así unidos, puede limitarse a unas pocas funciones vitales o extenderse a casi todos los órganos y funciones. También puede presentarse en todos los grados intermedios, pasando por los matices imperceptibles de los seres organizados, en los que las vidas asociativas permanecen casi independientes y los individuos claramente diferenciados, y de ahí a otros en los que los individuos se vuelven cada vez más dependientes y mixtos, hasta llegar a aquellos en los que todas las vidas se confunden en una vida común, desapareciendo las individualidades propiamente dichas, más o menos completamente, en la individualidad colectiva.

Los animales superiores son estas individualidades colectivas, pero simplemente desde un punto de vista vital.

Hemos visto que la fuerza vital es a la vez principio y efecto: principio, porque es necesario un ser ya vivo para comunicar la vida; y efecto porque, una vez realizada la fecundación de un germen, las leyes físico-químicas sirven para sustentar la vida.

No cabe duda: la fuerza vital tiene una existencia determinada, ya que cada ser reproduce a un ser similar, y no podemos dar vida a un compuesto inorgánico. Además, suponiendo que pudiéramos, por ejemplo, fabricar un músculo sensible, con las características de producir los mismos fenómenos que un músculo natural, este no podría regenerarse, como ocurre incesantemente con el organismo vivo. Por lo tanto, aunque opera y se mantiene mediante leyes naturales, el principio vital es distinto de estas leyes.

Es una fuerza, una transformación especial de energía; no tiene existencia sobrenatural, pero es un producto necesario de la evolución ascendente, un paso primario no de organización, sino de mantenimiento y reparación de la materia viva. Es posible encontrar rastros de este principio reparador incluso en la materia prima. Tomemos como ejemplo el cristal, que puede reparar sus fracturas, como Pasteur demostró claramente.

Si se rompe alguna parte, al colocarla en la solución original, no solo crece en todas sus caras, sino que también desarrolla un trabajo muy activo en la parte dañada, lista para reparar el daño y restablecer la simetría. Al colocar la solución de una sustancia violeta, por ejemplo, podemos ver claramente el trabajo adicional requerido para reconstruir las partes dañadas.

El principio vital es, por lo tanto, una fuerza esencialmente restauradora, y tanto en las plantas como en los animales es esta fuerza la que reconstruye las células que se agrupan según un plan específico. Es, en cierto modo, el desarrollo, el grado superior, la transformación exaltada de lo que llamamos afinidad en los cuerpos físicos.

Además, el fluido vital también actúa sobre las moléculas orgánicas, al igual que el fluido magnético actúa sobre el polvo metálico que da origen al fantasma magnético. Si negamos la existencia de una fuerza vital, aunque sea invisible e imponderable, no podremos comprender por qué un cuerpo vivo mantiene una forma fija, invariable según la especie, a pesar de la incesante renovación de sus moléculas.

Mientras la vida parece difusa, como en el caso de los animales inferiores; mientras todas las células pueden vivir individualmente, sin la ayuda de las demás, el principio inteligente es apenas visible, ya que en los seres rudimentarios sólo se observa irritabilidad, es decir, la reacción a una influencia externa y, por tanto, ninguna sensibilidad distinta.⁴⁷ Pero tan pronto como aparece el sistema nervioso, desde el momento en que en él se concentran las funciones animales, la comunidad viviente se transforma en individuo, pues desde ese momento el principio inteligente asume la dirección del cuerpo y manifiesta su presencia con los primeros destellos del instinto.

Desarrollo correlacionado del ganglio cerebral y la inteligencia, en la serie animal.-

Algunos zoófitos (animales-plantas), como las medusas y los erizos de mar, poseen algunas características del sistema nervioso; por lo tanto, también poseen rudimentos instintivos.

En la orilla del mar, receptáculo inagotable de formas incipientes, al excavar en la arena húmeda de la ola en retirada, es raro no encontrar una masa viscosa y azulada, como almidón de trigo, con una simple amalgama de gelatina. Esta masa gelatinosa no ofrece, a primera vista, ninguna característica animal; pero si se la coloca en un gran recipiente con agua de

mar, o en un pozo lo suficientemente profundo como para que pueda desarrollarse a voluntad, se la verá expandirse, redondearse y adoptar gradualmente diferentes formas que no carecen de elegancia.

Tienen ante ustedes un ser singular, cuyo cuerpo está compuesto por un disco más o menos convexo, como un hongo, y dotado de varios apéndices situados en su parte cóncava, que le sirven para respirar y capturar alimento. Estos órganos cuelgan o flotan en varias especies, lo que nos recuerda a las serpientes que adornaban a la mítica Medusa, de quien recibieron su nombre. El pueblo llano los conoce como medusas marinas.

Es legítimo preguntarse por qué las medusas, con una estructura tan variada y formas tan elegantes y delicadas, al observarlas en un medio líquido, se convierten, separadas de su elemento, en masas informes y confusas, en las que el ojo más agudo jamás encontraría rastros del animal previamente fijado. Pues se debe simplemente a que sus tejidos son demasiado tenues para mantener su posición en el aire, mientras que en el agua, al perder una parte de su peso equivalente al volumen de agua desplazada, solo necesitan ofrecer una débil resistencia para preservar su estructura e impedir que las diversas partes del cuerpo se replieguen sobre sí mismas.

Durante mucho tiempo, estos extraños seres fueron despreciados por los propios naturalistas, quienes no veían en ellos, como dijo Réaumur, más que una gelatina viviente. Sin embargo, la ciencia moderna ha logrado penetrar los misterios de su organismo y determinar su verdadera forma externa. Ciertamente, no hay nada más singular que un animal sin boca, pero con probóscides chupadoras, análogas a las raíces de las plantas, cuya cavidad digestiva se extiende por todo el cuerpo, como canales vasculares, y cuya apariencia cumple simultáneamente las funciones de estómago y corazón. Sin embargo, la organización que Cuvier descubrió en estos zoófitos no es diferente.

Vale la pena señalar que, entre los seres más simples, incluso entre aquellos en los que no se pueden apreciar un sistema nervioso, órganos sexuales o extremidades diferenciados, siempre se encuentra el estómago.

Podría decirse que es el órgano de la animalidad por excelencia, el fundamento de la vida bruta y –parodiando a Rabelais– que el estómago es el capataz de los artistas del universo, habiendo enseñado a los animales y al hombre lo que debían hacer para vivir, despertando en ellos todas sus necesidades y, con ellas, todos sus instintos.

Las actinias, que se asemejan a flores vivas y cuyos brillantes pétalos están dotados de gran movilidad, no son en realidad más que estómagos organizados, verdaderas bolsas que transmiten jugos nutritivos al resto del cuerpo por absorción. No poseen otros instintos que los necesarios para esta importante función.

El sistema nervioso aún no está diferenciado en ellos. Su sustancia se

encuentra dispersa por todo el cuerpo, como fusionada con la materia gelatinosa que compone al animal, de modo que las facultades activas, como la visión, la audición, etc., que hemos especializado en diferentes órganos, se encuentran, de alguna manera, uniformemente distribuidas, en estado latente, en estos organismos primordiales.

Es bajo la influencia permanente, activa e incesante de los medios que actúan sobre el animal, y por el impulso resultante de necesidades siempre emergentes, que las especies se transforman, concentrando en órganos específicos las diferentes facultades que originalmente se confundían. Estos órganos sensoriales acaban perdiendo parte de sus propiedades generales, para conservar y desarrollar únicamente las de su especialidad.

La fuerza nerviosa, difundida por todo el cuerpo en los zoófitos, se centraliza parcialmente en los filamentos nerviosos de los moluscos. Las diversas ramas nerviosas, con sus escasos y diminutos cerebros, o ganglios, comienzan a concentrarse, coordinarse y unirse individualmente; pero esto ocurre solo gradualmente. El sistema nervioso, en los tipos mejor definidos, está formado principalmente por dos ganglios situados por encima y por debajo del esófago. El superior se ha denominado cerebral y está conectado al otro por cordones nerviosos que forman el collar esofágico.

A medida que el organismo se vuelve más complejo, es decir, crece, el ganglio cerebral se duplica y las dos partes componentes pueden separarse o unirse. En los animales-planta hemos visto la ausencia de casi todos los sentidos. Los moluscos ya muestran progreso, pues no solo revelan el sentido del tacto, sino que muchos también poseen vista y, quizás, olfato. Hay otros que también tienen oído. Este inicio de mejora orgánica da lugar a los instintos de nutrición, reproducción e incluso otros, como lo atestiguan los erizos de mar, que perforan las rocas para construir sus nidos.

Estudiemos los seres situados un poco más arriba, en la serie animal, y veremos que, en los articulados, el crecimiento y el desarrollo del ganglio cerebral están muy acentuados.

En casi todos los miembros de este grupo, los dos ganglios cerebrales se unen y fusionan, aunque existen claros signos de su separación original. Esto da lugar a manifestaciones cada vez más complejas de los instintos. Según Leuret,⁵¹ la progresión de estas facultades es la siguiente:

1º) En primer lugar, podemos ver animales que parecen establecer una transición con la clase inferior, presentando instintos sólo restringidos a la búsqueda de alimento (Anélidos: sanguijuelas).

2º) Sensaciones más extensas y numerosas, construcción de un hogar, ardor genético extremo, voracidad, crueldad ciega (Crustáceos: cangrejos).

3º) Sensaciones aún más amplias, construcción de viviendas, voracidad, engaño, astucia (Arácnidos: arañas).

4º) Sensaciones muy amplias, hogar, vida de relación, provisión de guerra y defensa colectiva, sociabilidad, en fin (Insectos: abejas, hormigas).

Antes de pasar a los vertebrados, parece útil explicar el proceso de elaboración de los instintos, así como el papel que ha desempeñado el periespíritu en la evolución, cuyos puntos principales acabamos de explicar brevemente.

El periespíritu.-

Hemos insistido con frecuencia en la íntima conexión que existe entre los seres vivos, de modo que los animales suceden imperceptiblemente a las plantas, y hay organismos que parecen participar de ambas naturalezas. También hemos visto que el principio vital desempeña el papel más importante en la existencia de las plantas, que es una fuerza claramente definida y no una entidad vaga, ya que, sin su asociación con el doble fluídico, es imposible comprender la forma típica de los seres, mantenida desde el nacimiento hasta la muerte.

Esta fuerza, que permea el germen y dirige su evolución, no basta, sin embargo, para explicar los instintos observados en el animal ni las manifestaciones inteligentes a las que nos hemos referido. Por lo tanto, atribuimos al desarrollo del principio psíquico aquellos hechos que tan profundamente diferencian ambos reinos. En organismos ambiguos, situados en los límites de uno u otro reino, y según la mayor o menor intensidad de la unión de la fuerza vital con el principio espiritual, se observará una mayor o menor concentración, una individualidad más o menos marcada.

Pero en cuanto se establece el equilibrio, el principio espiritual empieza a predominar, la evolución se acelera y las formas se compactan. En lugar de ser blandas y flácidas, presentan contornos definidos y claramente regulados, al tiempo que los instintos emergen y se manifiestan con mayor energía.

Se ha establecido también que el principio inteligente está siempre recubierto por una envoltura fluídica, y los episodios relatados por Dassier, y sancionados por la lógica, no permiten dudar de la realidad de este doble periespiritual.

Examinemos ahora su función en los seres vivos.

En las primeras etapas de la vida, el fluido periespiritual se mezcla con los fluidos más densos del mundo imponderable. Podemos compararlo con un vapor holliniento que nubla las radiaciones del alma; y, al estar íntimamente unido al principio espiritual, este, a pesar de poseer en embrión todas las facultades destinadas a evolucionar, no puede manifestarlas, impedido por la densa materialidad de la prisión fluídica.

Y así, en los primeros días, los fuertes estímulos del hambre se hacen necesarios para despertar el alma de su atonía.

Sabemos que los fluidos se componen de estados de materia etérea y que la velocidad de su movimiento molecular es proporcional al grado de rarefacción de las moléculas. Cuanto más densos, opacos y viscosos sean,

mayor será la resistencia que ofrecerán a cualquier modificación; sin embargo, es necesario que el alma cambie la dirección de los movimientos de su envoltura, regule su actividad, para que pueda manifestarse externamente. Podemos hacernos una idea de los fenómenos sucesivos que las diferentes encarnaciones determinan en el periespíritu imaginando una gran fuente de luz, un foco eléctrico, por ejemplo, encerrado en una esfera de vidrio llena de humo negro y espeso, formado por una enorme cantidad de partículas sólidas.

El brillo del foco quedaría tan oscurecido por este velo oscuro que ninguna luz se proyectaría al exterior. A lo sumo, una tenue claridad, como simple indicio de la poderosa radiación del arco voltaico. Pues el alma es el foco eléctrico, y el vapor negro es el periespíritu, en los primeros tiempos de la vida terrestre.

Supongamos ahora que, mediante diversas manipulaciones, como enfriar la esfera, comprimir los gases internos, etc., hemos obtenido el precipitado de un pequeño número de partículas sólidas, y veremos que la luz podrá manifestarse ahora con mayor facilidad. Su expansión será un poco más intensa; aún no puede llamarse luz, pero es necesario reconocer cierto progreso con respecto al estado anterior.

Renovando este experimento muchas veces y suponiendo que en cada experimento el vapor sólo se clarifica en cantidades muy pequeñas, se tendrá una idea aproximada de lo que sucede con el alma y su envoltura a medida que pasa por la serie animal.

Las facultades superiores, observadas en los vertebrados, no se notan sino por intercurencia, no tienen continuidad, se diría como un rayo en una nube oscura.

Es sólo a nivel de humanidad que el principio espiritual ha manipulado el órgano fluídico lo suficiente como para que sus principales facultades no sean continuamente obstruidas e invalidadas.

¡Pero cuánto trabajo queda por hacer para que este vapor se purifique por completo! ¡Cuántas luchas para depurar el fluido universal de sus groseras moléculas, hasta que el alma pueda brillar en la plenitud de su magnífico esplendor!

Sabemos que la luz se debe a un movimiento vibratorio del éter; pero ¡cuánto más rápidas son las ondulaciones del fluido periespiritual de una Entidad superior! Por lo tanto, la descripción que hacen los médiums clarividentes, refiriéndose a las almas puras como si fueran espléndidos focos de intensa luminosidad, o estrellas brillantes y abigarradas, no es metafórica, sino que expresa la fenomenalidad real.

¿Podría esta teoría ser una concepción simple e imaginaria?

Por supuesto, ya que la ciencia nos demuestra que todos los fenómenos pueden reducirse al movimiento, en lo que nos basamos con los físicos actuales.52

El gran error del materialismo, o monismo, es tomar siempre el efecto por la causa en todo y en todas partes. Es consciente y voluntariamente que estos filósofos atribuyen al sistema nervioso facultades que nunca le pertenecieron ni le pertenecerán. Han optado por negar obstinadamente toda realidad que no afecte sus sentidos de forma inmediata. De ahí el prejuicio y, en consecuencia, el error.

Sin embargo, dado que los hechos que observan son reales, basta con demostrar que el alma y su envoltura gozan de las facultades conferidas a la materia para que todo se aclare y comprenda. Es tan difícil, si no imposible, explicar lógicamente qué podría ser la memoria orgánica, por ejemplo, como fácil sería hacerlo admitiéndola como residente en el periespíritu, como demostraremos.

Dicho esto, comencemos nuestro estudio.

Formación de los órganos de los sentidos, papel del periespíritu.-

En primer lugar, nos limitaremos a mostrar brevemente cómo se formaron los primeros esbozos del sistema nervioso-sensorial y, a la vez, del sistema motor, ya que son inseparables, pues la sensación siempre se traduce en movimiento, como veremos. 53 Una vez establecido esto, es fácil imaginar, por analogía, cómo las demás partes del sistema nervioso gradualmente tomaron la dirección de la vida vegetativa y orgánica. Por lo tanto, lo primero que nos debe interesar son las funciones de la vida relacional de los seres animados.

Esta vida comprende dos términos: acción del mundo exterior sobre el animal, traduciendo sensibilidad, y acción del animal sobre el mundo exterior, traduciendo movimiento.

La facultad de responder con movimientos a una fuerza externa es absolutamente peculiar de todos los seres vivos y se llama irritabilidad.

Lo que debe entenderse claramente es que, en toda la naturaleza, la fuerza nunca se destruye. No se pierde ni se crea, de modo que toda fuerza, incluso al actuar sobre un objeto inerte, quizá se transforme, pero persistirá en estado de fuerza y se encontrará, absolutamente íntegra, en la materia inerte que sufrió su acción.

Un hecho curioso demuestra hasta la saciedad este principio de conservación de la fuerza en forma de impresión.

“Si colocamos una oblea”, dice Draper, “sobre un metal frío y pulido, como una hoja de afeitar; y si, después de soplar sobre el metal, levantamos la oblea, ninguna inspección, por rigurosa que sea, revelará en el acero pulido rastro alguno ni imagen alguna. Pero si soplamos una segunda vez sobre el metal, descubriremos que la imagen fantasmal de la oblea reaparece; y esto tantas veces como queramos, incluso después de que hayan transcurrido

algunos meses.

“Una sombra que cae sobre una pared deja huellas duraderas en ella”.

Por lo tanto, mientras una fuerza actúe sobre un cuerpo, no dejará de modificarlo de alguna manera. Supongamos, por ejemplo, un trozo de hierro en un estado A de equilibrio eléctrico, térmico, mecánico y químico: si cualquier fuerza F actúa sobre él, lo pondrá en un nuevo estado A de equilibrio eléctrico, térmico, mecánico y químico.

Suponiendo que la fuerza F se ha agotado completamente en el cuerpo A, después de la acción de la fuerza F, el cuerpo A será igual a A + F.

Esto nos lleva a admitir que, incluso en el caso de que una fuerza no determine movimientos aparentes en un cuerpo, no deja de modificar su constitución molecular, transformándose e imprimiendo al cuerpo un estado nuevo, diferente.

Ahora bien, es evidente que los animales son mucho más sensibles que el metal. Dado que el material que los compone es más delicado, pueden irritarse por fuerzas menos enérgicas que las que actúan sobre los cuerpos crudos, dejando huellas cada vez más duraderas de su influencia en el ser vivo a medida que este se ejercita más.

El calor, la electricidad, las combinaciones químicas y el peso, que nos parecen tan distintos, en realidad no son más que formas de movimientos moleculares, atómicos y vibratorios, no perceptibles a nuestros sentidos, pero, en definitiva, movimientos que la Ciencia ha podido demostrar que son reducibles a leyes mecánicas.⁵⁵

El punto esencial, el que debemos tener siempre presente, es que el periespíritu está vinculado, desde el momento del nacimiento, a todas las moléculas del cuerpo. Es a través del fluido vital, impregnado en el germen, que la encarnación puede tener lugar, sabiendo que el Espíritu solo puede actuar sobre la materia mediante la fuerza vital. Existe, por lo tanto, una íntima fusión entre el periespíritu y el fluido vital, que es el motor determinante de la evolución contenida en el trinomio juventud, madurez y vejez. También hemos observado que cada célula, al participar en la vida general de los organismos complejos, goza, sin embargo, de cierto grado de autonomía; de modo que cada movimiento que se produce en ella altera su equilibrio vital, y esta modificación dinámica afecta inmediatamente a su doble fluídico, determinando un movimiento en ella.

Por lo tanto, tenemos que toda acción interna o externa produce un movimiento en la envoltura periespiritual. Con esta comprensión, intentemos explicar cómo se formaron los órganos sensoriales.

1er caso: Imaginemos el ser más elemental. Solo puede ser perfectamente esférico y sin ningún elemento diferenciado. En rigor, el organismo homogéneo es pura abstracción teórica.

Si imaginamos esta masa sensible en un medio homogéneo o, lo que es lo mismo, en un medio que varía uniforme y concéntricamente con respecto a

ella, podemos comprender cómo puede experimentar una sensación de tensión, más o menos pronunciada, según la mayor o menor correspondencia del entorno con su equilibrio natural. Y eso es todo. No tendrá ninguna sensación, ya que, como veremos, no puede percibir el cambio, sino solo su estado actual.

No tendrá percepción mientras el entorno permanezca homogéneo, ya que, cuando se mueve, nada cambia a su alrededor.

Semejante existencia puede pues comprenderse fácilmente imaginando que todas las causas externas son producidas por una acción idéntica a la de la presión atmosférica y que nuestra sensibilidad se reduce a la facultad de sentir esta presión.

2do caso: Esto no ocurrirá, sin embargo, a partir del momento en que el medio sea heterogéneo y el centro de su acción ya no coincida con el centro de la masa sensible, ya que ésta se modificará inmediatamente en el punto de su superficie directamente expuesto a la fuerza perturbadora.

Para tener una idea de lo que ocurre, podemos prefigurar que toda sensibilidad se reduce a la facultad de sentir calor y que todas las fuerzas del entorno son calóricas.

El organismo comenzará a calentarse del lado que da a la fuente de calor. Este lado será, por un momento, el único foco de sensibilidad, ya que es allí donde se producirá principalmente la ruptura del equilibrio. Equivaldrá a un órgano, pero un órgano adventicio, es decir, un órgano de sensación accidental e instantáneo. Y dado que ahora un lado, ahora el otro, será llamado a sufrir esta influencia, podría, en teoría, decirse que todo el cuerpo del animal se convertirá en un campo perpetuo de órganos sensoriales improvisados. Solo condicionalmente, subordinado a la diferenciación de la sustancia, puede haber sensación y, por lo tanto, un órgano momentáneo de los sentidos, ya que, en este caso, el animal percibe no solo el presente, sino, al mismo tiempo, el presente en el órgano y el pasado en el resto del cuerpo, que aún es inmune al foco.

Sentirá más o menos calor o frío en el órgano antes de experimentar un efecto general, y así conocerá el signo del cambio, es decir, sabrá si hay más o menos calor. Y como, además, experimentará una inevitable sensación de bienestar o malestar, sabrá en qué sentido le afecta la temperatura, en relación con el equilibrio natural. Sentirá vagamente qué tan frío o caliente está y deducirá una estimación aproximada de la temperatura absoluta del exterior.

Analicemos lo que sucede aquí. Por ejemplo, las vibraciones calóricas sacudieron la túnica de una medusa. Las células expuestas directamente a los rayos del sol se irritaron; esta irritación alteró el equilibrio de la fuerza vital de estas células y produjo una vibración del fluido vital. Esta vibración resonó inmediatamente en el periespíritu, y en ese mismo instante, el alma de la medusa fue advertida por este movimiento periespiritual de que se había

producido un cambio en su cuerpo. Toda percepción va seguida de una sensación de bienestar o malestar, y así, el alma se verá inducida a evitar los estímulos externos que la molestan, así como a buscar los que le son contrarios. Sin duda, nos referimos a una percepción extremadamente vaga, pero no por ello inexistente, y por confusa y turbia que la supongamos en un animal tan rudimentario, no es menos dudoso que el instinto se origine en su persistencia.

Hay una observación curiosa que corrobora absolutamente nuestra presunción.

Un hecho que prueba el instinto de estos insignificantes animales es que nunca van a la costa a menos que los vientos los impulsen. Parece que intuyen los peligros que les acechan. A pesar de estas precauciones, acuden a la costa en grandes cantidades y allí se tumban, o mejor dicho, se disuelven al sol.

El miedo al calor es, pues, más que justificado y es suficiente para crear en ellas un instinto, pues la medusa, pereciendo así innumerables veces, acabará alejándose instintivamente, en sus encarnaciones siguientes, de las plagas que le fueron fatales.

Pero volvamos a nuestro organismo teórico, ya que aún no hemos explicado todas las observaciones a que da lugar.

El órgano adventicio, o en otras palabras, accidental, es lo que hizo posible la sensación: es el condición del sentido adventicio, es decir, la facultad de percibir, de forma diferenciada, cambios externos diferenciados.

Además, al otorgar al estado orgánico la medida del presente, mientras el resto del cuerpo permanece inmerso en el pasado, la comparación del presente y el pasado se vuelve no solo posible, sino espontánea y constitutiva. Si se produce un nuevo cambio, será posible apreciar la temperatura correspondiente a ambos términos, sentir si hace más frío o más calor.

Gracias, pues, al órgano adventicio de los sentidos, la existencia del animal se compone de una serie de experiencias, cada una de las cuales está vinculada a las que la preceden y la suceden. El órgano es la cadena de asociación de impresiones, la condición de la individualidad psíquica permanente del animal.

Pero eso no es todo. Observamos que es a través del órgano accidental, formado en los puntos expuestos al calor, que el animal percibe los cambios externos. También es a través de este órgano que adivinará si el cambio será agradable o no, y que podrá huir o evitar el peligro antes de que sea demasiado tarde, a menos que la desorganización sea generalizada.

El órgano es, por tanto, un producto cuya función está estrechamente ligada a lo que llamamos instintos de conservación, y que advierte, a tiempo, tanto del placer como del dolor.

Finalmente, tal como aún lo entendemos, el órgano es un instrumento

temporal de la experiencia. Gracias a la confianza que depositamos en su acción espontánea, podemos, en la ducha, percibir a tiempo la entrada de agua demasiado caliente o fría, para cerrar el grifo antes de que nos interrumpan.

Tales son las peculiaridades de la vida del animal rudimentario, sin órganos diferenciados y sin gozar de nada más que de una diferenciación adventicia.

La mayoría de los zoófitos solo presentan fenómenos de este orden. Examinemos ahora el caso más complejo de un animal ya dotado de un sentido permanente.

3er caso: Acabamos de ver que la sensación se debe a dos causas: 1º – a una diferencia de acción exterior; 2º – a la exposición directa de una parte del cuerpo del animal a esa misma acción, que, por tanto, la recibe más fuertemente en esa parte que en otras.

Supongamos que, por alguna razón, esta región está llamada a servir de órgano de sentido adventicio, y la tendremos transformada en un órgano de sentido permanente, es decir, dotado, a perpetuidad, de una sensibilidad más delicada, que diferenciará la acción exterior en el ser, aunque ésta sólo presente variaciones minúsculas y sea incapaz de actuar sobre las demás partes sensibles del animal.

El órgano permanente es, por tanto, causa subjetiva de diferenciación; es la condición del sentido permanente, es decir, de la facultad de recibir, de manera diferenciada, los cambios externos, aunque indiferenciados.

Para aclarar esta concepción, imaginemos la sensibilidad distribuida uniformemente por todo el cuerpo, excepto en un punto donde es más aguda; en otras palabras: supongamos que solo poseemos el sentido del tacto y que la sensibilidad se concentra en el extremo de un brazo. Tendremos que crear órganos adventicios en el resto del cuerpo que nos adviertan de cambios sobrevenidos en el mundo externo. Pero cuando se trata de conocer con mayor exactitud la naturaleza e importancia de cualquiera de estos cambios, dirigiremos el órgano permanente en esa dirección, y es así, preferiblemente, como sondearemos el entorno, ya que es el más capaz de distinguir las diferencias más pequeñas. Así, al caminar en la oscuridad, extendemos las manos y avanzamos con paso cauteloso, como si sintiéramos el suelo con los pies. Los crustáceos e insectos tienen antenas, que realizan esta función. Son órganos móviles, en los que el tacto es más refinado, y es mediante estos apéndices que adquieren un conocimiento preciso de los objetos externos. El órgano permanente será, por lo tanto, el instrumento constante de las experiencias del animal, y en este sentido adquirirá una aptitud especial. Al perfeccionarse mediante el ejercicio, proporcionará información cada vez más precisa y fiable. Además de todas las propiedades aquí reconocidas en el órgano adventicio, y que, con mayor razón, pertenecen al órgano permanente, también tiene la capacidad de reconectar la experiencia del

presente con la del pasado, convirtiéndose en el vínculo de asociación de experiencias.

¿Y cómo se producirá la transformación de lo accidental en permanente?

Es bien sabido que toda acción externa puede reducirse, en última instancia, a un fenómeno de movimiento vibratorio que se opone al de las moléculas del cuerpo. Para que se produzcan sensaciones, estas moléculas deben ofrecer cierta resistencia a la causa perturbadora. Esta resistencia proviene de su incapacidad para vibrar en armonía con el exterior. Una vez superada esta resistencia, la transformación de la energía exterior dejará una huella más o menos profunda. Sin duda, si la misma actividad exterior deja de actuar sobre estas mismas moléculas, tenderán a reanudar su movimiento natural. Sin embargo, las cosas ocurrirán de manera diferente si las moléculas experimentan esta acción no una, sino miles de veces, y esto no solo durante una existencia, sino a través de cincuenta, cien, mil pasajes por la misma forma. En este caso, perderán gradualmente la tendencia a volver al movimiento natural y se identificarán gradualmente con el movimiento que se les imprime, hasta el punto de que se les vuelve natural y, posteriormente, lo obedecen al más mínimo impulso.

El mismo razonamiento se aplica a las moléculas periespirituales, pues, así como el campo magnético de un imán contiene líneas de fuerza, también en el periespíritu se crean líneas de este tipo, a lo largo de las cuales se diferencia el movimiento vibratorio y permite al alma un conocimiento más preciso del mundo exterior que el que obtendría mediante el movimiento confuso del resto de la envoltura. Aquí, procede una anotación muy importante, que demuestra, una vez más, la utilidad y, digamos también, la innegable necesidad del periespíritu.

No olvidemos que en todos los seres vivos, tanto en los zoófitos como en el hombre, la materia viva se destruye y regenera constantemente mediante la nutrición, y que en muy poco tiempo todas las moléculas del cuerpo se renuevan. Por lo tanto, es indispensable que exista en el animal un elemento permanente donde residan las modificaciones adquiridas, sin el cual las nuevas moléculas no serían más aptas que las antiguas para vibrar más rápido, ni el animal podría adquirir ningún órgano sensorial.

El periespíritu es, pues, el factor directo del progreso animal; sin él nada puede explicarse, y la teoría antes mencionada, que es, sin embargo, la de la ciencia, resultaría sencillamente inconcebible.

El movimiento es, de hecho, indestructible; afecta y sacude las células que encuentra a su paso, las cuales, por supuesto, conservan este movimiento; pero, una vez que desaparecen, se llevan consigo la modificación adquirida y las nuevas células ya no tienen este movimiento vibratorio.

Si, por otro lado, admitimos que el principio vital está íntimamente ligado a todas las regiones del periespíritu, y que este, a su vez, reproduce con exactitud todas las regiones del cuerpo, todo se aclara, ya que las nuevas

células se organizan mediante la fuerza vital modificada, según el movimiento de las líneas de fuerza periespirituales. En consecuencia, tenemos que el organismo físico reproduce estas modificaciones y diseños en el ser celular, sede del sistema nervioso-sensorial y, al mismo tiempo, motor, ya que el ser reacciona continuamente contra su entorno.

Es así como las células llegan a diferenciarse y manifestar propiedades particulares, en relación al tipo de excitación especial, es decir, al movimiento que actúa sobre ellas con mayor frecuencia.

Las vibraciones térmicas son más lentas que las luminosas, y las ondas sonoras son aún más lentas que las dos primeras, por lo que las células que reciben uno de estos movimientos con más frecuencia que el otro acabarán adquiriendo una irritabilidad acorde con la naturaleza de cada uno de los agentes. En resumen, habrás especificado los órganos sensoriales.

Esta teoría sólo requiere una condición: tiempo.

Ahora, hoy hemos venido a determinar el tiempo probable que nos separa de la aparición de los primeros seres en nuestro planeta.

Los geólogos emplearon su método habitual para resolver este problema, que consistía en determinar la edad de un terreno mediante el espesor de una capa depositada y la probable velocidad de su erosión. Tras numerosas observaciones realizadas en diversas regiones del globo, los naturalistas, liderados por el ilustre Lyell, asumieron que habían transcurrido más de 300 millones de años desde la solidificación de los estratos superficiales de la Tierra.

Estas conclusiones fueron contradichas por algunos físicos que no admitieron más de 100 millones de años.⁵⁸

Tomemos este cálculo más reducido y tendremos, para las tres eras geológicas, las siguientes cifras:

1º) Periodo primario... 75 millones de años.

2º) Periodo secundario 19 millones de años.

3º) Periodo Terciario 6 millones de años.

Vemos pues que los animales del primer período tuvieron 75 millones de años para diversificarse y adquirir órganos, creando el sistema nervioso.

Las condiciones climáticas serían más o menos similares a las que imaginamos para explicar la influencia del medio ambiente sobre el animal y la formación de los órganos de los sentidos.

“Durante toda la duración de los tiempos primarios”, dice Lapparent, “reinó un clima similar al de los trópicos desde el ecuador hasta los polos, y no fue hasta mediados de la era secundaria que comenzó a manifestarse el retroceso progresivo de la zona tropical.

A mediados de la era Terciaria, Groenlandia aún contaba con una vegetación similar a la de Luisiana actual. Por lo tanto, la aparición del hielo polar fue bastante tardía y casi podríamos considerarla como el fin de los tiempos geológicos propiamente dichos, para inaugurar la era actual. 59

Los ejemplos tomados están relacionados con el órgano del tacto, pero también podríamos utilizarlos para tratar cualquier otro aparato sensorial, como el auditivo o el visual.

Los fenómenos se vuelven cada vez más complejos a medida que avanzamos en la serie animal y el sistema nervioso mejora en paralelo. Sin embargo, el proceso es siempre el mismo. Por lo tanto, estudiemos las propiedades fisiológicas del sistema nervioso, especialmente porque su conocimiento nos permitirá comprender aún mejor el papel del periespíritu.

Sistema nervioso y acción refleja.-

Recordemos una vez más que el sistema nervioso no es más que la condición orgánica, terrestre, de las acciones psíquicas del alma y que, en sí mismo, no es ni inteligente ni instintivo, ya que, después de su destrucción, el alma sobrevive, sea humana o animal.

Pero, mientras subsista la incorporación, es reproducción material del periespíritu y cualquier alteración grave de su sustancia engendra desórdenes consecutivos en las manifestaciones del principio pensante.

Algunos sabios afirman que cuando una región del cerebro sufre un daño grave, desaparece la capacidad de hablar y, por lo tanto, se destruye la facultad del habla. Esto es indiscutible. Pero ¿debemos concluir que una parte del alma ha desaparecido? No. Lo que concluimos es simplemente que se le ha impedido usar su instrumento y, por lo tanto, no puede manifestarse de esta manera. Que los sabios respondan: con este experimento no han demostrado la destrucción parcial del alma, sino que han desorganizado su funcionamiento. Nada más.

El adagio «mens sana in corpore sano», alma sana en cuerpo sano, es cierto. Es necesario que los órganos estén en perfecta salud para que el Espíritu los use libremente; pero evitemos concluir que un cambio en el órgano implica un cambio en el alma, cuando lo que lo determina es solo el cambio en la manifestación de esa alma, que no es lo mismo. Lo cierto es que los límites dentro de los cuales se preserva la integridad del sistema nervioso son muy estrechos.

Dependen de la circulación, la respiración, la nutrición, la temperatura y tu estado de salud o enfermedad.

Hemos visto cómo se puede representar la creación del sistema nervioso sensorial y motor, pero no debemos olvidar la importancia de las funciones vitales y, como el alimento es un irritante interno y la célula del canal digestivo reacciona bajo su influencia, se creó un sistema nervioso vegetativo, que actúa sobre la nutrición de los elementos orgánicos.

Analícemos simplemente el sistema nervioso que sirve para manifestar la inteligencia. Está compuesto por nervios o cordones nerviosos y centros que, en los vertebrados, son la médula espinal y las diferentes partes que

conforman el cerebro.

Consideremos rápidamente un animal inferior, dotado de vista, por ejemplo: quiere huir de un objeto o perseguirlo: el movimiento del cuerpo no obedece inmediatamente a su voluntad y este animal debe, por tanto, esforzarse para vencer ciertas resistencias surgidas de una coordinación de los átomos periespirituales y de las moléculas materiales poco favorable al movimiento.

Este movimiento finalmente se propaga a lo largo de la línea de moléculas cuya vibración natural es menos divergente, y a medida que se propaga, la divergencia disminuye. Como resultado, el mismo movimiento, deseado por segunda vez, experimenta menos resistencia y requiere menos esfuerzo. Finalmente, a costa de repeticiones mil veces, el movimiento opera con un esfuerzo tan insignificante que se vuelve casi insensible.

Así, al principio doloroso, se vuelve fácil, luego natural y, finalmente, automático e inconsciente.

Por lo tanto, tan pronto como un organismo responde automáticamente, mecánicamente, a una acción externa, ocurre lo que los fisiólogos llaman acción refleja.

Nada es más fácil de comprender que un acto reflejo elemental. Excitamos un nervio en su extremo periférico y veremos que la excitación recorre el nervio, asciende hasta los centros nerviosos y, propagándose allí, atraviesa poco a poco el periespíritu y desciende hasta los nervios motores, para transmitirse al músculo que se contrae.

Es de suma importancia considerar que la conciencia puede perfectamente ignorar este movimiento, y sin embargo no dejará de producirse con absoluta regularidad, ya que acabamos de ver que ha sido el hábito prolongado, durante períodos muy largos de tiempo, lo que le ha conferido esta prerrogativa del automatismo.

Del mismo modo que podemos leer sin recordar las etapas de aprendizaje para conocer las letras, sílabas, etc., así también una irritación del sistema nervioso determina un movimiento correspondiente que puede ser perfectamente ignorado por el alma e independiente de su voluntad.

Los actos reflejos son de diversa naturaleza y el señor Richet les da la siguiente clasificación:61

A) Reflejos originados por excitación externa y, por tanto:
a) sobre los músculos de la vida animal, movimientos reflejos de relación.

b) sobre el aparato de la vida vegetativa, movimientos reflejos de nutrición.

B) Reflejos originados por una excitación visceral interna y, por tanto:
a) sobre los músculos de la vida animal.

La médula espinal es considerada por los fisiólogos bajo un doble aspecto, a saber: como cable conductor, transmite sensaciones al cerebro y

redirige desde éste las excitaciones motoras; como centro nervioso, es la sede de las acciones reflejas.

El acto reflejo simple, que podemos definir como aquel que va seguido de una contracción simple, es el primer acto de automatismo e inconsciencia con el que nos encontramos.

La acción refleja consiste esencialmente en el movimiento provocado en una región del cuerpo por una excitación que viene de esa parte y actúa a través de un centro nervioso distinto del cerebro.

Ejemplo: una rana decapitada empieza a caminar con normalidad, como si nada le faltara. Si la sujetamos con los dedos o le quemamos cualquier parte del cuerpo, moverá la pata hacia el punto irritado, y el movimiento de la extremidad seguirá la irritación dondequiera que se produzca. Esto se debe al hábito de reaccionar inmediatamente a las excitaciones externas mediante movimientos apropiados, que se han vuelto absolutamente instintivos, es decir, automáticos.

El estudio detallado de estos diversos reflejos es de interés para la fisiología antes que para nosotros. Sin embargo, nos ofrecen la siguiente notación importante:

Aquí, más que nunca, la existencia del periespíritu se hace indispensable para la comprensión de estos fenómenos, porque no sólo la materia nerviosa se renueva constantemente y nuevas moléculas deben adaptarse al organismo a través de la fuerza vital modificada por el hábito, sino que también existe tal coordinación entre los reflejos que se suceden unos a otros, con vistas a una acción específica y apuntando a una función a cumplir, como por ejemplo la digestión.

Ahora bien, cabe reiterar que las notables propiedades del sistema nervioso no pueden subsistir en materia mutable, fluida y en constante renovación. Por lo tanto, es necesario que se basen en la estabilidad natural de la envoltura fluídica.

A medida que el principio inteligente pasaba por organismos más complejos, se fue acostumbrando, por medio de sucesivas reencarnaciones, en cada forma, al manejo cada vez más perfecto del aparato material; y, a medida que estos actos se hacían automáticos por la frecuencia repetida de las mismas necesidades, se establecía una estrecha relación entre el organismo y el periespíritu, al mismo tiempo que una apropiación cada vez más perfecta del ser con su medio.

Casi podría decirse que en la vida de un animal, aparte de los fenómenos de la vida psíquica superior y de los fenómenos normales del corazón y de la respiración, todo lo demás es acción refleja.

Esto explica la necesidad imperativa de un organismo fluídico invariable que mantenga el orden y la regularidad en este complicado mecanismo.

Podemos comparar el cuerpo con una nación, y el mecanismo fisiológico con las leyes que rigen al pueblo. Las personalidades cambian

constantemente; algunos mueren, otros nacen, pero las leyes siempre subsisten, aunque pueden mejorarse a medida que las personas se vuelven más morales e inteligentes.

El instinto.-

El instinto es la forma más básica a través de la cual se manifiesta el alma. Hemos visto que el animal tiende a reaccionar contra el entorno externo y que la sensación determina en él emociones de placer o dolor. Buscando uno y huyendo del otro, realiza actos instintivos, que se traducen en acciones reflejas de las que puede ser consciente sin que a menudo pueda evitarlas, pero que se adaptan admirablemente a su existencia. 62 Así, en la liebre que huye al menor ruido, el movimiento de huida es involuntario, inconsciente, en parte reflejo, en parte instintivo, pero es, sobre todo, un movimiento adaptado a la vida del animal, cuyo propósito es su preservación. Para ella no hay elección; huye inevitablemente, porque sus antepasados hicieron lo mismo durante millones de generaciones; y solo en la huida puede encontrar la salvación.

Si examináramos en su conjunto todos los movimientos reflejos, la conducta, la actitud de los animales, encontraríamos siempre en ellos las dos características del acto reflejo simple: fatalidad y finalidad.

El medio exterior en el que vive cada animal excita, por su acción sobre el aparato sensorial, una doble serie de efectos: primero, una secuencia de acciones corporales reflejas; luego, una clase de manifestaciones mentales correspondientes.

Ya hemos visto que las acciones mentales son vagas, primitivas y estrechamente limitadas al organismo y a su entorno.

Por otra parte, como cada familia de animales tiene su propia estructura peculiar, que es casi idéntica para cada individuo del mismo grupo, esta estructura particular requiere ciertas condiciones de existencia física, las mismas para todos.

De ello se sigue que las acciones y las reacciones son siempre las mismas, más o menos, para una especie y, en consecuencia, que provocan las mismas operaciones intelectuales oscuras.

Estas operaciones, incesantemente repetidas, se incrustan de alguna manera en el periespíritu, que petrifica, por así decirlo, el aparato cerebroespinal o los ganglios que le son equivalentes en los seres inferiores, pasando así a formar parte del animal.

La capacidad de manifestar externamente estas operaciones, que terminan volviéndose inconscientes, se transmite por herencia –dice la ciencia–, periespiritualmente, decimos, por lo que sólo se trata de seres modificados que vienen a habitar nuevos cuerpos.

Tal es, a nuestro entender, la génesis de los instintos naturales

primitivos.

En esta categoría se incluyen los instintos, cuyo objetivo es: la nutrición, la conservación, la reproducción.

Al estado rudimentario de los instintos naturales primitivos le sucede, con el tiempo y la experiencia, una noción más clara de las relaciones del organismo con su entorno.

La inteligencia acaba adquiriendo una cierta intuición del fin que, bajo el acicate de las excitaciones externas e internas, el principio espiritual tiende incesantemente a alcanzar.

La inteligencia, un tanto separada del medio periespiritual grosero, interviene pues para que el Espíritu pueda provocar, en beneficio de los instintos naturales, una mejor apropiación de las condiciones ambientales.

Los instintos naturales quedan pues más o menos modificados o perfeccionados por la inteligencia 63 .

Si las causas que provocaron estas modificaciones persisten, observamos que se vuelven inconscientes y se fijan en la envoltura fluídica. Así, se vuelven verdaderamente instintivas.

“Poco a poco, sin embargo”, dice Edmond Perrier 64, “la conciencia se amplía (según el grado de perfeccionamiento cerebral), las ideas son más claras, más numerosas, las relaciones se comprenden, la inteligencia se vuelve más clara.

“Al principio se mezcla con todos los grados del instinto, hasta que llega el momento en que enmascara, más o menos, los instintos innatos, momento en que lo fijo en ellos parece desaparecer bajo la ola cambiante de sus innovaciones.

“Lo que se transmite por herencia no es otra cosa que la capacidad de concebir, casi inconscientemente, esta o aquella relación; es la capacidad de buscar y descubrir nuevas relaciones, hasta que finalmente pueda manifestarse en el maravilloso florecimiento de la razón humana.”

¡Y qué comprensible se vuelve este progreso, herencia de muchos milenios, cuando admitimos el paso del alma por la escala animal!

¡Qué clara se hace la existencia y persistencia de los instintos en el hombre! De hecho, constituyen, en cualquier caso, los cimientos de la vida intelectual; son los movimientos periespirituales más prístinos y duraderos que innumerables encarnaciones han fijado, irreprimiblemente, en nuestra envoltura fluídica. Y, si el verdadero progreso consiste en dominar estos instintos brutales, se deduce que la lucha será larga, ¡qué terrible!, antes de conquistar este poder.

Era esencial que el principio espiritual atravesara estas sucesivas tramas para fijar en su envoltura las leyes que inconscientemente rigen la vida, y luego dedicarse a la labor de perfeccionamiento intelectual y moral que lo elevara a una condición superior. La lucha por la vida, por despiadada que nos parezca, es el único medio natural y lógico para obligar al alma del niño a

manifestar sus facultades latentes, así como el sufrimiento es indispensable para el progreso espiritual.

Y, a menos que veamos en el alma el efecto de un milagro, una creación sobrenatural, tenemos que reconocer la magnífica cadena de leyes que rigen la evolución de los seres hacia un destino cada vez mejor.

Hemos observado el desarrollo de los instintos a medida que el sistema nervioso mejora en los invertebrados, pero este aumento se hace aún más notorio en los vertebrados. De hecho, en estos la gradación es sencillamente asombrosa.

La siguiente tabla del peso medio del cerebro en relación al del cuerpo es de Leuret:

1º) En el pescado la proporción es.... 1 a 5.668.

2º) En reptiles 1 a 1.321.

3º) En las aves 1 a 212.

4º) En los mamíferos 1 a 186.

Hay, pues, una progresión continua a medida que ascendemos en la escala; pero tengamos presente la condición de que estos pesos cubran cada grupo en su conjunto, y no tal o cual especie, examinada individualmente.

Porque si hay un hecho hoy bien demostrado es que el progreso animal no se produce en una línea única y recta, sino en líneas paralelas y desiguales.

No podemos seguir en detalle los numerosos e interesantes datos para el lector, ya que unos pocos volúmenes no serían suficientes. Por lo tanto, nos limitaremos a resumir brevemente todo lo relacionado con la evolución animal, destacando la utilidad del periespíritu para comprender los fenómenos.

Nuestra manera de ver se puede justificar con una hipótesis bastante audaz de Herbert Spencer, cuyo resumen presentamos aquí:

Nuestra ciencia, nuestras artes, nuestra civilización; todos los fenómenos sociales, por numerosos y complejos que sean, se reducen a un cierto número de ideas y sentimientos. Estos, a su vez, se reducen a sensaciones primitivas, propiedad de los cinco sentidos. Estos cinco sentidos, a su vez, se reducen al tacto. La fisiología contemporánea tiende a justificar la afirmación de Demócrito: «Todos nuestros sentidos no son más que modificaciones del tacto». Finalmente, el tacto mismo debe arraigarse en estas propiedades primordiales que distinguen la materia orgánica de la inorgánica. Y muchos hechos tienden a demostrar que la sensibilidad general surge de los procesos fundamentales de integración y desintegración que constituyen la base de toda vida. Así, la integración y la desintegración, la sensibilidad general, el tacto, los sentidos especiales, las sensaciones y las ideas, su desarrollo en el tiempo y el espacio serían, desde un punto de vista fenoménico, el orden de la evolución del espíritu, de lo más simple a lo más complejo. La sociología más compleja, por lo tanto, se arraigaría en las fuentes más insignificantes de

la vida.

Resumen.-

Creemos haber establecido en este capítulo y en el precedente, con ejemplos tomados de la Historia Natural, la gran probabilidad del paso del alma por la serie animal.

El principio espiritual evolucionó lentamente, desde las formas más pequeñas hasta los organismos más complejos. Durante el larguísimo período de las eras geológicas, las facultades rudimentarias del Espíritu se desarrollaron sucesivamente, actuando sobre el periespíritu, modificándolo y dejando en él, en cada etapa, rastros del progreso alcanzado.

La envoltura fluídica podría compararse con esos árboles centenarios que, año tras año, aumentan de diámetro, dejando marcas imborrables en el tronco, ya que la energía se transforma y nunca se pierde.

Bajo los impulsos del alma excitada por el ambiente cósmico y la lucha por la vida, el organismo fluídico creó, mediante diferenciación de las propiedades del protoplasma, todos los órganos materiales subordinados a la dirección progresivamente preponderante del sistema nervioso.

Y, mediante el mecanismo cada vez más desarrollado y coordinado de los actos reflejos, los instintos finalmente pudieron manifestarse. A medida que el ascenso se hizo más pronunciado, aparecieron los primeros albores de la inteligencia y, mediante una notable transformación, el hábito, combinado con la ley de la herencia —que consideramos consecuencia del retorno de la misma individualidad, cada vez modificada, al mismo tipo—, hizo que los fenómenos inicialmente deseados e inherentes a la preservación del individuo se volvieran inconscientes. Así, innumerables categorías de actos inconscientes alcanzan el automatismo y penetran, por así decirlo, en el cuerpo físico del alma, integrándose en el periespíritu.

Es de creer, pues, que todos hemos abandonado el limbo de la bestialidad.

Lejos de ser criaturas angelicales y caídas, lejos de haber habitado un paraíso imaginario, fue con inmensa dificultad que conquistamos el ejercicio de nuestras facultades, para superar a la naturaleza.

Nuestros antepasados del Cuaternario, débiles en comparación con los grandes carnívoros de su tiempo, vagando en pequeños grupos en busca de alimento, buscando refugio momentáneo en las ramas de los árboles o en los huecos de las rocas, temblando ante los azotes del viento o las caricias de la nieve, estaban lejos de aquella edad de oro que las leyendas religiosas esmaltaban con esplendores ilusorios.

La lucha del hombre primitivo con los grandes ejemplares de la fauna fue terrible. Tuvo que librar una guerra de exterminio contra las bestias hasta purgar las regiones infestadas. Solo lentamente, mediante exploraciones

dignas de Hércules, logró triunfar sobre tan numerosos y formidables enemigos.

¿Quién puede dejar de admirar esta lenta pero gloriosa marcha hacia la luz? ¿Quién no se conmueve ante esta evolución que se despliega bajo el látigo de necesidades implacables, que, arrancando al hombre de su abyección primigenia, lo eleva a las regiones más altas y serenas de la racionalidad?

Las sociedades actuales están progresando en comparación con sus predecesoras; y si comparamos nuestra época con la de nuestros padres, tenemos derecho a halagarnos con el resultado del esfuerzo colectivo de la Humanidad.

Sin embargo, si fijamos nuestra mirada en la justicia eterna, veremos todas nuestras imperfecciones y el camino que aún nos queda por recorrer para acercarnos a ese ideal.

La lucha por la vida, necesaria para el surgimiento del principio espiritual, tuvo su razón de ser en un mundo brutal e instintivo, donde no surgían ni una conciencia clara ni una inteligencia viva. Hoy, cuando el alma se manifiesta bajo las modalidades más elevadas de su naturaleza, esta lucha debe atenuarse y desaparecer.

Tenemos el deber de exigir una distribución más equitativa de las cargas y los beneficios de la comunidad. Es importante que superemos los dictados fatales de la ambición, que impulsan a las personas contra las personas. Exijamos finalmente los derechos inalienables de la solidaridad y el amor.

Nuestra doctrina, destacando desde el principio la igualdad perfecta y absoluta de todos los hombres, extingue las separaciones artificiales, alimentadas por el orgullo y la ignorancia.

Prueba, plenamente, que nadie tiene derecho a exigir respeto a los demás, sino por la nobleza de su propia conducta, y que el nacimiento y la posición social no son más que meros accidentes pasajeros, de los que nadie puede sacar provecho, ya que cada uno puede ganárselos en un momento dado de su evolución.

Aquí tenemos verdades reconfortantes, dignas de ser difundidas a nuestro alrededor.

Demostremos que sólo el esfuerzo individual puede conducir al progreso general, y el mismo poder que nos llevó al estado animal nos abrirá las infinitas perspectivas de la vida espiritual, desplegándose en la extensión ilimitada del Cosmos.

Capítulo IV

Memoria y personalidades múltiples

La psicología antigua y la nueva. – Sensación y percepción. – El inconsciente psíquico. – Condiciones de la percepción. – Estudio de la memoria. – Memoria orgánica o inconsciente fisiológico. – Memoria psíquica. – La memoria misma. – Los múltiples aspectos de la personalidad. – Personalidad. – Alteraciones de la memoria por enfermedad. – Doble personalidad. – La historia de Félica. – La historia de la señorita R.L. – Sonambulismo inducido. – Los diferentes grados de sonambulismo. – Olvido de existencias pasadas. – Resumen.

La vieja y la nueva psicología.-

En el estudio del alma, la psicología antigua utilizaba únicamente el sentido interno. Consideraba racional estudiar el ego pensante en sí mismo, examinar los diferentes actos de la vida espiritual, clasificarlos según su naturaleza y examinar las relaciones existentes entre ellos. Así han procedido todos los filósofos, desde la más remota antigüedad hasta la actualidad. Sin embargo, este método no basta para explicar muchos fenómenos intelectuales. Por ejemplo, la naturaleza del alma no puede conciliarse con la vida intelectual inconsciente, que sin embargo constituye la base de nuestra mente, ya que no es posible asumir estados inconscientes en lo que es consciente en sí mismo.

Los avances en la fisiología contemporánea han demostrado la íntima conexión entre el alma y el cuerpo. Se ha establecido sin lugar a dudas que las manifestaciones del Espíritu encarnado dependen absolutamente del sistema nervioso. La fisiología ha demostrado, con pruebas y contrapruebas, que cualquier alteración o destrucción del elemento nervioso provoca perturbaciones e incluso la supresión de las manifestaciones intelectuales. Más adelante, veremos que la destrucción de ciertas partes del cerebro determina la pérdida del habla articulada, del conocimiento de la palabra escrita o paraliza la audición oral, según la parte del cerebro dañada.

Esta correlación del estado mórbido del cuerpo con la desaparición de una fracción del intelecto y, en casos de curación, el restablecimiento de la función coincidiendo con la restauración de los tejidos, es la base de la doctrina materialista, que hace del alma una función del cerebro.

No nos detendremos en el análisis y la refutación de esta teoría, pues existe, en contradicción, un hecho perentorio que demuestra que existe pensamiento sin cerebro, como la manifestación del Espíritu después de la muerte. Sin embargo, los fisiólogos, al investigar las bases físicas del espíritu, nos han prestado un gran servicio.

Ya hemos dicho que el periespíritu es el molde del cuerpo. Por lo tanto, estudiar las modificaciones del sistema nervioso merece la pena estudiar el funcionamiento del periespíritu, del cual este sistema nervioso no es más que una reproducción material.

La fuerza vital que permea simultáneamente la materia organizada y el periespíritu es el agente intermediario entre el cuerpo y el alma. Cualquier modificación en la sustancia física producirá una modificación de la fuerza vital, la cual, a su vez, modificará el periespíritu, bajo las mismas condiciones de variación que este experimentará en sí mismo.

Y, como esta fuerza vital necesita un soporte, un sustrato material, lo encuentra en el periespíritu, para que los cambios que se producen en el cuerpo físico puedan conservarse y reproducirse, a pesar de las perpetuas mutaciones de las moléculas orgánicas.

En resumen: la antigua psicología, al hacer del alma una sustancia material, quedó reducida a la absoluta impotencia para explicar la acción del alma sobre el cuerpo.

Después de haber trabajado duro para demostrar que ambos no tenían nada en común, no fue capaz de hacer comprensibles sus reacciones mutuas e incesantes.

Los grandes genios, los Espíritus más astutos, como Leibniz y Malebranche, fracasaron en el intento, porque ignoraban la verdadera naturaleza del alma, que el Espiritismo vino a revelarnos.

Los materialistas, a su vez, negando sistemáticamente la realidad del alma y limitándose a considerarla nada más que una emanación, un resultado del sistema nervioso psíquico, no pueden hacer comprensible el yo, aquello que se conoce a sí mismo, fenómeno trascendente que se les escapa, puesto que nada puede comparárselo en la naturaleza física.

Así, se ven reducidos a imaginar teorías inverosímiles cuando intentan conciliar la perpetuidad de la memoria con la renovación incesante del organismo, o incluso la transformación de una sensación en percepción.

Podemos entonces inmediatamente emparejarlos con los espiritualistas, ya que ni uno ni otro explican correctamente los hechos psíquicos, mirando sólo la cuestión unilateralmente.

El espiritismo viene a reconciliar estas doctrinas tan antagónicas. La noción de periespíritu —nunca se insistirá lo suficiente— no es una invención humana, una concepción filosófica deliberadamente destinada a eliminar todas las dificultades para extinguirlas, sino más bien una realidad física, un órgano hasta ahora ignorado, que, tanto por su composición física como por la función que desempeña en el hombre, explica todas las anomalías que las investigaciones de eruditos y filósofos nunca han podido dilucidar.

La indestructibilidad y estabilidad constitucional del periespíritu lo convierten en el conservador de las formas orgánicas; gracias a él entendemos que los tejidos pueden renovarse, ocupando otros nuevos el lugar exacto de los viejos, y de ahí el mantenimiento de la forma física, tanto interna como externa.

Con ella entendemos perfectamente que un cambio interno, como el que se produce en las células nerviosas por las sensaciones externas, puede

conservarse y reproducirse, ya que la nueva célula se construye con la modificación grabada en la envoltura fluida.

El principio vital es el motor del periespíritu; es lo que desarrolla sus energías latentes y le da actividad durante la vida. Una vez admitida su realidad, la evolución de los seres se hace comprensible: nacimiento, crecimiento, madurez, decrepitud, muerte.

Alma y periespíritu no son más que un todo indisoluble, y si los distinguimos es porque solo el alma es inteligente, dispuesta y sensible. La envoltura es su parte material, es decir, pasiva: es la sede de los estados de conciencia pasados, el almacén de los recuerdos, la retorta donde se procesa la memoria de la fijación, y es en ella donde el espíritu se abastece cuando necesita recursos intelectuales para razonar, imaginar, comparar, deducir, etc. Siendo también un receptáculo para las imágenes mentales, es en ella donde, finalmente, reside la memoria orgánica e inconsciente.

El espíritu es la forma activa, el periespíritu la pasiva y ambos, en sus aspectos, representan todo el principio pensante.

Destaquemos, en la medida de lo posible, estas características particulares y, una vez conocida mejor la naturaleza del alma, ya no nos sorprenderá ver cómo los fenómenos conscientes desaparecen gradualmente en sombras insensibles, fundiéndose en el inconsciente.

Entonces se comprenderá mejor el mecanismo de la memoria orgánica, y a nadie le sorprenderá verlo asimilado a la memoria psíquica. Son de la misma naturaleza, comparten el mismo territorio, se forman mediante los mismos procesos y se adquieren y pierden de la misma manera.

Sensación y percepción.-

En este estudio y en los siguientes, recurriremos a las investigaciones de los científicos contemporáneos, recogiendo de sus estudios, tan claros y convincentes, pero cuidando de introducir, en buena medida, el elemento periespíritu, haciendo así comprensibles los fenómenos y dándoles una explicación lógica, de la que de otra manera carecerían.

Distingamos preliminarmente la sensación de la percepción.

Cuando un agente externo impacta los sentidos, se produce un cambio en el aparato sensorial, que llamamos sensación. Este cambio se transmite al cerebro a través de los nervios sensoriales y, tras un recorrido más o menos largo, alcanza las capas corticales.

En este punto, pueden darse dos casos: o bien el alma se percata del cambio ocurrido en el organismo y decimos que hay percepción, o bien el alma no es advertida del suceso; la sensación se registra, pero permanece inconsciente. Como hemos observado previamente, esta transformación de la sensación (fenómeno físico) en percepción (fenómeno psíquico) se vuelve absolutamente inexplicable mientras no se admita la existencia del yo, es decir, del ser consciente.

Dicho esto, examinemos con más detalle los acontecimientos sucesivos que se suceden uno tras otro, desde el shock inicial hasta la percepción.

Ya sabemos que todo está en movimiento en la naturaleza. Los cuerpos que nos parecen en reposo no lo están ni externamente, ya que participan en el movimiento de la Tierra, ni internamente, ya que las moléculas están constantemente agitadas por fuerzas invisibles que les confieren sus propiedades físicas particulares: estado sólido, líquido, gaseoso y, en el caso de los sólidos, consistencia, brillo, color, etc.

Los tejidos del cuerpo también están en movimiento, y durante el largo viaje a través de las formas inferiores vimos cómo ciertas partes del cuerpo se fueron diferenciando del todo, para engendrar los órganos de los sentidos.

Estas modificaciones fijadas en el periespíritu se encarnaban cada vez más en la sustancia, a medida que aumentaba el número de pasos por la Tierra, y comprobamos que fueron necesarios no menos de millones de años para graduar el organismo hasta el nivel en que lo vemos hoy.

¿Cuál es la naturaleza de las modificaciones producidas?

Intentemos demostrar que reside en los movimientos. Toda sensación — visual, auditiva, táctil o gustativa— procede originalmente de un movimiento vibratorio del aparato receptor.

El rayo de luz que incide en la retina, el sonido que hace vibrar el tímpano, la irritación de los nervios periféricos sensitivos, todo ello se traduce en un movimiento que varía según la naturaleza e intensidad del estímulo. La descarga se propaga por los nervios sensitivos y, tras un recorrido determinado en el cerebro, alcanza, según la naturaleza de la irritación, una zona específica de la capa cortical, donde el movimiento da lugar a la percepción. Aquí tocamos un punto oscuro, pues ningún filósofo ni naturalista ha sido capaz de explicar lo que ocurre de esta manera.

Algunos, como Luys, afirman que la fuerza se exalta, se espiritualiza, lo cual equivale a no decir nada; otros se conforman con afirmar que la percepción pertenece al sistema neuropsíquico, cuando se modifica de cierta manera, lo cual equivale a dotar a la materia de las facultades del alma, sin ninguna inducción que lo justifique. La célula nerviosa es el elemento que recoge, almacena y reacciona.

¿Funciona mediante vibraciones, como una cuerda tensa que oscila al ser desplazada de su posición de equilibrio? ¿O, más bien, el fenómeno consiste en una descomposición química del protoplasma?

Este es un asunto sin resolver, pero lo cierto es que se ha producido un cambio. Desde entonces, la fuerza vital ha cambiado en cierto sentido, experimentando un movimiento vibratorio particular, que se ha comunicado al periespíritu. Es entonces cuando se produce el fenómeno de la percepción, si se despierta la atención.

El Espíritu no conoce directamente el mundo exterior. Encerrado en un cuerpo material, no percibe los objetos circundantes excepto a través de los

sentidos, que se los revelan. Ahora bien, la luz y el sonido le llegan solo en forma de vibraciones, que difieren según el color, en el caso de la vista, y según la intensidad, en el caso del sonido. Da nombre a esta o aquella naturaleza de las vibraciones, pero no conoce la luz ni el sonido intrínsecamente.

Por ejemplo: la luz roja tiene vibraciones diferentes, en número, que la luz violeta, y desde la infancia se nos ha enseñado que este tipo de vibración se llama roja, y el otro, violeta. Por la misma razón, esta vibración debe atribuirse al sonido, los olores, los sabores, etc.; de modo que el espíritu no ve, sino que siente la vibración correspondiente al rojo; no siente este olor, sino que percibe la vibración que lo determina, y lo que le da la impresión de una nota musical es el número de vibraciones periespirituales que, en un segundo, corresponden a este sonido.

Lo que decimos de un color se aplica a todos los colores, de modo que el globo ocular, que recibe millones de vibraciones diferentes, al contemplar un paisaje, al ver una ópera, transmite al cerebro millones de movimientos vibratorios, que quedan registrados en su sustancia y en su periespíritu, al mismo tiempo y de manera indeleble.

Algunos han comparado la célula psíquica con un fósforo que, tras ser expuesto a la luz, permanece luminoso en la oscuridad. Sin embargo, nosotros preferimos usar la analogía de una placa sensible que, al ser impactada por la luz, conserva para siempre, gracias a una reacción química, un rastro fijo e indeleble de la excitación luminosa.

Sobre esta placa se pueden superponer una serie de imágenes, y cualquiera que sea el número de éstas, si se superponen constantemente a las precedentes, nunca las borrarán.

Siempre habrá una adición, una acumulación de imágenes y nunca una destrucción, una extinción de las primitivas por las supervenientes.

Todo el mundo está de acuerdo en que los cambios realizados en las células son permanentes.

Maudsley dice: "En la célula modificada se produce una aptitud y con ella una diferenciación del elemento, aunque no tenemos motivos para creer que, originalmente, este elemento difiriera de las células nerviosas homólogas".

Delboeuf opina: "Toda impresión deja una huella indeleble, es decir: una vez dispuestas de forma diferente y obligadas a vibrar de otra manera, las moléculas nunca volverán a su estado primitivo".

Y Richet: 67 "Así como en la naturaleza nunca hay pérdida de energía cósmica, sino sólo transformación incesante, así también no se pierde nada que sacuda el espíritu humano.

Es la ley de conservación de la energía, desde una perspectiva diferente. Los mares aún se agitan por el surco que dejaron en ellos las galeras de Pompeyo, pues la sacudida del mar no se ha perdido, sino que simplemente se ha modificado, extendido, transformado en una infinidad de pequeñas olas,

que a su vez se han transformado en calor, químicas o eléctricas. De igual manera, las sensaciones que estremecieron mi espíritu hace veinte o treinta años han dejado su huella en mí, aunque esta huella me sea desconocida. Así, aunque no pueda evocar su recuerdo, desconocido e inconsciente en mí, puedo decir que no se han extinguido y que estas antiguas sensaciones, infinitas en número y variedad, han ejercido una influencia muy poderosa sobre mí.

Es un hecho comprobado que la repetición de palabras y frases en un idioma se convierte en una operación automática para la mente. Ya no busca palabras y frases que le vienen a la mente por sí solas. Esta es una verdad incontrovertible, especialmente cuando se trata de la lengua materna. La memoria consciente se desvanece y se pierde en el inconsciente. Pues lo que ocurre con el lenguaje ocurre con cualquier otra adquisición intelectual, ya sean matemáticas, física, química, etc.

En todos nosotros, la tabla de multiplicar se ha vuelto automática; y aún así, comenzamos memorizándola conscientemente.

Estas afirmaciones nos sitúan justo delante del problema que hemos destacado: la resurrección de memorias prístinas, a pesar de la renovación integral y global de las células.

Maudsley supone que la extraordinaria velocidad de los intercambios nutricionales del cerebro, que a primera vista parece ser una causa de inestabilidad, explica, por el contrario, la fijación de los recuerdos:

La reparación, realizada a lo largo de la vía modificada, sirve para registrar la experiencia. Lo que ocurre no es una simple integración, sino una reintegración. La sustancia se restaura de una manera especial, lo que hace que la modalidad producida se incorpore o encarne, por así decirlo, en la estructura del cerebro.

De acuerdo con el resultado. También creemos que los nuevos movimientos periespirituales, aquellos determinados por la modificación de la fuerza vital de la célula destruida, imprimen en las células reformadas las mismas modificaciones que influyeron en las primeras. Pero, si no hay periespíritu, ¿qué imprime el antiguo movimiento en las nuevas células? La eterna pregunta es: ¿quién realiza la restauración? Cabe suponer que no es la célula la que se destruye por completo, sino que su remanente ha asumido el nuevo movimiento y que las moléculas de reemplazo adoptan el nuevo ritmo vibratorio.

Supongamos que este es el caso. Sin embargo, si se produce un nuevo intercambio, necesariamente habrá una disminución en la intensidad: 1) debido al tiempo transcurrido; 2) debido a la inercia de las moléculas antiguas que debe superarse. Si la operación se repite innumerables veces —lo cual es aún más cierto dada la extrema velocidad de los intercambios nutritivos—, el movimiento primordial será tan débil que podría decirse que casi ha desaparecido. Y lo que es cierto para una célula también lo es para un grupo

de células, de modo que las sensaciones que dependen de ellas y que, por asociación, forman un recuerdo, se borrarán casi por completo en la vejez del individuo. Dichos recuerdos deberían, por lo tanto, ser los primeros en desaparecer. Sin embargo, ocurre precisamente lo contrario, ya que, en las personas mayores, los recuerdos de la infancia son los más persistentes.

En resumen: si aceptáramos esta hipótesis, ninguna sensación podría conservarse en el ser salvo por un tiempo muy limitado. Como la experiencia nos demuestra que no es así, debemos buscar otra explicación.

Al afirmar que la conservación del movimiento reside en el periespíritu, damos como prueba directa la manifestación del alma después de la muerte. Esta se nos revela dotada de todas las facultades y recuerdos, no solo de su última encarnación, sino también de largos períodos del pasado.

Nos creemos pues más cerca de una explicación adecuada de los hechos que aquellos que atribuyen el pensamiento a la masa fosfórica destruida hace mucho tiempo, cuando el alma es inmortal.

Condiciones de percepción.-

Para que una sensación sea percibida, o mejor dicho, para que se convierta en un estado consciente, deben darse dos condiciones indispensables, a saber: intensidad y duración.

1) La intensidad es una condición muy variable, pero se requiere un mínimo para que se produzca la percepción. No oímos sonidos muy suaves ni tenemos gustos menos profundos. Hemos encontrado maneras de reducir y graduar la intensidad gracias a la invención de dispositivos que potencian nuestros sentidos, como el microscopio, el telescopio, el teléfono, etc. Debido a que no mantienen una intensidad constante, las percepciones disminuyen imperceptiblemente, hasta que ya no pueden estar presentes para el espíritu, quedando así "por debajo del dominio de la conciencia".

2.º) Duración: El tiempo necesario para percibir una sensación, o en otras palabras, para que el espíritu tome conciencia del movimiento periespiritual, se determinó hace treinta años para las diversas percepciones. La del sonido se produce entre 0,16 y 0,14; la del tacto, entre 0,21 y 0,18; la de la luz, entre 0,20 y 0,22. Para el acto de discernimiento más simple, el más cercano al reflejo, tenemos entre 0,02 y 0,04.

Aunque los resultados varían según los experimentadores, las personas, las circunstancias y la naturaleza de los actos psíquicos estudiados, al menos se ha establecido que cada acto psíquico requiere una duración apreciable, y que la supuesta velocidad infinita del pensamiento no es más que una metáfora.

Dicho esto, es evidente que cualquier acción nerviosa cuya duración sea inferior a la requerida por la acción psíquica no puede despertar la conciencia. Para que una sensación se haga consciente, es esencial que el

movimiento periespiritual tenga cierta duración; de lo contrario, el registro se producirá sin que el alma sea consciente de ello.

Al igual que hacemos en relación a la intensidad, notaremos que un acto que inicialmente es difícil y lleva cierto tiempo se vuelve más fácil y rápido cuanto más se repite.

Después de muchas repeticiones, el tiempo requerido será tan corto que el yo ya no lo notará y entonces se volverá inconsciente.

El inconsciente psíquico.-

Por lo tanto, las sensaciones se graban en el periespíritu con cierta perdurabilidad. Cabe destacar, sin embargo, que no permanecen en el campo de la conciencia. Desaparecen momentáneamente para dar paso a otras y se vuelven, por así decirlo, inconscientes. Lo mismo ocurre con todo lo que hemos visto, leído y aprendido. En consecuencia, desde el nacimiento, nuestra alma crea una inmensa reserva de sensaciones, voliciones e ideas, ya que, como veremos, el mecanismo por el cual el alma actúa sobre la materia también se mantiene en la envoltura fluídica.

Cada panel que contemplamos, cada lectura que hacemos, nos deja una huella. Las ideas se vinculan y entrelazan por la ley de asociación, que también prevalece para las sensaciones y percepciones.

El territorio donde se almacenan estos materiales abundantes y variados es el periespíritu. Es allí donde todas estas adquisiciones coexisten, sin riesgo de confusión. Podría decirse que constituyen la biblioteca de todo ser pensante.

Es este tesoro lo que llamamos inconsciente.

El Espíritu, por tanto, tiene su almacén de ideas y sensaciones.

Podemos compararlo con un hombre sabio, cuyos conocimientos fueron escritos en libros separados, pero dispuestos en un orden inmutable y reconectados entre sí, al mismo tiempo que cada uno representa una fracción del cerebro y del periespíritu, razón por la cual uno y otro son inseparables durante la encarnación.

¿Quiere un sabio estudiar física, por ejemplo? Solo necesita abrir —en la figura de nuestra comparación— el libro donde ha registrado lo aprendido sobre esta ciencia. En realidad, lo que hace es despertar voluntariamente el conocimiento que reside en su interior en estado pasivo, es decir, en forma de pequeños movimientos vibratorios. Los hace volver a un estado activo o, en otras palabras, revierten del inconsciente al consciente mediante un aumento de la vibratilidad periespiritual y, en consecuencia, de las células donde están grabados. Es una revitalización que ocurre normalmente, pero que también puede presentar lagunas, dependiendo de la edad y la salud de la persona. El ego, el único ser capaz de conocer y comprender, siempre está activo y operativo; pero todo lo que aprende y siente se clasifica mecánicamente,

debido a la disminución de la intensidad y la naturaleza temporal de las impresiones, en forma de movimientos en su envoltura, listos para reaparecer al primer llamado de la voluntad. El inconsciente también puede ser conmovido por la obra del espíritu durante el sueño. Los actos psíquicos que ocurren sin la intervención del cuerpo físico no tienen la intensidad suficiente para hacerse conscientes en el estado normal, por lo que se observan coordinaciones de ideas, sensaciones e imágenes a veces desconocidas para el espíritu despierto.

Así podemos explicar las dolorosas irrupciones de recuerdos que nos parecen desprovistos de cualquier asociación y que nos llegan a cada momento del día; las lecciones escolares leídas el día anterior y conocidas al día siguiente; los problemas largamente rumiados, cuya solución irrumpe repentinamente en nuestra conciencia; las creaciones poéticas, científicas, mecánicas; las simpatías y antipatías secretas, etc. Hay un caso curioso, citado por Carpenter, de un hombre que tenía una vaga idea de lo que pasaba en su cerebro, sin alcanzar el grado de conciencia perfecta.

Un comerciante de Boston me contó que, mientras estaba ocupado con un asunto muy importante, lo había dejado de lado, convencido de su incapacidad para resolverlo. Sin embargo, era consciente de que algo le sucedía en el cerebro, y era tan doloroso y extraordinario que le hacía temer una parálisis o algún accidente similar. Tras unas horas, este estado incómodo pasó, las perplejidades desaparecieron y la solución que buscaba se presentó de forma natural. Pues la solución se había elaborado durante el período de perturbación y oscuridad.

En resumen: rector del cuerpo y guardián de los estados conscientes, el periespíritu está en constante movimiento; ora determinando el ritmo incesante de las acciones vitales de la vida vegetativa y orgánica, ora correspondiendo a otras modalidades psíquicas del alma consciente, y ora, finalmente, a otras, mucho más numerosas, que representan estados pasados.

El periespíritu es como un laboratorio donde se llevan a cabo mil procesos simultáneos, y por ello se entiende que debe existir un alma que organice las sensaciones que le llegan en todo momento. Además, el cerebro, la representación material del periespíritu, con sus 600 millones de células vivas y 4 o 5 mil millones de fibras, se encuentra en la misma situación. Es importante que la conciencia se distinga de esta amalgama, sin la cual ninguno de estos movimientos podría armonizarse. También es concebible que se necesite una clasificación automática en el periespíritu, sin la cual el espíritu no podría reconocerse allí. Otra facultad especial del periespíritu es la atención, que le permite concentrarse en un orden particular de ideas, eliminando todo lo ajeno a su objetivo.

Estudio de la memoria.-

Creemos que es nuestro deber estudiar la memoria e intentar explicar su funcionamiento, ya que es el eje de la vida mental y contribuye a la formación de la personalidad. Si conocemos plenamente todas las modalidades de esta facultad, podremos comprender por qué no retenemos el recuerdo de encarnaciones pasadas. Sin embargo, dado que desempeña un papel fundamental en el caso de la personalidad dual y en los diferentes estados de sonambulismo inducido, nos interesa comprenderla en profundidad. Por lo tanto, analicemos brevemente los principales fenómenos que la caracterizan.

Memoria orgánica o inconsciente fisiológico.-

En el sentido común de la palabra, la memoria comprende, para cada uno, tres cosas, a saber: la conservación de ciertos estados, su reproducción y su ubicación en el pasado.

En la psicología antigua, solo el tercer término constituía la memoria, pero hemos podido demostrar la ineludible obligación de admitir lo inconsciente, es decir, los recuerdos que el yo normal ya no percibe y que, sin embargo, subsisten. En esta categoría podemos ubicar todos los actos funcionales del sistema nervioso, debido a las fijaciones seculares de los movimientos del periespíritu.

El instinto, dicen, es un acto hereditario específico, lo que implica la existencia de una memoria hereditaria, una memoria orgánica, que sabemos que reside en el periespíritu. Demostremos una vez más el mecanismo de esta operación:

1.º – En la vida orgánica, existen principalmente fenómenos automáticos que dependen de la vida misma y que comienzan y terminan con ella. Estos son los movimientos del corazón y la respiración.

2.º – A continuación, tenemos toda una serie de acciones reflejas que se generan sucesivamente, formando una continuidad ininterrumpida. El tipo más representativo de estos reflejos es el conjunto de fenómenos digestivos: cuando, en la boca, el alimento provoca la deglución y, a partir de ese momento, se producen una serie de acciones reflejas y progresivas en el tracto digestivo, con la disolución del alimento por los líquidos orgánicos.

Toda la serie de actos, mecánicos o químicos, de la digestión son consecuencia del movimiento inicial de la deglución, y los reflejos están encadenados entre sí, provocando nuevas excitaciones que determinan nuevos actos, hasta completar la digestión.

3.º – Una excitación externa provoca movimientos de reacción reflexivos, que buscan una mejor adaptación del ser vivo a su entorno, ya sea defendiéndose, huyendo o buscando. Definamos estas acciones, hoy inconscientes, pero originalmente voluntarias e instintivas, por el efecto de innumerables repeticiones.

Si decapitamos un pájaro y lo lanzamos al espacio, lo veremos volar hasta agotar sus fuerzas. El recuerdo del movimiento instintivo de sus alas se conserva en su médula espinal. Los conejillos de indias a los que se les han extirpado los lóbulos cerebrales saltan, caminan y tiemblan cuando se excitan.

La sustancia marrón del bulbo raquídeo alargado preside diversas contracciones musculares coordinadas, independientes de la voluntad y que a menudo no alcanzan la consciencia. Una rata, privada de los hemisferios cerebrales, da un salto repentino si nos acercamos a ella imitando el maullido de un gato. Esto no es un juicio, por supuesto, sino un acto instintivo e irresistible. Tras milenios, ese ruido ha provocado que el animal huya sin reflexionar; la ocurrencia de ese ruido está tan asociada a la idea de peligro que, cuando ocurre, el animal huye sin reflexionar, irreprimiblemente. No hay razonamiento ni consciencia, es puro reflejo. Lo mismo ocurre con perros y gatos, que, privados de los lóbulos cerebrales, aprietan los labios como para librarse de una sensación desagradable, como si les hubiéramos dado una decocción de coloquíntida. Estas son sensaciones que hoy son inconscientes, pero que se percibían en el pasado. 72

4º – Los conjuntos de movimientos musculares se producen también por la simple acción de la voluntad, y exigen una enorme cantidad de acciones reflejas adecuadas, revelando una técnica orgánica perfecta, enteramente desconocida para el espíritu.

“A menudo he admirado esta ciencia automática”, dice el Dr. Despines, “cuando he visto a un perro siguiendo el carruaje de su amo, saltando delante de los caballos, pasando entre las ruedas, y todo esto con destreza gradual y apropiada, sin dejarse jamás atrapar por las ruedas o los cascos de los caballos.

¡Cuánta precisión muscular matemática se requiere para la ejecución de todos estos movimientos! ¡Y pensar que todo esto se lleva a cabo sin que el animal lo desee y sin que sepa cómo! En el hombre, esta ciencia automática se revela aún más maravillosa.

Los músicos con cerebros imperfectos nunca podrán tocar una partitura tal como la sienten. Hay hombres muy inteligentes y poco hábiles, mientras que otros, con una inteligencia mediocre, poseen una gran destreza. Para ser un buen peón, un buen ilusionista, un equilibrista o un tirador, basta con una inteligencia ordinaria, pero no se puede prescindir de órganos automáticos perfectos. No es la forma de la mano lo que da la destreza, ya que la mano y los dedos no son más que instrumentos operativos. 73

El verdadero tipo de memoria orgánica debe buscarse en ese grupo de hechos que Hartley tan acertadamente denominó acciones automáticas secundarias, en contraposición a los actos automáticos innatos. Estas acciones secundarias, o movimientos adquiridos, constituyen la base misma de nuestra vida cotidiana. Así, la locomoción, que en muchas especies inferiores es una facultad innata, debe adquirirse en el ser humano, en

particular en lo que respecta a la capacidad de coordinación que mantiene el equilibrio a cada paso, gracias a la combinación de impresiones táctiles y visuales.

En general, puede decirse que los miembros y los órganos sensoriales de los adultos no funcionan con tanta facilidad, salvo a través de movimientos adquiridos y coordinados, que constituyen, para cada parte del cuerpo, su memoria especial, el capital acumulado del que vive y a través del cual actúa, del mismo modo que, en sus existencias pasadas, actúa y vive el espíritu.

En el mismo orden se incluyen los grupos de movimientos artificiales, que constituyen el aprendizaje de un oficio manual, juegos de habilidad, ejercicios gimnásticos, etc.

Si examinamos cómo se adquieren, se fijan y se reproducen estos movimientos automáticos primitivos, observamos que su primera función es formar asociaciones. El material principal lo proporcionan los reflejos primitivos, es decir, los movimientos nerviosos inconscientes, que estudiamos en el capítulo anterior. Se trata de agruparlos de cierta manera, de combinar algunos y excluir a otros.

A veces, este período de formación no es más que un largo tanteo. Los actos que hoy nos parecen tan fáciles y naturales se adquirieron originalmente con un gran y doloroso esfuerzo.

Con los movimientos automáticos secundarios, observamos lo que ocurrió con la reproducción de los primeros movimientos automáticos del periespíritu. Se requiere aprendizaje y numerosos y repetidos ensayos antes de que el organismo fluídico adapte sus antiguos movimientos a los nuevos.

Cuando un niño aprende a escribir, dice Lewes, le resulta imposible mover la mano por sí solo. Entonces lo vemos contraer la lengua, los músculos faciales, mover los pies, etc. Estos gestos acaban suprimiéndose con el tiempo. Se vuelven inútiles. Todos, al intentar por primera vez un acto muscular, gastamos mucha energía superflua, que gradualmente aprendemos a limitar a lo necesario. Con la práctica, los movimientos apropiados se fijan, excluyendo otros. Se forman movimientos secundarios en el periespíritu que, asociados a los movimientos motores primitivos, se vuelven más o menos estables, según la mayor o menor repetición de los mismos actos. Y, si estos se repiten hasta adquirir una velocidad cada vez mayor, acaban ocupando tan poco tiempo que supera el mínimo necesario para que el esfuerzo sea perceptible, volviéndose así inconsciente.

No diremos, pues, con Ribot, que la conciencia sea un fenómeno de superadición, puesto que es la causa organizadora de estos movimientos, y no desaparece de la serie sino cuando se vuelve inútil y el acto corresponde perfectamente a su objetivo.

Es fácil ver, a través de la observación, que la memoria orgánica que nos ayuda al caminar, bailar, nadar, montar a caballo, patinar, tocar instrumentos, etc., es en todos los aspectos similar a la memoria psicológica,

excepto en un punto: la exención de la conciencia.

Resumiendo sus características, surgirá la perfecta similitud de ambos recuerdos.

La adquisición es a veces inmediata, a veces lenta, repetición del acto, necesaria en unos casos e inútil en otros.

Desigualdad de memoria orgánica según las personas: la tenemos rápida en unos y lenta o refractaria en otros (la ineptitud es fruto de una mala memoria orgánica).

En algunos, las asociaciones, una vez formadas, permanecen; en otros, hay una tendencia a perderlas u olvidarlas.

Disposición de estos actos en series simultáneas o sucesivas, como en el caso de los recuerdos conscientes.

Aquí, un hecho destacable es que cada miembro de la serie sugiere la consecuencia, como sucede cuando caminamos sin darnos cuenta. Se sabe que, mientras duermen, los soldados de infantería y caballería continúan su marcha, aunque estos últimos deben mantener un equilibrio constante. Esta sugerencia orgánica se vuelve aún más impactante en el episodio citado por Carpenter: el del excelente pianista que interpreta un pasaje musical mientras duerme, lo cual atribuye menos al sentido auditivo que al muscular, sugiriendo la sucesión de movimientos.

Sin recurrir a casos extraordinarios, encontramos en nuestros actos cotidianos series complejas y bien determinadas, es decir, cuyos principios y fines son fijos, y cuyos medios, diferentes entre sí, se suceden en un orden constante, como al subir o bajar una escalera, después de un largo hábito.

La memoria psicológica ignora el número de pasos y la memoria fisiológica lo sabe, a su manera, así como la división de pisos, la distribución de rellanos y otros detalles, para no equivocarse nunca.

¿No sería entonces justo decir que estas series bien definidas son, para la memoria orgánica, lo que una frase, una cuarteta poética, un aria musical son para la memoria psicológica?

Examinad una placa anatómica y veréis que, para producir el movimiento, entran en juego un número considerable de elementos nerviosos, diferenciados entre sí tanto por sus formas variadas como por su constitución anatómica.

Las células de la corteza cerebral, el bulbo raquídeo y los nervios son fusiformes, gigantes, piramidales, etc.; los nervios motores difieren de los nervios sensoriales, y estos, a su vez, de los músculos. Pues si recordamos que cada uno de estos elementos que compiten por la ejecución de un movimiento nunca se utiliza dos veces en la vida, y que mantienen relaciones íntimas entre sí de las que depende la preservación de los movimientos automáticos secundarios, entonces, más que nunca, reconoceremos la utilidad del periespíritu.

Estos estudios de la memoria inconsciente existente en el sistema

nervioso serían incomprensibles sin la noción del alma con su envoltura fluídica, porque de lo contrario sería necesario atribuir una serie de conciencias a la materia organizada, y esto es del todo imposible, ya que tenemos pruebas de que esta conciencia existe fuera de toda materia viva.

Este hecho, bien verificado, establece el papel del alma en el cuerpo y muestra que la fisiología no hace más que poner de relieve las propiedades del periespíritu, que se manifiestan tangiblemente en las propiedades del sistema nervioso.

En resumen, hemos podido ver las transiciones insensibles que reconectan la conciencia con la inconsciencia en los fenómenos psíquicos; hemos comprobado que para que una sensación pase desapercibida concurren dos causas, a saber, la intensidad insuficiente y la brevedad del tiempo.

Lo mismo ocurre, como hemos visto, con los fenómenos fisiológicos, que llamamos memoria orgánica, de modo que el inconsciente es un territorio común del alma y del cuerpo, confirmándose así que el periespíritu es su sede.

Memoria psíquica.-

En el registro de la sensación reside, por tanto, el fenómeno de la memoria.

Habiendo visto cómo se produce la fijación en el periespíritu, nos queda demostrar dónde opera y se localiza esta impresión.

Como de costumbre, nos guiaremos por el sistema nervioso, que es la forma objetiva de los estados periespirituales.

Ya hemos señalado la estrecha relación que existe entre el alma y el cuerpo. Durante la incorporación, todas las manifestaciones intelectuales requieren imperativamente la asistencia del cuerpo, la absoluta integridad de la sustancia cerebral; de modo que la más mínima perturbación cerebral paraliza por completo las manifestaciones del alma. Reflexionando, esta concomitancia no es sorprendente dada nuestra teoría. Dado que el Espíritu solo actúa sobre la materia a través de la fuerza vital, cualquier destrucción de la materia nerviosa elimina, temporal o permanentemente, una parte correspondiente de la fuerza vital vinculada a dicha parte, y a partir de ese momento, el periespíritu, que mantiene el movimiento, ya no puede actuar debido a la falta de su agente transmisor. Posteriormente, dado que la fuerza vital aún es eficaz para reconstituir los tejidos, la función se restablecerá.

A continuación se muestran algunos ejemplos demostrativos de ubicación de memoria:

Pérdida de la memoria auditiva de las palabras habladas o sordera verbal— Un enfermo, aquejado de apoplejía, se cura más o menos completamente de la parálisis, pero, en opinión de quienes le asisten, parece

haberse vuelto sordo y torpe, ya que responde incoherentemente a las preguntas que le formulan, como si no entendiera la conversación.

Y, sin embargo, un examen metódico confirmará que este paciente no es ni sordo ni idiota. No es sordo, porque se vuelve hacia el sonido de la ventana sacudida por el viento, e incluso hacia el insignificante ruido de un alfiler cayendo al suelo. Además, se impacienta al ver que no entiende lo que se le dice. No es idiota, porque si habla, se expresa correctamente; si lee, responde correctamente a las preguntas escritas. ¿Qué le falta?

Carece de la comprensión del lenguaje hablado. Cuando escucha su propio idioma, actúa como si oyera uno extranjero. Aprendió este idioma, como todos nosotros, mediante una educación lenta, es decir, se había acostumbrado a vincular una idea con un sonido. Este mecanismo se había fijado en él, y lo que ahora le falta es precisamente este mecanismo, que la enfermedad ha destruido. De hecho, en estos pacientes, al realizarles la autopsia, siempre se observa la misma lesión: la primera circunvolución temporal está afectada. Por lo tanto, podemos estimar que esta circunvolución es la sede de la memoria auditiva verbal.

Pérdida de memoria para palabras escritas o ceguera verbal– Sufriendo una apoplejía en el hemisferio cerebral izquierdo, el individuo queda hemipléjico, con parálisis de las extremidades del lado derecho. Sin embargo, esta parálisis fue temporal; el paciente se levantó y no presenta ninguna alteración oral ni auditiva. Es un hombre de negocios preocupado por la interrupción de su negocio y, como aún no puede salir de casa, quiere dar una orden por escrito. Toma el bolígrafo y escribe legiblemente, pero cree que se le ha escapado algo; así que empieza de nuevo.

En este punto, el siguiente fenómeno se revela en toda su fantástica originalidad: el hombre podía escribir, pero no podía leer su propia letra! Impaciente, con ganas de repetir la experiencia, recurre a sus notas, pero tampoco puede leerlas ni entender lo que dicen. Todo sucede como si escribiera a oscuras. Ha conservado sus movimientos manuales, firma con facilidad, pero no puede distinguir su firma de la de nadie más. Las letras que acaba de dibujar son tan significativas para él como si fueran caracteres chinos o su equivalente.

¿Qué perdió entonces este paciente? No fue la palabra, ni la audición, ni los movimientos de escritura, sino el conocimiento visual de los caracteres del lenguaje escrito. Desde niño, se había acostumbrado a almacenar en su cerebro la memoria, las imágenes visuales de las letras, para retenerlas y reconocerlas, al mismo tiempo que almacenaba la memoria de los movimientos de escritura. Ahora, al conservar la memoria de los movimientos de escritura y perder la memoria visual, es evidente que sufrió ceguera verbal. La autopsia confirmó la lesión en la segunda circunvolución parietal del hemisferio izquierdo.

Pérdida de la memoria motora de las palabras verbales Los pacientes de

esta categoría comprenden lo que oyen, escriben, leen y tienen una mímica expresiva, pero no pueden pronunciar las palabras con regularidad. Algunos, casi siempre monosílabos, o frases familiares, son todo lo que les queda, y las usan para todo, como un niño con un vocabulario aún incipiente.

El poeta Baudelaire, con afasia (a estos pacientes se les llama afásicos), solo podía decir "icré nom!". Estas criaturas han perdido la memoria compleja de los movimientos de la laringe y la lengua para la expresión verbal; su memoria motora para las palabras articuladas ha desaparecido. Su tercera circunvolución frontal izquierda se ha desorganizado.

Pérdida de la memoria motora para las palabras escritas La hemiplejía derecha es consecuencia de una lesión en el hemisferio izquierdo. El paciente se recupera en pocos meses, habla, oye, lee, y solo una cosa le perturba y preocupa, ya que puede mover y usar la mano derecha con facilidad para vestirse, comer, etc. Es que se niega rotundamente a realizar los movimientos de la escritura. Cuando intenta hacerlo, ni siquiera puede esbozar una letra. Dice conocer perfectamente los caracteres que hay que dibujar, los nombra, los señala en un periódico, pero... no puede escribirlos. Lo más curioso es que el paciente puede sostener un bolígrafo o un lápiz e incluso dibujar. Si se le muestra una palabra escrita, la copiará lenta y laboriosamente, como haríamos con un idioma extranjero. Lo cierto es que solo ha perdido la memoria de los movimientos de la escritura, y esta pérdida coincide con la lesión en la segunda circunvolución frontal izquierda.

Acabamos de señalar destrucciones pertinentes a toda una categoría de hechos. Esto implica la desaparición de una serie de movimientos asociados y coordinados, relevantes para la memoria auditiva de la palabra hablada, la memoria visual de la palabra escrita o la memoria motora de la palabra hablada o escrita; y, por lo tanto, podemos localizar en el cerebro las partes afectadas, determinando estas supresiones. Sin embargo, estas no son las únicas localizaciones estudiadas y conocidas. Veamos también algunos ejemplos de estas pérdidas masivas:

1.º) Pérdida del sentido fisonómico. Un destacado científico, muy conocido para mí —dice Carpenter—, perdió la memoria fisonómica. Tenía 70 años cuando nos reencontramos, una vez, en casa de un viejo amigo en común. No me reconoció ni al entrar ni al salir; posteriormente, su memoria se fue desvaneciendo gradualmente, hasta que sufrió un ataque de apoplejía.

2.º) Pérdida del sentido musical. Un niño —sigue siendo el mismo médico quien lo afirma—, tras un traumatismo craneoencefálico grave, estuvo inconsciente durante tres días. Cuando recuperó la consciencia, había olvidado todo lo que sabía sobre música. Solo sobre música, claro.

3) Pérdida de la capacidad numérica: Este es un caso frecuente en las lesiones cerebrales. El frío excesivo puede causar el mismo resultado. Se sabe de un viajero que, tras una larga exposición al frío, perdió el sentido del cálculo.

4.º) Pérdida de solo dos números: El siguiente informe es de Forbes Winslow: Como resultado de una trepanación, un soldado perdió parte de su masa cerebral. Unos días después, se descubrió que había olvidado por completo los números 5 y 7. Esta anomalía desapareció posteriormente.

Para no extendernos demasiado en las citas, basta decir que varios pacientes han perdido una lengua extranjera y todos los sustantivos.

El paciente designaba objetos llamándolos «cosas». También presenta pérdida del alfabeto y, finalmente, la pérdida de una sola letra.

Todas estas observaciones dan fe de la ubicación de las percepciones y los movimientos asociados. Es probable que todos los estados sucesivos de conciencia que caracterizan la vida mental tengan como eje una zona específica del cerebro, correspondiente a una región definida del periespíritu.

El recuerdo mismo.-

Llegamos ahora a la memoria misma, a lo que en filosofía se llama reconocimiento, y que es una capacidad de evocación, el acto por el cual un fenómeno se transfiere de la inconsciencia a la conciencia.

Si el renacimiento no se produce, en sí, por una percepción de la misma naturaleza, puede renacer, impulsado por la voluntad, cuando el pensamiento se concentra en el recuerdo que se quiere traer de vuelta al espíritu.

¿Qué significa realmente recordar? Si recordamos bien las fases por las que pasó la sensación hasta abandonar el campo de la conciencia, es para restituirle las dos condiciones indispensables para la percepción: intensidad y duración.

Ahora bien, la atención tiene precisamente estas dos propiedades, como demostraremos:

La experiencia nos enseña que la atención aumenta la capacidad motora-muscular a la vez que reduce el tiempo de reacción. Cuando concentramos voluntariamente nuestros pensamientos en algo que deseamos recordar, enviamos una serie de influjos sucesivos en su dirección, cuyo objetivo es otorgar al movimiento periespiritual el mismo período vibratorio que tenía, podría decirse, un poco más débil, en el momento en que fue registrado, es decir, percibido. Esta repetición de excitación, que provoca, por hiperactividad funcional, una especie de congestión del órgano material, produce, incluso por debajo de los límites de la consciencia, una especie de atención pasiva. Tras una serie de excitaciones de la misma intensidad, excluyendo las primeras, que son naturalmente insensibles, el recuerdo se aclara, aunque momentos antes no existiera.

En efecto, el papel de la atención es exagerar los movimientos; y es por eso que podemos provocar un estado inconsciente, en el umbral de la conciencia, es decir: recordar.

Si las antiguas sensaciones que constituyen la imagen mental son

evocadas por sensaciones similares, es claro que el recuerdo reaparecerá por sí solo, ya que la ubicación es la misma.

Si escuchamos una ópera completamente olvidada hoy, las melodías nos vendrán a la mente de inmediato: será como una resurrección natural. Pero la imagen actual no solo evoca la antigua cuando son idénticas, sino también cuando son meramente similares, e incluso cuando ya no lo son, solo con la condición de que exista alguna analogía entre ellas.

He aquí uno de los fenómenos más extraños de la inteligencia, que es la evocación enteramente fantástica de ideas, una tras otra.

Es como si cada idea irradiara en direcciones diferentes para evocar otra idea que se adhiriera a ella por algún rasgo común.

Entonces, si de repente pensamos en un pointer, inmediatamente nos viene a la cabeza la idea de cazar, y esto nos sugiere un conejo pastando.

En ese preciso momento, la última consonancia despierta en nuestra mente la imagen del puerto de Dieppe –que tiene como importante suburbio Le Pollet– y vemos el mar y ya recordamos sus peligros, etc.

Así, la evocación de ideas antiguas sigue un camino maravilloso y puede rastrear las variaciones más caprichosas. Sin embargo, cuando queremos recuperar un recuerdo preciso, la mente emplea otros medios, valiéndose de lo que Ribot llamó el punto de referencia. Citémoslo:

Teóricamente, cabe recordar que solo tenemos una manera de proceder. Determinamos posiciones en el espacio, como en el tiempo, en relación con un punto fijo, que, en lo que respecta al tiempo, es nuestro estado actual. Observemos que este estado actual es un estado real, con su duración. Por breve que sea, no es, como nos hacen creer las metáforas, un relámpago, una nada, una abstracción análoga al punto matemático, ya que tiene un principio y un fin.

Además, este comienzo no nos parece absoluto, ya que siempre toca algo con lo que establece continuidad. Cuando leemos (o entendemos) una frase, en la quinta palabra, por ejemplo, algo permanece de la cuarta. Cada estado de conciencia se borra solo gradualmente. Así, la cuarta y la quinta palabra están en continuidad, el final de una toca el comienzo de la otra. Este es el punto crucial. Existe una contigüidad, no indeterminada ni consistente, en el contacto de dos extremos cualesquiera, y en la circunstancia de tocar el extremo inicial del estado real con el extremo final del estado que lo precede inmediatamente.

Una vez comprendido este hecho, el mecanismo teórico de la ubicación temporal se comprenderá de inmediato, ya que es evidente que la regresión también puede ocurrir de la cuarta a la tercera palabra, y así sucesivamente. Se comprenderá que, dado que cada estado de conciencia tiene su duración, el número de estados de conciencia recorridos regresivamente y el quantum de su duración darán la posición de cualquier estado en relación con el anterior, así como su distancia temporal.

En la práctica, hemos recurrido a procesos más sencillos y rápidos. Esta es una tendencia que rara vez revertimos, principalmente mediante intermediarios. Nuestra simplificación consiste en puntos de referencia. Tomemos un ejemplo muy común. El 30 de noviembre esperamos un libro que necesitamos con urgencia. Este libro tiene que venir de lejos y su envío tarda unos 20 días. ¿Lo habríamos pedido a tiempo? Recordamos que el pedido se realizó la víspera de un viaje rápido, cuya fecha podemos fijar con precisión: domingo 9 de noviembre. A partir de ahí, el recuerdo está completo.

Si analizamos este caso, veremos que el estado principal de conciencia, el ordenamiento del libro, es, en primer lugar, rechazado en el pasado, de manera indeterminada; luego surgen estados secundarios, y entre éstos, uno muy claro: el recuerdo del viaje; y, como el ordenamiento había sido hecho el día anterior, el recuerdo del viaje pasó a ser el punto de referencia.

Los puntos de referencia no son arbitrarios, sino que nos son impuestos. La única condición es que conozcamos bien su distancia del presente. En general, son individuales, pero también pueden extenderse a una familia, a través de un nacimiento, una muerte, un matrimonio, o incluso a una comunidad, a través de un banquete periódico, y a una nación, a través de un episodio como, por ejemplo, la exposición de 1889.

Los puntos de referencia simplifican el mecanismo de localización en el pasado, ya que, al usarse con frecuencia, la localización se vuelve automática, como ocurre con el hábito. Una vez que dejan de ser útiles, los intermediarios desaparecen y solo quedan dos términos: la memoria y el punto de referencia.

Este retorno de los estados intermedios al inconsciente es una necesidad de la vida mental, ya que si fuera necesario recorrer todos los pasos sucesivos para alcanzar un recuerdo remoto, la memoria se volvería imposible debido a la duración de la operación. Sin el reingreso de un número prodigioso de estados conscientes al inconsciente, no podríamos recordarlos. Tal eclipse en el campo de la conciencia es, por lo tanto, la condición esencial de una buena memoria, y de ahí esta conclusión, que podría parecer paradójica sin las explicaciones anteriores: que el olvido es una necesidad de la memoria.

Hemos estudiado muy brevemente, pero en sus aspectos esenciales, la sensación y la memoria, en sus formas conscientes e inconscientes. Lo poco que hemos visto bastará para explicar el fenómeno de la personalidad múltiple y, al mismo tiempo, para demostrar que las inferencias extraídas de estos hechos anormales son absolutamente inexactas.

Los múltiples aspectos de la individualidad.-

La psicología fisiológica, que estudia el cuerpo humano como condición esencial, e incluso, en su concepto primordial de las manifestaciones

intelectuales, rechazó por completo las viejas concepciones filosóficas sobre la personalidad y las facultades del alma.

Según la nueva doctrina, el yo no es más que una simple unidad, formada por la coordinación de elementos, cada uno con su vida peculiar, es decir que es la asociación del sentido de la existencia con la memoria, con las percepciones, con las sensaciones, con las ideas, etc., lo que engendra un resultado momentáneo, al que atribuimos una unidad ficticia, pero que no es más que una ilusión del sentido íntimo, porque en realidad no existe.

Esto es lo que dice Ribot al respecto:

La unidad del yo, en el sentido psicológico de la palabra, es la cohesión, durante un tiempo determinado, de un cierto número de estados de conciencia claros, acompañados de otros menos claros, y de una multitud de estados fisiológicos que, sin estar acompañados por la conciencia, al igual que sus contrapartes, actúan con la misma intensidad. Unidad significa coordinación.

Esta afirmación, que en nada se diferencia de la del materialismo, ¿es verdadera?

¿Podría ser realmente que nuestro ego no tenga una existencia propia? Por supuesto, la prueba experimental del Espiritismo resuelve la cuestión, ya que la muerte no destruye el Espíritu, que no proviene del cuerpo. Pero entonces, ¿de dónde proviene el error?

Precisamente las experiencias que demuestran la dualidad e incluso la multiplicidad del yo pensante son, a nuestro entender, malinterpretadas por los observadores, que han extraído –como sucede tan a menudo– deducciones falsas de los fenómenos reales.

Para mayor comprensión, presentaremos brevemente el tema. Estudiaremos lo que se ha denominado impropriamente escisión de personalidad en casos que ocurren de forma natural; luego, en aquellos causados por maniobras hipnóticas; y así podremos verificar que la individualidad es una, aunque asume diferentes aspectos; que es proteica, ya que es sustancialmente idéntica, incluso cuando varias personalidades parecen coexistir en ella.

Ante todo, es importante no perder de vista que la manifestación del Espíritu encarnado está estrictamente ligada al estado físico del cuerpo material y que cualquier alteración o cambio en éste resulta en perversión y distorsión del mecanismo intelectual.

Otra razón nos anima a estudiar el tema en particular, y es que buscaron en estos fenómenos un arma contra la realidad de algunas manifestaciones espirituales.

Al estudiar el Espiritismo, a veces se observa que algunos médiums se duermen espontáneamente y empiezan a hablar. Se ha observado que estas expresiones a menudo no guardan relación con las ideas del médium en su estado normal, y que el nuevo ser, que así testificaba de su presencia, daba

detalles y relataba episodios que el médium desconocía por completo. En ocasiones, la nueva individualidad se expresaba en un idioma extranjero, del cual el médium no tenía ni idea.

En este caso, los espiritistas afirman que es una persona que vivió en la Tierra quien se apodera del cuerpo del médium y lo utiliza para comunicarse. A este fenómeno lo llaman encarnación.

Hemos descrito y comentado este fenómeno en un libro anterior,⁸⁰ y no es oportuno repetirlo aquí; sin embargo, estos diferentes aspectos de la personalidad nos permiten estudiar la memoria experimentalmente, lo cual nos resulta de gran valor.

Para comprender correctamente los hechos siguientes, es importante no olvidar que, para que un fenómeno se vuelva consciente, es decir, para que el espíritu lo perciba, son indispensables dos condiciones: intensidad y duración.

Para que experimentemos una sensación, es importante que la causa excitante tenga cierto grado de energía, un mínimo de intensidad variable, necesariamente según la sensibilidad de los órganos sensoriales de cada persona; pero no podemos concluir de esto que, si no se percibe, la sensación se pierde. Sería un grave error suponerlo, pues, sin embargo, se registra en el periespíritu, en un estado de inconsciencia.

Así, la duración de la excitación se convierte en una condición indispensable para la percepción. Cualquier acción sensorial que no tenga la duración mínima no despierta la consciencia, sino que se registra en el periespíritu, y será posible encontrar su rastro mediante diversos procesos. En resumen: la intensidad y la duración son funciones que varían según el estado de sensibilidad individual. Si la criatura posee un organismo muy delicado y sensible, la sensación se percibirá con gran rapidez, lo que significa que el tiempo de reacción será muy corto.

Si por el contrario se trata de un organismo burdo, la percepción será más lenta, la acción tardará más tiempo, e incluso –como ocurre en los histéricos y en los anestesiados– la sensación no será percibida en absoluto por el miembro lesionado, aunque quedará registrada en el periespíritu.

También puede ocurrir que, en el estado normal, no seamos conscientes de todas las sensaciones corporales, como, por ejemplo, cuando nuestra mente está absorta, concentrada en una idea.

Si la mente está muy ocupada absorbiendo asuntos, con un trabajo mental muy abstracto, o incluso bajo la impresión de una profunda angustia, ipso facto, las relaciones normales del alma con el cuerpo se alteran, la consciencia de las sensaciones externas cesa, pero el cerebro no deja de retener la impresión y tomar posesión de la modificación sobrevenida. La fase psíquica o consciente no surge; pero la etapa fisiológica, que es fundamental, subsiste. Por lo tanto, no es sorprendente que encontremos evidencia de este trabajo cerebral, que no ha logrado alcanzar la consciencia primaria. Pero para esto, cabe decir, debe haber un shock orgánico, un eretismo particular

del sistema nervioso, que restablece al individuo al estado en el que se encontraba cuando se registró la sensación inconsciente.

Dicho esto, veamos qué debemos entender por personalidad.

La personalidad.-

Ya hemos visto que la memoria es una condición casi indispensable para la personalidad, pues conecta el estado presente con estados anteriores y confirma que hoy somos el mismo individuo que hace veinte años. Es la memoria la que constituye la identidad, pues, mientras persisten las sensaciones presentes, surgen imágenes antiguas, si no idénticas, al menos muy similares. Un árbol, por ejemplo, visto ahora —una imagen presente, actual— despierta en nuestra mente media docena de recuerdos casi idénticos, aunque estemos contemplando otro árbol. De la misma manera, un barco evocará otra media docena de imágenes que seguirán siendo idénticas, independientemente del barco que se vislumbra. Asimismo, como consecuencia de la asociación y complejización de ideas, no será necesario ver un barco para revivir estos recuerdos, que pueden surgir de la contemplación de una playa, un río o cualquier objeto que nos recuerde, aunque sea distante, la idea de un barco.

Por lo tanto, nuestra consciencia está siempre presente en un número limitado de imágenes remotas, y siempre son, en mayor o menor medida, las mismas. Estas imágenes, iterativamente devueltas al mismo ego, constituirán la personalidad del individuo, que se ha estabilizado a través de su comunidad.

Si, como resultado de algún estado psíquico, las imágenes ordinarias que suelen estar presentes en la conciencia se borran repentinamente, y si, por el contrario, aparecen imágenes previamente desconocidas, se deduce que el mismo yo ya no se reconoce a sí mismo, se considera diferente y emerge un estado de conciencia completamente nuevo. Surge, sin embargo, en la misma individualidad. Los sonámbulos casi siempre presentan este carácter, olvidando, al despertar, lo sucedido durante el sueño. Pero lo que prueba la integridad individual es que el segundo aspecto de la personalidad, es decir, el carácter sonámbulo, conoce a la persona normal, como veremos en breve.

Esta falta de conexión, esta discontinuidad entre dos períodos de una misma existencia psíquica, explica todos los fenómenos, siempre que tengamos en cuenta un segundo factor de la personalidad, que es el sentimiento de vida.

Todos tenemos la noción de vivir corporalmente, como lo demostró Louis Pisse 82 en contradicción con la doctrina de Jouffroy, que afirmaba que sólo conocemos el cuerpo de manera objetiva, como conocemos un objeto extraño, un trozo de tela, un mueble, etc.

El médico filósofo responde:

¿Es realmente cierto que no somos conscientes en absoluto del ejercicio de las funciones orgánicas? Si con esto queremos decir que se trata de una conciencia clara y distinta, de localización determinable, como la que proviene de las impresiones externas, es evidente que no la tenemos; pero esto no nos impide tener una conciencia sorda, inaudible, oscura y, por así decirlo, latente, análoga, por ejemplo, a la que provoca y acompaña los movimientos respiratorios, sensaciones que, a pesar de repetirse incesantemente, pasan desapercibidas.

“No podríamos, pues, considerar como una resonancia lejana, débil y confusa de la obra vital universal, este sentimiento notorio con las impresiones accidentales o locales, que, en vigilia, despiertan, estimulan y entretienen el juego de la sensibilidad.

Estas sensaciones, aunque incesantes, solo aparecen fugazmente y transitoriamente en el escenario de la conciencia, mientras que la sensación en cuestión perdura y persiste bajo el escenario móvil. Condillac la llamó, con gran acierto, la sensación fundamental de la vida, y Maine de Biran, la sensación de la existencia sensible. Es a través de ella que el cuerpo se presenta al ego como su propiedad, y que el Espíritu se reconoce, de alguna manera existente e integral, en la extensión de su organismo. Monitor perpetuo e indefectible, proporciona a la conciencia un control incesante del cuerpo, manifestando así, de la manera más íntima, el vínculo indisoluble entre la vida psíquica y la vida fisiológica.

En el estado normal de equilibrio que caracteriza la salud perfecta, esta sensación es, como dijimos, continua, uniforme, siempre la misma, lo que impide que llegue al yo en el estado de sensación distinta, especial y local. Para que se perciba con claridad, es necesario que adquiera cierta intensidad.

En este caso, se traduce por una vaga sensación de bienestar o malestar general, lo que indica, en el primer caso, una simple exaltación del acto vital fisiológico, y, en el segundo, la perversión patológica del mismo acto. Pero, en este caso, tampoco se tarda mucho en localizar la forma de la sensación particular.

Hay momentos en que también se revela de forma más indirecta, pero mucho más evidente, como cuando falla en una región determinada del organismo, como, por ejemplo, en una extremidad afectada por una parálisis. Dicha extremidad aún está materialmente unida al agregado viviente, pero está separada de la esfera del yo orgánico, por así decirlo. Deja de ser percibida por el yo como algo propio, y esta separación, aunque negativa, se traduce en una sensación positiva y particular, conocida por cualquiera que haya experimentado el entumecimiento total de una extremidad, ya sea por frío o por compresión nerviosa.

“Esta sensación no es más que la expresión de la especie de fracaso, o caída, sufrida por el sentimiento universal de la vida corpórea, y prueba que el estado vital del miembro era real, aunque oscuramente sentido,

constituyendo uno de los elementos parciales del sentimiento general de vida del todo orgánico.

“Así, el ruido monótono del carruaje que nos lleva acaba haciéndose desapercibido, pero si el carruaje se detiene de repente, pronto notaremos el cese del ruido.

“Esta analogía puede facilitar la comprensión de la naturaleza y el modo existencial del sentimiento básico de la vida orgánica, que no sería, en esta hipótesis, más que un resultado, in confuso, de las impresiones producidas, en todos los puntos vivos, por el movimiento intrínseco de las funciones, llevadas directamente al cerebro por los nervios cerebrospinales, o indirectamente por los nervios del sistema ganglionar.”

Lo que debemos recordar es que la individualidad se constituye, desde el nacimiento, por esta sensibilidad general, en la que las sensaciones se injertarán y servirán de vínculo. El periespíritu, animado por la fuerza vital, es lo que otorga al alma la íntima y profunda sensación del yo. Cualesquiera que sean las variaciones posteriores en el estado de conciencia, esta sensación siempre permanecerá para reconectar los diferentes procesos de la vida mental, mientras las condiciones asociativas del alma y el cuerpo permanezcan invariables.

Existe una cierta tonicidad general del sistema nervioso, a través de la cual se registran las sensaciones. Si esta tonicidad cambia, varían los niveles mínimos de intensidad y duración necesarios para la percepción. Sin embargo, el registro se realiza, pero el alma no es consciente de ello cuando recupera su tonicidad normal. Con algunos ejemplos, lo aclararemos.

Cambios en la memoria debido a la enfermedad.-

Un paciente sufrió una crisis epiléptica en el consultorio médico. Recuperó el conocimiento al poco tiempo, pero olvidó pagar la consulta por adelantado.

Otro epiléptico, tras caerse en una tienda, se levantó rápidamente y salió corriendo, dejando atrás su sombrero y su cartera. «Recuperé la conciencia», dijo, «después de caminar un kilómetro; busqué mi sombrero en todas las tiendas, pero, la verdad, sin saber qué hacía. El sombrero, a decir verdad, no lo encontré hasta unos diez minutos después, al llegar a la estación de tren».

Un oficinista, mientras trabajaba, y sin ninguna otra perturbación, fue asaltado por ideas confusas. Solo recordaba que había cenado en el restaurante, y después de eso no volvió a recordar nada. Regresó al restaurante y le dijeron que había cenado, pagado y se fue de buen humor, como si no hubiera sentido nada. La confusión duró tres cuartos de hora, más o menos.

Examinemos este último caso, que explica los demás.

Durante 45 minutos, el vértigo epiléptico privó al paciente de la conciencia de sus acciones, pero lo dejó con automatismo cerebral, y a ojos del público fue como si nada extraordinario le hubiera sucedido. Entonces, ¿qué sucedió?

Acabamos de ver que, en estado normal, cada individuo posee, según su constitución fisiológica, una tonicidad nerviosa peculiar, mediante la cual las sensaciones se registran en su conciencia con una intensidad y una duración mínimas. Ahora bien, este hombre, afectado repentinamente por un ataque epiléptico, ve repentinamente modificadas las condiciones de funcionamiento normal del sistema nervioso, de modo que la fuerza vital y las vibraciones periespirituales correspondientes se modifican simultáneamente: las sensaciones se graban en su periespíritu y el alma las percibe, pero de forma diferente a la normal.

Así, cuando vuelve en sí, el paciente no tiene idea de lo que ocurrió durante el ataque, mientras que, al mismo tiempo, el automatismo del cerebro, creado por el hábito, lo lleva a proceder como si lo estuviera haciendo conscientemente.

Cabe destacar que no existen dos individualidades en este hombre, que el ego es siempre el mismo; pero durante el ataque, el ritmo periespiritual varió, las sensaciones se inscribieron en el organismo fluídico, modificándose. Cuando el periespíritu recupera su tonicidad normal, es decir, cuando la crisis cesa, el alma ya no es consciente de lo ocurrido, porque se han restablecido las relaciones normales, las sensaciones han pasado al inconsciente y se ha perdido la memoria. Es un fenómeno comparable al de un sueño.

Mientras dormimos, nuestra alma permanece en constante actividad, pero las sensaciones internas son extremadamente débiles, y si parecen intensas, no es porque lo sean en realidad, sino porque no hay un estado de intensidad que las relegue a un segundo plano. En cuanto se reanuda la vigilia, las imágenes con mínima intensidad pasan al inconsciente: el sueño se olvida.

En el ejemplo del oficinista, hay dos tipos de vida que se suceden en el mismo individuo, ignorándose mutuamente; pero la existencia extranormal no duró más que un cuarto de hora y no sabemos si se reprodujo.

Examinemos ahora un caso que amplía el precedente y en el que dos existencias se desarrollan alternativamente, extrañas entre sí.

.

Doble personalidad.-

Este caso fue relatado por Machnisch en su Filosofía del sueño.

Una joven estadounidense, tras un largo sueño, perdió la memoria de todo lo aprendido. Su memoria se convirtió en una pizarra en blanco. Fue necesario enseñarle todo de nuevo. Se vio obligada a recuperar el hábito de la

ortografía, la lectura, la escritura, el conteo y el reconocimiento de los objetos y las personas que la rodeaban.

Meses después, dormía profundamente, y al despertar, era la misma que antes de su primer sueño, con todo el conocimiento y los recuerdos de su juventud. Por otro lado, no le quedaba nada del suceso ocurrido.

Durante más de cuatro años, esta niña pasaba periódicamente de un estado a otro, siempre precedido por un sueño profundo.

Ella es consciente de su doble personalidad que tendría, respectivamente, dos caracteres distintos de su propia naturaleza.

Ejemplo: en el estado primitivo posee todo el conocimiento primitivo; y en el estado secundario, solo posee el adquirido tras su enfermedad. En el estado A, tiene una caligrafía hermosa, y en el estado B, solo garabatea, práctica que le permitió la falta de tiempo. Para reconocer a las personas, no basta con presentarse ante él en un solo estado, ya que el conocimiento de uno no es válido para el otro. Y lo mismo ocurre con todo lo demás.

En el caso observado, tenemos una existencia dividida en intervalos más o menos regulares, en estados durante los cuales la memoria normal desaparece. El cambio siempre se produce tras un sueño largo y profundo. Los nuevos estados se reconectan entre sí mediante la memoria, y durante el período intermitente la vida normal continúa. De hecho, fue este estado el que se interrumpió, y el individuo abandonó la vida ordinaria para retomarla al cesar la enfermedad. Este conjunto de estados intermedios se denominó doble personalidad. Querían ver en este hecho un segundo ser psíquico, formándose junto al primero, con existencia propia y análoga a la de la personalidad normal.

Esta perspectiva se basa en la coexistencia de dos memorias conscientes que no se conocen entre sí, y en la desaparición, en el estado anormal, de la memoria semiorgánica y semiconsciente que permite hablar, leer y escribir. Por nuestra parte, creemos que no se formó ninguna individualidad secundaria, cuya existencia temporal difícilmente podría explicarse, ya que, en ambos casos, la inteligencia y las facultades permanecieron intactas. Esta dama experimenta una serie de suspensiones momentáneas de la memoria psíquica y semiorgánica, y su ego, privado de asociar las ideas que le servían de séquito habitual, se ve obligado a crear otras, pero utilizando para ello sus facultades habituales, que no han sido extinguidas.

Por lo tanto, no existe una nueva individualidad —un carácter parasitario que se desarrolla en detrimento del verdadero yo—, sino más bien un nuevo aspecto del yo. De hecho, no es difícil comprender cómo se produce este fenómeno.

Durante el sueño prolongado, se produce una alteración de la fuerza vital, con repercusiones inmediatas en el movimiento periespiritual. La fuerza vital se altera en los centros cerebrales y el sistema nervioso, donde residen las memorias psíquicas, semiorgánicas y semiconscientes, alterando así la

relación habitual del periespíritu con el cuerpo.

Las sensaciones previamente registradas bajo determinadas condiciones de intensidad y duración ya no pueden reaparecer en el campo de la conciencia, ya que los niveles mínimos de intensidad necesarios para su revivificación son ahora diferentes. El ego habrá perdido la memoria del pasado. Es importante no olvidar nunca que es el estado del cuerpo durante la vida el que regula la actividad intelectual.

Las nuevas sensaciones, las de los estados intermedios, se adaptarán a los nuevos estados, se registrarán en el órgano material y en la envoltura fluídica, modificados simultáneamente por el nuevo tono vital.

Estarán, por así decirlo, en otro plano vibratorio y podrán asociarse entre sí. El yo será consciente de ellos, podrá asociarlos y formar una segunda reserva, menos abundante que la primera, pero suficiente para las necesidades diarias.

Cuando las condiciones primitivas reaparecen, es decir, cuando la actividad vital recupera su tono normal, las antiguas sensaciones pueden renacer en el campo de la conciencia, excluyendo naturalmente a las nuevas. Por lo tanto, habrá dos recuerdos para el mismo yo, así como pueden aparecer tres si el estado general de la fuerza nerviosa, es decir, las condiciones para registrar las sensaciones, cambia tres veces.

Debemos llamar especialmente la atención del lector sobre este punto, ya que es aquí donde debemos, a nuestro juicio, buscar la explicación de estos diferentes estados del yo, llamados segundo, tercero, etc.

Nos parece que, ya sea por enfermedad, por acción anestésica, por irritantes físicos del sistema nervioso o por magnetismo animal, se altera el estado vibratorio de la fuerza vital y, como consecuencia, se modifican las condiciones ordinarias de percepción.

Estas percepciones se registran a través de un nuevo ritmo vibratorio, en otras condiciones de intensidad y duración, que persisten mientras persista la perturbación vital, para recaer en el inconsciente tan pronto como se restablece el ritmo, pero listas para reaparecer cada vez que el individuo se sumerja en el segundo estado.

Esta hipótesis explica satisfactoriamente la ocurrencia de dos recuerdos distintos, desconocidos entre sí, y podría explicar también todos los fenómenos observados, incluso cuando uno de los recuerdos abarca el conjunto de dos estados de vida, suponiendo que el segundo estado sea únicamente una exaltación del movimiento vital. Con esta observación, procederemos a examinar otros hechos.

La historia de Félida.-

Hasta ahora, hemos visto casos en los que se ignoran los aspectos del ego. El ego normal desconoce los actos realizados durante los ataques, así

como, en los intervalos, no recuerda su vida normal.

El Dr. Azam publicó un caso a largo plazo muy importante que sirvió como punto de partida para la observación de muchos otros.

Consideramos que es nuestro deber reproducirlo con gran detalle, ya que se trata de un caso típico.

Félida nació en Burdeos en 1843. Sus padres eran sanos. A los trece años, al llegar la pubertad, comenzó a mostrar síntomas de histeria incipiente. Buena trabajadora, con una inteligencia desarrollada, trabajaba como costurera.

A los catorce años, sin razón aparente, y a veces impulsada por alguna emoción, sentía un dolor en las sienes y caía en una profunda postración, similar al sueño. Este estado duraba unos diez minutos. Luego, abría los ojos espontáneamente, como si despertara, y entraba en el segundo estado, al que convencionalmente llamaban estado secundario.

Esto duró una o dos horas, hasta que reaparecieron la postración y el sueño, volviendo el paciente a un estado normal.

Era una especie de ataque que se repetía a intervalos de cinco o seis días. Considerando este cambio de actitud en el estado secundario y su completo olvido al despertar, los padres de la niña y sus allegados creyeron que se había vuelto loca.

Llamaron al Dr. Azam, esto fue en junio de 1858. En octubre del mismo año, esto es lo que nos cuenta:

Félida es de piel oscura, de estatura mediana, bastante robusta y de buen carácter; muy inteligente y culta, en relación con su estatus social, también tiene un carácter melancólico y serio. Por ello, habla poco, su conversación es seria, sus deseos son considerados y su dedicación al trabajo es grande. Sus sentimientos no me parecen muy desarrollados. Lo que llama especialmente la atención es su aspecto sombrío y su discreción, casi mutismo, que solo le permite responder a lo que se le pregunta, y nada más.

“Si examinamos cuidadosamente su estado intelectual, encontraremos que sus acciones, ideas y conversación son perfectamente razonables.

Casi todos los días, sin causa aparente o presionada por alguna emoción, la asalta lo que ella llama su crisis. De hecho, entra en un segundo estado. Sentada, cose a mano; de repente, sin que nada lo presagiara, y tras un violento dolor en las sienes, su frente cae al pecho, sus manos se quedan quietas, sus brazos caen a los costados y duerme, o parece dormir; pero duerme un sueño especial, pues ningún ruido, excitación ni pinchazo la despierta. Además, este letargo es absolutamente repentino, dura dos o tres minutos. Antes, era mucho más largo. Finalmente, aquí está, despertando, pero ya no en el estado intelectual previo al sueño. Todo es diferente: levanta la cabeza y, con los ojos abiertos, saluda a quienes la rodean, sonriendo, como si acabaran de llegar. Su rostro, antes sombrío e inexpresivo, parece iluminarse y rebosar alegría; sus palabras son incisivas, rápidas, y continúa,

tarareando, su labor.

Entonces se levanta, camina con brío, y si de algo se queja, es de los muchos dolores que la atormentaban poco antes. Deja entonces de preocuparse por las tareas domésticas, pasea por la ciudad y finalmente disfruta. Su temperamento ha cambiado por completo; de triste se ha vuelto jovial, su imaginación parece estar más excitada y se conmueve por el más mínimo motivo, tanto en la tristeza como en la alegría. Ha pasado de la indiferencia a la hipersensibilidad.

En este estado, recuerda perfectamente todo lo ocurrido en los estados análogos anteriores, así como su existencia normal. En esta condición, como en la otra, las facultades intelectuales y morales, aunque diferentes, pueden decirse intactas: inada de ideas delirantes, falsas apreciaciones, alucinaciones! Félica es simplemente otra criatura, y nada más.

Incluso se puede decir que en este segundo estado, en esta segunda condición —como dice Azam— todas las facultades parecen más desarrolladas y perfectas. La segunda existencia, en la que el dolor físico se vuelve insensible, es muy superior a la anterior, sobre todo por el extraordinario hecho de que permite a Félica recordar no solo lo ocurrido durante los ataques anteriores, sino también lo relativo a su existencia normal; mientras que, durante su vida normal, no recuerda en absoluto lo que le ocurrió durante los ataques.

La separación de las dos vidas es tan radical que, habiéndose entregado, en estado secundario, a un muchacho que le había prometido matrimonio, al volver a su estado normal sufrió convulsiones histéricas cuando el médico, consultado sobre la dilatación de su útero, declaró que estaba embarazada.

El estado secundario, que en 1858 y 1859 no correspondía ni a más ni a menos la décima parte de la existencia, se fue haciendo poco a poco más frecuente y más largo en duración, hasta igualar y superar la vida normal, hasta llegar poco a poco a su estado actual.

Aquí presenciamos dos aspectos del mismo yo: en el estado secundario, Félica sabe que siempre ha sido la misma, consciente de su identidad y de la continuidad de su existencia. Su carácter ha cambiado; al disminuir su dolor, se siente menos sumisa que en el primer estado y refleja su alegría. Cualquiera de nosotros puede ver los cambios que la enfermedad produce en el carácter. Por lo tanto, no hay necesidad de inventar una segunda individualidad. Al regresar al estado normal, Félica experimenta todo el malestar que conlleva el olvido; ya no tiene noción de sus asuntos, de las visitas programadas, de los compromisos adquiridos, etc. Así, se ve obligada a escribir lo que tiene que hacer cada vez que, en el estado secundario, prevé la crisis de la regresión al estado normal.

Estas preocupaciones, combinadas con la enfermedad, podrían muy bien modificar profundamente su carácter; pero no hay razón para creer que existan dos individualidades distintas en ella. Desafortunadamente, no es raro

encontrar criaturas extravagantes e inconsistentes con temperamentos caprichosos, y no hay necesidad de recurrir a la intermisión de una personalidad adicional para justificar su carácter a veces apacible, a veces irascible.

Creemos pues que aquí no se legitima la presunción de dos individualidades distintas, sino que parece más plausible y racional la manifestación de dos aspectos diferentes de una misma individualidad.

Esta manifestación difiere de la anterior, ya que Félica conoce toda su vida en el estado secundario y olvida, en el estado normal, todo lo ocurrido durante la crisis. Bastará suponer que esta crisis, al intensificarse, modifica la fuerza vital para comprender el fenómeno.

Si el ritmo ondulatorio de esta fuerza cambia de frecuencia y se hace más rápido, el sistema nervioso será más vibrante, más sensible, más delicado; no sólo podrá reproducir las antiguas sensaciones, sino que las nuevas también quedarán registradas en el periespíritu, con una intensidad mínima más débil que durante la vida normal, de modo que, cuando reaparezca el estado primario, será imposible para el yo normal saber lo que se registró durante la crisis.

Suponemos que la frecuencia vibratoria del periespíritu ha aumentado, ya que, según un experimento de Binet, que veremos más adelante, el tiempo de reacción disminuye durante el sueño hipnótico para las sensaciones inconscientes. Suponemos, pues, que la crisis tiene, al igual que el sueño magnético, la virtud de aumentar y refinar las percepciones sensoriales, ya que estas ya no se producen a través de los órganos de los sentidos, sino directamente a través del periespíritu, como veremos en otro caso de doble personalidad.

La historia de la señorita RL.-

El Dr. Dufay 84 comenzó a tratar a la señorita RL en 1845 y tuvo la oportunidad de observarla casi a diario durante 10 años.

La paciente tenía entonces 28 años. Alta, delgada, de cabello castaño, gozaba de buena salud, aunque era excesivamente nerviosa y sonámbula, de hecho, desde su infancia.

Pasó sus primeros años en casa de su padre, una familia campesina. Más tarde, se convirtió en dama de compañía, sirviendo en casas de familias adineradas, con las que viajó mucho. Más tarde, terminó eligiendo una profesión sedentaria: se convirtió en modista.

Veamos la descripción del primer tipo de su crisis histérica: en su sueño, ve a su madre y quiere irse inmediatamente a su pueblo; prepara apresuradamente un gran paquete, porque el carruaje la espera... Corre a despedirse de la casa, y lo hace con abundantes lágrimas; se sorprende al encontrar a la gente en la cama; baja rápidamente las escaleras y se detiene

solo en la puerta principal, de la que ha tenido cuidado de sacar la llave. Allí, se derrumba desesperada y se resiste, tenazmente y durante mucho tiempo, a la persona que insiste en que vuelva a la cama, quejándose amargamente de la tiranía con la que la tratan.

Termina, aunque no siempre, volviendo a la cama, la mayoría de las veces sin desvestirse del todo. Esta circunstancia es lo único que le indica, al despertar, que no durmió tranquilo, ya que no recuerda nada de lo ocurrido durante el ataque.

He aquí el segundo ejemplo: Son alrededor de las ocho de la noche, varios trabajadores trabajan alrededor de una mesa sobre la que está colocada la lámpara. RL dirige la tarea, participa activamente en ella y, lo más significativo, charla animadamente, casi siempre. De repente, se oye un ruido... Es la cabeza de la niña que ha caído sobre la mesa, con el pecho colgando hacia adelante. Así comienza el ataque. Ese golpe, que conmocionó al público, no le causó el más mínimo dolor; se endereza al instante, se quita las gafas, molesta, y continúa el trabajo que había comenzado, sin necesitar ya las lentes cóncavas que ella, una persona muy miope, tanto necesita en su estado normal. Y ahora, aquí está, colocándose de forma que su costura esté lo menos expuesta posible a la luz de la lámpara. Si necesita enhebrar la aguja, mete las manos debajo de la mesa como buscando la sombra y consigue, en menos de un segundo, lo que en condiciones normales no consigue sin dificultad y sólo tras muchos intentos, a pesar de la ayuda de las gafas y la lámpara.

Si le falta un trozo, una cinta, una flor de tal o cual matriz, se levanta y va, a oscuras, a buscarlas y las encuentra incluso fuera de sus lugares propios, y allí, siempre a oscuras, compara y separa lo que le conviene, sin equivocarse jamás.

Debido a su hábito de trabajar mientras habla, cualquiera que no presenciara el inicio del ataque nunca notaría ningún cambio, si la señorita RL no cambia su forma de hablar, tan pronto como entra en este estado que llamaremos secundario.

Así es como el pronombre personal «yo» se confunde con la flexión «mim», como hacen los niños, y se usa la tercera persona en lugar de la primera persona del verbo. Por ejemplo: «mim está estúpida» significa «cuando estoy en un estado normal».

Es cierto que la inteligencia, ya por encima de lo ordinario en el estado normal, adquiere, durante el ataque histérico, un desarrollo notable; una amplitud mnemónica considerable permite a la enferma detallar episodios conocidos ocurridos en cualquier momento, ya coincidan con sus períodos normales o con los del estado histérico.

De todos estos recuerdos, sin embargo, los inherentes o relacionados con los períodos histéricos se borran por completo en cuanto termina el ataque. A menudo me ha ocurrido, dice Dufay, provocar su admiración, e

incluso asombro, recordándole el comportamiento y las actitudes de la criatura estúpida, que ella consideraba tal, pero que la histérica me había revelado. Hay temas que la señorita RL trata con la mayor naturalidad en estado histérico, pero ruega no hablar de ellos con la otra persona, porque, dice, «sabe que no quiere contárselos, y que se sentiría muy infeliz».

La gente que la rodea se preocupa por ello de ahorrarle el dolor de saber que ha cometido una indiscreción o ha hecho una confidencia que ella misma considera profundamente lamentable.

RL es perfectamente consciente de la superioridad intelectual de una de sus personalidades, así como de la notable agudeza de sus sentidos en el estado secundario. Normalmente miope, en el estado histérico adquiere una visión admirable, tanto de día como de noche. El gusto, el olfato y el tacto no parecen modificarse, pero el alma adquiere una sensibilidad extrema.

“Pensé”, dice el Dr. Dufay, “que esta molestia disminuiría con la edad y eventualmente desaparecería de forma natural.

“Más tarde, después de unos 15 años, me informaron de que así era”.

En su período de histeria, RL sabe perfectamente que es la misma criatura que en el estado normal, y sin embargo quisiera permanecer en el estado secundario, ya que en este estado está mejor y sus facultades están más activas.

Hay, por lo tanto, una exaltación de la personalidad normal, pero ningún cambio en el ser. El alma siempre es la misma, más afinada y menos absorbida por el cuerpo.

Es fundamental, de hecho, destacar que, aunque bastante miope en su estado normal, su visión se ha vuelto no solo excelente, sino también extremadamente aguda durante los períodos de histeria. Así, ya no necesita gafas y puede ver en la oscuridad, hasta el punto de enhebrar agujas, distinguir colores, etc. Esto no es un fenómeno automático, pues busca y encuentra los mismos objetos en otros cajones, incluso cuando se mueven sin que ella lo note. Además, no hay forma de engañarse a sí misma, e incluso parece distinguir dichos objetos mejor que en su estado normal.

¿Cómo podemos explicar esta rectificación del órgano visual? ¿Han cambiado sus ojos? ¿Se ha aplanado repentinamente el cristalino, que antes estaba tan inflado? No, desde luego que no, ya que una vez restaurado a su estado normal, sigue siendo miope.

Por lo tanto, es necesario admitir que este segundo estado le otorga mayor sensibilidad visual, independientemente de los órganos sensoriales. Parece difícil negar, en este caso, el fenómeno de la visión doble. El paciente ya no percibe el mundo de la forma habitual, parcialmente separado de su cuerpo o, en cualquier caso, menos constreñido que en el estado normal. El periespíritu irradia a su alrededor, el cuerpo fluídico entra, en cualquier caso, en un estado de tensión mayor de lo normal, y de ahí la agudeza de la memoria de estados remotos. La enfermedad es lo que determina el eretismo

de la fuerza vital. Desde el principio, la intensidad y la duración mínimas necesarias para que el estado normal se revele conscientemente disminuyen. Todo lo que ocurre en el estado secundario quedará perfectamente registrado en el cerebro, pero en una sincronía cerebro-celular incompatible con la vida cotidiana. De modo que, liberada de la crisis, la Srta. RL no recordará lo que podría haber dicho o hecho durante el estado histérico; mientras que este, al proporcionarle mayor sensibilidad, le permite saber lo que sucede en ambos estados.

Los fenómenos anteriormente expuestos son en todos los aspectos similares a los que se observan en el sonambulismo espontáneo o inducido.

Es un hecho mil veces comprobado que un sonámbulo puede, en trance, recordar episodios pasados, conversaciones que tuvieron lugar en trances anteriores, perdiendo la noción de todo cuando y tan pronto como se despierta.

Los antiguos magnetizadores e hipnotizadores no consideraron necesario crear una individualidad suplementaria para aclarar este olvido parcial, cuando podemos comprobar tan fácilmente que se trata de la misma individualidad manifestándose con características diferentes, siempre que sus facultades naturales se encuentran sobreexcitadas. 85

Se puede tener alguna duda cuando dos personas parecen coexistir, vivir simultáneamente en el mismo individuo, como pretende Binet; pero, incluso en este caso, suponemos que se deriva de una interpretación insuficiente de los hechos, como tendremos ocasión de ver.

El sonambulismo inducido.-

Existen muchos métodos eficaces para inducir el sonambulismo. Tantos, de hecho, que sería tedioso presentar aquí una lista completa y heterogénea.

Uno de los procesos más utilizados por los hipnotistas es el de Braid, que consiste en la fijación de la mirada. El paciente se sienta, reina el silencio a su alrededor, y el experimentador le pide que fije la mirada en cualquier objeto, brillante o no, acercándolo a sus ojos para crear una convergencia forzada y fatigosa de los globos oculares.

Después de un tiempo, la visión se altera, las pupilas tiemblan, se contraen y el paciente se queda dormido.

El hipnotismo también puede lograrse mediante la producción de un ruido monótono y prolongado, o uno violento y repentino. También se pueden utilizar un chorro de luz eléctrica, la compresión fuerte o suave de una parte del cuerpo, como el vértice en la histeria; la constricción de los pulgares y los pases magnéticos. Finalmente, también se utiliza la sugestión, que consiste en cerrar los párpados del paciente y ordenarle imperativamente y repetidamente que duerma, para que se produzca el efecto. Tras repetidos experimentos, la manifestación se vuelve más fácil, y a veces la más mínima

excitación, una respiración o un gesto bastan para inducir el sueño.

Podemos resumir todos los procesos que provocan este fenómeno en personas predispuestas a él, clasificándolos como estimulantes del sistema nervioso. Estos, como sabemos, son de tres tipos: físicos, químicos y vitales.

Los irritantes físicos son: un ruido débil y prolongado o un ruido repentino y estridente; una luz brillante y repentina proyectada; corrientes eléctricas lentas y débiles, un imán, las placas metálicas de Burcq.

Los irritantes químicos son: el éter o el cloroformo, que al producir anestesia suelen provocar sonambulismo.

Entre los estimulantes mentales, el mejor es la voluntad, utilizada en la sugestión verbal. A veces, varios de estos procesos pueden emplearse simultáneamente, como en los pases magnéticos, en los que se combinan acciones suaves y repetidas sobre la sensibilidad general con la voluntad para inducir el sueño.

Todos estos procesos, tan variados, resultan en la modificación de la fuerza nerviosa, generando una especie de eretismo y, como consecuencia, la alteración de las relaciones normales de sensación y, por lo tanto, del estado vibratorio del periespíritu. Cuando se produce este cambio, se produce sonambulismo, que persiste mientras persista la acción perturbadora.

¿Quién, pregunta Pierre Janet 88, no se sorprendería al ver que una mujer histérica, anestesiada en estado de vigilia, se vuelve sensible en estado cataléptico? Si se le tuerce la muñeca izquierda a Leonine o a Lucia, despiertas, se verá que no sienten nada; sin embargo, si se le hace estando catalépticamente, aunque no lo vean, es posible sugerirles un sentimiento de ira. Si se le pone una llave en la mano izquierda a Leonine despierta, no percibirá lo que es; si se le hace en estado cataléptico, se verá que inmediatamente hace un gesto como si intentara abrir una puerta. Existe, por lo tanto, en el estado cataléptico una correspondencia táctil que no existe en estado de vigilia. Por lo tanto, no debería sorprendernos especialmente que estas dos criaturas olviden algún hecho estando despiertas, solo para recordarlo sonámbulamente, es decir, cuando experimentan la sensación táctil.

Esta perspectiva confirma la opinión que expresamos hace más de diez años sobre las modificaciones del periespíritu y las consiguientes variaciones de la fuerza psíquica en los centros nerviosos. Por lo tanto, nos complace registrar que numerosos experimentos posteriores no han hecho más que confirmar nuestro punto de vista al respecto.

No es por la mera satisfacción del amor propio que señalamos este hecho, sino para demostrar que el conocimiento del periespíritu, con sus propiedades, nos permite avanzar con firmeza por el complejo laberinto de experiencias, a menudo aparentemente contradictorias. El estado resultante de las maniobras descritas es, por lo tanto, una exaltación de la sensibilidad. Es una especie de desapego del alma. El periespíritu se vuelve menos

constreñido por el cuerpo, y las ataduras habituales se aflojan momentáneamente.

Esta acción puede llegar al punto de desenvolvimiento, con los sentidos adquiriendo una agudeza extrema, ya que la sensación ya no es ejercida por los órganos sensoriales. Por eso, una persona sorda oirá perfectamente⁹⁰ y otra, ciega e insensible, demostrará un tacto refinado y verá incluso en la oscuridad⁹¹, como vimos en el caso de la señorita RL.

La famosa estela de la Dra. Despina (de Aix) se encontraba, despierta, impotente y paralizada; sin embargo, en sonámbula, podía correr y saltar con agilidad. 92 Se entiende que el fenómeno puede presentarse en todos los grados, pero es en los individuos más desarrollados donde la telestesia se vuelve más frecuente. Los tratados de los antiguos magnetistas están repletos de ejemplos, y es lamentable que los hipnotistas modernos los silencien.

Es un hecho que los investigadores modernos están más preocupados por estudiar el mecanismo del Espíritu que por conocer su verdadera naturaleza.

La mayoría son profundamente materialistas y rechazan sistemáticamente cualquier cosa que pueda perturbar sus ideas preconcebidas. Sucede con frecuencia que personas hipnotizadas describen espíritus, y sería fácil para los investigadores lograr que aclararan la veracidad de tales descripciones. Pero para ello, sería necesario ir más allá de la banalidad, así como gran valentía para proclamar resultados tan inusuales e inesperados, como lo hizo el Dr. Gibier, quien tuvo la audacia de publicar sus experiencias espiritistas.

Esto, admitámoslo, no es para todos, y también es cierto que su valentía le costó caro, porque se vio obligado a exiliarse en Estados Unidos.

Sin embargo, la verdad finalmente saldrá a la luz. Así como el magnetismo terminó, disfrazado, forzando las puertas de las academias, también el Espiritismo acabará recibiendo, bajo un seudónimo enrevesado, la consagración oficial. Y entonces veremos a una multitud de imitadores abalanzarse sobre los fenómenos, calificándolos de novedades; veremos a innumerables pseudosabios jactarse de redescubrir lo que hemos sabido durante más de 50 años.

Volviendo a nuestro tema, diremos: la modificación de los centros nerviosos determina una alteración correspondiente en el estado periespiritual. El Espíritu, menos limitado por la materia, desarrolla sus facultades; los sufrimientos físicos restringen su control sobre ella; el carácter cambia y proporciona manifestaciones intelectuales elevadas y deslumbrantes, como no las tiene en el estado normal. Esto es lo que hemos observado en los casos de sonambulismo espontáneo, con Félica y RL, y es lo que generalmente se observa en el sonambulismo inducido.

Aunque nuestra opinión sobre este asunto proviene de nuestro conocimiento espiritualista, ha sido compartida por un cierto número de experimentadores.

Si el paciente suele estar deprimido o somnoliento, el estado hipnótico le proporciona las facultades intelectuales que tendría en la vida normal si la enfermedad no afectara su funcionamiento. Esto es lo que Janet observó en sus pacientes Lucía, Rosa y Leonina, quienes eran más inteligentes mientras dormían que cuando estaban despiertas. El Sr. Baragnon 93 opina que «este último fenómeno —el olvido al despertar— hace creer que el sonámbulo se encuentra en un estado perfecto».

Myers, en sus interesantísimos estudios sobre la escritura automática, se pregunta si el estado sonámbulo, más que un “estado regresivo”, no podría ser a veces un “estado evolutivo”.

No tenemos duda al respecto. Cuanto menos apegado esté el Espíritu al cuerpo, más independientes serán sus facultades de las condiciones materiales para manifestarse, y de una manera superior a las que se revelan en el estado ordinario.

La larga duración de los estados sonámbulos espontáneos no debe sorprendernos, ya que hemos podido reproducir experimentalmente sueños artificiales muy prolongados.

El famoso abad Faria, que descubrió el hipnotismo antes que Braid, atestigua que algunos de sus pacientes permanecieron dormidos durante años y, al despertar, olvidaron todo lo ocurrido durante el período de hipnosis.

Un magnetizador llamado Chardel durmió a dos jóvenes en invierno y solo las despertó meses después, en plena primavera. Al despertar, se sorprendieron con la frescura y la floración de los árboles, que recordaban haber visto cubiertos de nieve antes de que las durmieran.

“Muchas veces”, nos cuenta otro autor, “dejaba a mis sonámbulos dormidos durante varios días, con los ojos abiertos, para sacarlos a pasear sin despertar la curiosidad del público. Incluso prolongé el trance de una joven, mi criada, durante catorce o quince días, y vi que, en ese estado, seguía cumpliendo con sus deberes, como si hubiera estado en un estado normal. Y, al despertar, estaba como fuera de lugar, sin recordar nada de lo sucedido.

Esto nos lleva de nuevo al olvido que caracteriza las alternancias entre el sueño y la vigilia normales. Estudiemos qué sucede en el sonambulismo artificial.

Dos proposiciones resumen las principales modificaciones de la memoria que acompañan al sonambulismo inducido:

1º) El paciente en estado de vigilia no tiene absolutamente ningún recuerdo de lo que ocurrió en el estado sonámbulo;

2º) Por el contrario, una vez sonámbulo, recuerda no sólo sus estados de sonambulismo pasados, sino también aquellos pertinentes a su estado de vigilia.

La exactitud de la primera proposición pudo ser fácilmente verificada por todos los experimentadores y asistentes.

La mayoría de las veces, cuando una persona está sonámbula, la dejamos en ese estado durante aproximadamente una hora y aprovechamos ese tiempo para realizar una serie de experimentos; al volver a su estado normal, el paciente no recuerda nada. Por lo tanto, tendrá que mirar fijamente el reloj si quiere ver las horas que durmió; si le presentamos a alguien en un estado secundario, no lo reconocerá, ni recordará, ni siquiera vagamente, haberlo visto antes; muéstrele una carta que acaba de escribir mientras estaba sonámbulo, y verá que, aunque reconoce su propia letra, no recuerda haberla escrito ni puede decir ni una palabra sobre su contenido.

El olvido, sin embargo, no es una regla absoluta. Puede ocurrir que, si el trance es breve, el paciente despierto recuerde algunos episodios sonámbulos. Si, por ejemplo, le citamos los primeros versos de un poema que ya ha leído al despertar, puede que recuerde el resto, o, como hizo Delboeuf, podemos despertarlo mientras realiza una acción sugerida, en cuyo caso puede que recuerde la orden recibida. Sin embargo, estas son solo raras excepciones. El olvido es la regla general.

Los diferentes grados del sonambulismo.-

Durante mucho tiempo se creyó que existía un solo tipo de sonambulismo, es decir, que se trataba de un fenómeno simple y siempre idéntico. Sin embargo, la escuela de la Salpêtrière demostró que era necesario distinguir tres fases en el estado hipnótico: letárgico, cataléptico y sonámbulo. Cada uno de estos estados se caracteriza por características físicas asociadas y por una regla mnemotécnica peculiar. Bertrand 99 ya había señalado, en 1823, a una joven que presentaba tres tipos de sonambulismo y tres recuerdos particulares, respectivamente, algo relacionados, pero de tal manera que el último conocía a los demás, sin ser conocido por los que lo precedieron.

“Aunque la paciente –dice– ejercitaba libremente su inteligencia en los tres estados, no recordaba nada, cuando estaba en estado normal, de lo que había dicho o hecho en los tres estados; pero lo sorprendente es que, en el sueño magnético, dominando, por así decirlo, todas las modalidades de las vidas que vivía, recordaba todo lo ocurrido, ya fuera en estado sonámbulo, en crisis nerviosas o estando despierta.

“Durante el sonambulismo, perdió la memoria del sueño magnético y su memoria sólo se extendió a los estados inferiores.

“En las crisis nerviosas, tenía menos recuerdo del sonambulismo y, finalmente, en el estado de vigilia, como si estuviera en el grado más bajo, perdí el recuerdo de todo lo que había sucedido”.

El Dr. Herbert Mayo cita un caso de memoria quintuple: «El estado

normal del paciente se vio interrumpido por cuatro tipos de estados mórbidos, de los cuales no conservaba ningún recuerdo al despertar. Sin embargo, cada uno de los estados conservaba una forma de memoria que le era peculiar».

100

El Sr. de Rochas,¹⁰¹ en su libro sobre fuerzas indefinidas y sobre los estados profundos de la hipnosis, distingue ocho estados diferentes, o mejor dicho, cuatro estados: credulidad, catalepsia, sonambulismo y relación, todos separados por una fase letárgica, acompañada de un profundo suspiro. Cada estado está asociado a un recuerdo peculiar.

Pierre Janet ¹⁰² ilustra bien el fenómeno, refiriéndose a uno de sus pacientes. Así, para mayor claridad, enumera cada uno de los estados, en el orden en que ocurrieron.

“Comencé”, dice, “simplemente poniendo a Lucía a dormir con el método habitual, y observé, en este segundo estado, los fenómenos mnemónicos propios de todos los sonámbulos. Un día, en respuesta a una sugestión que tenía en mente y que no funcionaba, intenté dormirla durante más tiempo, con la esperanza de aumentar su sugestibilidad. Así pues, reanudé los pases sobre Lucía 2, como si ya no fuera sonámbula. Sus ojos, que hasta entonces habían estado abiertos, se cerraron, bajó la frente y pareció dormir más profundamente.

Primero, sufrió una contractura general, que pronto se disipó; sus músculos se volvieron flácidos, como en letargo, pero sin la capacidad de las contracturas inducidas. Ninguna señal ni palabra lograba producir el más mínimo movimiento. Este era el estado de síncope hipnótico, que ya he mencionado. Tuve ocasión de observarlo muchas veces después, y me pareció que en algunos pacientes constituía una transición inevitable entre diferentes estados psicológicos. Tras media hora de este sueño, la paciente se incorporó por sí sola, y sus ojos, previamente cerrados, se abrieron a petición mía, y comenzó a hablar espontáneamente.

La persona que me hablaba, Lucía 3 de nuestra convención, presentaba, en todos sus aspectos, una colección completa de fenómenos curiosos. Por el momento, solo puedo destacar uno: el estado de la memoria. Lucía 3 recordaba perfectamente su existencia normal, así como los estados de sonambulismo que le habían provocado previamente, y todo lo que Lucía 2 le había dicho. Además, podía referirse con detalle a sus crisis histéricas, a los terrores provocados por las figuras masculinas ocultas en las cortinas, a sus sueños naturales, en los que se veía a sí misma encargada de la cocina y los arreglos del hogar, a sus pesadillas y otros episodios, en resumen, que Lucías 1 y 2 nunca habían recordado.

Me llevó mucho tiempo despertarla. Tras un episodio del síncope ya descrito, se encontró en un estado de sonambulismo común; pero Lucía 2 ya no podía contarme qué le había pasado a Lucía 3. Afirmó haberse quedado dormida sin decir nada, y cuando, más tarde, y con menos dificultad, la

recuperé, Lucía 3 recuperó fácilmente los recuerdos que aparentemente habían desaparecido.

Con nuestra hipótesis de las modificaciones que la voluntad del operador produce sucesivamente sobre la fuerza psíquica e, indirectamente, sobre el periespíritu, es fácil comprender la formación de diversas zonas, o capas periespirituales, cada una caracterizada por un movimiento vibratorio especial, de más rápido en más rápido, a medida que la acción continúa.

El alma registra en cada una de estas capas fluídicas las sensaciones percibidas en ese estado, y como la última es siempre superior a la anterior, en movimiento vibratorio, podrá conocer todas ellas, pues su mínima duración e intensidad es la menor de todas las necesarias.

Luego, cesada la acción magnética, la vibración nerviosa y periespiritual disminuye, una zona se hunde en el inconsciente y luego otra y otra, hasta reintegrarse al estado normal.

Se comprende fácilmente que, siempre que una causa produzca un estado vibratorio ya producido, reaparecerán todos los recuerdos de ese estado, así como los de zonas menos vibrantes, nublando el recuerdo de los estados superiores.

Olvido de existencias anteriores.-

Podemos ahora comprender la imposibilidad de recordar existencias anteriores, ya que el periespíritu, combinado con la fuerza vital, asumió, al encarnar, un movimiento vibratorio lo suficientemente débil como para que se lograra la intensidad mínima necesaria para la renovación de sus recuerdos, es decir, su paso al estado consciente.

Para que esto suceda, el ser encarnado debe separarse completamente del cuerpo físico, es decir, morir. En este caso, reanuda su propia vida, el periespíritu irradia con su tono vibratorio natural y la memoria abarca entonces el inmenso panorama de existencias anteriores.

En esto comprendemos, además, que el poder de evocación depende de la elevación del Espíritu. Así como en la vida sonámbula acabamos de ver diversas fases de memoria y remembranza, más o menos amplias, según el grado de libertad del Espíritu, así también, después de la muerte, el Espíritu experimenta todas las variaciones posibles en su fuerza renovadora, según el poder vibratorio del periespíritu, que siempre es proporcional al progreso moral e intelectual del ser.

Aquí en la Tierra, es posible desvelar la memoria total de un sonámbulo, actuando sobre él a través de la voluntad. En el espacio, los Espíritus superiores tienen la misma prerrogativa y pueden, temporalmente, para mejorar a un Espíritu atrasado, despertar en él la memoria de sus vidas anteriores, actuando sobre su envoltura periespiritual, para que reconsidere sus carencias y juzgue, con base en el pasado, qué debe hacer en el futuro

para mejorar.

No es por simple inducción que admitimos la conservación indefinida en el periespíritu de todas las sensaciones, juicios y actos voluntarios de nuestra vida, ya que es la experiencia la que nos lo demuestra. Existen diversos testimonios de seres ahogados¹⁰³ y de aquellos salvados in extremis, que coinciden plenamente en este punto: «que al comienzo de la asfixia tenían la noción de toda su existencia, con todos sus incidentes más insignificantes». Uno de los testigos supone que las imágenes de su existencia anterior se habrían desplegado en sucesión regresiva y no como un simple esquema, sino con detalles muy claros, formando un panorama completo de esa existencia, sobre todo porque cada acto iba acompañado de una sensación de bienestar o malestar.

En circunstancias similares, un hombre de inteligencia notablemente lúcida cruzaba la vía férrea justo cuando un tren se acercaba a toda velocidad. Apenas tuvo tiempo de caer cuan largo era entre las vías. Pues mientras el tren se deslizaba sobre él, la sensación de peligro le trajo a la memoria todos los incidentes de su vida, como si el libro de su conciencia se abriera ante sus ojos.

Incluso si dejamos de lado cualquier exageración, dice Ribot, estos hechos nos revelan una superactividad de la memoria, de la que no podemos tener idea en el estado normal.

Sin embargo, no hay ninguna exageración en esto, y todas las comunicaciones relativas al paso a la vida espiritual establecen que, en el momento de la muerte, se reviven todos los acontecimientos de la existencia terrena.

Ningún hecho se ha perdido; las buenas y las malas acciones se presentan a la conciencia; existe una especie de balance instantáneo del que resultará nuestra situación futura. Aquí abajo, podemos olvidar más o menos las horas desafortunadas en las que nos dejamos llevar por nuestras pasiones; la actividad de los negocios, los placeres y los goces podrá ser borrada por la casualidad, pero llegará la hora en que todo esto resurgirá, aclarado por una justicia inexorable. Es el momento de la muerte. Ningún testigo deja de ser llamado, para resurgir del pasado como acusadores inevitables, y nosotros, solo nosotros, somos los jueces de esta hora solemne, para pronunciar el veredicto que determina nuestra vida futura.

Lo que acabamos de decir no es simplemente paralogismo. Aquí mismo, en este mundo, ya es posible obtener la prueba de que nada se pierde. Así, el hipnotismo nos proporciona la certeza de que todos los actos de nuestra vida mental dejan una huella imborrable en nosotros. Así como cada año que pasa deja una huella imborrable en la corteza de un roble, así también en el periespíritu nuestros años de vida terrenal forman una zona indestructible que reproduce fielmente los movimientos más fugaces del pensamiento.

Nuestros sentimientos, ideas y juicios cambian profundamente a lo largo

de la vida. Sin embargo, conservamos la misma individualidad; las acciones que realizamos a los 20 años son diferentes a las que realizamos a los 40. La contradicción suele ser tan radical que llegamos a asumir que dos seres distintos se suceden en el mismo individuo.

Pero si situamos al paciente en las condiciones del período respectivo; si recordamos a su conciencia las horas transcurridas, veremos que los acontecimientos pasados, despertados por las asociaciones de ideas formadas en ese momento, resurge y perduran eternamente, incluso cuando parecen haberse desvanecido para siempre en las brumas de un olvido insondable. Dejemos que los hechos hablen, cuya elocuencia siempre es significativa.

Si, mediante la sugestión, podemos situar al paciente en un período anterior de su existencia, reviviendo por un instante un momento de su pasado, veremos que el recuerdo del yo presente se desvanece, al igual que todo el conocimiento adquirido después de la fecha fijada por la sugestión. Se observa una separación entre el estado presente y el estado sugerido. Es un conjunto de fenómenos presentes que desaparece para permitir una síntesis del pasado.

Esta sugerencia es sumamente instructiva, pues en lugar de una personalidad fantástica creada por la imaginación, lo que se revela es un personaje real. No se trata, repetimos, de un ser ficticio que jamás podría manifestarse. Para retrotraer al paciente a una fase anterior de su existencia, los señores Bourru y Burot emplearon dos métodos: uno, muy simple, consiste en sugestionar al paciente, persuadiéndolo de que vive en cierta edad, o de que estamos en cierto año; el segundo, más complejo pero sin duda más interesante, es la evocación directa de un estado psicológico pasado, en una fecha determinada. Una vez que emerge, este estado da lugar, por asociación de ideas, a toda una serie de fenómenos contemporáneos. Así, si el paciente sufrió parálisis del brazo derecho a los 15 años, y se le sugiere la parálisis de dicho brazo, es muy probable que reaparezcan todos los recuerdos relacionados con esta parálisis, y el paciente tendrá la ilusión de tener 15 años. Podemos comparar este fenómeno con una cadena de ideas: si tiramos de un eslabón, la atracción se transmitirá a los demás eslabones y arrastrará toda la cadena.

He aquí un ejemplo:

Joana R..., de 24 años, es una niña muy nerviosa y con una anemia profunda. Propensa a ataques de llanto y sollozos, no sufre convulsiones, pero es propensa a desmayos frecuentes. Fácilmente hipnotizada, cae en un sueño profundo y no recuerda nada al despertar. Le ordenan despertar a los 6 años. Se encuentra en casa de sus padres: es de noche, las castañas están en la parrilla. Quiere dormir, pide que la dejen acostarse; llama a su hermano André para que la ayude a terminar la tarea, pero André disfruta haciendo casitas con las castañas, en lugar de trabajar. «Perezoso, él se conforma con pelar diez, y yo tengo que pelar el resto...». 106

Cabe destacar que en este estado, habla la jerga de su tierra natal, no sabe leer y solo conoce el alfabeto. Su hermanita Luísa no quiere dormir. «Siempre tenemos que mecerla... a esta hermanita de 9 meses».

Su actitud, es evidente, es infantil. Tras ponerle una mano en la cabeza, le dicen que en dos minutos cumplirá diez años. Aquí está, con un aspecto y una actitud diferentes. Ahora está en Fraiss, en el castillo de Moustiers, cerca de su casa. Mira y admira los cuadros, pregunta dónde están las hermanas que la acompañaban, va a ver si vienen por el camino y habla como si estuviera aprendiendo a expresarse. Dice que lleva dos años matriculada en el colegio de monjas, pero que dejó de asistir durante mucho tiempo porque su madre casi siempre estaba enferma y tenía que cuidar a sus hermanos. Había empezado a escribir a los seis meses, recordó un dictado que le habían dado el miércoles y escribió, con fluidez y de memoria, una página entera, precisamente el dictado que había escrito a los diez años. Dijo que no estaba muy avanzada. Marie Coutureau tendrá menos ausencias que yo; siempre estoy detrás de Marie Puybaudet y Marie Coutureau, pero Louise Roland está detrás de mí. Creo que Joanne Beaulieu es la que más se descuida.

También le dijeron que se viera como si tuviera 15 años, y dijo que estaba en Mortemart, en casa de Mademoiselle Brunerie: "Mañana vamos a una fiesta, a la boda de Baptiste Colombeau, el mariscal. Léon será mi pareja. ¡Oh! Nos lo vamos a pasar genial. Pero... ¡oh! ¡No iré al baile!... Mademoiselle Brunerie no quiere que vaya... Mientras tanto, estaré allí un cuarto de hora, sin que ella lo sepa". Su conversación ahora era más relajada que hacía poco. Escribió Le Petit Savoyard. La diferencia en la caligrafía era enorme... Cuando despertó, se sorprendió mucho de haber escrito Le Petit Savoyard, que ya no recordaba. Cuando le mostraron el dictado que había escrito cuando tenía 10 años, simplemente negó haberlo escrito.

Vemos en este experimento, repetido a menudo por diversos investigadores, que los hechos más triviales, las reflexiones más fútiles, no se pierden. El periespíritu lo ha grabado todo, y para siempre. Son recuerdos que latentes en nuestro interior. Estas investigaciones nos permiten comprender claramente que el olvido de vidas pasadas es solo temporal, efímero, limitado a una etapa terrenal, y que, una vez de vuelta a su verdadera patria, liberada de las ataduras carnales, el alma recupera la plenitud de su ser. Nada se destruye; lo adquirido permanece, eternamente almacenado. Ningún esfuerzo se perderá y volveremos a encontrar, intacto y en constante crecimiento, la riqueza de nuestro conocimiento. Esto se debe a que el progreso espiritual sigue un camino ascendente y nada puede obstaculizarlo. Por eso no hay regresión ni decadencia posible. Cuando, a costa de muchas luchas, hemos fijado un nuevo conocimiento en nosotros y lo hemos comprendido plenamente, puede que se desvanezca momentáneamente, pero siempre lo encontraremos de nuevo en el día de la liberación, tan vivo y fresco como cuando lo adquirimos. Los desencarnados

nos revelaron estas leyes hace mucho tiempo, y solo hoy podemos ofrecer pruebas materiales de ellas. Pues bien: la prueba está aquí, ahora, una vez más, para que se reconozca que las enseñanzas espíritas concuerdan con la ciencia.

Resumen.-

Hemos visto que, para comprender los fenómenos de la vida intelectual en su conjunto, la psicología necesita examinar las condiciones que coinciden con la producción del pensamiento.

Durante la reencarnación, el Espíritu está, a través del periespíritu, tan íntimamente ligado al cuerpo que cualquier modificación mórbida en las células nerviosas del cerebro equivale a una alteración de las facultades espirituales.

En estado normal, las sensaciones, que no son más que formas de movimiento, alteran la naturaleza del movimiento vibratorio de la fuerza psíquica. Si esta modificación es muy pronunciada, es decir, si se superan los niveles mínimos de intensidad y duración, la sensación se registra en el periespíritu de forma consciente; habrá percepción, es decir, el Espíritu se percata de lo que sucede. Si, por el contrario, falta una o ambas de estas condiciones, la sensación se registrará, pero de forma inconsciente.

Así es como se registran en nosotros los estados de consciencia: es la memoria de fijación. Sin embargo, hemos comprobado que todas las sensaciones, como todos los recuerdos, no pueden existir simultáneamente, y esto es consecuencia del debilitamiento de su propio ritmo, que las hace descender, poco a poco, por debajo del mínimo de perceptibilidad y, así, entrar en el inconsciente.

Todos los actos de la vida vegetativa y orgánica se han conservado en el periespíritu, de esta manera, durante la evolución del alma a través de la serie de formas inferiores.

Así, en cada encarnación, adquirimos hábitos que acaban volviéndose semiintelectuales, semiorgánicos, como caminar, hablar, escribir, practicar esgrima, nadar, etc. Todos estos movimientos eran originalmente conscientes y deseados. Luego, la repetición constante creó un hábito, se formaron asociaciones dinámicas estables en el periespíritu con los movimientos fundamentales, estos se aceleraron con la repetición y, al requerir cada vez menos tiempo y esfuerzo, acabaron volviéndose inconscientes.

El estudio del Espíritu debe hacerse pues abarcando sus dos aspectos: uno, activo, que es el del alma misma, es decir, lo que siente, piensa, quiere dentro de nosotros, y sin el cual nada existiría; el otro, pasivo, el del periespíritu, inconsciente, depósito espiritual, guardián inalterable de todo conocimiento intelectual, así como conservador de las leyes orgánicas que rigen el cuerpo físico.

La memoria evocadora, que nos permite recordar conocimientos previos, se logra a través de puntos de referencia cuya ubicación en el pasado nos es bien conocida.

Los acontecimientos agrupados en torno a estos puntos, por asociación de ideas, nos permiten pues transportarnos a épocas pasadas y comprender su distancia respecto a nosotros.

Este reavivamiento se realiza por la voluntad ayudada por la atención, que tiene como objetivo aumentar el movimiento periespiritual y dar a estas imágenes un mínimo de movimiento vibratorio, suficiente para que se hagan conscientes.

Al estudiar los trastornos de la memoria en el sonambulismo espontáneo, nos vimos obligados a preguntarnos si, cuando la vida mental se divide en dos períodos y el paciente en cada estado desconoce el otro, existen realmente dos seres distintos, dos individualidades distintas. Dado que la memoria suele ser la base de la personalidad, observamos que debe tenerse en cuenta otro factor: la noción de existencia. Para poder afirmar, en el caso de la memoria alternante, que realmente existe una segunda personalidad que reemplaza a la personalidad normal, sería necesario que esta difiera radicalmente de la primera y posea facultades que el paciente no posee en su estado normal.

Sin embargo, como vimos en los casos de Férida y RL, tales variaciones, por grandes o pequeñas que sean, no son suficientes para admitir la aparición de un carácter parásito.

Pensamos que sólo a través de una psicología deficiente podemos ver dos individualidades diferentes en los estados de memoria alterna.

Comparemos, por ejemplo, el mismo individuo a los 20 años y a los 50. Veremos que la evolución del yo ha sido radical, la vida ha cambiado profundamente, su criterio, el concepto que tiene del mundo, de los hombres, de las cosas, es diferente.

Nuestro conocimiento ha evolucionado, incrementándose y corrigiéndose en muchos ámbitos; las opiniones políticas, religiosas, literarias y sociales han cambiado; el carácter ha variado considerablemente. ¿Podemos inferir de esto que ha surgido otra individualidad? Nunca, ya que la memoria está ahí para integrar todos los estados sucesivos de conciencia y mostrarnos la trama que hemos recorrido.

Pero, con todos los recuerdos de estados intermedios repentinamente suprimidos, la individualidad, privada de los recursos de control, podría creerse diferente. Tampoco podría comprender cómo pensaba tan mal a los 20 años, y terminaría abriendo una enorme brecha entre su yo actual y el de entonces.

Bueno, eso es lo que pasa con los sonámbulos, que, cuando se desconectan, se menosprecian. Es el caso de la señorita RL refiriéndose a la chica tonta...

Algunos pacientes dicen lo contrario cuando se refieren a sí mismos en

estado normal: establecen una gran diferencia entre los estados de trance y de incorporación, aunque espiritualmente son idénticos. No son cambios, sino aspectos diferentes de la personalidad.

También sabemos que en el estado secundario, la memoria es completa; el individuo se siente más inteligente, pero aún reconoce que siempre es él. Es fácil comprender el mecanismo periespiritual que asegura este control.

Cuando la relación entre cuerpo y alma cambia, se produce un nuevo movimiento vibratorio más rápido; las nuevas sensaciones se registran con una intensidad y duración mínimas, mayores que las del estado normal; el alma es consciente de ambas vidas, de ambos estados; su memoria es completa. Cuando el estado primario reaparece, las sensaciones del estado secundario regresan al inconsciente, ya que la relación normal ya no tiene un período vibratorio capaz de hacerlas renacer.

Asimismo, hemos visto que el sonambulismo inducido presenta las mismas características. Podemos provocar artificialmente casos análogos al de Férida, lo que demuestra que el nombre de sonambulismo espontáneo está bien justificado para estos casos de memoria alterna.

Pero aquí el fenómeno se complica, porque en lugar de existir simplemente el estado natural y el estado sonámbulo, existen diferentes sueños, más o menos profundos, y cada uno está marcado por un recuerdo particular, el último abarcando a todos los demás, sin ser consciente de ellos. Por regla general, cada recuerdo es consciente de los que lo preceden, pero ignora los que lo siguen.

Ampliando, pues, nuestra primera hipótesis, concluimos que existen zonas vibratorias de movimientos variados en el periespíritu, cada una de las cuales corresponde a una intensidad mínima, que aumenta a medida que el sueño se profundiza, es decir, a medida que el alma se separa del cuerpo, para concluir que el movimiento sería máximo cuando la separación es completa, es decir, en la muerte.

Y como el desarrollo de la memoria continúa paralelamente, inferimos de este hecho una confirmación de la enseñanza de los Espíritus, respecto al renacimiento de la memoria en el trance de la muerte.

Estos fenómenos apoyan nuestra opinión, ya que personas salvadas milagrosamente de la muerte vieron desplegarse el panorama global de su existencia en su momento agonizante.

Los experimentos hipnóticos, por el contrario, muestran que no se pierde ningún recuerdo y es fácil comprender que, en el espacio, el Espíritu puede recapitular todo su pasado.

Esto explica, pues, estas comunicaciones de larga duración, referidas a una existencia terrena de muchos siglos.

No era de otra manera que Luis XI le hubiera dictado su vida a la señorita Hermance Dufaux, una niña de tan solo 14 años y médium. Los detalles que le dan a esta obra un toque tan personal habrían requerido, en sí

mismos, una labor ingente por parte de cualquier historiador erudito, y, aun suponiendo que Luis XI no fuera la inspiración, es necesario reconocer que la hazaña proviene de un Espíritu contemporáneo suyo y está ampliamente documentada. Es un ejemplo, entre muchos, del gran valor de los mensajes de ultratumba.

Aquellos que niegan el Espiritismo sienten que el suelo se les resbala bajo los pies y no tardará en llegar el día en que esas verdades, durante tanto tiempo ignoradas, adquirirán carácter científico.

Las experiencias cotidianas, en campos aparentemente ajenos al Espiritismo, le aportan sin embargo un fuerte contingente de argumentos perentorios.

De los hechos que acompañan a la encarnación terrena, estaremos seguros de que todo se aclara, siempre que admitimos la verdadera naturaleza del alma, mientras que todo se vuelve confuso y confuso en la oscuridad, cuando tratamos de atribuir las facultades del Espíritu sólo a la materia.

Capítulo V.-

El papel del alma desde el punto de vista de la encarnación, la herencia y la locura.-

La fuerza vital. – Nacimiento. – Herencia. – Pangénesis. – Herencia fisiológica. – Herencia psicológica. – Obsesión y locura. – Resumen.

La fuerza vital.-

En el capítulo I, buscamos demostrar la existencia real de la fuerza vital, independientemente de las fuerzas físico-químicas que rigen el organismo. Nuestra concepción difiere de la de los antiguos animistas y vitalistas, porque no conceptualizamos el principio vital como una entidad distinta de las fuerzas naturales, sino simplemente como una forma de energía que aún no ha sido aislada, pero que será posible en el futuro.

La naturaleza opera siempre en continuidad en las manifestaciones sucesivas que componen el conjunto de los fenómenos terrestres.

En el reino mineral ya es posible encontrar rastros de una futura vida orgánica. El cristal es casi un ser vivo, pues difiere completamente de la materia amorfa, al tener sus moléculas orientadas por un orden geométrico fijo y, por lo tanto, cierta individualidad. En él, existen las primeras líneas de reproducción, ya que la más pequeña de sus partes, inmersa en un soluto idéntico, permitirá el desarrollo regular e indefinido de esta partícula, constituyendo un cristal similar al primero. Finalmente, no hay una sola parte

de su bloque cuyo daño no pueda repararse.

La siguiente experiencia no deja lugar a dudas:

El Sr. Loir tomó un cristal octaédrico de alumbre (sulfato de potasio y aluminio), mutiló sus seis vértices con mayor o menor profundidad y luego limó sus doce aristas. Una vez hecho esto, sumergió el octaedro de alumbre de potasio, que es incoloro, en una solución saturada de alumbre de cromo (sulfato de cromo y aluminio), que es violeta. Después de unos días, descubrió que los seis vértices y las doce aristas se habían reconstituido perfectamente mediante el alumbre de cromo disuelto. Era un octaedro perfecto, con vértices y aristas violetas. Una vez reparadas las fracturas y dejado el octaedro en la solución violeta, se comenzó a formar una capa en sus caras. Este depósito no se formaría hasta que se repararan las fracturas de los vértices y las aristas, es decir, hasta que la forma geométrica se hubiera restaurado por completo.

Con esto, por supuesto, aún nos queda un largo camino por recorrer antes de estar a punto de crear un ser vivo. De hecho, esto es solo un esbozo rudimentario. La materia aún es muy rígida; necesita volverse maleable; y la naturaleza exigirá esta maleabilidad de los compuestos ternarios y cuaternarios del carbono.

A medida que estos elementos aumentan, la coordinación molecular, la agrupación de los átomos y las proporciones de su agregación se hacen necesariamente más complejas y, si los elementos químicos están dotados de propiedades favorables –como una fuerte afinidad química, por ejemplo–, irrumpirán materiales proteínicos, engendrando fenómenos de naturaleza similar a los que caracterizan la vida, es decir, una extrema inestabilidad de la estructura molecular, una agregación íntima muy laxa, la capacidad de entrar en estados diferentes bajo la acción de agentes externos o, en otras palabras, una tendencia cada vez más progresiva a la adaptación al medio.

Esto es precisamente lo que ocurre con los seres vivos. La célula más diminuta contiene, indiferenciada, todas las características de la vida. Posee, en primer lugar, movimiento espontáneo, algo que el cristal jamás tuvo; en segundo lugar, la capacidad de asimilar materia y desarrollarse, no por yuxtaposición, como en el cristal, sino por integración y transformación del alimento, del que absorbe solo lo asimilable; en tercer lugar, la reproducción se produce por sí sola, segmentándose al alcanzar cierto volumen, y la parte segmentada continúa viviendo a su vez y forma una segunda célula.

Por último, tenemos la característica única y distintiva, que es la de la evolución celular.

Apoyémonos en esta última característica, ya que es la que traza la línea divisoria absoluta entre materia organizada y materia prima.

A primera vista, la muerte parece la explicación más sencilla. Diariamente vemos morir a seres vivos, es decir, dejan un cadáver incapaz de continuar sus funciones, pues aquello que llamamos vida los abandona. Pero

¿por qué ocurre esto? ¿Por qué los alimentos que desarrollaron y fortalecieron el cuerpo ya no lo sustentan? ¿Por qué el crecimiento cesó en un momento dado, en lugar de continuar indefinidamente? Estos son problemas insolubles para la ciencia actual, ya que la noción del desgaste de los órganos ha perdido su significado tras los descubrimientos modernos.

Antiguamente se creía que el cuerpo humano se formaba a partir de los mismos elementos, desde el nacimiento hasta la muerte, y nada era más comprensible que el desgaste orgánico que se utilizó durante tanto tiempo; hoy, sin embargo, sabemos por una fuente confiable que esta creencia ya no está justificada.

El cuerpo humano, lejos de ser fijo, inmutable en su composición, varía constantemente, se renueva completamente y esta renovación disminuye a medida que aumenta la edad.

Ahora bien, comprobado que las variaciones no pueden provenir del periespíritu, pues es inalterable; ni de la materia, pues es inerte, es lógico que sólo podamos atribuir la muerte a la desaparición de la fuerza vital.

Veamos entonces cómo se transmite esta fuerza.

El nacimiento.-

En primer lugar, analizaremos las condiciones materiales del nacimiento, y luego intentaremos determinar el coeficiente de influencia aplicable a cada uno de los factores ya estudiados, por separado, a saber: la materia física, la fuerza vital y el alma cubierta por su periespíritu.

En el germen que debe constituir posteriormente el individuo –el germen formado por el óvulo fecundado– reside una potencia inicial, resultante de la suma de las potencias vitales de los padres en el momento de la procreación.

Utilizando el lenguaje de la mecánica, se podría decir que el germen contiene una energía potencial que se transforma en energía real a lo largo de toda su existencia. Esta fuerza varía considerablemente según la naturaleza de sus componentes.

Si los padres están en la flor de la vida y ambos tienen una vida intensa, el germen acumula en su interior una gran energía latente; pero si, por el contrario, la vida está en declive —en uno o ambos progenitores—, una vez superado cierto límite, ya no se transmite y no se produce la fecundación. Entre estos extremos pueden existir todos los grados de potencia germinativa.

La fuerza vital es, pues, una energía de capacidad variable, según su intensidad primitiva, y también según las circunstancias en que se desarrolla.

Podría representarse aproximadamente mediante los diferentes estados de energía condensados en un resorte. El resorte, al comprimirse, contiene la fuerza que se recupera al estirarse. Al principio, supera la resistencia y aumenta su potencia, pero llega un momento en que la energía iguala a la

resistencia hasta que esta se vuelve predominante. El resorte se ha estirado y su fuerza ha desaparecido. Esta fuerza, originalmente potencial, se transforma imperceptiblemente en energía real hasta agotarse por completo. Y tan pronto como se agota, sobreviene la muerte.

Conviene llamar aquí la atención del lector sobre un punto muy importante cuando se trata de fenómenos vitales, cual es la extrema complejidad que resulta de la unión de varios elementos.

En este caso, es importante tener cuidado con la simplicidad de algunos conceptos, como este: tal causa, tal efecto, debe existir en la causa al menos tanto como en los efectos. Esto es correcto, pero solo en casos donde no intervienen otros componentes que los de orden puramente mecánico. La vida, sin embargo, resulta no solo de consideraciones similares, sino también de mezclas, de combinaciones llamadas catalíticas en química, que son de orden físico-químico y que escapan a cualquier determinación rigurosa.

Según una profunda observación de Stuart Mill,¹⁰⁸ siempre que un efecto es resultado de varias causas (y nada es más frecuente en la naturaleza), pueden darse dos casos: a veces el efecto se produce por leyes mecánicas, a veces por leyes químicas. En el caso de las leyes mecánicas, cada una de las causas se encuentra en el efecto complejo, como si hubieran actuado solas: el efecto de las causas concurrentes es precisamente la suma de las partes separadas de cada una. En química, por el contrario, la combinación de dos sustancias produce una tercera, cuyas propiedades son completamente diferentes de las otras dos, ya sea que las consideremos por separado o en conjunto.

Por lo tanto, conocer las propiedades del azufre (S) y el oxígeno (O) no nos exime de estudiar las del ácido sulfúrico (H₂SO₄). Las propiedades de los cuerpos dependen de los movimientos atómicos de cada una de las sustancias implicadas y, cuando la combinación es perfecta, el cuerpo resultante adquiere un movimiento atómico completamente diferente al propio de sus componentes.

El peso de la materia resultante es igual al de los cuerpos que entran en la composición, pero las propiedades son de orden dinámico, hasta ahora inaccesibles a cualquier predicción.

En los fenómenos vitales, la complejidad es mucho mayor que en los hechos químicos propiamente dichos, y por eso a menudo hay una gran desproporción entre causa y efecto. Una partícula de pus en el cerebro o una lesión apenas visible al microscopio a veces determina la locura, la monomanía. La afluencia en el mismo órgano de una cantidad mínima de sangre alcohólica engendra delirio, y una simple gota de ácido cianhídrico produce la muerte. Por otro lado, un espermatozoide, al penetrar en el óvulo, lo fecunda, engendra un nuevo ser, que posee formidables energías latentes.¹⁰⁹ Por lo tanto, en nuestro ejemplo de la primavera reprimida, no podemos ver más que un esquema rudimentario, una analogía,

para recordar a distancia los numerosos, complejos y delicados fenómenos que ocurren en el momento de la concepción.

La materia protoplásmica del germen es de naturaleza extremadamente complicada, y ya hemos visto que la multiplicidad de los elementos que la componen, y su inestabilidad química, la predisponen a variaciones rápidas, a cambios bruscos, a múltiples aspectos enteramente diferentes entre sí.

Y así debe ser, porque esta minúscula masa, de la que surgirá un ser organizado, está obligada a transformarse radicalmente, a evolucionar con una velocidad prodigiosa, a asumir formas mutables, que fluyen unas de otras, hasta alcanzar el tipo definitivo de ser vivo.

Determinemos ahora la función de cada uno de los elementos constituyentes. Según la hipótesis de la Gémula de Darwin, que explicaremos más adelante bajo el nombre de pangénesis, es la materia del germen la que contiene las modificaciones particulares del cuerpo, transmitidas hereditariamente de padres a hijos.

Aquí nos encontramos en el terreno de las hipótesis, ya que ningún instrumento, por eficiente que sea, permite vislumbrar organización alguna en la materia del óvulo. El ser vivo —dice el ilustre Baer¹¹⁰— proviene de una célula primitivamente idéntica: el óvulo primordial. Este se construye mediante formación progresiva o epigénesis, consecuente con la proliferación de esta célula primitiva, que forma nuevas células que, al volverse cada vez más diferentes, se asocian en cordones, tubos y láminas, hasta constituir los diferentes órganos.

Esta estructura se vuelve cada vez más compleja, de modo que las formas se vuelven más particulares a medida que avanza el desarrollo. La forma más general, y la que primero aparece, es la de ramificación, seguida de la de clase, orden y especie.

Por lo tanto, al principio, existe una identidad fundamental del óvulo para animales y plantas; luego, en los animales, hay un desarrollo secuencial, hasta el punto alcanzado por el animal en la escala de los seres. En el hombre, el embrión reproduce, mediante una rápida evolución, todos los seres por los que ha pasado la raza. Todos fuimos, en el vientre materno, una mónera, un molusco, un pez, un reptil, un cuadrúpedo y, finalmente, un hombre. Y, puesto que hemos visto al Espíritu pasar sucesivamente por todos los reinos y completar lentamente su progreso, fijando en la envoltura un mecanismo vital cada vez más complejo, es a la influencia del periespíritu, que actúa sobre la materia, a la que atribuimos la rapidez de esta evolución embrionaria.

La naturaleza, como hemos señalado muchas veces, no da saltos, nada se organiza de repente y, en un ser perfecto, con todas las piezas, siempre se parte de lo simple a lo complejo.

Así como la vida comenzó originalmente con las manifestaciones más rudimentarias y luego evolucionó hacia formas cada vez más complejas, así

también, en cada individuo, la vida comienza con la simplicidad primitiva y alcanza un ser superior. Sin embargo, lo cierto es que hoy en día la evolución, oculta en la vida uterina, es infinitamente más rápida, de modo que si desconociéramos las diferentes fases de la vida fetal, podríamos asumir que el ser nace completamente formado, sin precedencia de estados previos. La embriogénesis, sin embargo, nos enseña sobre este punto: que cada uno de nosotros es una historia abreviada de la raza, que lleva en su ser la huella indeleble y grandiosa de una existencia mil veces secular. Por lo tanto, la fuerza vital contenida en el germen anima al periespíritu y este desarrolla sus leyes. Esta fuerza vital, sin embargo, ha sido modificada en mayor o menor medida por los padres, y son estas modificaciones parciales las que se reproducirán en el nuevo ser, ya que la materia física debe ser organizada por el periespíritu, según la influencia de la fuerza vital. Más adelante, veremos numerosos ejemplos de esta acción.

¿Y cuál será el estado del alma en ese momento? El conocimiento que tenemos al respecto proviene de las enseñanzas impartidas por los Espíritus, de una época en la que la investigación científica aún no nos había instruido sobre todos los hechos que acabamos de explicar. Sin embargo, concuerdan con los datos de la ciencia, como es fácil comprobar.

La unión del alma y el cuerpo comienza en la concepción, pero solo se completa en el momento del nacimiento. La envoltura fluídica conecta el Espíritu con el germen, y esta unión se intensifica e íntima a cada instante, hasta completarse con el nacimiento del niño. En el intervalo, desde la concepción hasta el nacimiento, las facultades del alma se ven gradualmente abrumadas por el poder cada vez mayor de la fuerza vital, lo que disminuye el movimiento vibratorio del periespíritu, hasta el momento en que, al no alcanzar el mínimo perceptible, el Espíritu se vuelve casi completamente inconsciente. Esta disminución de la amplitud del movimiento fluídico es lo que provoca el olvido.

El estado del principio inteligente en sus inicios es comparable al del Espíritu encarnado durante el sueño físico: al acercarse el nacimiento, sus ideas se nublan y su noción del pasado, del que ya no ha sido consciente desde su nacimiento en la Tierra, desaparece. Si la operación ocurre en sentido contrario, es decir, cuando el Espíritu regresa al espacio y recupera su dinamismo vibratorio previo, la restauración de su memoria se hace evidente.

Las adquisiciones del pasado permanecen latentes, no se destruyen; y, dado que tienen su punto de apoyo, sus raíces en el inconsciente, serán tanto más opulentas y brillantes cuanto más larga sea la trayectoria del alma. Estas adquisiciones son las que forman el sustrato del Espíritu, lo que llamamos carácter, la marca de cada persona, así como sus inclinaciones cada vez más amplias hacia la ciencia, las artes, la literatura, la industria, etc. Hay hechos irrefutables que lo atestiguan, sin lugar a dudas.

Si tratamos de inculcarle a un Espíritu menos evolucionado o

insuficientemente desarrollado un conocimiento muy superior a su estado mental inconsciente, nos podrá parecer que lo asimila, pero lo cierto es que sólo dormitará en su interior y pronto acabará siendo olvidado.

Se ha observado con frecuencia que, entre las razas inferiores, los niños escolarizados muestran al principio una sorprendente facilidad de comprensión, que luego cesa abruptamente. Así, los habitantes de Sandwich tienen una memoria excelente, memorizan con asombrosa rapidez, pero son casi incapaces de razonar. «En la infancia», dice Samuel Baker, «el negro es más lúcido que el blanco de la misma edad, pero su intelecto no da los frutos prometidos. En Nueva Zelanda», dice el profesor Thomson, «los niños de diez años son más inteligentes que los ingleses, pero pocos neozelandeses podrían alcanzar una educación superior como la de los ingleses. Una de las razones que se esgrimen en Estados Unidos para no educar a los negros en igualdad de condiciones con los blancos es que, después de cierta edad, su progreso parece estancarse, como si la inteligencia del negro fuera incapaz de superar cierto nivel».

Si la evolución del alma no es lenta ni se consolida con el tiempo, la tenacidad de los instintos salvajes parece casi erradicable. He aquí un ejemplo de un informe sobre un viaje a Filipinas, publicado en la Revue des Deux-Mondes el 15 de junio de 1869:

Lo que siempre ha distinguido a estos salvajes de las demás razas de la Polinesia es su indomable pasión por la libertad. Esta repulsión de los negritos (nombre dado a los salvajes de Filipinas) hacia cualquier cosa que pudiera someterlos a cualquier yugo o regularizar su existencia siempre resultará interesante al viajero. He aquí un ejemplo de su amor por la independencia:

“En una incursión de soldados indígenas en la isla de Luçon, bajo las órdenes de un oficial español, capturaron a un niño negro de 8 años... Llevado a Manila, un norteamericano solicitó su adopción y el niño negro fue bautizado con el nombre de Pedrito.

En cuanto llegó a la edad escolar, intentaron enseñarle todo lo que pudieron aprender en aquellas remotas regiones. Los antiguos habitantes de la isla, que conocían la naturaleza de los negros, se reían en secreto de los intentos de civilizarlo y predijeron que tarde o temprano regresaría a sus montañas. El tutor no ignoraba la burla que le hacían por tanta preocupación y, burlándose de él, anunció que se llevaría a Pedrito a Europa. Y, de hecho, lo hizo visitar Nueva York, París, Londres, y solo regresó dos años después.

“Con esa facilidad propia del negro, Pedrito regresó hablando español, francés e inglés; calzaba sólo unas botas finas de charol, y en Manila todos recuerdan todavía la gravedad caballerosa con que esperaba los saludos de personas que no le habían sido presentadas.

Solo habían pasado dos años desde su regreso, cuando un día desapareció de la casa de su protector. Los detractores habían triunfado. Probablemente nunca habrían sabido qué rumbo había tomado el alumno del

filantrópico yanqui, de no haber sido por el singular encuentro con un europeo.

Un naturalista prusiano, pariente del famoso Humboldt, había decidido escalar Marivélez (una montaña cercana a Manila). Estaba a punto de llegar a la cima cuando se vio rodeado por una nube de negritos... Se disponía a tomar unas fotos cuando un nativo sonriente se le acercó y le preguntó, en inglés, si conocía a un estadounidense llamado Graham en Manila... Pues bien, era nuestro Pedrito, quien inmediatamente empezó a contar su historia. Pero el naturalista intentó en vano llevarlo de vuelta a Manila.

Lo que se revela en toda una raza también les sucede a los individuos. Es bien sabido que todos revelamos aptitudes desde el nacimiento. Nuestro entendimiento no es la pizarra en blanco imaginada por los filósofos del siglo XVIII, pues cuando un niño llega al mundo, trae consigo aptitudes intelectuales y vicios o pasiones latentes en su envoltura periespiritual, para luego aflorar bajo la influencia de las circunstancias contingentes de la vida terrenal. Las sensaciones, ideas y voliciones de esta nueva vida se registrarán en el periespíritu bajo condiciones particulares, pero ya encontrarán un terreno preparado, no serán únicas ni aisladas, y revivirán en mayor o menor medida algunos estados de conciencia previamente percibidos. Además, podrán revivir ciertas impresiones, cuyas lentas vibraciones se harán más pronunciadas. Así, cuanto más vieja sea el alma, cuanto más tiempo haya vivido en la Tierra, mayor será su bagaje inconsciente y menor será el esfuerzo que deberá realizar para resucitar sus antiguos conocimientos. De ahí el profundo significado y la absoluta justicia del apotegma de Platón: aprender es recordar.

Esto explica sus extraordinarias y precoces aptitudes para las artes, las ciencias, etc. Pico de la Mirandola, quien a los 16 años había adquirido todo el conocimiento de su tiempo; Pascal, a los 13, compuso un tratado sobre las secciones cónicas de Euclides; Mozart, a los 12, escribió una ópera; no hicieron más que continuar la obra de encarnaciones anteriores. Es cierto que no recordarían haberlas vivido, pero, sin embargo, sus adquisiciones previas afloraron brillantemente, porque eran Espíritus avanzados, revelándose a una edad en la que todos los niños son intelectualmente incipientes.

Por otro lado, el fenómeno puede ser inverso. El Espíritu se enfrenta al cuerpo, pero las leyes de la herencia pueden obstaculizarlo, de modo que durante su existencia corpórea se ve impedido de manifestar su inteligencia en toda su amplitud y brillantez. Si accidentalmente se le concede un poco de libertad, lo veremos demostrar talentos que difícilmente sospecharíamos en su estado normal.

Veamos un ejemplo: Brierre de Boismont cuenta la siguiente historia, tomada de Abercombie:

Una niña de siete años, pastora de ovejas, solía dormir en una habitación contigua a la de un violinista, separada únicamente por un tabique. El

violinista, músico viajero y bastante enérgico, solía tocar pasajes seleccionados durante la noche, que para la niña no eran más que ruidos molestos. Seis meses después, la pequeña enfermó y fue trasladada a casa de una señora caritativa, quien la contrató como empleada doméstica. Allí, unos años después, una noche comenzaron a escuchar un hermoso recital musical. Entonces se dieron cuenta de que el sonido provenía de junto a la habitación de la criada y, al llegar, la encontraron dormida, modulando sonidos absolutamente idénticos a los de un violín. Después de dos horas, comenzó a agitarse y a preludiar acordes que parecían provenir de un violín, ya que interpretaba pasajes clásicos con gran cuidado y precisión. Se decía que los sonidos emitidos eran las modulaciones más delicadas de este instrumento. Durante la actuación, la sonámbula a veces se detenía, como para afinar el instrumento, y continuaba con total seguridad la sección interrumpida, donde la había dejado. Estos paroxismos se sucedían a intervalos desiguales, que variaban entre catorce y veinte noches. Después de dos años, el sentido musical de la sonámbula ya no se limitaba al violín, pues reproducía los acompañamientos del piano en casa, hasta que terminó cantando e imitando las voces de todos los miembros de la familia. A los tres años, comenzó a hablar en sueños, como si estuviera dando una charla a una compañera más joven. Era evidente, entonces, que hablaba con exuberancia y claridad sobre temas políticos y religiosos, actualidad, figuras públicas prominentes, etc., y, más particularmente, sobre familiares e invitados en casa.

En sus conferencias, demostró a menudo un discernimiento admirable, junto con una ironía prodigiosa y un vigor mnemotécnico. La precisión y veracidad de sus conceptos, independientemente del tema, siempre sorprendía a quienes conocían la exigüidad de sus dotes intelectuales y su limitada cultura...

Durante sus ataques, era muy difícil despertarla; sus pupilas parecían volverse insensibles a la luz; pero a los dieciséis años, comenzó a prestar atención a las personas que la rodeaban, determinando cuántas había, a pesar de que la habitación estaba deliberadamente sumida en la más absoluta oscuridad. Capaz de responder a las preguntas que le hacían, demostró, en este aspecto, una sorprendente perspicacia. Sus observaciones eran a menudo de gran belleza y tan acertadas con los acontecimientos que los lugareños le atribuían poderes sobrenaturales. Durante todo el período de esta anomalía, que duró once años, siempre se reveló, en su estado normal, como lo que realmente era: intolerante, torpe, reacia a cualquier enseñanza, por mucho que se le impartiera. En resumen, su inteligencia era en todos los aspectos inferior a la de las demás sirvientas.

Cuando estaba despierto, no tenía ningún gusto por la música y no mostraba el más mínimo recuerdo de lo que le había sucedido mientras dormía.

Esta observación revela un caso de sonambulismo natural, en el que el Espíritu, momentáneamente separado del cuerpo, recuperó parte de sus facultades musicales e intelectuales, que se habían embotado durante la vigilia. El sueño magnético podía revelar espontáneamente la naturaleza culta del Espíritu encarnado, quien, en estado normal, parecía inculto.

Por supuesto, en todas las criaturas no sonámbulas sería difícil discernir la verdadera naturaleza intelectual, ya que venimos a la Tierra muchas veces, y es necesario desarrollar, cada vez, virtudes como la humildad, por ejemplo, cuya adquisición se vuelve casi incompatible con un intelectualismo brillante.

El Espíritu elige entonces una envoltura refractaria, que le impide las más altas expresiones de actividad intelectual, y, durante una etapa terrena, puede dedicarse a tareas más humildes, pero esenciales para su progreso espiritual.

Es importante, sin embargo, señalar que el alma no siempre puede dar al cuerpo físico la forma que desea. No, no posee este poder, ya que la envoltura corpórea se construye mediante las leyes invariables de la fecundación, y la herencia individual de los padres, transmitida por la fuerza vital, se opone al poder plástico del alma. Es también gracias a esta herencia que una raza no produce seres de otra raza; que un perro nace conejo, por ejemplo, e incluso, sin ir más lejos, que una mujer de raza blanca pura puede dar a luz a un hombre negro, a un hombre rojo, y viceversa. El estudio de las leyes de la herencia es sumamente importante, ya que facilita la comprensión, naturalmente, de la transmisión de afecciones mórbidas en muchas familias. Del mismo modo, las facultades intelectuales parecen poder transmitirse de padres a hijos. Se entiende que, si el alma, al encarnar, era ajena a sus padres, o independiente de ellos, no debería heredar sus disposiciones, perjudiciales o beneficiosas para su progreso.

Y, como la tesis materialista, que supone que el alma es una función del cerebro, se escuda en estos hechos para afirmar probabilidades, es necesario aclarar por qué las cosas suceden de esa manera y demostrar que las creencias espiritualistas no quedan, de ningún modo, invalidadas.

Herencia.-

El Sr. Ribot estudió la herencia a fondo. Desde una perspectiva estrictamente experimental, buscó demostrar que este fenómeno obedece a leyes físicas y que existe una herencia fisiológica y otra psicológica, siendo esta última el resultado de la primera.

Rechazando su teoría, que no nos parece justificada, pues sabemos que las almas tienen existencia individual y, en consecuencia, que no se generan entre sí, utilizaremos una gran cantidad de hechos recogidos por este mismo sabio filósofo, para delimitar el coeficiente que debe atribuirse a la herencia, en los fenómenos intelectuales.

Se entiende que la herencia es una ley biológica por la cual todos los seres vivos buscan repetirse en sus descendientes. La ciencia contemporánea se ve impedida de ofrecer cualquier noción positiva al respecto y se limita a las hipótesis. De estas, la más reciente y mejor desarrollada es la de Darwin, en su libro *La variación de los animales y las plantas*, cuyas líneas generales se pueden encontrar en *Principios de biología*, de Herbert Spencer. Se denomina **Pangénesis**.

Para comprender plenamente esta teoría, debemos recordar que el organismo no sólo está formado por células, sino que cada uno de estos microorganismos tiene vida propia y posee las propiedades fundamentales de la vida, a saber:

- * Nutrición, lo que les lleva a asimilar y eliminar continuamente.
- * Evolución, lo que les permite crecer y volverse más complicadas con partes más perfectas y numerosas.
- * Reproducción, en virtud de la cual cada célula puede engendrar otra, ésta una segunda, y así sucesivamente.

Virchow demostró que la enfermedad puede limitarse a una sola célula, de modo que, a pesar de la sumisión a las leyes generales del organismo, existe una cierta autonomía, y puede decirse, entonces, que este elemento anatómico representa, en el organismo, el mismo papel que el individuo en el Estado, es decir, goza de una cierta independencia y participa, no obstante, en el cuerpo social.

Ya hemos visto que los organismos inferiores poseen un gran poder reproductivo. Pero algunas plantas también disfrutaban de esta propiedad en gran medida. La *Begonia phylomaniaca* puede reproducirse simplemente mediante una partícula muy pequeña de sus hojas, de modo que una sola hoja puede dar origen a cien plantas. Estas, a su vez, desarrollan en los tallos y hojas miríadas de células similares, depositando la misma propiedad. Así, la célula original, al desprenderse de la planta madre, no solo adquirió la capacidad reproductiva, sino que la multiplicó y distribuyó entre todas las células reproducidas, todo ello sin disminuir su propia energía, durante innumerables generaciones.

Pangénesis.-

Para explicar este potencial de reproducción y, en general, de transmisión hereditaria en todos los seres vivos, Darwin propuso la teoría pangenética, según la cual en cada organismo cada átomo, o unidad componente, se reproduce a sí mismo.

“Es casi universalmente admitido”, dice, “que las células se propagan por división espontánea o proliferación, conservando su misma naturaleza y transformándose posteriormente en diversas sustancias y tejidos corporales. Además de esta forma de multiplicación, supongo que las células, antes de

convertirse en materiales formados y completamente pasivos, emiten pequeños gránulos o átomos que circulan libremente por el sistema y que, al recibir suficiente nutrición, se desarrollan en células similares a las de su origen. Llamaremos a estos gránulos gémulas”.

Supondremos que se transmiten de ancestros a descendientes, desarrollándose, por lo general, en la generación inmediata; pero también pueden transmitirse y conservarse latentes a lo largo de varias generaciones, reapareciendo posteriormente. Cabe suponer que las gémulas son emitidas por la célula, o unidad, no solo en el estado adulto, sino en todas las etapas del desarrollo.

“Finalmente, las gémulas tendrían afinidades mutuas entre ellas, dando como resultado la agregación en brotes y elementos sexuales.

“Por lo tanto, en sentido estricto, no son los elementos reproductivos los que dan origen a nuevos organismos, sino las células o unidades de todo el cuerpo.”.

No se puede hacer ninguna objeción seria contra la extrema tenuidad de las gémulas, ya que, siendo la noción de magnitud meramente relativa, no podemos considerar nada imposible en el mundo físico.

Si consideramos que el ascáride puede producir sesenta y cuatro millones de huevos; que una sola orquídea tiene más o menos la misma cantidad de granos; que las partículas orgánicas emitidas por los animales olorosos; y que los microbios de las enfermedades contagiosas deben ser de un tamaño inconcebible y multiplicarse con la velocidad del rayo, cualquier objeción se vuelve precaria.

Por tanto, “es necesario considerar a cada ser vivo como un microcosmos, un pequeño universo formado por una multitud de organismos de inconcebible tenuidad y numerosos como las estrellas del firmamento”.

Esta hipótesis permite a Darwin explicar un gran número de fenómenos muy diferentes en apariencia, pero que la fisiología considera fundamentalmente idénticos.

Éstas son la gemiparidad, o reproducción por yemas; la cisiparidad, por la cual el ser se reproduce por seccionamiento natural o artificial de partes; la generación sexual; la generación independiente de la fecundación, o partenogénesis; las generaciones alternas; el desarrollo del embrión, la reproducción de los tejidos, el crecimiento de nuevos miembros para sustituir a los perdidos, como ocurre en las salamandras, los cangrejos, las babosas, los lagartos, etc.; todas las formas de reproducción, en fin, y cualesquiera que sean las formas hereditarias.

Se concibe que estas gémulas, masculinas y femeninas, están contenidas en el germen en gran número y que, como consecuencia de su evolución, el individuo que nace hereda las disposiciones particulares de sus padres.

La importancia de este legado se pondrá aún mejor de manifiesto con un rápido estudio de la herencia misma.

Es posible que no podamos entrar aquí en un análisis detallado de la hipótesis darwiniana. Sin embargo, advertimos desde el principio que, dado que las propiedades del periespíritu se modifican en cada encarnación del Espíritu, todos los fenómenos mencionados quedan ipso facto explicados.

Así que creemos que nuestra teoría arroja más luz que ninguna otra sobre la evolución del feto. Pero, sea como sea, estudiemos los hechos.

Herencia fisiológica.-

Un hecho común que no escapa al observador, por superficial que sea, es el parecido físico. Quizás no haya frase más común que esta: «De tal palo, tal astilla».

Y la influencia hereditaria no se limita a un parecido general, pues afecta a todos los miembros del cuerpo, especialmente al rostro. Se pueden citar ejemplos notables de este fenómeno. El cantante Nourrit tuvo un hijo que era un doble auténtico.¹¹⁵ Sin embargo, el hecho se vuelve aún más sorprendente cuando el parecido se extiende a ambos progenitores.

Girou de Busareigne, en un libro sobre la generación, cuenta que conoció a una pareja con tres hijos, de los cuales dos varones eran, en la infancia, la viva imagen de su madre, mientras que la niña se parecía a su padre. Este parecido absoluto impresionó a todos; pero lo cierto es que, en la adolescencia, las cosas cambiaron, y los varones se asemejaron a su padre y la niña no.

La herencia no solo influye en la conformación interna, sino también en la estructura externa. Nada es más común que la transmisión de volumen e incluso anomalías del sistema esquelético. La proporcionalidad, en cualquier sentido, del cráneo, el tórax, la pelvis, la columna vertebral y los huesos más pequeños del esqueleto es un hecho de observación diaria.

Los sistemas circulatorio, digestivo, muscular y nervioso siguen las mismas leyes. Los fluidos corporales también se ven afectados por influencias hereditarias. Hay familias con mayor abundancia de sangre que otras, lo que las predispone a accidentes cerebrovasculares, hemorragias e inflamaciones. Es notable que no solo se transmitan las características internas generales, sino también las subordinadas, y así, incluso las actitudes personales se reproduzcan por vía seminal. Hay ejemplos que demuestran este hecho.

No cabe duda de que la herencia influye en el potencial reproductivo. Una persona tuvo 24 hijos, 5 de ellos niñas, quienes a su vez dieron a luz a 45. Entre la nobleza francesa, la familia Montmorency se hizo famosa por su fertilidad. Los primeros cuatro Guisa tuvieron un total de 43 hijos, 30 de ellos varones. Achille de Harlay tuvo 9 hijos, su padre 10 y su bisabuelo 18. Hay familias en las que esta fuerza prolífica se mantiene durante cinco o seis generaciones.

Hemos dicho más arriba que la fuerza vital del feto resulta de la fuerza vital de los padres en el momento de la procreación.

Demostremos ahora esta proposición con el siguiente razonamiento.

Se reconoce generalmente que la longevidad depende mucho menos de la raza, el clima, la ocupación, el estilo de vida y la dieta que de la transmisión hereditaria. Si se consultan los tratados especializados sobre el tema, se observará que el coeficiente de macrobios es mucho mayor en la raza negra que en la raza blanca, tanto en el Norte como en el Sur; y no solo entre los cuidadosos, sino también entre quienes se descuidan.

Un minero escocés disfrutó del triste privilegio de vivir 133 años, 80 de los cuales pasó trabajando en su oficio.

Entre los prisioneros y las galeras encontramos muchos hechos análogos. El Dr. Lucas afirma, con toda razón, que la esperanza de vida depende obviamente del lugar, la higiene y la civilización; pero que la longevidad humana depende enteramente de estas condiciones.

«Todo demuestra», escribe, «que la longevidad posee un poder de vitalidad interna, ya que los privilegiados la portan desde su nacimiento. Esta vitalidad está tan arraigada en la naturaleza que se revela en todos los atributos de la organización». Este hecho se hizo tan notorio en Inglaterra que las compañías de seguros de vida tuvieron que iniciar una investigación sobre la longevidad de los antepasados del asegurado.

También se observó que la fuerza muscular y diversas formas de actividad motora son hereditarias, al igual que los fenómenos dependientes de la voz, como la tartamudez y el rotacismo.

Albinismo, raquitismo, cojera, labios partidos; en resumen, todas las anomalías orgánicas pueden transmitirse mediante la procreación. Pero, afortunadamente, no siempre se reproducen y la descendencia tiende a regresar al tipo primitivo. La medicina, desde sus inicios, observó la herencia de diversas enfermedades, o al menos la predisposición del organismo a padecerlas, similares a las de los ancestros. En resumen, se observa que la herencia modifica todas las formas de actividad vital, lo cual, dicho sea de paso, no es sorprendente, ya que la fuerza vital proviene de la pareja y el periespíritu del alma que se va a encarnar es impulsado por esta fuerza modificada, que será más o menos eficiente en ciertas regiones fluídicas de la envoltura espiritual, correspondientes, en el feto, a las partes fuertes o débiles de los padres.

Si la transmisión hereditaria no es absoluta es porque la fuerza vital del recién llegado deriva de dos factores que se modifican recíprocamente, y también de que el periespíritu del ser encarnante se presta, más o menos, a estas modificaciones.

En este caso, es evidente que numerosos y repetidos experimentos son esenciales para determinar la importancia de cada uno de los diversos elementos que intervienen en la gran obra. Sin embargo, ya podemos observar la serie de fenómenos que dan lugar a esta maravilla: la creación de un ser vivo.

Herencia psicológica.-

¿Existe la herencia psicológica? No, si con esto nos referimos a la transmisión de las facultades intelectuales en sí mismas; sí, si con esto nos referimos a la transmisibilidad de los órganos apropiados para la manifestación del pensamiento.

Aquí abordamos la delicada y controvertida cuestión de la relación entre lo físico y lo moral. Quienes se oponen a la espiritualidad del alma han intentado usar la herencia como arma en su contra. De hecho, una vez demostrado que los padres transmiten no solo su cuerpo físico, sino también sus facultades intelectuales, sería lógico asumir que el alma y el cuerpo emanan de los padres. Sin embargo, esto no es del todo cierto, ya que tenemos pruebas de la encarnación y reencarnación del Espíritu. Se diría, entonces, que en este caso no habría encarnaciones posibles, salvo entre espíritus y hombres perfectamente identificados en los aspectos físico y moral. Los hechos no nos permiten dar a esta inferencia una preponderancia absoluta. No es raro ver hijos en una familia que no se parecen en nada a sus padres, ni física, intelectual ni moralmente.

Y si es fácil demostrar que el organismo material no siempre es transmisible, es más fácil admitir que la herencia intelectual falla muy a menudo. La historia nos muestra, a cada paso, hijos de hombres notables que son o fueron verdaderas antítesis de las virtudes y talentos de sus padres, cayendo por debajo del estándar común. En la antigüedad, el sabio Pericles tuvo dos hijos cretinos —Paralas y Jantipo— y otro, un loco furioso —Clinias—. El recto Aristipo engendró al infame Lisímaco. De Tucídides descendió Milesias. Foclono, Aristarco, Sófocles, Sócrates, Temístocles, todos tuvieron hijos degenerados.

La historia romana contemporánea es una imagen de niños que no se parecen en nada a sus padres.

En el ámbito científico, vemos surgir genios a cada instante, provenientes de entornos rurales y de padres ignorantes o de inteligencia mediocre. Los nombres de Bacon, Berzelius, Blumenbach, Brewster, Comte, Copérnico, Descartes, Galeno, Galvani, Hegel, Hume, Kant, Kepler, Locke, Malebranche, Priestley, Réaumur, Rumford, Spinoza, etc., atestiguan que el genio no es hereditario.

Considerando superfluo insistir sobre este punto, pues se trata de una regla general, preferimos explicar lo que es más difícil de entender a primera vista, es decir, aquellos casos en que se indica una transmisión hereditaria de facultades.

Las facultades sensoriales y los hábitos corporales pueden transmitirse hereditariamente, y los atributos más preciados del Espíritu, como la percepción, la memoria y la imaginación, suelen encontrarse en la misma

familia. Se citan numerosos casos de pintores, músicos y estadistas cuyas aptitudes parecen transmitirse de padres a hijos.

El problema, en este caso, es doble: debemos considerar, en primer lugar, la función que corresponde al alma, y luego el órgano que sirve para su manifestación. Para poder manifestar sus facultades en toda su plenitud, el alma necesita un organismo material en perfecta correlación con su desarrollo intelectual.

Ya hemos visto que el periespíritu es la condición fluídica del mecanismo de acción del alma sobre el cuerpo; por tanto, resulta racional admitir que el alma, deseosa de encarnar, busca en la Tierra padres cuyo valor intelectual y, por consiguiente, constitución física, tengan mayor afinidad con ella, asegurándose así, desde el principio, dentro de las mismas leyes de la herencia, un cuerpo adecuado al desarrollo de sus aspiraciones.

Para ser un buen pintor o un músico excelente, es necesario poseer ciertas aptitudes orgánicas especiales, como, por ejemplo, la memoria de los colores y la precisión visual; y, por otro lado, un oído preciso y una mayor sensibilidad. Podemos admitir perfectamente que, en ciertas familias, el cultivo persistente de las artes, de generación en generación, termina proporcionando a los cuerpos disposiciones peculiares. Son precisamente estas preformaciones las que determinan la elección de los Espíritus en el proceso de encarnación. Se identifican moral e intelectualmente con sus padres, pero poseen un organismo más apto para manifestar sus inclinaciones.

Por lo tanto, no es de extrañar que un músico prefiera la paternidad de un director de orquesta a la de un albañil. Los materialistas, como siempre, han confundido el efecto con la causa, queriendo atribuir a la materia lo que proviene del Espíritu.

Esta observación nos lleva a enfatizar que el Espíritu no encarna donde quiere. En el mundo sideral existen leyes tan estrictas o más estrictas que las de nuestro mundo físico. Las afinidades periespirituales y las leyes magnéticas del pensamiento desempeñarán un papel fundamental en esto. Los Espíritus Errantes, los recién llegados, que no comprenden las grandes leyes de la evolución, son propensos a reencarnar en la Tierra, porque dan rienda suelta a pasiones que no pueden satisfacerse en el espacio.

Si se les permitiera, hostigarían a las clases pudientes y se aprovecharían de los entornos privilegiados, ya sean bien o mal considerados. Sin embargo, por lo general, carecen de la correspondencia fluida con estos seres encarnados y, por lo tanto, se les niega el acceso a estos entornos. Todos pertenecemos a una cierta categoría de Espíritus que, a un ritmo más o menos similar, buscan combinar su evolución, ayudando a los más avanzados con los rezagados. A través de vidas sucesivas podemos ascender en todas las posiciones sociales y, a su vez, padres, madres, esposas, hijos, parientes, se prestan asistencia mutua. Es comprensible, entonces, que Espíritus de

cierta gradación reencarnen en su grupo, o en otro con el que encuentren las mismas afinidades espirituales.

No es de otra manera que se desarrolle, poco a poco, el sentimiento de fraternidad que un día nos llevará a abrazar a todos los seres en un solo amor.

Si hay familias de artistas que honran las artes, lamentablemente hay otras en las que los vicios son el rasgo hereditario dominante. El Dr. Morel cuenta la historia de una familia de los Vosgos, cuyo bisabuelo, un dipsomano, es decir, un bebedor empedernido, sucumbió a su propio vicio. El abuelo, presa de la misma pasión por el alcohol, murió maníaco. Tuvo un hijo mucho más sobrio, que no escapó, sin embargo, a la hipocondría y las tendencias homicidas, y cuyo hijo, a su vez, terminó afligido por la idiotez.

Así, en la primera generación tenemos excesos alcohólicos; en la segunda, embriaguez hereditaria; en la tercera, diátesis hipocondríaca; en la cuarta, estupidez y posible extinción de la descendencia.

A menudo, el Espíritu se encarna en estas familias como prueba, pues desea adquirir fuerza para dominar la materia. El Espíritu no trae consigo el vicioso defecto de encarnaciones anteriores; sin embargo, el organismo propenso al vicio despierta necesidades contra las que intenta reaccionar, pero que no logra controlar fácilmente.

El Sr. Trélat, en su *Locura Lúcida*, habla de una mujer educada y ahorrativa que sufría irresistibles crisis dipsómanas. Furiosa consigo misma, se insultaba, se llamaba miserable y borracha; mezclaba las sustancias más repulsivas con su vino, pero en vano, pues su pasión se intensificaba cada vez más. Cabe destacar que la madre y una tía de esta mujer también eran dipsómanas.

Es cierto que hay casos en que el crimen y la locura son hereditarios.

«Nada es estancado ni aislado en la naturaleza», afirma el Dr. Despines. «Todo está conectado por eslabones intermedios que nuestra observación minuciosa acaba encontrando donde menos lo sospechábamos. Sería deseable, en beneficio de la ciencia, promover la investigación sobre los ancestros de los criminales, remontándose al menos dos o tres generaciones atrás».

«Sería una excelente manera de resaltar las relaciones entre las enfermedades cerebrales que dan lugar a anomalías psicológicas, que generan crímenes, y las condiciones patológicas de los centros nerviosos y del cerebro, en particular.

¿Acaso el hecho, verificado por los doctores Férus y Lélut, de que la locura sea mucho más frecuente en los criminales que en otros hombres no prueba la existencia de vínculos estrechos entre la locura y el crimen? Hay un gran número de criminales cuyos antepasados han mostrado signos de locura. Entre ellos se encuentra el famoso Verger, el asesino del arzobispo de París. La madre y un hermano de este hombre murieron locos, a causa de la locura

del suicidio.

La locura.-

La locura, en sentido estricto, siempre va acompañada de un estado mórbido de los órganos, que suele resultar en una lesión. La alienación es, por lo tanto, una enfermedad física en cuanto a su causa, aunque mental en cuanto a la mayoría de sus efectos. La locura puede transmitirse por herencia, pero a veces se transforma al manifestarse en la descendencia.

Nada es tan común como ver la locura degenerar en suicidio, o el suicidio degenerar en locura, alcoholismo e hipocondría.

Un orfebre, recuperándose de su primer ataque de enfermedad mental causado por la revolución de 1789, terminó suicidándose. Más tarde, su hija mayor sufrió una monomanía y perdió la razón. Uno de sus hermanos se apuñaló en el estómago y otro se emborrachó, muriendo en público. Un tercero se negó a comer nada, con el pretexto de angustia personal, y murió de anemia. Una segunda hermana, también dotada de un temperamento caprichoso, se casó y tuvo dos hijos: el niño murió loco y epiléptico, y la niña también enloqueció después de dar a luz, se volvió hipocondríaca y quiso morir de hambre.

Dos de los hijos de esta misma señora mueren de fiebre cerebral y otro sucumbe al nacer”.

Hay familias cuyos miembros, salvo raras excepciones, sufren la locura a la misma edad. Toda la descendencia de una familia noble de Hamburgo se hizo famosa después de que su bisabuelo, considerado con razón por su gran talento militar, enloqueciera a los 40 años. Solo le quedaba un hijo, también soldado, a quien el Senado le prohibió casarse. Esto no le impidió perder la razón al cumplir los 40 años.

Es imposible enumerar aquí todos los casos de locura. Sin embargo, debemos señalar que muchos de ellos, atribuidos a enfermedades cerebrales, son producidos por la acción de espíritus desencarnados.

La obsesión, que estudiaremos más adelante, presenta muchas veces todos los síntomas de la locura legítima, y sería muy deseable que los médicos conocieran el Espiritismo, para que pudieran curar a muchos pacientes que se consideraban perdidos.

En esta situación, lo importante no es el cuerpo, sino el alma, lo que hay que cuidar. Al abordar al espíritu obsesivo, es seguro que a veces podemos lograr que abandone a su presa. La bibliografía espírita menciona algunas curas de este tipo.

Si nos tomamos el tiempo de observar un gran número de hechos llamados alucinatorios, fácilmente concluiremos que a menudo no son más que pura y simple clarividencia mediúmnica.

A continuación se muestran algunos ejemplos:

Sully nos cuenta que las horas solitarias de Carlos IX se volvieron horribles por la reproducción de los gritos y alaridos que lo asaltaron durante la masacre de San Bartolomé.

“El rey Carlos —dice el ilustre ministro—, al oír esa misma noche y durante todo el día siguiente el relato de las atrocidades cometidas contra ancianos, mujeres y niños, llamó aparte a maese Ambroise Paré, su médico de cabecera —a quien apreciaba mucho, aunque profesaba otra religión— y le dijo:

No sé qué me ha estado pasando estos últimos dos o tres días, pero la verdad es que me siento muy conmocionado, en cuerpo y alma, y que, dormido o despierto, tengo ante mí a estas criaturas mutiladas, con rostros horribles, enmascaradas de odio y sangre! ¡Ay! ¡Ojalá los inconscientes y los inocentes no estuvieran involucrados en todo esto!

Todo sugiere que había Espíritus allí, rodeando al rey sediento de sangre, clamando venganza.

Otro hecho de la misma naturaleza:

El cirujano Manoury, enemigo de Urbain Grandier, fue elegido, el 26 de abril de 1634, para examinar si, según la declaración de la madre abadesa, el acusado tenía algún punto insensible en su cuerpo.

Manoury ejecutó su tarea con la mayor crueldad. Es imposible imaginar sin horror el sufrimiento y la tortura infligidos a la pobre víctima. Pero lo cierto es que más tarde lamentó su barbarie, pues «una noche, al regresar de las afueras, acompañado de su ayudante, se detuvo de repente y exclamó asombrado: “¡Oh! ¡Ahí está Grandier! ¿Qué busca?”. Y empezó a temblar, tanto que dos hombres apenas podían sostenerlo. Finalmente, caminando con dificultad, continuó repeliendo a Grandier, como si lo tuviera ante sus ojos. Ni siquiera en la cama desapareció su terror, y durante los pocos días que le quedaban de vida, la situación apenas cambió. Finalmente, expiró como si hubiera visto a Grandier y hubiera maldecido para mantenerlo alejado».

No deberíamos ver todo esto como una simple alucinación, sino más bien como una probable aparición. Sin embargo, es positivo que hoy en día ya no sea costumbre encerrar en hospitales psiquiátricos a quienes ven espíritus.

Abercrombie cita el caso de un médium clarividente, al que considera, por supuesto, enfermo:

“Conocí”, dice, “a un hombre que sufría alucinaciones en vida. Llegó al punto de encontrarse con un amigo en la calle y no ser capaz de distinguir al instante si era un ser real o un fantasma.

Solo tras prestar mucha atención pudo identificar la diferencia entre ellos. Para ello, solía corregir su vista con el tacto y el oído, escuchando el sonido de los pasos. Este hombre está en la flor de la vida, goza de plena salud y se dedica a diversos negocios.

Citemos un último caso, que nos llevará al estudio de la obsesión.

Una señora, Ohlaven, había sufrido una grave enfermedad y se vio

obligada a destetar a su pequeña hija, de tan solo seis semanas. La enfermedad comenzó con un deseo irresistible de estrangular a la niña. Afortunadamente, la siniestra intención fue desviada a tiempo. Entonces, una fiebre violenta la invadió, lo que, al parecer, desterró su oscuro propósito de su mente, pues comenzó a acariciar a la niña de nuevo, como la más devota de las madres.

Estamos ante un caso claro de obsesión, pues es inadmisibile que una criatura, que siempre había dado muestras de un intenso amor maternal, albergara la idea de matar a su inocente hijita. Lo que sí podemos admitir es que, en el estado de debilidad y enfermedad propio del parto, un espíritu maligno pudo haberla impulsado y sugerido el monstruoso ataque. Una vez recuperada, recuperó su libertad moral y, por ende, sus inclinaciones naturales.

Cuando el cuerpo no goza de perfecta salud, es decir, cuando se altera la relación normal entre el alma y el cuerpo, la fuerza vital puede externalizarse parcialmente, dando lugar a que Espíritus malignos, sin embargo concedores de las leyes fluídicas, se aprovechen de ella. Por lo tanto, en estos casos peculiares, es importante cuidar tanto el cuerpo como el alma. Y la curación será tanto más rápida cuanto mejor conozcamos la naturaleza de la enfermedad.

Con profundo sentimiento de compasión pensamos en las innumerables víctimas del fanatismo religioso de la Edad Media.

Los brujos eran unos desdichados obsesionados, inconscientes e irresponsables, a menudo llevados a pagar con la vida por una posesión demoníaca imaginaria. Cuando leemos hoy las peticiones de los Bodin, los Delancre, los De Loyer y los Del Río, no podemos evitar sorprendernos ante tal estupidez.

Sin embargo, una y otra vez es posible establecer hechos bien verificados, que sólo podrían producirse mediante la intervención de los Espíritus.

Las respuestas en latín a los exorcistas, las levitaciones, eran frecuentes, en medio de las crisis de gran histeria.

En la actualidad, la Salpêtrière acoge a pacientes que habrían resultado mortalmente quemados si hubieran tenido la desgracia de haber nacido hace 200 años.

En este punto, nos parece útil llamar la atención del lector sobre los estudios de Allan Kardec sobre la obsesión, aconsejándole recurrir a sus libros para curar enfermedades de este tipo.

Obsesión y locura.-

Hay que hacer una distinción estricta entre obsesión, fascinación, posesión y la locura misma, que incluye la alucinación, la monomanía, la

manía, la demencia y la idiotez.

Sólo el Espiritismo permite establecer estas diferencias, que la ciencia médica no ha sancionado aún y que a menudo la llevan a atribuir a la locura hechos que están fuera de su dominio.

Allan Kardec 123 definió perfectamente estas enfermedades espirituales, que tienen más que ver con el alma que con el organismo material. Nuestra intención aquí es llamar la atención sobre las condiciones físicas que acompañan a estos trastornos de la inteligencia.

Todavía no sabemos si en los casos de obsesión y posesión hay una desorganización cerebral, correspondiente a la perturbación moral.

Sin embargo, nos vemos obligados a suponerlo, y esto es porque la relación entre el alma y el cuerpo, entre el periespíritu y el sistema nervioso, es tan íntima que podemos, sin temor, afirmar que a todo estado físico determinado corresponde un estado intelectual, y viceversa.

Pero, así como entre la obsesión y la subyugación completa puede haber toda clase de gradaciones, también deben corresponderse con trastornos orgánicos del cuerpo, que al principio no son importantes, pero que con el tiempo pueden volverse más graves y producir verdaderas lesiones cerebrales.

En El Libro de los Médiums se aclara que la subyugación, o simple obsesión, no es, en sentido estricto, un estado de consciencia. Es, sencillamente, la intermisión e imposición constante de un Espíritu para comunicarse, para impedir que otros lo hagan o para reemplazar a los evocados.

En este caso, el médium es consciente de lo que ocurre y queda obsesionado, es decir, se agota.

Al alcanzar la fascinación, el fenómeno se intensifica y las consecuencias se agravan. El médium ya no se siente engañado, ya no goza de su pleno libre albedrío; solo obedece las órdenes del Espíritu; se ejerce el hipnotismo espiritual. Gracias a la libertad que el médium concede al Espíritu, este puede actuar intensamente sobre su periespíritu, lo cual resulta aún más fácil porque ya no encuentra obstáculos, pues la voluntad mediúmnica se le ha rendido.

De esto surgen sugerencias simples que distorsionan la razón y la imaginación del paciente. Es comprensible que, si estas sugerencias son frecuentes y persistentes, acaben produciendo trastornos en el cerebro del ser perseguido.

A veces, varios Espíritus se unen para atormentar a la víctima; de modo que, aunque al principio simplemente obsesionada, la víctima termina verdaderamente loca.

A menudo resulta extraño que las almas desencarnadas puedan pasar el tiempo torturando a los encarnados.

Pero basta con consultar el Boletín Oficial del Tribunal para ver a cuánta

bajeza es susceptible la Humanidad.

Los Espíritus Atrasados alimentan las pasiones más innobles y, sobre todo, la de venganza, de modo que, si pueden identificar en la carne a un ser que les ha hecho daño, o les ha impedido hacerlo, en esta u otras encarnaciones, le votan un odio inexorable, a menudo sólo extinguido con la muerte de la víctima, si ésta tiene la desgracia de darles acceso, aunque sea inconscientemente.

Es por esto que a muchas personas obsesivas se las trata como locas, porque atribuyen a la alucinación lo que en realidad no es más que una sugestión espiritual incontrolable.

Cuando vemos a una persona hipnotizada reír, llorar, expresar alegría, dolor, admiración, miedo; realizar pasivamente los actos más extravagantes, ridículos y hasta peligrosos, según las escenas alucinatorias que le sugerimos, comprendemos que la acción del Espíritu es sustancialmente idéntica a la del hipnotizador humano sobre su paciente.

La única diferencia es que, en la obsesión, la voluntad operante puede ser la de uno o varios agentes invisibles e inaccesibles a los procesos actuales de que dispone la medicina.

Citemos un ejemplo, tomado del famoso alienista Brierre de Boismont.

La señorita M..., de 40 años, muy nerviosa y, por esa misma razón, muy impresionable, siempre ha demostrado ser extremadamente versátil. De joven, nunca pudo dedicarse a estudios serios, tanto que sus médicos recomendaron a sus padres que le dieran ejercicios de gimnasia. De buena posición económica, hija de padres robustos y sensatos, tiene, sin embargo, un hermano con un temperamento muy similar al suyo, en muchos aspectos. De aspecto saludable, tiene cabello castaño, tez sonrosada y estatura normal. A los 10 años comenzó a sentir los primeros síntomas de la enfermedad que ahora la atormenta. Veía personajes extraños y estas aberraciones visuales, sin embargo, no le impidieron realizar sus tareas. Hace seis meses, las alucinaciones, que hasta entonces habían sido tolerables y espaciadas, se hicieron más frecuentes y ya no era solo su vista la que se veía afectada, ya que las demás comenzaron a cambiar a su vez. Un evidente trastorno la excitaba mentalmente; oía voces a cada momento que, según ella, le llegaban de... El estómago y le causaron un gran tormento. Estas voces dictaban su conducta, le advertían de lo que le sucedía, le informaban sobre su enfermedad y le prescribían remedios que le parecían muy razonables.

“También le proporcionaron información precisa sobre el carácter y las inclinaciones de otras personas, lo que le habría permitido revelar detalles muy curiosos.

Había ocasiones en que se expresaba con un lenguaje más refinado, usando términos que no le eran comunes. Debía esta abundancia, fluidez y riqueza verbal a su voz, pues cuando hablaba por sí misma, lo hacía con mucha sencillez. A menudo, las voces trataban temas complejos, como

geografía, gramática y oratoria. Y, lo que es más, la reprendían cuando se expresaba mal, señalándole sus errores.

Estas voces le dijeron cosas de lo más extraño: un día, la convencieron de que estaba poseída, algo realmente extraño, ya que no había sido criada con ideas supersticiosas. Así que fue a buscar a un sacerdote que la exorcizara. A partir de entonces, se quedó con ideas muy pesimistas sobre la eternidad y los castigos futuros, que la sumieron momentáneamente en una profunda desesperación. En una ocasión, le revelaron que seguiría siendo reina, que desempeñaría un papel importante en el aposento alto del mundo. Se guardó esta predicción para sí misma, con la esperanza de que se cumpliera, hasta que se dio cuenta de que la habían engañado, como solían hacer. A menudo pronunciaban los discursos más extravagantes sobre ella, hacían bromas y la ridiculizaban, hasta volverse inusualmente violentos, corrompiendo, como arpías, todo lo que tocaban. Le ordenaron que se ahogara, y sin embargo, sentía una fuerza en su interior que le impedía obedecer. A veces, tiene visiones singulares: la habitación se llena de personajes de todos los colores. La comida le sabe nauseabunda. A ella. Basta con poner la mano en un plato para que la voz transmita al instante un sabor que le impide comer. Si camina, enseguida empieza a sudar frío, un frío que le penetra el cuerpo. Luego se seca la ropa mojada con las manos.

Esta criatura afirma que las voces provienen de una afección nerviosa; que las voces son más fuertes que su razonamiento; que la someten, que la dominan. Su poder es tan grande que la obligan a ir adonde ellos quieren... Ahora, ya no quieren que hable, perturban sus ideas, y solo se expresa con gran dificultad. No es raro notar que las voces la llevan a la locura, y quisiera contradecirlas, pero se ve obligada a obedecerlas, porque tienen un poder irresistible.

Veamos ahora las reflexiones de Brierre de Boismont:

Un hecho psicológico que sin duda no escapará a la atención de los observadores es esta nueva manifestación del principio de dualidad, en virtud del cual esta mujer enferma, abrumada por bromas, burlas, amenazas y planes siniestros, a punto de sucumbir a la desesperación, se encuentra repentinamente consolada por palabras de benevolencia y aliento. Pareciera como si dos Espíritus coexistieran en ella, uno bueno y otro malo, cada uno a su manera.

Pero, evidentemente, esto es lo que sucede. Esta joven es presa de Espíritus perversos, que le producen alucinaciones de todo tipo, y este ejemplo de obsesión absoluta es propicio para inspirar reflexiones maduras. Inicialmente, perturbaciones de todas las sensaciones y, posteriormente, el desorden del ego, la lucha de la inteligencia con los sentidos rebeldes; consciencia momentánea de ilusiones y, posteriormente, la victoria de estas mismas ilusiones; la intervención de la voluntad, luchando contra la fuerza que la excita.

¿Hay espectáculo más digno de la meditación de un filósofo que el de esta mujer, que reconoce el desorden de los sentidos, que sabe que es juguete de puras quimeras, pero no puede escapar de su influencia? Cien veces engañada y convencida de que siempre lo será, no deja de obedecer las voces, yendo adonde la mandan. Esta anulación de la voluntad ante las sugerencias de los espíritus está ligada a la debilidad del sistema nervioso, y es fácil reproducirla artificial y temporalmente con un individuo hipnotizable. Los obsesivos pueden entonces compararse con sonámbulos que están despiertos, pero que, a pesar de sufrir la acción del magnetizador, son conscientes de su estado.

Richet demuestra, con experimentos hoy bien conocidos, cómo se pueden inducir alucinaciones visuales y gustativas en un sonámbulo haciéndole ver imágenes alternativamente bellas y horribles, y comentándolas, lo que profundiza la impresión alucinatoria. Se puede observar cómo se interesan y utilizan las aventuras de los héroes descritos, de tal manera que quedan profundamente impresionados. Lloran o ríen, según si la narración es triste o alegre, en resumen, anulando el poder sobre sus ideas personales. Estas, de hecho, pertenecen al hipnotizador, y la persona hipnotizada ya no podrá resistir las impresiones que le llegan del exterior, habiéndose transformado en un autómatas intelectual.

Lo más destacable es que algunos individuos son conscientes de su condición, aunque no son capaces de cambiarla.

He aquí otro ejemplo, tomado de Richet:

«No hay, pues, desorden intelectual, sino que ya existe, por una especie de acción electiva, inhibición y parálisis de la voluntad.

Con la Sra. X... pudimos seguir muy bien este singular fenómeno. Así, capaz de analizarse, me dijo: «No tengo ni idea, me siento incapaz de prestar atención a nada. Tengo la cabeza vacía, parece que lo veo todo a través de una niebla».

Esta sensación de vacío es de la misma naturaleza que la que manifestó la joven mencionada por Brierre de Boismont, quien confesó que su cabeza y columna parecían estar llenas de aire. – Continuemos: – Ahora el paciente es un hombre:

Entonces tomo un libro al azar, se lo doy y le digo: «No se lo des a nadie». Él sabe muy bien que todo esto es solo un experimento sin mayor importancia, pero nadie le quitará el libro. Los amigos presentes insisten: «Dame este libro...». Él se niega, alegando diversas razones y pretextos. Finalmente, dice: «No necesitas el libro; te lo daré, sí, pero no ahora...».

Cuando se le insistió más y se le dijo que el experimento tenía como objetivo precisamente evaluar su fuerza de voluntad para entregar el libro, dijo que podía dárselo, pero no lo hizo. Y continuó resistiéndose a todas las peticiones durante unos diez minutos, intentando justificar su resistencia y encontrando argumentos para justificar su negativa.

“Despertado repentinamente por el golpe, entrega inmediatamente el libro, diciendo que ahora puede quedárselo.

Este experimento es característico. Lo he realizado con muchos sonámbulos, pero con este se vuelve más interesante, porque conserva su identidad y puede analizar muy bien sus propias sensaciones. Es la inhibición de la voluntad en toda su claridad y simplicidad.

Esta suspensión de la voluntad impide cualquier reacción a las diversas órdenes impuestas a los sonámbulos. Le ordeno a M... que se ría y él advierte: "¿Reírse de qué? Esto no es serio, es formal y no tengo ganas de reír...". Y, sin embargo, se ríe, o mejor dicho, hace una mueca parecida a la risa, y durante el tiempo que me place. Si le ordeno llorar, empieza suspirando, cubriéndose los ojos con las manos, y las lágrimas empiezan a resbalar por sus mejillas.

“Podemos entonces analizar sus sensaciones: es un espectador de sí mismo y, sin embargo, un autómatas incapaz de resistencia, que llora sin motivo y sabe que en realidad no hay motivos para llorar.”

En este experimento, vemos que el sonámbulo sabe que participa como instrumento; que es su amigo Richet quien actúa sobre él; pero si el operador fuera invisible, la situación de M... sería la misma que la de la dama mencionada por Brierre de Boismont. No estaba loca, era consciente de su condición, porque, salvo bajo la influencia irreprimible de las voces, normalmente se dedicaba a sus tareas, sin que nada revelara las perturbaciones que se producían.

Durante 10 años en este estado patológico —dice la autora—, la paciente no dejó de atender sus asuntos, incluso administró sus bienes, cumplió con todas sus obligaciones sociales y, aunque después de ese tiempo las voces no le permitieron un momento de descanso, no cambió sus hábitos en absoluto. Solo comprendió, intuitivamente, que la razón se le escapaba y buscó, en las advertencias y consejos imposibles de llevar a cabo, un alivio para sus males.

Así es como el Espiritismo ofrece una explicación lógica a ciertos estados de ánimo, llamados locura, que no tienen absolutamente nada en común con las falsas percepciones y los trastornos cerebrales, porque están vinculados a una determinada acción análoga a la de la sugestión hipnótica, cuya causa debemos buscar en el mundo espiritual.

Lo que hace que sea bastante difícil distinguir la locura de la obsesión es que los sentidos son susceptibles a las alucinaciones resultantes de trastornos del sistema nervioso, independientemente de la intervención externa y manifiesta.

Se necesita pues mucha práctica y discernimiento para reconocer el origen del problema, y los especialistas acostumbrados a tratar las alucinaciones deberían estar preparados para abordar el tema desde este punto de vista, seguros de que de ello sólo pueden resultar enormes progresos en esta rama de la medicina.

En la subyugación, antes llamada posesión,¹²⁷ el dominio del Espíritu es completo. La persona subyugada es un instrumento absolutamente dócil a las sugerencias del Espíritu, que incluso llega al extremo de no luchar contra este poder oculto, ni física ni moralmente. Se vuelve así completamente pasiva ante él.

La voluntad del obsesor lo ha dominado, sustituyéndola por completo. Con un poco más, acabará perdiendo el sentido de sí mismo, empezando a creerse un personaje famoso, un reformador del mundo, etc.

En una palabra: se volverá loco, porque la influencia perturbadora no se ejerce impunemente durante mucho tiempo y, una vez que se produce el daño cerebral, la enfermedad se vuelve incurable.

El paciente puede presentar diferentes tipos de subyugación. Así, a veces la subyugación es solo moral y, en este caso, el individuo tomará las decisiones más extravagantes, incluso contrarias a sus intereses, o ilegales, firmemente convencido de que actúa con absoluto sentido común.

De naturaleza material, la subyugación puede adoptar formas muy diferentes.

Allan Kardec conoció a un hombre, ni joven ni apuesto, que, impulsado por un espíritu obsesivo, se arrodilló a los pies de todas las chicas. Otro sintió una presión tan fuerte en la espalda y los tobillos que se arrodilló y besó el suelo, en plena calle, delante de todos. A este hombre lo consideraban loco, pero aún no lo estaba, y por eso se dio cuenta de su condición y sufrió mucho.

El hipnotismo nos ha dado la clave de estos fenómenos. El individuo obedece, más o menos pasivamente, a quien lo ha sumergido en este estado; no puede oponer resistencia efectiva a la sugestión, sean cuales sean las consecuencias que pueda derivar de ella.

Supongamos que esta situación continúa durante semanas, meses, años, y tendremos trastornos físicos, difíciles de curar, incluso después de que el Espíritu obsesor haya sido eliminado.

Hasta ahora se desconocía que una causa espiritual extraorgánica pudiera dar origen a la locura y, en consecuencia, a trastornos cerebrales; de modo que, al ocuparse sólo del cuerpo, se descuidaba el Espíritu.

El Espiritismo ha demostrado la necesidad del tratamiento moral del enfermo, coincidiendo con la intervención sobre el obsesor, y además, que en muchos casos, si el daño no es irremediable, es posible restaurar al enfermo mental el vigor orgánico y, con él, la razón.

Los médicos tienen el deber de estudiar nuestra doctrina, ya que su profesión les obliga a investigar todos los medios para curar a los enfermos. Más adelante, cuando la fenomenología espiritista se conozca mejor, muchas formas de locura, hasta ahora consideradas incurables, podrán ceder ante una terapia que ya no sea sistemáticamente materialista.

El abandono voluntario al que se relega la causa psíquica de la

enfermedad es lo que a menudo hace que la ciencia sea impotente. No diremos que no se ha intentado tratar la locura desde un punto de vista intelectual, lo cual sería evidenciar ignorancia. Lo que queremos decir es que se ha tomado una dirección errónea, al no considerar la parte que corresponde al obsesor, es decir, al hipnotizador incorpóreo.

Esta es la que debe rechazarse, ante todo, con los recursos que defiende el Espiritismo. Una vez hecho esto, se superará la mayor dificultad y no quedará más remedio que reparar el cuerpo, tarea que naturalmente recae en la medicina, siempre que, como dijimos antes, las degradaciones orgánicas no sean de mayor magnitud.

Volviendo al tema de la locura en su relación con la herencia, es innegable que, en muchos casos, se debe a daños en el sistema nervioso y se manifiesta en determinadas etapas de la vida, proveniente de los padres, a través de vía hereditaria.

En este caso, no podemos presumir que se trate de Espíritus obsesivos. Es el propio organismo el que se corrompe, se deteriora y, al no obedecer ya al alma, puede generar alucinaciones arraigadas en el falso mecanismo cerebral.

El fenómeno también suele ser complejo, y la herencia puede presentar metamorfosis; así, un alcohólico puede procrear idiotas, en cuyo caso el cerebro queda parcialmente destruido por la influencia del alcohol, de modo que en el niño no ocupa toda la cavidad ósea. En otras ocasiones, las convulsiones en los antepasados se transforman en histeria o epilepsia en los descendientes.

Se cita un caso de hiperestesia paterna (desarrollo anormal de la sensibilidad), que se extendió a sus nietos y produjo manía, hipocondría, histeria, convulsiones, espasmos... Hay muchos casos similares,¹²⁸ que la teoría de la reencarnación expiatoria explica satisfactoriamente. Veamos algunos ejemplos:

El periespíritu no es un creador, es simplemente un organizador de la máquina; pero si la herencia sólo le proporciona materiales defectuosos o incompletos, es incapaz de regenerarlos y siempre hay partes del cerebro expuestas a su influencia.

Ahora bien, la vida mental es tan compleja, la interacción de facultades como la memoria, la ideación, la imaginación, el juicio, etc., y su conexión es tan íntima, que la deficiencia de una sola facultad impide la manifestación de las demás. De ahí los trastornos a los que hemos aludido.

Guirras también nos dice lo siguiente: Un hombre aquejado de locura tiene hijos normales que ejercen cargos públicos con gran discreción. Esto, por supuesto, se debe inicialmente a que, a los 20 años, se vuelven locos. De 22 casos de locura hereditaria, Aubanel y Thoré observaron episodios de este tipo.

Hay familias cuyos miembros, salvo raras excepciones, padecen el

mismo tipo de locura. En una ocasión, tres familiares fueron internados en un manicomio de Filadelfia el mismo día. En el manicomio de Connecticut, había un loco que era el undécimo hijo de la familia. Lucas menciona a una mujer que era la octava, y lo más curioso es que la enfermedad se manifestó a la misma edad, a través de generaciones sucesivas.

Un empresario suizo perdió a dos de sus hijos por locura a los 19 años. Una mujer perdió la razón al dar a luz a los 25 años y tuvo una hija que perdió la razón a la misma edad tras varios partos. En una familia, un padre, un hijo y un nieto se suicidaron a los 50 años (Esquirol).

A pesar de todos estos hechos que acabamos de mencionar, la herencia intelectual no es una regla, ya que se observa que son las enfermedades, y no las facultades en sí, las que se transmiten por vía seminal. Las cualidades innatas son mucho más frecuentes, a pesar de las numerosas excepciones.

Esta fue la opinión del Dr. P. Lucas, cuya opinión compartimos, pues sabemos que cuando un Espíritu encarna, trae consigo su propia individualidad, que casi siempre difiere de la de sus progenitores. ¿Acaso no vemos a veces hombres de genio nacidos de familias mediocres? Y, por otro lado, ¿acaso no vemos a sinvergüenzas que provienen de familias honestas?

La ley de la reencarnación explica a la perfección estas aparentes anomalías, ya que en este estudio, como en todos aquellos que afectan lo físico y lo moral, es importante no adoptar un punto de vista excluyente, pues de lo contrario nos limitaremos a una sola perspectiva. El sabio que solo se fija en lo material está tan completamente equivocado como el espiritualista que solo ve el Espíritu.

El Espiritismo se encarga de esclarecer la Ciencia, expandiendo sus dominios al mundo invisible. Por lo tanto, podemos decir que el Espíritu que encarna trae consigo, sin duda, las adquisiciones de vidas anteriores, pero es necesario tener en cuenta las disposiciones orgánicas, que pueden ser favorables o perjudiciales para el desarrollo de las facultades innatas.

Esto es lo que dice el Dr. Moreau (de Tours) al respecto, 129 quien solo admite la herencia desde un punto de vista fisiológico, al afirmar que es la transmisión hereditaria de defectos orgánicos la que produce enfermedades mentales en la descendencia. Nosotros no decimos nada más, aunque discrepamos completamente del Dr. Moreau en cuanto a la naturaleza del principio inteligente.

Para los materialistas, siendo el alma un resultado del organismo, sólo puede enfermar por él y a causa de él; nosotros, en cambio, que creemos en la independencia constitutiva del alma, decimos que ésta nunca enferma, y sólo no puede manifestar sus facultades en un cuerpo mal equipado, al que le faltan todos los elementos indispensables para el buen funcionamiento integral del Espíritu.

Sería lo mismo que esperar que un pianista tocara la nota sol en un piano al que le faltara, en cada octava, la cuerda correspondiente a ese

sonido.

Estamos, pues, de acuerdo con la Ciencia, al convenir que la locura resulta, las más de las veces, de una lesión o perturbación nerviosa, transmitida por herencia; pero nuestra explicación del fenómeno difiere completamente, ya que el alma es una entidad independiente y sobrevive a la muerte, como lo demuestra el Espiritismo.

Una cita del Dr. Moreau nos ayudará a comprender mejor nuestra divergencia:

“Es”, dice, “una mala interpretación de la ley de la herencia esperar la repetición de fenómenos idénticos en cada nueva generación.

Hubo quienes se negaron a subordinar las facultades mentales a la herencia, porque querían que el carácter y la inteligencia de los descendientes fueran exactamente similares a los de sus antepasados; que una generación fuera una copia de su predecesora; que padre e hijo dieran la impresión de ser la misma criatura nacida dos veces, y que siguieran consecutivamente el mismo camino, en las mismas condiciones. Pero no es en la identidad de funciones, hechos orgánicos o facultades intelectuales donde debemos buscar la aplicación de la ley de la herencia. Es, más bien, en la fuente misma de la organización, en la constitución íntima...

Una familia cuyo cabeza de familia murió loco o epiléptico no está compuesta de locos ni epilépticos, pero los hijos pueden nacer idiotas, parálíticos o escrofulosos. Lo que el padre transmitió no fue la locura, sino el vicio de su constitución, que se manifestará de diferentes formas, a través de la histeria, la epilepsia, la escrófula y el raquitismo. Así es como debe entenderse la transmisión hereditaria.

He aquí otro testimonio que confirma el del Dr. Moreau. Refiriéndose a los jóvenes reclusos de centros penitenciarios, el Dr. Legrand du Saule nos muestra toda una categoría de «criaturas pendencieras, irritables, violentas, poco inteligentes, resistentes a cualquier principio de honestidad, indisciplinadas e incorregibles». Pero ¿quiénes eran sus padres?

Eran analfabetos, o consanguíneos, alcohólicos, epilépticos, alienados; o eran –lo que es más común– hijos de un padre ignorado y de una madre raquíca, histérica y prostituida.

Estos son hechos que demuestran el papel y la importancia del cuerpo en casos de anormalidad. Nos ilustran y facilitan la comprensión de por qué este o aquel niño muestra tendencias a la locura, pero no destruyen en absoluto la ley de la reencarnación ni la identidad del ser que llega a encarnar. Además, la observación establece, de manera directa, que la herencia intelectual no es lo que ocurre, y que, siempre y en todas partes, lo que existe es únicamente la transmisión de características físicas.

Mantengámonos firmes en este punto, que es tan importante para nosotros:

1) Lo que prueba la reencarnación, dice Burdach, es que, a veces,

cuando los padres tienen una inteligencia muy limitada, sus hijos revelan las disposiciones más auspiciosas. Es común que padres mediocres engendren hombres superiores, espíritus cuya influencia se ha sentido durante milenios y cuya presencia en la Tierra parecía necesaria para la Humanidad en el momento de su aparición. Cabe destacar que los máximos exponentes nacieron en familias pobres, vulgares y casi anónimas. Ejemplos: Cristo, Sócrates, Juana de Arco.

2º) Tenemos a los hijos indignos de padres ilustres: como Cicerón, Germánico y Calígula, Vespasiano y Domiciano, Marco Aurelio y Cómodo; los hijos de Enrique IV, Luis XIV, Cromwell, Pedro el Grande, Lafontaine, Crébillon, Goethe, Napoleón.

3º) Las razas inferiores pueden producir grandes hombres, como, por ejemplo, entre los negros, Toussaint Louverture.

4) Es muy común observar que, a pesar de las grandes similitudes físicas, los hijos pueden, moralmente, no parecerse en nada a sus padres.

El Espiritismo, gracias a la ley de la reencarnación, bien demostrada hoy en día, explica estas anomalías de la herencia, anomalías que resultan desconcertantes para quienes insisten en rechazar la intervención del elemento espiritual como individualidad bien definida, en problemas que no prescinden de este postulado para su resolución.

Y por eso se ven obligados a decir con Ribot:

¿Cuáles son las causas de esta metamorfosis? ¿Mediante qué misteriosa transmutación la naturaleza extrae lo mejor de lo peor, y viceversa?

No podemos responder a nada, salvo que se trata de una pregunta que escapa al alcance de la ciencia actual. No podemos explicar por qué esta o aquella actividad se transforma al transmitirse, ni por qué asume una forma en lugar de otra.

Se ve, pues, en resumen, que para comprender adecuadamente la naturaleza humana es necesario considerar la herencia, que se ejercita siempre desde el punto de vista fisiológico y que, sin admitir que las facultades del Espíritu sean transmisibles –lo cual es imposible, según el Espiritismo–, hay disposiciones orgánicas, de los padres, que se revelan en sus descendientes.

De ahí una gran responsabilidad para quienes, sabiéndose aquejados de enfermedades incurables, o de vicios que han dejado en ellos estigmas indelebles, no temen procrear seres que inevitablemente llevarán ese estigma indeleble debido a la imprudencia o falta de previsión de sus padres.

Escuchemos, a este respecto, al sabio y concienzudo naturalista Sr. de Quatrefages:

“Desde hace tiempo se ha observado que los niños concebidos en estado de embriaguez presentan, a veces de forma permanente, una serie de signos característicos de ese estado, tales como: sentidos embotados y casi ausencia de facultades intelectuales.

Ahora, en Toulouse, durante una breve pasantía clínica, tuve la oportunidad de observar uno de estos casos. Una pareja de trabajadores, de familias sanas de cuerpo y alma, tenía cuatro hijos, de los cuales los dos mayores eran vivaces e inteligentes; el tercero, imbécil y casi sordo, y el cuarto, parecido a los mayores. La información obtenida de la madre, quien estaba muy angustiada por el estado del tercero, me permitió saber que fueron concebidos mientras el padre estaba ebrio.

“Este caso, por sí solo, tendría poca o ninguna importancia, pero, sumado a los relatados por Lucas, Morel, etc., tiene gran importancia”.

No hay manera de que el alcoholismo pueda producir estos tristes resultados y, sin querer prolongar el tema, creemos que hemos tenido suficiente para comprender la gravedad inherente a estos delicados asuntos.

Las disposiciones orgánicas heredadas son, pues, ventajosas o nocivas, y el Espíritu, que se encarna según su grado de progreso,¹³⁰ se somete a una familia o elige la suya.

que le permite realizar sus aspiraciones en la Tierra. Si debe cultivar la ciencia, el arte o la literatura, sus afinidades periespirituales lo conducirán preferentemente a centros donde estas actividades se refinan. Si, por el contrario, necesita sufrir para purificarse, será traicionado por familias donde las tendencias hereditarias se manifiestan intensamente, convirtiendo así la vida terrenal en una prueba dolorosa.

Esto explica las terribles enfermedades que parecen atacar arbitrariamente a tantas familias y que harían dudar de la justicia divina, si el Espiritismo no aclarara el porqué de esa aparente iniquidad.

Resumen.-

En el momento de la encarnación, el periespíritu se une, molécula a molécula, con la materia del germen. Este posee una fuerza vital, cuya energía, más o menos vigorosa, al transformarse en energía presente durante la existencia, determina la longevidad del individuo.

Este germen también contiene gémulas que modifican el organismo, en virtud de las leyes de la herencia, o mejor dicho, la fuerza vital, modificada por los progenitores, transmite las disposiciones orgánicas de la descendencia. Es, por lo tanto, bajo la influencia de la fuerza vital que el periespíritu desarrolla sus propiedades funcionales.

La evolución vital del germen recapitula rápidamente las conformaciones ancestrales que experimentó la raza.

Así como el doble fluídico contiene, bajo la forma de movimientos, la huella indeleble de todos los estados del alma después del nacimiento, también el germen material contiene en sí la impresión indefectible de todos los estados sucesivos del periespíritu.

La idea rectora que determina la forma está, por lo tanto, contenida en

el fluido vital, y el periespíritu, al impregnarse de él, infundirse en él y unirse íntimamente con él, se materializa lo suficiente como para convertirse en el director, el regulador y el sostén de la energía vital modificada por la herencia. Es gracias a él que el tipo individual se forma, se desarrolla, se preserva y se destruye.

Por eso, el periespíritu es el trazado ideal del cuerpo, la red fluídica estable por la que pasa el torrente de materia flotante, que a cada instante destruye y reconstruye todo el organismo. Es al periespíritu a quien el Espíritu debe la preservación de su identidad física y moral, ya que es posible vincular el profundo y persistente sentido del ego con la materia en constante renovación.

Lo que hace invencible a esta fuerza, con la certeza de ser siempre nosotros mismos, desde que nacemos hasta la muerte, es la memoria.

Ahora bien, las moléculas del cuerpo se renuevan, y se han renovado en todos nosotros miles de veces a lo largo de nuestras vidas, y, por lo tanto, dado que solo ella persiste, la memoria no puede considerarse una propiedad de aquello que es en sí mismo inestable, es decir, la materia. La memoria es un atributo de lo invariable, de la envoltura fluídica: el periespíritu.

Vemos también en el hombre instintos específicos, es decir, exclusivos de la raza.

Esto no debería sorprendernos, ya que el alma, con su envoltura, no alcanza la madurez humana hasta que es capaz de dirigir un cuerpo humano. Por lo tanto, los instintos primordiales son los mismos para todos; pero hay otros, individuales, que dependen de un progreso particular, realizado de forma autónoma, de modo que la reacción a los estímulos externos varía según la naturaleza particular de cada persona.

La transmisión de tendencias orgánicas permite comprender por qué los Espíritus encarnan en determinados ambientes más que en otros: es porque buscan los elementos adecuados para el desarrollo de determinadas facultades.

Por lo tanto, las afinidades fluídicas tienen gran importancia en el acto del nacimiento. Si también admitimos la evolución por grupos, habremos demostrado que los Espíritus no pueden encarnar donde deseen. Un salvaje, cuyo desarrollo intelectual y moral es muy inferior al promedio alcanzado por los pueblos civilizados, no podrá adquirir un cuerpo físico allí, ya que sus afinidades lo obligan a regresar a su entorno hasta que haya progresado lo suficiente como para armonizar la envoltura fluídica con un entorno superior.

Todos los seres evolucionan a través de gradaciones imperceptibles, a través de transiciones imperceptibles; pero si queremos evaluar el camino recorrido, basta comparar los extremos de una serie: el hombre salvaje y el civilizado, para ver la diferencia que separa al hombre contemporáneo de su antepasado cuaternario.

Hemos visto que las disposiciones mórbidas son transmisibles y que,

aunque el espíritu no sea engendrado por sus padres, está sin embargo obligado, en el ejercicio de sus facultades, a merced de una organización defectuosa.

Es una de las pruebas más dolorosas. A veces, la locura no es real, no está arraigada en el organismo, sino que es producida por espíritus obsesivos, cuya influencia abarca desde la obsesión hasta la subyugación. En estos casos, podemos considerar el Espiritismo un beneficio social. Puede ayudar a miles de criaturas, pobres víctimas confinadas en instituciones mentales, que, de estar simplemente obsesionadas, terminan enloqueciendo al ser arrojadas a tales entornos.

Capítulo VI.-

El Universo.-

Materia y espíritu. – Evolución cósmica. – Evolución terrestre.

Las religiones y filosofías que han surgido en la Tierra siempre han estado estrechamente ligadas y limitadas al conocimiento humano de la época en que fueron concebidas. En el cristianismo es fácil encontrar rastros de las falsas ideas cosmogónicas de la época romana. La Tierra era el centro del Universo y nada que pudiera existir fue creado excepto ella. Sin embargo, los avances científicos han modificado considerablemente este concepto. De hecho, ahora sabemos que nuestra Tierra no es más que un pequeño planeta cola del sistema solar y que otros mundos, en abundancia, se extienden por todas las regiones del espacio, así como que el Universo es infinito en todas direcciones.

Estas verdades penetraron profundamente en los viejos dogmas y liberaron el espíritu humano dándole una noción más elevada del poder eterno que preside las evoluciones del Cosmos.

Elevándose por encima de las concepciones antropomórficas, el hombre ha vislumbrado lo increado y ahora se permite sondear todos los misterios, sin temor a ser castigado por su audacia.

La lente astronómica fue el primer dispositivo que reveló nuestra verdadera posición en el Universo, al demostrar que los demás planetas son estrellas como la Tierra. Su forma, constitución y movimientos son similares a los de nuestro globo terráqueo y, por lo tanto, nuestros hermanos en el Infinito.

Galileo demostró que, en lugar de puntos luminosos, hay tierras en el cielo, con sus continentes, atmósferas y satélites, como aquí.

¡Maravilloso descubrimiento! Si estos mundos tienen características tan similares a las nuestras, debemos concluir que tuvieron el mismo origen, y las fases que hemos recorrido deben ser las mismas que ellos han recorrido o

recorrerán.

Descartes, cuando llamó a la Tierra un sol encostrado, ya presentía esta gran verdad. Dejando de lado el sistema solar, ya demasiado pequeño para su audacia, el espíritu humano, gracias al telescopio, vuela con Herschel hacia las estrellas distantes, abismalmente separadas de nuestro sistema. ¡Y son las estrellas y nebulosas las que se yerguen en esplendor ante nuestra mirada atónita! Aquí, es la inmensidad de los cielos la que desafía nuestra imaginación, atónita por las perspectivas insondables. La distancia de las estrellas, una nebulosa con el diámetro de la órbita de la Tierra, es decir, 74.000.000 de leguas, ¡sería invisible! Solo una con una órbita igual a la de Júpiter o Saturno sería perceptible. ¡Las más compactas superan la órbita de Neptuno, calculada en 22.222.000.000 de leguas! Otras, aún más gigantescas, el espíritu humano apenas podría imaginar sus proporciones.

Estas formidables amalgamas de materia cósmica a veces presentan puntos brillantes que, considerados no como una sola, sino como múltiples nebulosas, aparecen rodeados de nebulosidades de mayor o menor magnitud. Cabe suponer que estos núcleos nos ofrecen todos los grados de condensación de la materia que los compone, desde la nube más difusa hasta la estrella más formada.

Surge entonces la magnífica concepción de la génesis de los mundos, continuando incesantemente en las soledades del espacio infinito.

Para observar estas transformaciones ciclópeas, es necesario utilizar períodos de tiempo comparados con los cuales la vida humana y la ciencia ciertamente no representan más que un minuto. Sin embargo, al considerar una serie de estrellas en todos los grados de transformación, la ciencia imita al naturalista que, al caminar por un bosque, examina árboles de la misma naturaleza en diferentes etapas de crecimiento e infiere de sus observaciones el ciclo que ha seguido la planta en los diferentes períodos de su existencia.

En la conquista del astral, ¿dónde y cómo detener la audaz investigación de este pigmeo, el más diminuto entre los pigmeos más diminutos del universo? La fotografía ha ampliado los límites del acceso a distancias incalculables, pero ¿quién le revelará al pigmeo la naturaleza de estos mundos distantes, intercalados con abismos vertiginosos e inconmensurables? El Espíritu, sin embargo, es dueño de la materia y el espacio, ya que un nuevo medio, tan eficiente como inesperado, le permitirá analizar estos mundos perdidos en las insondables profundidades del infinito.

En lugar de considerar la luz desde el punto de vista de las imágenes que puede proporcionarnos, la analizamos, y esto nos revela la naturaleza química del cuerpo que nos la envía, e incluso de los cuerpos que, colocados en el camino de sus rayos, pueden modificarlos por absorción.

Es un descubrimiento de incalculable importancia filosófica, ya que prueba materialmente la gran unidad de las leyes naturales que rigen todo el Cosmos.

Este análisis espectral, extendido a las estrellas y a las nebulosas, afirma que la materia, idéntica en todas partes, es por tanto el fundamento fundamental de nuestras inducciones filosóficas.

Sin embargo, podemos ir aún más lejos en este camino. No contentos con poder calcular, con rigurosa precisión, la trayectoria de estas estrellas, pesarlas y analizarlas, también pudimos evaluar su edad dentro de la creación. Es entonces posible descifrar los maravillosos jeroglíficos de esta imagen prismática, que nos muestra el conjunto de rayos de una estrella y nos permite separarlos, clasificarlos y ordenarlos según su composición química, su movimiento y su temperatura.

Si el cuerpo simplemente se calentara, sin alcanzar la incandescencia, su espectro nos advertiría de esta circunstancia mediante los rayos que nos dan la sensación de luz. Pero, en cuanto se produce la incandescencia, aparecen la luz y los rayos fotográficos. Cuanto más activa es la incandescencia, más se enriquece el espectro en el campo violeta, lo que siempre indica una temperatura alta.

Cuanto más alta sea esta temperatura, más violeta y los rayos invisibles que la acompañan se volverán. Incluso se podría concebir, mediante una especie de abstracción, un cuerpo llevado a tal temperatura que ya no emita nada más que estos rayos invisibles, situados más allá del violeta, que el ojo ya no percibiría y que solo podrían revelarse mediante fotografía, fluorescencia o dispositivos termoscópicos.

Sabemos, por lo tanto, que las estrellas más calientes son las más jóvenes y podemos clasificarlas por su edad. Hay estrellas en todas las etapas de evolución, desde soles muertos hasta aquellas que aún no han entrado en actividad.

¿Qué podemos decir de estos mundos que, como el nuestro, no son más que satélites de soles mil veces más grandes y potentes?

Se ha descubierto, explica el padre Secchi, que Sirio tiene efectivamente un satélite difícil de ver, porque está inmerso en la radiación de la estrella principal; sin embargo, ha sido posible encontrarlo y medirlo gracias a potentes telescopios modernos.

Si consideramos por un momento las consecuencias físicas de la multiplicidad de estos sistemas luminosos y las estrellas tenues que los acompañan, quedamos inmediatamente sorprendidos.

En un sistema de gran excentricidad, como Alfa Centauri, los planetas deben ser calentados a veces por dos soles muy cercanos, a veces por un sol muy cercano y otro muy lejano. Si a esto le sumamos que las estrellas dobles suelen presentar tonos variados y complementarios, tenemos que ni siquiera el poeta más imaginativo sería capaz de expresar las fases de un día iluminado por un sol rojo; de una noche con los reflejos de un sol verde; de otro día bañado por dos soles de diferentes colores y rivales en brillo; de una noche precedida por un crepúsculo dorado y seguida por un amanecer azul.

Habiendo calculado, como lo hicimos, los movimientos de estas estrellas maravillosamente cambiantes, ahora tenemos la certeza de que la ley de atracción no sólo se aplica a nuestro orbe, sino a todos los ocupantes del espacio infinito.

Hubo sabios que predijeron el fin del universo. Basándose en las leyes de conservación de la energía, demostraron que todas las transformaciones que ocurren en un sistema cerrado, como el formado por el Sol y los planetas que lo orbitan, tienen como propósito transformar la energía potencial en energía real, es decir, producir una temperatura uniforme en todas las partes del sistema. Si la vida se deriva —lo cual es cierto— de un cierto grado de temperatura, se deduce que, si el Sol se extinguiera, la vida desaparecería indudablemente de la Tierra y los planetas. Pero aún no sabemos cuándo ocurrirá este fenómeno.

Los experimentos más perfectos y los cálculos más fiables no nos han permitido verificar, desde que se empezó a observar el Sol, ninguna disminución apreciable de su energía. Pero, en resumen, admitamos que, tras un tiempo incalculable, el foco radiante se enfriará, se apagará y morirá. ¿Es realmente cierto que, a partir de entonces, ya no habrá posibilidad de vida?

Nadie podría afirmar esto, ni siquiera si el Sol estuviera fijo, y mucho menos si fuera móvil, desplazándose hacia la constelación de Hércules a una velocidad de ciento once millones de leguas por año. Y nadie podría afirmar que, tras tantos milenios de períodos, agotando su energía, no se encontraría en una región sideral, donde otro sol podría proporcionarle lo que él nos ha dado, es decir: calor, luz, vida.

Pero incluso suponiendo que todo nuestro sistema solar pudiera ser destruido, no sería correcto asumir que el Universo sufriría la misma suerte. La verdad accidental para un sistema cerrado no puede generalizarse al infinito. Desconocemos por completo si el poder organizador que impulsa la evolución de la materia ha impuesto límites a sus manifestaciones.

Todo, por el contrario, nos lleva a creer en la eternidad del movimiento y la vida. Los descubrimientos astronómicos atestiguan que la materia existe en todos los grados de condensación y que, mucho antes de la formación de la Tierra, las estrellas ya brillaban en el firmamento. Los sistemas que ahora están comenzando seguirán existiendo, en plena actividad, cuando se extinga la última mirada humana sobre la Tierra. Creemos, por tanto, en la eternidad del Universo y en las manifestaciones creativas que se despliegan infinitamente en el tiempo y el espacio.

Materia y espíritu.-

No conocemos la materia sustancialmente en sí misma, como sí conocemos la fuerza o el espíritu, que solo podemos percibir en sus relaciones mutuas. Por eso no podemos formular una teoría completa que abarque todos

los fenómenos sucesivos. No podemos saber si una de estas realidades dio origen a las demás mediante la evolución.

Los filósofos, de acuerdo con sus tendencias espirituales, dieron prioridad ascendente a uno u otro, pero en cualquier caso, todos tropezaron con dificultades lógicas insuperables.

Si admitimos que la fuerza es una forma de ser, un aspecto de la materia, no habrá más que dos elementos distintos en el Universo —materia y espíritu— irreductibles entre sí. Lo que caracteriza esencialmente al espíritu es la conciencia, es decir, el yo, mediante el cual se distingue de lo que no está en él, es decir, de la materia. Desde las primeras manifestaciones vitales, el yo hace evidente su existencia al reaccionar espontáneamente a un estímulo externo. En el mundo inorgánico todo es ciego, pasivo, fatal; nunca hay progreso, solo cambios de estado, que en nada modifican la naturaleza íntima de la sustancia. En el ser inteligente hay un aumento de poder, el desarrollo de facultades latentes, la emergencia del ser, que se traduce en la exaltación íntima del individuo.

Las modalidades de la materia o la fuerza se mueven en un ciclo cerrado: el ciclo de las transformaciones. Pueden integrarse entre sí, reemplazándose alternativamente mediante cambios en la frecuencia, amplitud o dirección de los movimientos vibratorios. El alma es una, y cada esencia espiritual es individual, personal. Ningún alma puede transmutarse en otra ni reemplazar a otra. Por lo tanto, es una unidad irreductible, que tiene existencia en sí misma.

Sus facultades, aunque similares a las de las demás almas, tienen sin embargo su propio desarrollo peculiar.

Para el alma, hay progreso, modificación interna, ascensión, sin retorno posible a un estado menos desarrollado. Este progreso se manifiesta en un poder cada vez mayor sobre el no-yo, es decir, la materia.

Ya hemos visto cómo se puede comprender la evolución espiritual a lo largo del tiempo, creando formas materiales cada vez más perfectas, y ahora resumiremos este cuerpo de conocimientos, partiendo de la materia primordial.

Evolución cósmica.-

Al estudiar la materia a través de sus diferentes estados físicos, sabemos que se enrarece al pasar del estado sólido al gaseoso. En este estado, las moléculas se vuelven muy inestables, debido a un movimiento rotatorio extremadamente rápido y a otro movimiento rectilíneo en todas direcciones. Este último resulta de la colisión de las moléculas animadas por el movimiento rotatorio, que es, en efecto, la fuerza vital, almacenada y capaz de generar todos los demás movimientos. Representa, por lo tanto, la suma del trabajo disponible, es decir, la energía. De ello se deduce que es en las moléculas

gaseosas donde la energía potencial se manifiesta en su grado más alto.

De hecho, la naturaleza nos muestra que la materia nebulosa afecta, e implica, un estado de gran rarefacción. Si suponemos que toda la materia del sistema solar se distribuye uniformemente en el espacio esférico comprendido por la órbita de Neptuno, tendríamos una nebulosa gaseosa homogénea, cuatrocientos millones de veces menos densa que el hidrógeno a presión ordinaria, que pesa catorce veces menos que el aire.

En este estado la materia debe ser ultrarradiante, presentando todas las características de la energía.

No deberíamos considerarla en su forma primordial, ya que aún posee peso. Sabemos que ilustres eruditos como Helmholtz, Crookes y Carnellay, basándose en el estudio de la energía, admiten que la materia puede alcanzar estados extremos de peso. Por lo tanto, es posible imaginar una sustancia primitiva, invisible e ingravida que corresponde al estado primordial de la materia, es decir, el fluido universal. Llegaremos a la misma conclusión examinando las propiedades químicas de la materia. Se trata, por lo tanto, de una inducción muy legítima y en plena concordancia con los descubrimientos y tendencias de la ciencia contemporánea.

Dicho esto, es posible comprender que todos los fenómenos físicos de la formación de un planeta dependen de condensaciones sucesivas, cada vez más completas, del fluido universal.

La materia, en su forma primitiva, ocupa una extensión infinita. Existe en todos los grados de rarefacción, desde el estado inicial hasta el de materialidad visible y ponderable.

El éter de los físicos no es más que una modalidad ya bastante distante de la materia universal. Los Espíritus enseñan que estos estados diferenciales de rarefacción representan lo que llamamos fluidos y existen en gran número, tan diferentes en sus propiedades como lo son para nosotros los estados de la materia. Es en el estudio de estos fluidos donde encontraremos la explicación de innumerables fenómenos cuya causa actualmente se nos escapa. A medida que continúa la condensación de la materia única, el movimiento atómico, que se mantenía en su máximo potencial, disminuye y da lugar al surgimiento de múltiples manifestaciones de la energía que llamamos fuerzas naturales. Entonces, como el movimiento original siempre disminuye en amplitud, la rarefacción primitiva se hace más pequeña y la materia se nos presenta en esas tenues nebulosidades que ocupan regiones específicas en el espacio infinito, en las que se desarrollarán los mundos del futuro. ¿Quién, sin embargo, podría calcular la serie de siglos necesarios para la formación de estos mundos?

Para que el Espíritu tuviera una idea de esto, necesitaría tales unidades de tiempo que, considerando el período de desarrollo y transformaciones de nuestro globo, ni siquiera llegaríamos a un resultado. En este sentido, la astronomía nos proporciona datos positivos: sabemos cómo la materia

cósmica se concentra lentamente hacia su centro. La caída de todos los átomos hacia el centro de atracción genera un gran calor, mientras que la nebulosa adquiere un movimiento de rotación circular, formando zonas de rotación con velocidades desiguales, según su mayor o menor distancia al centro. Cada uno de estos anillos se condensará para formar una pequeña nebulosa, girando en la dirección de toda la nebulosa y alrededor de su centro. A medida que aumenta la concentración molecular, el calor generado producirá soles que iluminarán la noche profunda.

Si examinamos uno de estos mundos secundarios, como la Tierra, por ejemplo, podemos reconstruir su historia sideral: tenemos, al principio, una estrella blanca y resplandeciente como Sirio, muy caliente, donde la materia ponderable comienza a diferenciarse, dando lugar al más ligero de todos los cuerpos: el hidrógeno. Durante mucho tiempo, este nuevo mundo emitirá radiaciones luminiscentes en todas las direcciones del espacio, hasta que, al disminuir su calor, es decir, al disminuir su movimiento vibratorio, se producirán otras condensaciones. Su luz se tornará amarilla como la del Sol, y será posible la aparición sucesiva de los diferentes metales que existen aquí. Finalmente, serán posibles los metaloides y las combinaciones de metales entre sí, y la luz ya será de un rojo brillante, cada vez más matizada, hasta extinguirse por completo. En ese momento, la diferenciación se completa; al disminuir la temperatura, las diversas condensaciones alcanzaron posiciones de equilibrio estable, inalterables. Así, se generan los cuerpos simples.

De esto no se debe concluir que este descenso de la temperatura pueda compararse, de algún modo, con lo que persiste hoy en día.

Debemos imaginar la Tierra como un inmenso laboratorio, donde los cuerpos aún se encuentran en estado vaporoso, parcialmente licuados, es decir, a una temperatura aproximada de 2000 grados. Solo una fina capa de escoria cubre el enorme brasero ardiente. La atmósfera se nos presenta cargada de vapores, surcada por formidables descargas eléctricas. Pero el frío de los espacios interplanetarios aún actúa durante mucho tiempo, las condensaciones metálicas operan mediante fuerzas físico-químicas desencadenadas, y la corteza sólida crece hasta interceptar los rayos del foco central. Para entonces, los vapores acuosos se habrán condensado y todo el globo estará cubierto de agua.

Durante esta fase nació la Luna, separada de la nebulosa terrestre por la velocidad de su rotación, mucho más rápida que la actual.

Es en el seno cálido de los mares primitivos, bajo la acción de la luz, del calor y de una presión difícil, si no imposible, de reproducir hoy, que se formó esa masa viscosa llamada protoplasma, primera manifestación de la vida inteligente, que deberá desarrollarse progresivamente y paralelamente, y producir la innumerable multitud de formas vegetales y animales, para llegar, después de una serie de siglos o milenios, a la obra tan pacientemente perseguida: la aparición del ser consciente, el hombre.

La evolución de la Tierra.-

Dado que las tierras primitivas no contienen ningún rastro de materia organizada, estamos seguros de que la vida surgió en la Tierra en un momento dado. Hemos visto que la vida no es más que una modificación de la energía, lo que conduce naturalmente a la construcción geométrica de cristales que se organizan, reparan fracturas y se reproducen accidentalmente cuando, al ser divididos por una fuerza externa, la parte astillada se sumerge en aguas madres.

Esta materia, sin embargo, es inerte, carente de espontaneidad; necesita la adición del principio intelectual para poder animarse. Este es un problema que se resuelve con el protoplasma. No hay individualidad en estas masas gelatinosas, blandas y viscosas, que adoptan indistintamente todas las formas; pero tan pronto como se produce una condensación en la masa, como sucedió con las nebulosas, esta condensación se llama núcleo. Entonces, el protoplasma se cubre con una capa más densa y es el comienzo de la envoltura membranosa. A partir de este momento, se constituye el ser vivo; es la célula la que será la molécula vital, de la que se forman todos los seres organizados. Los animales o las plantas, desde los más simples hasta los más complejos, no son más que una asociación de células más o menos diferenciadas. Toda obra futura consistirá en esta agrupación, y los medios que utiliza la Naturaleza para variar su obra primitiva son muy simples, pueden resumirse en dos proposiciones: la selección natural, o mejor dicho, la lucha por la vida, y la influencia del medio, cuya acción es enérgica en formas variables, alimentos e instintos.

Los primeros habitantes de los mares Laurentides son, por lo tanto, células albuminoides, microzimas, moneras y amebas, cuyas primeras asociaciones formarán las algas que tapizan el fondo marino. Al principio, la vida es incierta, animales y plantas parecen confundidos; pero pronto se diferenciarán: las células con envolturas flexibles darán lugar a seres móviles, animales; aquellas con envolturas resistentes, de la naturaleza de la celulosa, darán lugar a plantas inmóviles. Nacidos directamente del protoplasma, los primeros organismos animales son células libres, dotadas de vida propia. Las amebas, bastante similares a una gota de aceite, se contraen y caminan con dificultad; aún no tienen una forma bien definida. Una primera mejora se observa en las moneras esféricas, provistas de cilios retráctiles que les permiten moverse. Los volvoces están animados por un movimiento de rotación continua. En estos seres primarios, sordos, ciegos y mudos, el único sentido es el tacto. Se reproducen por fraccionamiento; Cuando la célula supera cierto volumen, la masa se estrangula, seccionándose en dos partes, cada una formando una nueva célula. De estos organismos primitivos, cuya especie debe ser contemporánea al surgimiento de la vida en el planeta, aún

se pueden encontrar especímenes submarinos. Su nutrición es por simple absorción, como en las plantas, y aun así, las células poseen todas las características de la vida; de hecho, son los ancestros de todos los animales superiores.

Poco después, estas células ya no se separan al reproducirse, permaneciendo asociadas únicamente por filamentos, como ocurre con el *Myxodictyum sociale*. Los protistos o zoófitos ofrecen un ejemplo de la primera vida celular en común. La forma de estos animales varía: algunos son ovoides y rojizos, aplanados como hojas, otros viven en capullos, ramificados en colonias arborescentes. Sin embargo, la fusión entre las distintas individualidades que forman el animal aún no se ha producido y solo se producirá de forma lenta y progresiva. En los protistos, cada parte vive por su cuenta, y la comprensión de la vida en común, una división del trabajo general, es necesaria para generar progreso. Las esponjas ya demuestran algún tipo de individualidad oscura. Se trata de una sociedad de amebas e infusorios flagelados, que se unen en una masa común que se contrae o expande como un bloque, absorbiendo y expulsando el agua de la que se alimenta.

Las hidras, los pólipos y las medusas son formas transitorias que la naturaleza emplea para fusionar unidades particulares en una individualidad total. En estos, ya existen músculos rudimentarios que dan movimiento a la masa en su conjunto. Ya existe un estómago y algunos rudimentos de nervios. Sin embargo, aún faltan la vista, el olfato y el oído. En la hidra, por ejemplo, las propiedades difieren tan poco que si invertimos su saco, el exterior se vuelve interior y continúa absorbiendo alimento como si nada hubiera sucedido. Los peces túnica ya nos muestran un desarrollo notable, como la existencia de una especie de líquido nutritivo que un corazón rudimentario, que late indistintamente en todas direcciones, envía a todas las partes del organismo. Y aquí tenemos al animal respirando por branquias. Hay algunos que secretan una sustancia de la cual se forman conchas arborescentes, como el coral.

Aquí vemos que la Naturaleza ya ha avanzado mucho en la elaboración de formas. Sin embargo, solo hemos identificado seres difusos y amorfos que vegetan en las profundidades infinitas del océano. Se necesitaron miles de años para producir los animales anillados, los sucesores inmediatos de los animales anteriores.

Al igual que las túnicas, la lombriz de tierra no es más que un tubo; posee bronquios, pero su sistema cardíaco ya está algo perfeccionado; se arrastra hacia adelante, es decir, hacia el extremo donde se encuentra la boca, como si supiera que debe buscar alimento allí. En los anélidos, también son evidentes los nervios visuales, así como un sistema nervioso rudimentario. Hemos visto que, hasta ahora, la individualidad ha sido poco caracterizada. Hemos visto cómo la formación de un primer nervio sensitivo,

diferenciado de la sensibilidad general, puede concebirse mediante la repetición, una y otra vez, de un movimiento vibratorio que afecta al mismo punto del organismo, y hemos admitido que el periespíritu acabaría incorporándose a este movimiento. Por lo tanto, hemos concluido que, si el principio inteligente volviera a ocupar la nueva forma, se organizaría según la modificación del periespíritu.

Hasta entonces, no existía una individualidad real, pero con el nacimiento del sistema nervioso, la vida dispersa y difusa comienza a concentrarse. Cada parte del cuerpo desempeñará una función específica. La respiración, la digestión, la circulación y la reproducción se localizarán en tejidos especiales, que formarán órganos específicos, y el sistema nervioso será el coordinador y regulador de esta acción. A partir de ese momento, la vida personal del principio pensante se acentuará cada vez más, y los instintos podrán emerger y volverse más complejos, más identificados con los cambios en las condiciones externas.

La vida aún se desarrolla bajo el agua; las tierras primitivas yacen cubiertas de agua, y es en el agua donde los crustáceos sucederán a los anélidos. El crustáceo, precursor de los peces, ya posee concha, puede ver y moverse en el agua: es el trilobite de la tierra silúrica. Pero, a partir de ese momento, la vida pudo volverse aérea. La frágil corteza de las tierras primarias tuvo que ceder muchas veces ante la presión de los gases internos; se libró una lucha titánica entre el fuego y el agua, y en el abismo de gigantescos cataclismos, la fuerza central vomitó, en su forma ígnea, sus escorias, lavas, basaltos y pórfidos, formando las primeras islas, los cimientos de los futuros continentes. La acción de la lluvia, las sales y la temperatura provoca la erosión, la desintegración de las rocas, formando la primera capa de humus, propicia para el desarrollo de las plantas. La atmósfera está todavía saturada de humedad y, en estas orillas bajas y fangosas, sorprenderemos al primer crustáceo terrestre, el escorpión, hermano del crustáceo marino.

Durante mucho tiempo, será el único habitante de los dominios consolidados. Las islas están cubiertas de plantas primitivas y en los oscuros bosques no se oye ningún sonido, salvo el viento. Todos los seres están mudos.

Surgirá otra fase. Tras las primeras pruebas, la naturaleza avanzará con mayor audacia en el perfeccionamiento de su obra. El terreno se elevará, la tierra conquistará lentamente sus dominios del líquido elemento, que se refugiará en las depresiones más profundas. Mientras perduren estos cambios aéreos, se lograrán enormes avances en las profundidades de los mares. Es en el período primario que aparecen los primeros vertebrados marinos: los peces. Los cefalópodos y los pterigotos poseen columna vertebral, y al transitar del estado ganglionar al estado cerebroespinal, cubierto por una osificación perfectible, la naturaleza, por así decirlo, preparará a sus nuevas

creaciones para una vida activa.

Ciertos peces tienden a vivir, preferentemente, en zonas fangosas y adquieren rasgos de respiración aérea, dando lugar al advenimiento de los anfibios.

El período Carbonífero, que siguió, se caracterizó por un extraordinario desarrollo de la vegetación. El enorme y nebuloso Sol de épocas anteriores se condensó, aumentando su calor; y, como el calor central de la Tierra y la humedad aún eran muy fuertes, el reino vegetal alcanzó proporciones descomunales. Los helechos arborescentes, los enormes sigilos, alcanzaron a veces los cuarenta metros de altura. Son los gigantes petrificados de nuestras minas de carbón.

Los anfibios, que en la primera fase no eran más que peces, se convirtieron en animales aéreos en la segunda, y gradualmente abandonaron el mar para adoptar la tierra. Con esto, se revelaron más inteligentes que los primeros. De hecho, fueron los primeros en emitir sonidos, poco armoniosos al principio, pero precursores de voces que jamás se extinguirían en la escala de los seres.

A este período le sigue la era de los reptiles; la naturaleza inaugura una serie de formas fantásticas, horrendas y colosales. Tras los experimentos anteriores, parece aspirar a la perfección en la grandeza de las formas más extrañas y atormentadas.

Es necesario ver la reconstrucción de estos animales para comprender estas monstruosas concepciones, que, afortunadamente, no han perdurado. Contemplándolas hoy, nos demuestran el poder y la elocuencia de los medios empleados, así como la infinitud y diversidad del ingenio de esta incansable trabajadora que es la naturaleza. Mientras tanto, el progreso interno continúa su marcha; el cerebro y la médula espinal ahora están protegidos con mayor fuerza por un sistema nervioso.

Los primeros mamíferos nos llegan de la mano de los marsupiales. Las crías nacen incompletas, en estado embrionario, para completar su desarrollo en la bolsa de la madre. Es el principio inteligente que se perfila en los inicios del sentimentalismo, es el amor maternal que surge con el nacimiento de esta criatura informe, que, cuanto más débil es, más cuidados recibe. La ternura de la zarigüeya hacia su cría es bien conocida. El primer instinto superior se originó en la necesidad. Los sentimientos más elevados, que posteriormente se manifestarían en los animales y en el hombre, no podían derivar de otras causas, concluyendo, por tanto, que los fenómenos materiales e intelectuales tienen una conexión absoluta y racional.

Todos los monstruos que habitaban los mares del Triásico, Jurásico y Cretácico desaparecieron en el período secundario. Las condiciones de vida ya no eran propicias para ellos. Las tierras, más extensas, se cubrieron una y otra vez con millones de conchas microscópicas; los continentes se desmarcaron con mayor claridad, y las condiciones generales de vida

mejoraron. Con el período terciario, la naturaleza emergió del limbo de la infancia y, ya instruida por sucesivos tanteos y experiencias, liberada de los obstáculos de la génesis, tras haber eliminado a los animales inútiles para su empresa, comenzó a marchar con mayor rapidez y determinación por un camino más claro y acelerado.

Fue durante este período que surgieron todos los ancestros de la fauna contemporánea, y la ciencia, que siguió paso a paso el desarrollo progresivo de las formas, nos llevó imperceptiblemente de los lémures a los simios. Al mismo tiempo, todo progresó en nuestro planeta: el suelo, las plantas, los animales. Los entornos cambiaron, las islas se convirtieron en continentes, el fuego dio paso al agua, la humedad disminuyó, el suelo se volvió más saludable, el sol derramó torrentes de luz y calor, las plantas abandonaron las profundidades del mar, conquistaron la tierra y se desarrollaron, diversificaron, florecieron y dieron fruto. Las estaciones cambiaron, los climas se volvieron más regulares, las formas se adaptaron mejor al entorno y el nivel de creación aumentó a un ritmo constante.

¡Qué largo viaje! Los seres se han diversificado tanto que, al principio, parecían extraños entre sí. Pero hemos visto que todos partieron de las móneras primitivas, y el estudio de su composición nos ha demostrado que siempre son meras asociaciones más complejas del elemento primitivo. Todos ellos, al nacer, siguen siendo esta mónera que se fragmenta, que se asocia con las fuentes de su propia sustancia, para constituir al recién llegado, cuyo lugar en la escala de los seres depende de su grado de evolución. El desarrollo del cerebro se produjo independientemente de las formas.

Los zoófitos primitivos no muestran signos de cerebro, carecen de sentidos y sexo. En los moluscos, tenemos un sistema nervioso obtuso y poco definido, una generación rudimentaria y sentidos imperfectos. En los crustáceos, ya encontramos, coincidiendo con el sistema nervioso ganglionar, la visión, el oído y el tacto.

Los peces poseen un cerebro y una médula espinal protegidos; son los primeros vertebrados y poseen sentidos muy desarrollados. A continuación, vienen los anfibios y reptiles, que se suceden de la generación ovípara a la vivípara, y poseen un esqueleto endurecido.

Los marsupiales, mamíferos inferiores, tienen un cerebro muy simple, que se vuelve más complicado en sus sucesores al dividirse en lóbulos y formar las circunvoluciones, que se pueden observar en monos y humanos.

Los monos y los humanos son primos, descendientes de antepasados primigenios del período terciario, y es posible ver los sucesivos progresos realizados por nuestra raza, siguiendo el desarrollo del hombre cuaternario, cuyo cráneo, costillas y fémur presentan características simiescas, que aún no han desaparecido del todo en ciertas razas inferiores, como los australianos, los fueguinos, etc.

Ninguna teoría filosófica puede explicar todos estos fenómenos como el

Espiritismo. Gracias a la ley de la reencarnación y al conocimiento de la naturaleza del alma, es fácil comprender el progreso del Espíritu, desde sus formas más rudimentarias hasta sus manifestaciones más elevadas.

El principio pensante recorrió lentamente todas las escalas de la vida orgánica, y fue a través de un ascenso ininterrumpido, a lo largo de innumerables siglos, que pudo, poco a poco, fijar lentamente en la envoltura fluídica todas las leyes de la vida vegetativa, orgánica y psíquica.

Tuvo que rematerializarse innumerables veces para que todos estos movimientos, sentidos, conscientes y deseados, alcanzaran la inconsciencia y el automatismo perfecto que caracterizan las reacciones vitales y los actos reflejos. No es casualidad que un ser, sea cual sea, alcance este resultado, pues la naturaleza no obra milagros y siempre va de lo simple a lo complejo. Para que un ser tan complejo como el hombre, que combina las características más elevadas de todos los seres vivos, pueda existir, es absolutamente y necesariamente importante que haya recorrido toda la serie, cuyos diferentes estados resume en sí mismo.

Conclusión.-

Hemos visto cómo el movimiento periespiritual explica, de manera sencilla, el paso del consciente al inconsciente, y cómo todos los estados del alma quedan registrados automáticamente en el periespíritu.

Las condiciones de percepción están ligadas a dos causas, que son la intensidad y la duración de la sensación, que varían según el estado vibratorio de la envoltura.

En las primeras etapas de la vida, la envoltura del alma es áspera, mezclada con los fluidos más cercanos a la materia, con movimientos lentos, por así decirlo, incipientes. La labor del alma consiste en purificar esta envoltura, liberarla de sus residuos fluídicos, es decir, en darle un movimiento cada vez más radiante.

Cada existencia terrenal deja su huella en el periespíritu. Así como, al talar un árbol centenario, es posible conocer su edad contando las capas concéntricas que deja la corteza cada año, también existen zonas fluídicas que se superponen a medida que el Espíritu se aleja de su origen. Los recuerdos grabados en la envoltura son, como el Espíritu mismo, inextinguibles. Aunque se trata solo de una simple analogía, es posible comparar estas capas sucesivas con impresiones fotográficas que pueden superponerse en la misma placa sin confundirse. Todos estos movimientos vibratorios tienen su propia existencia, un grado vibratorio peculiar, siendo el último siempre superior a los demás.

Cabe señalar que no se trata de una superposición de impresiones físicas. Así como el fenómeno de la alotropía nos muestra tangiblemente que las propiedades de un cuerpo están ligadas a un movimiento particular de sus

moléculas, y que estas propiedades cambian cuando el movimiento molecular tiene otro modo vibratorio, así también, en el periespíritu, cada zona atómica puede estar constituida por los mismos átomos, pero con asociaciones vibratorias completamente diferentes, correspondiendo cada una de estas disposiciones a una determinada posición de equilibrio.

Llegada a la humanidad, el alma ya está madura, y su envoltura ha fijado, en forma de leyes, de líneas de fuerza, los estados sucesivamente recorridos, y ésta es quizás la causa de la fatal evolución del embrión, pasando por todos los estadios de la escala anteriormente recorrida.

En el hombre primitivo, el inconsciente fisiológico es muy rico y difícilmente habrá que enriquecerlo más, salvo mediante actos automáticos secundarios, es decir, mediante hábitos manuales; el inconsciente psíquico, por el contrario, es casi virgen, constituido por las modalidades más refinadas del instinto y lo más incipiente de la conciencia y de la inteligencia.

De hecho, los animales solo poseen facultades simples y rudimentarias. Tienen el sentido de la existencia, pero carecen de conciencia de sí mismos. Los primeros hombres debieron estar muy cerca de los antropoides actuales, y no cabe duda de que la larga duración del Cuaternario fue indispensable para el desarrollo de esta conciencia, que debería separarlos definitivamente de la animalidad.

Imperceptiblemente, sin embargo, el alma se fue liberando de las nieblas que la envolvían; el razonamiento, que sólo había parpadeado intermitentemente, se afirmó como lo más profundo del Espíritu; el pensamiento y la inteligencia, ejercitados a través de sensaciones más claras y delicadas, dieron lugar a observaciones cada vez más exactas, a relaciones mejor establecidas y a generalizaciones y abstracciones cada vez más amplias, a medida que se perfeccionaba el lenguaje.

A medida que cada encarnación traía consigo una mejora, el inconsciente psíquico se enriquecía progresivamente y el esfuerzo se hacía menos considerable a medida que aumentaba el número de confinamientos terrenales.

Hoy en día, lo que importa es liberarnos de las pasiones y los instintos que nos quedaron de nuestro tiempo en los reinos inferiores.

La lucha es larga y difícil, porque tenemos que modificar los primeros movimientos periespirituales que se encarnaron en nosotros, y que fueron los únicos constituyentes de nuestra vida mental, en aquellos tiempos remotos y mil veces seculares de nuestra evolución.

Sin embargo, la voluntad todo lo puede en relación a la materia, el progreso nos muestra perspectivas cada vez más brillantes, y esta misma fuerza que nos hizo seres inteligentes sabrá revelarnos la ruta hacia mundos mejores, en los que reinen la armonía, la fraternidad y el amor.

En los estudios parciales que constituyen este libro, creemos haber demostrado que los fenómenos vitales y psíquicos que coexisten en el hombre

encuentran una explicación racional en la Doctrina Espiritista. Nada en las teorías que hemos presentado contradice la filosofía de la ciencia. La existencia del periespíritu, durante la vida y después de la muerte, ha sido establecida experimentalmente, con todas las garantías posibles contra el fraude y el error; su composición fluida ha sido comprobada mediante fotografía, y podemos concebir su naturaleza por analogía con los estados de la materia extremadamente enrarecida. Su imponderabilidad no es más extraña que la de las fuerzas físico-químicas que se traducen en luz, electricidad, afinidades, etc. Ni su acción sobre la materia es más extraordinaria que la del magnetismo sobre las limaduras de hierro. Finalmente, ninguna de sus propiedades es irracional.

Su unión con el alma es de la misma naturaleza que la que se produce con las fuerzas ligadas a los átomos materiales. Si no podemos aniquilar la materia, no podemos destruir el Espíritu: el alma que se manifiesta tras la muerte es verdaderamente inmortal.

La reencarnación es la reconciliación lógica de todas las desigualdades intelectuales con la justicia divina. Está demostrada experimentalmente por la encarnación de los espíritus en entornos determinados, predichos por circunstancias que los identifican de antemano. Si esta encarnación es posible una vez, no vemos por qué no pueda serlo incontables veces. Dicho esto, podemos inferir una ley general, establecida por el principio inteligente, y aplicarla a los animales, especialmente porque, en ellos y con ellos, podemos observar hechos que tienden a confirmar esta verdad.

La existencia del fluido vital, aunque hoy cuestionada, nos parece indispensable para explicar los fenómenos de la vida, ya que la forma y la evolución de todos los seres vivos, así como los fenómenos de reconstitución orgánica, no son explicados por la ciencia moderna.

Nosotros, que conocemos la verdadera naturaleza del alma, ofrecemos nuestra teoría, que resuelve lógicamente un gran número de dificultades.

La fuente de todos los malentendidos que separan a los materialistas y espiritualistas de los espiritistas, deriva de la ignorancia en que permanecen los sabios y los filósofos respecto a la existencia y naturaleza del periespíritu.

Para los fisiólogos, el alma no es más que el resultado de las funciones vitales del cerebro. Engañados por la concordancia que encuentran entre el estado mórbido de este órgano y la desaparición concomitante de ciertas facultades, creen que existe una correlación de causa y efecto, y lo que confirma esta perspectiva es que la facultad se restaura tan pronto como el órgano recupera su estado normal.

Nosotros, sin embargo, que tenemos pruebas de la supervivencia del alma después de la desintegración del cuerpo, sabemos que este acuerdo se debe a la acción del periespíritu sobre el cuerpo, que se ve obstaculizado tan pronto como la fuerza vital se ve perturbada, pero listo para retomar su imperio tan pronto como se restablece la calma.

La teoría materialista no explica nada sobre el universo. Se limita a señalar los hechos, que atribuye a leyes materiales, las cuales se vinculan y determinan sucesivamente. El Espíritu es una posibilidad; podría dejar de existir, de modo que la inteligencia no es más que un mero accidente en la creación. Para nosotros, esta es una conclusión absurda, pues, al no existir un ser racional, la creación sería una contradicción.

Hemos visto a las fuerzas naturales competir con todas las fuerzas activas por el surgimiento del ser pensante, y se afirma que este último producto de la evolución —el hombre, que, en lugar de someterse pasivamente, como sus predecesores, tomó el control de sí mismo— es fruto de una sorpresa, de un juego de azar. Esta es una conclusión que la naturaleza misma contradice, e incluso si no tuviéramos pruebas materiales de la inmortalidad del alma, el sentido común justificaría estas alegaciones infundadas.

La materia es ciega, inerte, pasiva y solo se mueve bajo la influencia de la voluntad. Lo que llamamos fuerzas no son más que manifestaciones tangibles de la inteligencia universal, infinita e increada. Son signos claros de la Voluntad suprema que sustenta el Universo.

Así como se necesitan agentes para ejecutar las leyes promulgadas por nuestros parlamentos, también se necesita un poder eternamente activo para hacer que las leyes naturales sean ejecutables.

Todos los cambios que ocurren en los estados de la materia tienen un solo propósito: el progreso del Espíritu, que es la única realidad pensante. En esto, nos acercamos a los espiritualistas. Sin embargo, estos filósofos, al estudiar el alma, solo subjetivamente se ven llevados a atribuirle una espiritualidad absoluta, lo que inevitablemente les impide comprender su acción sobre el cuerpo.

Además, esta actitud les impide explicar numerosos y variados fenómenos de la vida inconsciente del Espíritu.

Pero eso no es todo.

La fisiología les muestra que todo estado de conciencia está necesariamente ligado a un sustrato material; que la memoria, por ejemplo, está íntimamente ligada a un determinado estado del sistema nervioso, sin el cual no podría producirse; de modo que, si después de la muerte el alma fuera puramente espiritual, no retendría nada de los conocimientos del pasado, una vez destruido el cuerpo.

Ha llegado la hora de descorrer todos los velos. El espiritismo proporciona una prueba tangible de la inmortalidad, y es necesario que, a pesar de todo sarcasmo y prejuicio, impulse a los pensadores serios a estudiarlo con atención.

Todos los espíritus atrapados en sus viejas concepciones tendrán que abrir los ojos a la luz radiante de la verdad sólidamente apoyada por hechos indiscutibles.

Tendremos entonces la satisfacción de ver a miles de inteligencias superiores explorar el magnífico campo que se despliega ante sus ojos. El dominio de la materia imponderable es tan vasto como lo ponderable que conocemos. Una fértil cosecha de fructíferos descubrimientos se presenta ante todos los que estén dispuestos a explorar estos territorios aún inexplorados.

Con la certeza de las vidas sucesivas y la responsabilidad de nuestras acciones, muchos problemas se revelarán desde nuevas perspectivas. Las luchas sociales, que en nuestra época han alcanzado un nivel muy duro, se suavizarán ante la convicción de que la existencia planetaria no es más que un momento transitorio en el curso de la evolución eterna.

Con menos orgullo en las clases altas y menos envidia en las clases bajas, surgirá la solidaridad efectiva, al contacto con estas doctrinas reconfortantes, y tal vez podremos ver las luchas fratricidas, frutos ineptos de la ignorancia, desaparecer de la faz de la Tierra, disipándose ante las enseñanzas del amor y de la fraternidad, que son la corona radiante del Espiritismo.

FIN.-